

Jesús María Sáez

PONIENTE



PONIENTE

Una novela de Jesús María Sáez «Txusmi Sáez».

Primera edición: julio de 2019.

ISBN: 978-1073857364

Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (España - Spain).

txusmi13@gmail.com

www.txusmi.com

www.jesumariasaez.com

Fotografías: Héctor Contreras Medina y Carolina Cruz Cobos.

Modelos de portada: Acerina S. y Rafael Díaz Codes.

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Corrección de textos: Rosina Iglesias.

Código de registro legal CCA:

1807237796084 - Novela.

1807237796091 - 1807237796107 Portada.

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores

del País Vasco.

«El viento es un caballo:

óyelo cómo corre

por el mar, por el cielo.

Quiere llevarme: escucha

cómo recorre el mundo

para llevarme lejos.

Escóndeme en tus brazos

por esta noche sola,

mientras la lluvia rompe

contra el mar y la tierra

su boca innumerable.

Escucha como el viento

me llama galopando

para llevarme lejos...»

(Pablo Neruda)

ÍNDICE

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. AUTOVÍA DEL NORTE, AUTOVÍA DEL SUR

2. MÁLAGA

3. BENALMÁDENA

4. MÁLAGA

5. TORREMOLINOS

6. FUENGIROLA

7. MÁLAGA

8. VÉLEZ-MÁLAGA

9. CÓRDOBA

10. NERJA

11. MÁLAGA

12. RINCÓN DE LA VICTORIA

13. MÁLAGA

14. ESTEPONA

15. MÁLAGA

16. ALHAURÍN DE LA TORRE

17. MÁLAGA

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

PRÓLOGO

DISTRITO PALMA-LA PALMILLA, MÁLAGA

Lunes, 2 de agosto de 2010

—Estoy cansada esta noche. He dormido muy mal, con pesadillas... —
comentó la patrullera de seguridad ciudadana a su compañero de unidad.

—Pues no nos queda nada todavía —respondió este, mirando el reloj del salpicadero. Marcaba la una y cuarto—. Hasta las seis nos falta un buen rato. Puedes contarme las pesadillas, si te apetece; a ver si son diferentes a las mías, porque yo las únicas que tengo están siempre relacionadas con que soy incapaz de llegar a fin de mes.

—No me extraña en tu caso: divorciado, con dos niños y pagando casas, estudios y pensión. Lo que no sé es cómo lo haces con el sueldo justito que nos llevamos.

—Pues de regreso al hogar paterno, hija mía de mi alma, porque si no la otra opción es dormir bajo el puente de Santo Domingo...

La patrullera rio con el comentario.

Un semáforo en rojo hizo que se detuvieran en una intersección concurrida, próxima al estadio del Málaga Club de Fútbol. Dejaron de hablar mientras observaban a un grupo de jóvenes que cruzaba por el paso de cebra. Iban generosamente cargados de alcohol y probablemente de alguna cosa más. Al percatarse de la presencia policial, la pandilla lanzó una especie de saludo militar a los agentes, medio en broma medio en serio, intentando disimular su estado.

—Espero que tengamos un servicio tranquilo —continuó la mujer con una mueca de extraña premonición mientras aguardaban a que el disco cambiara nuevamente al verde para proseguir acto seguido la ronda por un barrio con fama de ser bastante conflictivo dentro de la capital andaluza.

Pero ella, en el fondo, estaba convencida de que aquella madrugada entre el domingo y el lunes les iba a deparar algo más que unos turistas borrachos enfrascados en una pelea de bar de copas. Le abordaba una inquietud difícil de explicar, una sensación perturbadora.

Súbitamente, casi cómplice de los pensamientos, la emisora se activó con una musiquilla en forma de pitido de aviso que no presagiaba nada bueno. Surgió, a continuación, una voz alterada, retumbando con intensidad en el interior del Citroën Xsara:

—¡Indicativo Z24 para H20! Confirмен su posición.

—Z24 a la escucha. Estamos en La Rosaleda —contestó con rapidez la chica apretando el pulsador lateral del micrófono de la emisora.

—Recibido —siguió el subinspector que gestionaba la sala del 091—, diríjense urgentemente a la calle Máximo Gorky. Se ha producido un atraco con armas de fuego en la farmacia de guardia situada a la altura del centro de salud La Roca.

—Vamos para allí. Tiempo estimado de llegada tres minutos...

Los rotativos azules comenzaron a girar en el techo del vehículo, tiñendo las paredes de las viviendas circundantes con unos fogonazos intensos que destacaban en el desconchado de los ladrillos caravista. La sirena ululó brevemente cuando rebasaron el semáforo, aún cerrado, e invadieron parte del carril contrario para realizar una maniobra veloz, obligando a detenerse al tráfico que se aproximaba en sentido opuesto.

—Según nos comentan los compañeros de otro indicativo que se encuentra en el lugar —informó la radio de los patrulleros—, dos individuos armados han causado al menos un herido en el establecimiento y se han apoderado de pastillas ansiolíticas, metadona y diversas sustancias más.

—Entendido y recibido.

Cuando la pareja llegó al lugar, dos coches policiales se hallaban ya en el sitio. Los cuatro agentes encañonaban con las pistolas a un par de hombres de unos treinta y tantos años notablemente sobreexcitados, sin duda, por consumo de estupefacientes, armados con lo que parecían revólveres Smith & Wesson del 38 bastante antiguos, de los que circulan por el mercado negro barriobajero.

—¡Tiren las armas al suelo y pónganse de rodillas con las manos en alto! —Ordenaba un oficial con voz serena a la par que contundente.

—¡Que os jodan, maderos de mierda! —berreó uno de los atracadores, parapetado junto a unos arbustos y con manchas de sangre en la camisa de franela desgastada. Le temblaban las manos como a un anciano presa del párkinson.

—¡Al suelo! —gritó otro de los agentes protegido tras la puerta abierta del coche patrulla—. ¡No tenéis escapatoria posible! —Estaban empezando a perder la calma.

La agente de policía que acababa de llegar tras el aviso de la central se fijó en la cara del individuo que permanecía en silencio. Le resultó familiar. Portaba una bolsa de Carrefour rebosante a más no poder de cajas de pastillas y envoltorios con jeringuillas que caían sobre el suelo seco del parque por sus

bruscos movimientos. Con la mano diestra apuntaba dudoso de izquierda a derecha, enfocando alternativamente a los diferentes efectivos policiales sin tener claro dónde detenerse.

Finalmente cruzó la mirada con la chica. Ambos la sostuvieron sin pestañear. La patrullera esgrimió un gesto lastimero notando que los ojos se empañaban con lágrimas de impotencia. El yonki esbozó un ademán de lo que podía ser acaso una leve sonrisa, incomprensible para el resto de los actores de la grotesca tragedia.

—¡Que os den por el culo! —aulló el compañero sobreexcitado, disparando contra uno de los policías que tenía enfrente, sin alcanzarlo.

Los restantes miembros de Seguridad Ciudadana abrieron fuego al unísono y abatieron a los dos individuos, que cayeron fulminados sobre el césped del jardín.

El grito de la mujer perduró en el silencio posterior a los fogonazos, deteniendo el tiempo por unos instantes interminables. Salió corriendo hacia los cuerpos tendidos en el suelo sin vida. Tomó entre las manos la cabeza del que había reconocido. Lo estrujó contra el pecho mientras lloraba de dolor y desesperación...

El riego automático programado se activó de pronto sumiendo toda la escena en un surrealismo húmedo, extendiendo la sangre roja sobre el manto verde del parque. Diluyendo de esa manera tan burda la desdicha bajo una lluvia purificante, y acallando el bochorno insoportable de la noche malagueña con un llanto de desolación.

- - - - -

PLAYA DE LA CONCHA, SAN SEBASTIÁN

Viernes, 16 de junio de 2017

—No puedes seguir así, Aitor. Estás a punto de tirar por la borda todo lo que has logrado hasta ahora. Créeme, te lo digo como amigo, no como compañero. Seguir fingiendo que no sé nada es poco realista. Esta situación la estás manejando mal, no conduces las riendas correctamente y cabalga desbocada hacia el abismo. En algún momento alguien hablará más de la cuenta, se enterará de lo que estás haciendo este tiempo...

—Joder, Natxo, sabes que no hago nada malo. Tal vez pueda parecer para ciertas mentes incluso poco ético, pero ¿quién lo decide? ¿Una sociedad egoísta que solo cree en sus prejuicios? ¿Tal vez una serie de normas de obligado cumplimiento universalizadas por la filosofía? ¿Los estándares sociales? Dudo mucho que sea inmoral mi comportamiento.

—¿Inmoral dices? Anormal sería más exacto. No me vengas con todo ese rollo filosófico sentencioso. Hablamos de una chica que tiene solamente diecisiete años, Aitor... ¡Diecisiete! Tú tienes cuarenta y dos. No me jodas. Te van a echar del cuerpo, si se enteran los superiores. Como husmeen los de Asuntos Internos, lo más probable es que te recriminen un aprovechamiento sexual por inmadurez de la víctima o abuso de poder, eso si no te utilizan como chivo expiatorio para soterrar algún trapo sucio, acusándote públicamente para pedirte, además de la placa de ertzaina, tu puta cabeza en una bandeja de plata, como hizo Salomé con la de Juan el Bautista.

—Qué puesto te veo en la historia de la religión...

—No es una broma, tío. Esto no se trata de una chiquillada, ni un maldito escarceo amoroso a la luz de la luna con una mujer despechada. Ni de alguna importunada que te quiera hundir en la miseria acusándote en falso por haberte propasado con ella. Hablamos de algo mucho más serio. ¿Eres consciente de que la prensa daría lo que fuera por tener una noticia así?: «Se descubre que un inspector de la Unidad de Investigación Judicial se acostaba con una menor de edad. El mismo policía que se encarga de atrapar a los pervertidos sexuales es uno de ellos...»

—No te pases tanto. Eres totalmente injusto conmigo —protesté desesperado, cansado ante el ataque frontal sin clemencia de mi amigo—. Sabes que eso es falso por completo. Jamás abusaría ni me aprovecharía en ningún momento de una mujer, ya fuese menor o no. Si algo tengo por todas ellas es un gran respeto y admiración. Antes me tiro desde el puente de Róntegui que forzar a una chica. Lo que ocurre es que estoy enamorado de

Naiara de una manera extraña. —Natxo hizo un gesto de incredulidad exagerado cuando me oyó decir eso; la verdad es que a mí también me sonó extraño escucharme pronunciar la frase en alto—. Es una relación de amor mutuo —continué, tratando de justificarme—, de respeto e intercambio. Ella me aporta la vitalidad que me hace falta para seguir haciendo nuestro trabajo, viendo lo que vemos cada día, permitiéndome dormir tranquilo por la noche. Yo le apporto, como contrapartida, madurez y estabilidad emocional. La quiero, nos queremos. Nunca había sentido algo parecido por nadie. Tiene más edad mental que muchas mujeres de treinta años que he conocido... De hecho, va un curso adelantada en el instituto y dentro de tres meses cumplirá la mayoría de edad. Además, ya sabes, una vez alcanzados los dieciséis se es libre para dar el consentimiento sexual pleno según la propia ley española; no deberían existir problemas legales...

—¿Que no debería haber problemas? ¿Te estás oyendo? En serio; ¡has dicho avanzada en el instituto...! ¡Está en bachiller! Mira, Aitor, nos conocemos desde hace muchos años, tal vez demasiados para tratar de engañarnos mutuamente. Sé que no eres ningún perverso, ni una mala persona, ni nada parecido; al contrario. Pero te estás tirando a una chica que en su carnet de identidad pone que tiene diecisiete años por mucho que ella lo consienta... Ni debo, ni puedo, ni quiero fingir indiferencia o despreocupación.

Nos quedamos unos momentos en silencio contemplando desde la barandilla blanca, con manchas de óxido y salitre, la manera en que las olas arribaban a la playa. Suaves, pausadas, amansadas por una bahía que doma la bravura del Cantábrico domesticando su sempiterna espuma, para bañar así la arena con la delicadeza propia de un amante entregado a comedidos juegos sutiles.

—Salimos juntos y compartimos vivencias, sin más —le confesé al cabo de un rato largo de mutismo—. La respeto y la quiero.

—Me da igual, ¡no me jodas, Aitor! ¡Diecisiete! Y tú cuarenta y dos. ¿Qué coño de vivencias va a tener? ¿Te crees que los compañeros de la comisaría, cuando se enteren, porque se acabarán enterando, te van a mirar de la misma manera pensando que podías estar saliendo o follándote a una de sus hijas? Es indiferente que celebre los dieciocho dentro de cuatro días. Vuestra relación sigue sin tener ni pies ni cabeza...

—Tal vez tengas razón.

Natxo se dio la vuelta y quedó apoyado en el balaustre, de espaldas a la playa de la Concha, contemplando los jardines del Alderdi Eder delante del precioso edificio emblemático del ayuntamiento, antiguo casino donde en los años de la Belle Epoque, con sus ruletas y gran salón de baile, se entretenían políticos, escritores y artistas bohemios.

—Claro que la tengo —me dijo serio sin mirarme—. Hazme caso, deja este mórbido asunto cuyo resultado únicamente puede traerte complicaciones.

Pide un traslado, cambia de aires... No sé. Eres uno de los mejores investigadores que he conocido, tienes instinto. Además, siendo un experto analizando perfiles, a lo mejor tendrías que examinar el tuyo y reflexionar un poco sobre lo que estás haciendo en tu vida con esa joven. No lo estropees todo ni la estropees a ella. Si realmente la aprecias y la quieres, como me has dicho, déjala, hazte a un lado. Olvídala.

Esa fue la última vez que vi al inspector Natxo Etxamendi, mi compañero de trabajo, además de buen amigo. Una referencia de cómo debía de ser un policía distinguido y, a juzgar por el rapapolvo existencial que me echó, también una voz de la conciencia que me ayudaba a meditar.

Era un hombre fuerte, curtido en años y de rasgos duros. Entró en la policía vasca en las primeras promociones habiéndose forjado una posición influyente dentro del cuerpo. Sindicalista convencido, luchaba por conseguir los mejores escenarios laborales para todos los agentes contra viento y marea. Trabajábamos juntos en investigación desde hacía tanto tiempo que ya ni lo recordaba. Nos conocíamos bien y nos respetábamos. Su mujer era amiga mía de la infancia, de cuando correteábamos por las calles de Bilbao tras una pelota, jugando a las canicas o mirando las obras de la ría, que se estaba transformando junto con toda la villa en una ciudad distinta, sedienta de arte y cultura, reclamando un hueco en el panorama nacional por encima de su poderío productivo basado en la industria.

Aquel día, recién empezadas las vacaciones, habíamos quedado para comer en Donosti y para hablar. La propuesta fue suya; quería decirme lo que pensaba acerca de mi situación. Cuando pasadas las seis de la tarde deshicimos desde Amara el paseo que bordea la bahía donostiarra, repleto a esas horas de turistas haciendo *selfies*, nuestras vidas cambiaron radicalmente: él me dio un abrazo y se marchó hacia el *parking* bajo la catedral del Buen Pastor, donde tenía estacionado el coche. Al día siguiente comenzaría unas merecidas semanas de descanso junto a su familia en un *camping* de Las Landas francesas. Yo me despedí agradeciendo su afecto y sus observaciones, y decidí quedarme un rato apoyado sobre la barandilla del enrejado del paseo, escrutando la isla de Santa Clara mientras que el sol de media tarde luchaba por no ser engullido en el vasto mar. Una brisa fresca muy típica del norte comenzaba a soplar ligera.

Allí mismo, junto a un payaso callejero que hacía globos con forma de perro para los niños que paseaban con sus padres por el parque repleto de tamarinos y palmeras, había decidido romper con todo y rehacer mi vida.

Pedí una excedencia esa misma semana en la comisaría de Bilbao a la que estábamos adscritos y me marché al caserío de mi tía Estíbaliz en Maeztu, al sureste de Vitoria, donde ayudaría a los únicos familiares que me quedaban vivos con las labores del campo, tan exigentes en los meses de la canícula veraniega. Acabé la relación con mi chica alegando un traslado inexistente (al menos de momento) y rompí en minúsculos pedacitos varios principios que me había propuesto no romper jamás, entre ellos el de ser sincero. Por supuesto, Naiara quiso venirse conmigo hasta el fin del mundo, pero, como he dicho antes, mis promesas se quebraron en un llanto compartido que duró mucho más

de lo que yo creía.

Cuando se reincorporó Natxo al servicio en julio de aquel año, a la vuelta del asueto francés, le asignaron un nuevo compañero para reemplazarme. Teníamos pendiente, antes de que llegaran las fiestas de Vitoria el cuatro de agosto, el encontrarnos de nuevo para tomar unas cañas por la capital alavesa; un punto estratégico, ya que nos quedaba a ambos a un tiro de piedra de nuestras actuales residencias. Entonces fue cuando otro tiro, escupido por la boca de una Walther P38 de 9 mm. parabellum manejada por un traficante argelino de heroína adulterada, acabó prácticamente en el acto con mi querido camarada en el momento en que efectuaban una redada dentro de un kebab de la calle San Francisco de la capital vizcaína. Formaban parte de un operativo policial de búsqueda de unos camellos encargados de colocar su porquería blanca a la salida del campus universitario de Deusto, como quien vende gominolas en un parque de atracciones.

A los cuatro meses de aquel suceso, una vez que había llorado por mi chica y por mi amigo, en septiembre, me presenté a la «pasarela», que es como se llama coloquialmente la opción dada a los Mossos d'Esquadra, la Ertzaintza y a la Foral de Navarra para cambiar de cuerpo y acceder a la Policía Nacional en igualdad de escala, categoría y rango. Como en el sur de España andaban bastante escasos de expertos en criminología, asesinatos y delitos de investigación que requerían experiencia en perfiles, no me fue difícil lograr una plaza en Málaga. Quería irme lejos, lo más lejos. Al calor. Cambiar de clima, de gentes, de mundo... De vida.

En las navidades de 2017 me confirmaron que la solicitud registrada

había sido admitida a evaluación. Mi impecable historial y los años de servicio comprometidos jugaron plenamente a favor agilizando los trámites. En febrero me llamaron los de recursos humanos de la Comisaría Central de Málaga para confirmar mi admisión en la PN. Debía incorporarme en la Comisaría Provincial para comenzar las pruebas, es decir, pasar los reconocimientos médicos, psicológicos, las prácticas de tiro y test de aptitud, durante la última semana de abril para, finalmente, presentarme ante mis nuevos superiores el treinta del mismo mes.

Las cartas estaban echadas por fin sobre el tapete con el propósito de disputar una nueva partida. En modo alguno para mi desgracia podía imaginarme, como más tarde descubriría, la mano tan caprichosa que el destino había barajado y me había repartido para que la jugara de la mejor manera posible.

1. AUTOVÍA DEL NORTE, AUTOVÍA DEL SUR

Miércoles, 18 de abril de 2018

Acababa de pasar Aranda de Duero y sentía como el olor a cordero asado en hornos de leña había inundado de aroma mi vieja furgoneta americana con asientos de cuero y tapizado azulón, creando una extraña simbiosis entre lo genuinamente yanqui y lo tradicionalmente castellano.

A menos de diez kilómetros, la pequeña población de Milagros, con su transitada área de servicio siempre en constante agitación, apareció ante mis ojos a un lado de la autovía. Cuando circulaba por aquellas tierras, de Pascuas a Ramos, y bordeaba el pueblo con pocos más de cuatrocientos habitantes, recordaba con agrado ese nombre, repitiéndolo mentalmente para mis adentros.

Milagros era una robusta y regordeta mujer que durante muchos años regentó una panadería artesanal en el barrio de Artxanda, en Bilbao, donde nació y me crió. Recuerdo perfectamente el aroma a pan y pastelitos recién horneados que invadía toda la calle usurpando cualquier otro sentido. De pequeño, acompañaba a mis aitas a por la chapata poco hecha que adquiríamos a diario. Al entrar en el local, mis glándulas salivares comenzaban a funcionar a una velocidad descabellada, incapaces de asimilar la mezcla de agradables sensaciones gustativas. La propietaria siempre me obsequiaba con un placentero choripán, esa pequeña masa de panecillo relleno con chorizo que alguien tuvo la osadía de cocinar una vez, creando un bocado sencillo e insuperable. Milagros me decía con frecuencia lo guapo que era y lo rápido que crecía; supongo que se lo decía a todos, pero a mí sus palabras me llenaban de cierto orgullo y recatada prudencia. Así fue también cuando tenía edad para bajar solo a comprar, no sé, tal vez con diez o doce años. Cada vez que entraba me convidaba con algún bollo o trenza recién preparado mientras la voz gruesa que salía de aquel cuerpo orondo, madurado por los años de trabajo y esfuerzo, aunque extraordinariamente ágil, terminaba

en un piropo que, siendo casi mozalbete, me hacía sonrojar: «Qué hermosote estás, chaval, y qué alto vas a ser. Las vas a tener a todas locas; te las vas a llevar de calle...».

Un tiempo después, coincidiendo con mi pubertad repleta de acné, carácter intransigente y gallos ridículos, Milagros cerró el negocio. Entre las franquicias de panes industriales, los propios supermercados que lo elaboraban a partir de masas congeladas, y acompañada de una diabetes que no la dejaba vivir, la gruesa panadera optó por retirarse y dejarnos a todos nosotros con una sensación de vacío espiritual y carentes de una buena rebanada de pan artesano.

Recuerdo que la última vez que me encontré con la panadera bilbaína fue a mediados de verano del año siguiente. Regresando hacia casa por la avenida Abandoibarra la vi caminar con dificultad junto a la ría, cerca de donde comenzaría a removerse el suelo para erigir años después el museo Guggenheim, el revulsivo que Bilbao necesitaba para abandonar de una vez por todas la decadente industrialización que coleaba en lenta agonía, y así alzarse convirtiéndose de manera imparable en una villa de referencia a nivel mundial mezclando con acierto cultura y modernidad. Fui a saludarla, pero me frené a medio camino. El olor a alcantarillado que ascendía entonces hacia el paseo no agradaba y tal vez pensé, en una elipsis de añoranza, que aquellos panecillos de antaño, cuya fragancia, asociada a un cúmulo de sensaciones agradables e insustituibles dentro de la mente, debían quedar vinculados al recuerdo junto a mi querida Milagros en unos años felices e irremplazables.

Atravesé Madrid a mediodía, o más bien la bordeé en una curva exagerada por la M50 bajo el estruendo de los aviones que despegaban y aterrizaban a un ritmo frenético, en un barullo controlado, desde el aeropuerto Adolfo Suarez Madrid Barajas. Caían unas gotas de lluvia que se deslizaban sinuosas por el parabrisas, las suficientes para que los limpias hicieran un par de barridos, mientras contemplaba a lo lejos las cuatro torres oteando vigilantes en el horizonte. Sus siluetas esbeltas se alzaban como queriendo escapar hacia el espacio limpio, ingrávito y carente del perpetuo *smog* flotante sobre la capital de España, que formaba una especie de bombín grisáceo que lo cubría todo de tristeza, recordándonos que el cambio climático es una verdad incuestionable. Me vino a la mente Alcalá de Henares y los buenos momentos que había pasado estudiando en esa universidad, donde se forjó mi destino profesional de manera determinante.

Paré más tarde a comer en un restaurante a pie de ruta en La Mancha, tierra noble de buenos vinos y mejores quesos, en la que un molino de viento encalado en blanco, con sus aspas negras recién pintadas recordaba al viajero las literarias aventuras de Don Quijote, uno de esos libros que tuvimos que leernos en clase de Lengua y Literatura sin entender apenas nada y provocando que, una vez maduros, nuestro destemple hacia la inconmensurable obra de Cervantes rozara casi la desfachatez. Tras el tentempié ligero, como mi equipaje, proseguí el camino durante bastantes kilómetros un tanto lánguido, con abundante tráfico de camiones, cielo oscuro y amenaza de chaparrón. Sonaban los Dire Straits en una emisora local y lograron animarme un poco al ritmo de *Money for nothing*, una de mis canciones favoritas de todos los tiempos habidos y por haber.

Cuando me adentré en la provincia de Jaén, un nuevo nombre rotulado en las señales de tráfico informativas me hizo sentir bien: La Carolina. No sé si tal vez mi estudio de perfiles criminales o las investigaciones que siempre intento completar de manera meticulosa me acaban llevando a asociar cosas, objetos, nombres..., y La Carolina no iba a ser diferente en esta ocasión.

Además de la consabida importancia de la población en sí misma, por ser la puerta de entrada a Andalucía a través del impresionante Parque Natural de Despeñaperros (cuyo nombre me acojonaba desde niño al pasar por allí cuando viajábamos en el SEAT 131 de mis padres, con asientos de escay y salpicadero de plástico cantoso); o las cercanas Navas de Tolosa que, como el Quijote, estudiábamos sin demasiado convencimiento en aquel lejano tránsito entre la EGB y la LOGSE que nos complicó un poco más la ya de por sí enrevesada pubertad; Carolina sonaba en mi interior de diferente manera. Por un lado, gracias a los compases de la famosa canción de M. Clan, que por cierto no dejaba muy claro si el cantante hacía referencia a la dependencia absorbente hacia la cocaína o a una relación impropia con una menor (mis pensamientos se enturbiaban cada vez que la escuchaba y recordaba a Naiara). Y, por otro lado, llegaba a mi memoria la nostalgia agradable de una de mis primeras novias de la facultad.

La recuerdo perfectamente: menuda, de piel clara, con el cabello rubio oscuro cortado a lo vasco dejando el flequillo característico tan aberzale en una melena corta de pelo lacio. Además de su nombre, poco común en Euskadi, me llamaron la atención sus ojos expresivos, los pómulos sonrosados y unos pechos firmes y redondos. Muy redondos. Ella estaba empezando la carrera de periodismo en Leioa. Yo le llevaba cuatro años de diferencia, aunque solo un par de cursos, porque tuve que repetir los primeros años de

Psicología. Creía en esos momentos de vida estudiantil que esa iba a ser mi carrera de referencia y que en el futuro trabajaría en un hospital importante, privado, tratando con acierto y elegancia los problemas sencillos de personas complejas de alto nivel económico. Aún no tenía claro que existían otras disciplinas más afines a mí y que, además, la policía autónoma podría ser una buena opción al haber sentido desde niño una poderosa atracción ante todo lo relacionado con la investigación y disciplinas policiales.

Una tarde que estábamos solos en el piso compartido de estudiantes en el que residía, fundiendo el dinero de mis padres sin ningún cargo de conciencia, descubrí por qué Carolina tenía esos senos tan perfectamente redondeados: había padecido un agresivo cáncer de mama con dieciséis años, lo que obligó a los oncólogos del hospital de Cruces, donde la atendieron durante los catorce meses que duró aquel calvario, a tomar la decisión de vaciarle los pechos para reconstruírselos posteriormente con moderna cirugía estética. Carolina superó el tumor, superó cualquier complejo y después de lo que me contó aquella tarde superó mis expectativas con un sobresaliente alto. Era una mujer impresionante, alegre y con autoestima muy elevada. Como bien decía ella, con una simpatía casi impropia de una vasca: «Ahora tenía unas tetas que se le caían hacia arriba y no necesitaba ni sujetador. Soy la envidia de la piscina con mi bikini rojo...»

Mi relación con Carolina, a la cual considero la primera novia en serio que he tenido, duró poco tiempo y todavía hay veces que la echo de menos. Recuerdo su manera de enfocar la vida, habiendo tenido que resetear, utilizando un símil informático, ese ordenador cargado de virus convertido en su cuerpo, para empezar otra vez instalando un nuevo sistema operativo de código abierto, libre de software maligno.

Mientras tanto, en ese tiempo, abandoné finalmente Psicología, cansado de profundizar en el *estudio del alma*, como la definían los griegos, pero convencido de que lo aprendido en esos dos cursos alguna vez me serviría. Opté por hacer un grado en Criminalística, con especialización en Ciencias y Técnicas Forenses, durante cuatro años en la Universidad de Alcalá de Henares, en la Comunidad de Madrid. Con la huida de la UPV de Leioa también hui un poco de Carol, porque notaba que la intensidad con la que ella vivía cada momento del día terminaba indefectiblemente agotándose a mí.

Al regresar, tras completar los estudios, decidido a opositar para ser *ertzaina* cuando surgiera la oportunidad, o más bien una convocatoria, comencé a trabajar en una multinacional de transporte por carretera, ayudando al jefe de tráfico en la gestión de las flotas de tráileres para ganarme el sueldo a fin de mes. Me mudé a Miranda de Ebro, una población burgalesa prácticamente en el límite con Álava, donde la empresa tenía su sede logística y gestionaba las cargas fletadas a lo largo y ancho de toda Europa. Poco después falleció mi padre de un infarto.

Al acudir al funeral, me enteré por mi madre de que Carolina, tiempo antes, había sufrido un trágico accidente de tráfico cuando iba de vacaciones a Benidorm que se la había llevado por delante, con todas las ilusiones, proyectos y enfermedades superadas. Un conductor adormilado por un consumo exagerado de alcohol saltó la mediana de la autopista y volcó contra el utilitario de mi exnovia. Ninguno de los dos tuvo la menor oportunidad. Acaso la muerte a veces parece que te persigue, paciente, al acecho de encontrar una oportunidad de alcanzarte. «La vida es una mierda», pensé... Sí, pero es la única que tenemos y no es cuestión de desaprovecharla demasiado.

A los dos años de todo aquello, cuando oposité a la Ertzaintza y entré con buena nota en la promoción número dieciocho, mi madre sucumbió tras una larga agonía sin que pudiera llegar a verme con el uniforme de gala. Estoy convencido de que murió de pena, pues su salud nunca había sido mala. No pudo soportar quedarse sin la compañía de mi padre, con el que cada día bajaba a *potear* unos vinos por las Siete calles bilbaínas. Sencillamente fue incapaz de superarlo y pasar página.

Entre tantos recuerdos que me afluaban, rebasé Bailén y, al dejar atrás el desvío hacia Úbeda, decidí poner en el Spotify de mi teléfono, que lo había conectado de manera casi artesanal al viejo equipo de música de mi Chevrolet Astro Van del 2000, un recopilatorio de Joaquín Sabina que me animó las siguientes horas de viaje. Sonó el inmejorable directo que grabó junto a Viceversa en 1986 en el teatro Salamanca de la capital de España. Disfruté *Pisando el acelerador, en unas Rebajas de enero, junto a Juana la loca...*

Acompañado por los sonos del maestro cantautor, circunvalé Jaén cuando el olor a aceitunas y aceite, que ya llevaba unos kilómetros asediando el habitáculo, se intensificó de una manera exagerada. Un poco más adelante, me detuve a repostar en un área de servicio. Aún me quedaban más de doscientos kilómetros hasta mi destino final, que era un apartamento en

alquiler en una urbanización ajardinada, con piscina y muy tranquila, según me habían prometido, en la playa de la Carihuela en Torremolinos, a media hora de la Comisaría Provincial de Málaga por carretera o en los trenes de cercanías de Renfe, y en pleno meollo de la Costa del Sol.

Había quedado con Damián, el encargado del complejo, que hacía las veces de conserje, jardinero, albañil, chapuzas en pequeñas reparaciones domésticas y cualquier otra cosa que se le pidiera, siempre que uno estuviese dispuesto a entregar una propina justa al respecto, como no podía ser de otra forma. Lamentablemente para mí, su horario de trabajo terminaba a las seis de la tarde por lo que no iba a llegar a tiempo en forma alguna para recoger las llaves del piso, de manera que opté por cenar con calma en el restaurante El Oasis 2 del área de descanso Cepsa para posteriormente pernoctar en esa comarca.

En el establecimiento hotelero, sencillo, estaríamos a la mesa no más de una docena de comensales. La mayoría eran camioneros de rostro cansado, moldeado por las millas devoradas en jornadas interminables al mando de un *quinta rueda*. Al fondo, un par de viajeros pegados a sus móviles, con las corbatas a medio ceñir, ultimaban probablemente el cierre de alguna importante venta, a juzgar por sus gesticulaciones.

Una camarera de edad indefinida, cercana y sabedora de su profesión me ofreció un menú del día de dieciocho euros, con vino de año más que decente y postre casero.

Después del café descafeinado de puchero, apto solo para estómagos de reputada consistencia, me permití un descanso apropiado, optando por disfrutar de la terraza exterior del local frente al aparcamiento, en un atardecer que los foráneos consideraban fresco, aunque a mi juicio resultaba agradable. Allí me senté a una mesa acompañado del inseparable Kindle, el lector de libros electrónico que me servía de acólito en cualquier lugar a donde iba. Todo ello en la inmejorable compañía de un Gin-Kas con el hielo justo.

Al poco rato de iniciarme en la lectura, un hombre de unos cincuenta y muchos años con una copa en la mano, de lo que luego supe que era chinchón de alto octanaje, me pidió permiso para compartir mesa, por cierto, la única que estaba ocupada fuera del cálido resguardo del local. Acepté con un gesto y una media sonrisa un poco por compromiso, ya que mis deseos eran en esos momentos más bien ermitaños.

Se presentó como Paco y me ofreció un cigarro que rechacé sin dudar (me costó bastante dejar de fumar cuando me preparaba para las pruebas de acceso en la academia de Arkaute de la Ertzaintza y no tenía la menor intención en recaer). Él puso uno entre los labios resecaos y lo prendió con un mechero de propaganda tras preguntarme si me importaba. Negué con la cabeza. Francisco era un hombre grande, corpulento. Su cara con prominente nariz aguileña dejaba entrever, bajo unas pobladas cejas casi unidas, el desgaste que el paso del tiempo le había generado en la piel. Le faltaba el lóbulo de la oreja derecha y una verruga fea y peluda asomaba bajo el pliegue de la barbilla. Pese a todo, su expresión era afable, con una mirada sincera y de ponderada profundidad.

—Hoy el viento es una brisa fresca del este. Viene de Sierra Mágina — me explicó, señalando con el brazo extendido hacia unos montes que sobresalían recortando el relieve, donde se apreciaban imponentes, pese a que iba oscureciendo por momentos—. Es aquel macizo montañoso tan alto — continuó sin apartar la mirada del cerro—. Enfría el aire que lo atraviesa y baja la temperatura de estas tierras.

—¿También en verano? —pregunté para no parecer descortés, aunque sin demasiada curiosidad.

—No, no, que va. En verano el aire se torna mucho más cálido y cambiante. —Volvió a mirarme mientras daba una calada intensa al cigarrillo. Unas chispas saltaron espontáneas de las brasas incandescentes—. Cuentan por aquí una leyenda sobre el viento, que pone los pelos de punta...

Cerré la tapa de mi libro electrónico convencido de que el rato de lectura había terminado de manera irremediable por esa noche.

—Usted es vasco, ¿verdad? —continuó—. Tienen un acento muy característico.

—Sí, de Bilbao. Tengo familia repartida también por otros lugares de Euskadi.

—Bonita tierra, sí señor —aseguró—. Con sus leyendas y mitos ancestrales, brujerías y aquelarres. —Los ojos del hombre parecieron brillar hacia un rojo casi misterioso al dar otra calada a su pitillo en la penumbra del mirador. Sentí un breve estremecimiento, sin duda por el aire; creo...

—¿Qué historia me iba a contar?

—Soy de Andújar, ¿sabe?, aceitunero de toda la vida, desde mozalbete. Y cuentan que una noche de marzo, como la de hoy, cuando el viento fresco de la sierra estremecía a sus habitantes con un silbido inquietante, Engracia, la encargada del hotel, enloqueció de pronto.

—¿Encargada del hotel de ahí atrás? —le pregunté, señalando el edificio que ocupaba el hotel Oasis situado antes de la gasolinera, del que nos separaban unos cientos de metros y una rotonda de grava.

—No. El hotel es ahora una ruina. Está unos pocos kilómetros más adelante dirección Granada, en el desvío a Carchelejo —continuó el jiennense apurando medio aguardiente de un trago—. Como le decía, la dueña del local, que había perdido hacía poco a su marido cuando intentó asesinarla a ella y después se suicidó colgándose de una viga creyéndola muerta, no andaba muy bien tras aquel suceso. Quedó un poco trastornada. Decía que oía voces que le susurraban llantos y amenazas de su difunto marido los días de viento...

—Como hoy.

—Efectivamente. Y una noche, siendo casi primavera, el sonido de la ventisca se transformó en voz al pasar entre los marcos de las ventanas. Engracia, movida por la desesperanza, decidió acabar con las voces y con su vida pegando fuego al hotel con ayuda del bidón de gasolina que guardaba en el sótano para alimentar el grupo electrógeno cuando fallaba el suministro eléctrico, algo bastante frecuente en aquella época. Las llamas, impulsadas por el viento, asolaron la hospedería en muy poco tiempo, antes de que los bomberos del retén provincial llegaran. Las trece personas que ocupaban las habitaciones fallecieron calcinadas junto a ella. —El hombre se levantó dirigiéndose lentamente hacia la puerta del bar una vez que había terminado su copa, con la intención asimismo de concluir también la historia y, al parecer, la charla—. Desde aquel terrible suceso, si uno escucha con atención el silbido del aire cuando arrecia rabioso, dicen que pueden distinguirse los gritos de los huéspedes pidiendo socorro en un aullido angustioso —concluyó desde mi espalda.

Apuré hasta el fondo mi segundo combinado, notando en el cogote un

nuevo escalofrío. No soy en modo alguno una persona que se deje influenciar fácilmente por las leyendas; al fin y al cabo, son relatos folclóricos con ciertos orígenes históricos y moldeadas en cada lugar por el boca a boca de varias generaciones. Todas ellas son normalmente fruto de las tradiciones de antaño en las que se narra una mezcla de hechos, casi siempre sobrenaturales, a caballo entre el mito y la realidad. Las había estudiado bien. Fue una asignatura optativa que elegí para sumar créditos y acabó seduciéndome como el propio diablo lo había hecho mucho tiempo antes con las endemoniadas mujeres que lo adoraban en las cuevas de Zugarramurdi y Azcondo, o en los dólmenes y peñas esparcidos por toda la mística Euskal Herria en su amplia extensión, incluyendo Navarra y el País Vascofrancés. Supervisadas acaso por La Mari: la Dama, Señora y numen fantástico según el historiador, lingüista, experto en folklore tradicional vasco y antropólogo Julio Caro Baroja; al que admiraba por su extensa dedicación al estudio de la tradición del pueblo vasco. Hemos de aprender de nuestras propias raíces para poder entendernos un poco más, y terminar con la intransigencia fruto muchas veces del desconocimiento de la cultura local.

Así que me levanté para despedirme del aceitunero con cierto escepticismo ante su relato, pero cual fue mi sorpresa cuando descubrí que ya no estaba detrás de mí. Se había como evaporado sigilosamente. Tal vez el viento lo había llevado junto a los quejidos lastimeros de los calcinados...

Miré el reloj y, viendo que eran las nueve y media pasadas, decidí que estaba lo suficientemente cansado y con una proporción más que recomendable de alcohol en sangre como para cerrar los ojos, confiando en que Morfeo me custodiara. Podía haber optado por alquilar una habitación en el hotel próximo, pero en el último momento, un poco por pereza y un tanto por desgana, estacioné la furgoneta entre dos camiones del aparcamiento que me daban seguridad, pasé a la amplia parte trasera y convertí el asiento posterior

en cama.

Me acosté al amparo de un cielo estrellado que veía a través del techo solar panorámico descorrido.

Jueves, 19 de abril de 2018

Reinicié la marcha temprano, una vez tomé un desayuno continental en el hotel del área de servicio. Transitando unos pocos kilómetros, vi unas ruinas oscuras y quemadas de lo que antes debió de ser una construcción grande, a juzgar por las proporciones de sus restos ennegrecidos. No pude sino recordar la historia que aquel hombre maduro me había contado la noche

anterior.

Poco después estaba en la carretera de circunvalación de Granada, antigua capital del reino Nazarí, con un intenso tráfico matinal. A lo lejos, la monumental estructura de la Alhambra junto a los jardines del Generalife y el Albaicín me saludaban con un sol naranja reflejado en las piedras que escribían la variada historia de nuestra civilización, formada por la pluralidad y el legado de diferentes pueblos y culturas. Más al fondo, en el horizonte cercano, el impresionante macizo montañoso de Sierra Nevada me hacía un guiño de complicidad con un blanco casi perenne en sus inalcanzables picos, los más altos de toda Europa occidental, con permiso de los Alpes.

Un poco más al sur, comprobé que el sol había salido por Antequera, como era obligación, y Rosendo cantaba a su manera. Rápidamente bordeé Málaga capital, espléndida y radiante de luz, donde el denso y acucioso tráfico de la autopista del Mediterráneo aconsejaba circular con extrema precaución. Tomando el desvío al aeropuerto, enfilé el vehículo hacia Torremolinos. Descendí por la angosta entrada mal asfaltada que pasa junto al Jardín Botánico del Molino de Inca, para ir luego atravesando calles y glorietas en las que reinaba la anarquía en justa moderación.

Finalmente, el GPS de la furgoneta me llevó hasta la misma puerta de mi destino. Había llegado en un tiempo récord, apenas eran las diez y media de la mañana. El sol brillaba sin una nube que se atreviera a sombrearlo, dando al paisaje una luz que no conocemos en el norte a pesar de ser principio de primavera, lo que se me antojó como un cordial recibimiento.

Giré de manera poco ortodoxa ante una gasolinera ruidosa en medio de la avenida Carlota Alessandri para meterme en la embocadura del complejo residencial de paredes blancas y frondosa vegetación que iba a ser mi nuevo hogar. Detuve el Chevrolet ante la puerta eléctrica destinada al acceso de vehículos y toqué el claxon un par de veces para ver si el encargado aparecía.

Una señora de gesto amable y vestido estampado que salía del recinto me saludó cortés, permitiéndome entrar por la puerta peatonal. Al fondo de uno de los jardines, se asomó atento Damián, el jardinero, mirando hacia donde me encontraba. Vino a mi encuentro y nos saludamos con un intenso apretón de manos mientras hacíamos las presentaciones. Me entregó las llaves, abrió el portón exterior y me explicó lo necesario para situarme.

Viernes, 20 de abril de 2018

Me levanté temprano para salir a correr un rato. No es con lo que más disfruto, ya que prefiero entrenar en el gimnasio con los aparatos, la cinta, pesas e incluso con clases dirigidas destinadas a tonificar de manera correcta los músculos, pero hasta que encontrara uno a mi gusto no iba a quedarme sin hacer nada de ejercicio.

Descendí calle abajo hacia el paseo marítimo. La mayor parte de los restaurantes y hoteles ante los que pasaba al trote se encontraban ultimando detalles de cara a los turistas que, tras la abarrotada Semana Santa, acudirían al municipio más adelante en sus vacaciones de verano. Me deslicé con las Adidas de *running* por la calle Francia, donde me llamó la atención una tienda holandesa que vendía margarinas de triples sabores imposibles, y pasé junto a un restaurante argentino, que exponía en un pedestal hecho a medida para eludir el desnivel de la calle a una enorme vaca sintética de tamaño natural pintada con dispersas manchas negras que servía como reclamo de las carnes a la brasa, especialidad del local. Allí mismo, ante la res artificial, la calle de San Ginés y la calle Mar desembocaban en una fuente plantada ante el colegio público Albaida, adscrito a las risas, los balones y los columpios. Bordeándolo, confluí en el paseo marítimo de la Costa de la Carihuela. Dudé unos momentos en si girar para la izquierda o para la derecha. Una chica con maillot rosa que también pasó corriendo rumbo hacia el pueblo, me influyó para ir tras ella hacia la Punta Torremolinos, conocida como Las Rocas, en la playa Rincón del Sol dirección Bajondillo.

Yo apenas conocía Torremolinos. Únicamente el tiempo que estuve buscando alojamiento para alquilar. Fue el mes de marzo durante casi cuatro días. Miré una docena de apartamentos que la agencia de Benalmádena me tenía preparados para aprovechar al máximo mi visita relámpago. Samanta fue mi agente inmobiliaria esos días. Era una mujer madura, apuesta, con el atractivo propio que aportan los años junto a una refinada experiencia en el vestir. Calzaba unos zapatos de tacón alto que la elevaban al menos diez centímetros sobre los adoquines. Rubia gracias al tinte de peluquería, siempre impecable, lucía una blusa ceñida y falda corta que daba vida a unas interminables piernas morenas de rayos UVA y sol a partes iguales. Iba a buscarme al hotel, inspeccionábamos los pisos a los que nos trasladábamos en su coche, continuábamos por la tarde viendo algún otro y nos decíamos adiós a eso de las ocho y pico hasta la mañana siguiente. Así dos días. El último no nos despedimos al acabar las visitas. La invité a cenar como agradecimiento por su dedicación y acabamos en la habitación de mi hotel follando como locos. Se olvidó de las ventas, del teléfono móvil que no paraba de vibrarle, casi tanto como su sexo ardiente, y también se olvidó en esa ocasión de su marido y de sus hijos. A las doce de la noche, como *La Cenicienta* atemperada y menos cruel que nos regaló Charles Perrault, desapareció a la carrera. En lugar de dejarse un zapato, como le ocurrió a la protagonista del relato folclórico, se extravió el sujetador en mis aposentos. Aún lo guardo, no porque sea fetichista, sino porque albergo la remota esperanza de poder devolvérselo en persona algún día si consigo volver a encontrarme con ella.

Curiosamente, tras regresar a Euskadi al caserío de mis tíos, donde vivía temporalmente, opté por alquilar vía telefónica un piso que no había visto. Samanta me llamó entusiasmada desde la agencia cuando le entró un apartamento que inmediatamente reservó pensando en mis necesidades. No me

dio tiempo a sopesarlo: me envió unas fotos del complejo, de la vivienda, de los jardines, de ella en *topless* recordándome que tenía algo que le pertenecía... Señaló la situación en un plano, me aseguró que era tranquilo y negoció un precio al mes excepcional. No pude negarme.

- - - - -

La semana siguiente, algo más situado en mi nueva ciudad, me apunté a un gimnasio cercano que me pareció adecuado. Sencillo en equipamientos, pero bastante bien cuidado y limpio, virtudes que valoro por encima de otras

muchas. Fui recorriendo las poblaciones cercanas para ir conociéndolas, claro estaba, cuando cumplía con los requisitos de la academia de la comisaría en las pruebas y tests que tenía día sí y día también.

Los días de sol eran cada vez más largos, el clima delicioso sin calores sofocantes (más bien fresquito al anochecer), bastante turismo extranjero que comenzaba a llegar en continuo goteo y yo estaba francamente entusiasmado con mi actual destino y la reciente casa, en espera de incorporarme de facto a la Brigada Provincial de Policía Judicial de la Policía Nacional.

2. MÁLAGA

Lunes, 30 de abril de 2018

Decidí dejarme por esas fechas una barbita fina de las de tres días sin afeitar, pero arreglada (no me sale mucho bello de golpe afortunadamente), y llevaba el cabello bastante corto, al dos recién pasada la rasuradora. A primera hora me había duchado, aseado convenientemente y completé el ritual tomado un desayuno generoso a base de café bien cargado, un par de tostadas untadas en aceite de la zona, tomate de Murcia y un poco de jamón ibérico de

Huelva. Se me olvidó comprar la víspera unas naranjas de zumo por lo que me tuve que conformar con beberme un vaso grande de agua que viene siempre bien tomarlo en ayunas para depurar e hidratar el organismo.

Me había vestido con un pantalón vaquero un poco roto, como se llevaban, pero sin pasarme; un polo elegante con cuello aunque con las mangas algo cortas para lo que buscaba, porque dejaban entrever con bastante generosidad los tatuajes de mi brazo, cuando lo que pretendía en mi primera entrevista con los superiores era pasar un tanto desapercibido a estímulos visuales que pudieran causar desasosiego (mi calavera mexicana con una serpiente que salía de su boca esquivando una rosa negra no era digamos un «amor de madre»). De todas maneras, no tenía tiempo, ganas, ni fondo de armario suficiente para encontrar otra camiseta mejor, así que opté por dejármela puesta. Al fin y al cabo, destacaban en ella mis pectorales convenientemente ejercitados con generosas horas de gimnasio.

La verdad es que estaba más nervioso que un flan. Ni en mi época de estudiante universitario, cuando iba a exponer algún trabajo en público desde la tarima para subir la nota media del curso, me había llegado a poner tan tenso. Quería causar una buena impresión al comisario. Por lo que sabía de él, según mis averiguaciones, se trataba de un hombre afable y comprometido, aunque exigente en el trabajo y dado a volverse un poco paternal con su equipo.

Antes de salir me rocié con un poco de colonia de hombre de marca y aroma fresco, de las del Corte Inglés que valen una pasta. Miré por última vez al espejo, me vi bien, resoplé y bajé a por mi inseparable furgoneta para

dirigirme al centro de la capital andaluza.

Llegué a la Comisaría Provincial de Málaga con bastante antelación, tal y como me gusta desde siempre (a veces de manera un tanto enfermiza, pero prefiero esperar y examinar el lugar que andar a la carrera. Probablemente influya en eso mi trabajo como investigador). Como el sitio disponía de un *parking* interior para los empleados, enseñé mi acreditación y el policía encargado me abrió la barrera refunfuñando un poco e indicándome la necesidad de conseguir la tarjeta de acceso para los trabajadores del centro. Al final me sobraba casi media hora, así que opté por pasear alrededor de la jefatura situada en la plaza dedicada al insigne político, escritor y presidente de la Segunda República, Manuel Azaña.

El edificio de dimensiones imponentes, rodeado en su frontal por un atrio de columnas y coronado en la parte alta por un helipuerto y una torreta de comunicaciones, disponía de cuatro alturas contando la planta baja. Unos jardines bien cuidados, aunque a mi juicio un poco secos en algunos puntos, decoraban todo el perímetro y el centro de la plaza en donde una escultura extraña hecha con losas de piedra superpuestas, a modo de barco, sostenía el nombre y el escudo policial. Ante ella, un firme mástil portaba en su cénit una bandera española un tanto descolorida por el intenso sol reinante que se negaba a ondear ante la escasez de viento en esos momentos. Una mujer amamantaba a su hijo sentada en un banco a la sombra frente a la enseña nacional. Junto a la madre, un portabicis de acero inoxidable tenía anclada en uno de sus aros una bicicleta a la que le habían sustraído la rueda delantera; algo que me hizo sonreír pensando que hay que tener valor para robar delante de la propia policía.

El cuartel neurálgico, además de ser la sede de la PN de Málaga, albergaba la comisaría oeste de la ciudad, que contaba asimismo con otras tres en el centro, norte y este. La provincia disponía también de delegaciones en Antequera, Estepona, Fuengirola, Marbella, Ronda, Torremolinos-Benalmádena y Vélez-Málaga; todas ellas adscritas a las dependencias policiales de Andalucía oriental junto a las de Granada, Almería y Jaén.

Me sorprendió el numeroso grupo de personas que hacían cola parapetadas del sol para renovar el DNI o los pasaportes de cara a viajes veraniegos, así como la fila claramente dirigida a la sección de extranjería para realizar gestiones burocráticas orientadas a conseguir permisos de residencia y de trabajo.

A las nueve menos cinco minutos entré por la puerta principal. El recinto interior era muy grande, tremendamente amplio. A un lado estaba la sección administrativa de atención al ciudadano. Al otro lado, una puerta acristalada conducía a la zona de denuncias, donde varios agentes tomaban nota y redactaban informes a los residentes que así lo requerían desde unas mesas aisladas del barullo general que se respiraba. Un poco más al fondo varias *chonis* montaban cierta algarabía ante la mirada atenta de dos policías uniformadas que las sujetaban del brazo. Por el lado derecho, varias plantas tropicales tapaban la visión de una zona del recinto que parecía de uso interno.

Me dirigí al mostrador central. El suelo de baldosas de granito que imitaban un mármol marrón jaspeado brillaba convenientemente pulido. Un uniformado me atendió con cierta desgana al notar que me acercaba:

—Estoy citado con el comisario Herrero-Maes a las nueve en punto. —
Le enseñé mi convocatoria previa además de los papeles de la aceptación en
el cuerpo de la Policía Nacional que llevaba junto al extenso taco de
formularios, pruebas y demás requisitos superados en las jornadas previas—.
Vengo a incorporarme a la judicial.

—¡Anda! Tú debes de ser el nuevo que andamos esperando para
reforzar la unidad. —Parecía que la cara se le había iluminado de pronto—.
Eres vasco, ¿no? Y vienes de la Ertzaintza me han dicho.

—Ajá —confesé sin mucho énfasis, ya que soy poco proclive al
cotilleo puro y duro.

—Espera un momento que lo llamo y le digo que ya estás aquí. O mejor
vete subiendo por la escalera principal mientras le aviso. —Señaló hacia una
escalinata bastante amplia con dos pasamanos—. Es en el primer piso.

—Gracias —contesté al agente mientras me encaminaba a la planta
superior con la impresión de que todos los funcionarios que había alrededor
me miraban.

Al llegar arriba fue aún peor. Allí estaba la oficina típica de investigación con un montón de mesas, compartidas muchas de ellas, en la que los policías tanto uniformados como de paisano se centraban en las tareas encomendadas con aparente interés. Mi entrada fue triunfal. Según puse un pie en el ala, se hizo el silencio y la totalidad de los efectivos se me quedaron mirando durante unos segundos que me resultaron interminables. Hay quienes lo hacían con cierto recelo, otros con indiferencia y un par de agentes femeninas la verdad es que me sonrieron cordiales.

Pregunté por el despacho del comisario a la primera persona que me encontré en el pasillo, un tipo alto, moreno y con patillas al estilo bandolero de José María Hinojosa *el Tempranillo*, pero fue innecesario. Una puerta acristalada se abrió y un hombre de unos sesenta años largos, fuerte, tirando más bien a obeso, de altura media y calva prominente en la frente y en la coronilla se dirigió hacia mí moviendo la mano extendida como si dirigiera el tráfico.

—¿Usted es Aitor Etxarreta?

—Etxeazarreta —le corregí mientras apretaba su mano contra la mía.

—Es que tienen unos nombres ahí arriba que no hay quien los pronuncie... —se disculpó afable. Yo sonreí sin decir nada—. Acompañeme a mi despacho, vamos a ponernos al día. ¡Y vosotros a trabajar! Que no se os paga para andar con tanto chisme todo el día —dijo en alto dirigiéndose al departamento en general y cayendo en un tópico de jefe al mismo tiempo bonachón y gruñón que yo pensaba que no existía más que en las películas policíacas previsiblemente malas de la sobremesa.

Al entrar detrás de él a su oficina, me llamó la atención una mujer uniformada muy morena, que, sentada sobre el pico de una de las mesas, me miraba con una sonrisa un tanto pícaro a mi parecer. Yo creo que estaba dándome un repaso en toda regla y, a juzgar por su expresión, físicamente al menos había aprobado. Bajé la vista prudente y cerré la puerta tras entrar en el despacho según me lo indicó el comisario. En una de las dos butacas colocadas ante su enorme mesa de pino, repleta de papeles y carpetas en un revuelo aparentemente controlado, había otro hombre sentado. Se levantó al verme y me estrechó también la mano con fuerza.

—Usted es el vasco, ¿no? —me disparó sin miramientos.

—Pues sí, supongo —confirmé—. Parece que lo llevo escrito en la frente...

—Lo esperábamos —añadió sonriendo mínimamente ante el comentario—. Soy Javier Estrada, el subcomisario encargado de verificar y supervisar su entrada en la brigada judicial y criminal. Voy a ser su inmediato superior a partir de este momento, por supuesto con el permiso de nuestro comisario, claro está —matizó mirando con pleitesía al máximo jefe.

Herrero-Maes tomó la palabra asintiendo:

—Me han hablado sus mandos vascos de la Ertzaintza muy bien de usted. —Levantó un informe que parecía ser el mío, dejándolo caer nuevamente en la anarquía de su mesa—. Parece que es un buen investigador, experto en perfiles y con amplia experiencia en criminalística. Justo lo que necesitamos. Andamos ahora un tanto escasos de personal especializado. —Miró a Estrada, que asintió como con tristeza—. Así que alguien como usted nos viene que ni bordado.

—Gracias, espero poder cumplir con sus expectativas —dije con sinceridad. Me encontraba a gusto y relajado. Mi nerviosismo inicial se había disipado como la niebla ligera.

—Pero ahora, de momento, lo primordial es ponerse al día con la realidad de nuestra provincia —continuó ignorando mi comentario—. Vamos a incorporarlo provisionalmente en Seguridad Ciudadana, en un indicativo dependiente de la sala del 091 que, para su conocimiento, se encuentra en el

piso superior. Es decir, va usted a empezar patrullando a pie de calle. Le hemos asignado un compañero que trabaja muy bien. Tiene una amplia experiencia de campo y de investigación. Será quien se encargue durante las próximas semanas de enseñarle cómo lo hacemos aquí, qué quiere la ciudadanía de nosotros y qué podemos ofrecer para dar una respuesta sobresaliente con los medios que disponemos en cada momento.

—Como se imaginará —intervino el subcomisario—, no solo investigarán los crímenes violentos. Deberá conocer las calles y principalmente las zonas de veraneo donde en breve nos llegarán más de dos millones de turistas a lo largo de los próximos meses. Quiero que patrullen por todos los lugares de nuestra competencia, donde tenemos comisarías propias, en un coche «Zeta», a pie y camuflados. Quiero que se empape de la realidad malagueña para poder hacer mejor su trabajo. ¿Ha entendido?

—Por supuesto —respondí medio sobresaltado ante la retahíla de instrucciones que me acababan de dar a dos manos en un momento.

La verdad es que no había asumido que la Costa del Sol es uno de los lugares con mayor número de turistas tras Cataluña y las islas. Y he de decir que no me parecía una mala idea patrullar por los pueblos costeros para conocer su modo de vida y sus gentes, además, claro está, de sus irremediables delitos.

—Evidentemente —continuó Estrada—, si surgiera la necesidad de hacer alguna investigación, también la realizará a la par de su otro cometido. De hecho, su binomio tiene conocimientos de criminología, aunque no ejerza de facto en la Judicial. ¿Se ve usted capaz de todo ello, agente Etxeazarreta?

—Creo que sí —respondí medio convencido. Tampoco era cuestión de hacer de todo y hacerlo mal. Mejor ir algo más despacio, pero pisando con seguridad.

El comisario Herrero-Maes se incorporó como con cansancio apoyando las manos en la mesa, dando posturalmente por zanjada la conversación:

—Ahora le presentarán a su pareja de investigación. Después, vaya a la cuarta planta, a recursos humanos y también abajo, al sótano, a la sección de vestuario a que le den un uniforme nuevo, su placa con su carnet profesional y el arma reglamentaria. El reconocimiento médico creo que ya lo ha pasado ¿no es así?

—Sí, así es —respondí recordando los análisis y las pruebas de la semana pasada en la mutua. Todavía me molestaba el pinchazo que un auxiliar en prácticas me perpetró en el brazo izquierdo ante la mirada de desesperación de la enfermera supervisora.

—Pues no hay más que hablar. —Me estrechó de nuevo la mano con igual intensidad—. Bienvenido a nuestro humilde hogar. Espero que todo le resulte de su agrado. Si necesita algo que el subcomisario Estrada no pueda solucionarle, cosa que dudo —rio dejando clara la cadena de mando—, ya sabe dónde me tiene.

—Por supuesto, un placer, señor comisario —deshizo el apretón y me levanté dispuesto a salir para seguir al subcomisario hacia mi destino inmediato. Cuando Javier Estrada cerró la puerta del despacho, apoyó la mano en mi espalda para guiarme a un lado de la planta. Vi de nuevo a la morena uniformada de sonrisa alegre sentada, ahora sí plenamente, sobre una de las mesas.

—Inspectora García, me complace presentarle a su nuevo compañero —resolvió el subcomisario dirigiéndose a ella—: es el inspector que nos llega de la Ertzaintza, Aitor Etxarraeta

—Etxeazarreta —aclaré de nuevo.

—Bueno, *el vasco* —Rieron todos los que estaban cerca menos ella, que ahora me escrutaba seria.

Se levantó con un ágil impulso del improvisado asiento ofreciéndome la mano. La miré de cerca mientras se la aceptaba gustoso. Era morena, muy morena, con el pelo largo y oscuro como el tizón, recogido en una coleta enfilada hacia arriba. Abarcaba una mirada limpia, clara, desde unos ojos negros grandes muy expresivos, bien abiertos. Daba, en una primera impresión, seguridad y confianza. Tenía la cara redonda con las mejillas levemente sonrosadas, donde unos pómulos suaves resaltaban todo el conjunto. Las pestañas largas, la nariz pequeña y un poco respingona. Parecía sacada de un cuadro de Julio Romero de Torres plagado de refinamiento y embrujo andaluz. Mediría un metro setenta, más o menos, rondaría los treinta y pocos años, se la veía en perfecta forma física y el uniforme le quedaba como un guante. Me quedé plantado como un gilipollas contemplándola, incapaz de articular palabra.

—¿Me la devuelves? —rogó ella al poco rato, con un marcado acento del sur.

—¿Qué?

—La mano —aclaró mirando la mía, que continuaba aferrada a la suya negándose a dejarla ir.

—Perdona. —Me ruboricé levemente liberando la presa—. Soy Aitor Etxeazarreta.

—Ya, ya lo he oído hace un segundo, en la presentación previa. Yo me llamo Carmen. —Sonrió alegre y nuevamente me disipé de la realidad. Mi compañera iba a ser esa chica simpática y preciosa. No me lo podía creer. El día mejoraba por momentos—. Te acompaño a la que será nuestra mesa de trabajo —continuó—, y luego bajamos al vestuario, para que te pruebes el uniforme, ¿vale?

—Cuando estén preparados y situados quiero que le entregue los protocolos que utilizamos y los manuales básicos operativos —intervino el subcomisario desde mi espalda dando de nuevo los mandamientos oportunos. Me provocó cierto sobresalto, pues pensaba que ya no estaba allí—. También que lo ponga al día en los formulismos de actuación usados con los indicativos desde sala. Quiero, asimismo —continuó incontestable—, que se pase por la Brigada Judicial en la tercera planta para hacerse una idea. Hoy por la mañana deberá centrarse en las cuestiones burocráticas. Una vez hayan comido, por la tarde ya, cogen un coche patrulla y se dan una vuelta por la ciudad; así le muestra donde tenemos ubicadas las otras tres comisarías urbanas.

—De acuerdo, subcomisario —respondió ella con aseveración—. Así lo haremos. Entiendo que en cuanto al horario...

—Será el suyo. Lógicamente tendrá la misma agenda laboral y de turnos que usted mientras formen equipo. Ya se lo voy a comunicar a los de recursos humanos. Por cierto, no está de más que se pase también por allí arriba por si necesitan algún dato adicional.

—Sí, señor. Así lo haremos. Vamos, sígueme —me apremió mientras avanzaba por el pasillo.

El discurso de Estrada me había dejado agotado. La lluvia intempestiva de mandatos y prerrogativas lograron desquiciarme. Avanzaba por el pasillo detrás de Carmen. La contemplé moverse como allí se dice «con gracia y salero» yendo hacia el fondo del departamento buscando los ascensores. Su pantalón azul muy oscuro, casi negro, tipo cargo con bolsillos exteriores y bien entallado, marcaba unos glúteos firmes, redondos y bien torneados. En la parte superior del polo, junto a la palabra «policía» tres trazos discretos representaban los colores de la bandera de España. Me sorprendió verla en lugar de la ikurriña, a la que estaba acostumbrado portar en el uniforme habitual.

Antes de detenernos brevemente en la que iba a ser nuestra zona de trabajo, se volvió para esperarme:

—¡Venga, hombre! Que no se diga; que eres de Bilbao...

Sonreí y me coloqué a su par. No sé por qué, pero a mí los uniformes siempre me han *puesto* mucho...

Viernes, 4 de mayo de 2018

La semana había transcurrido de manera fulgurante como un rayo inducido de Tesla, sin haberme enterado tan siquiera. El fin de semana nos tocaba librar, como rezaba el calendario de mi nueva compañera Carmen. Estábamos patrullando uniformados a pie por el paseo marítimo de Marbella,

muy tranquilo en esos momentos de la tarde. Corría una suave brisa desde el Mediterráneo que se antojaba un tanto fresca y, aunque íbamos ambos en camisa de manga corta, estoy seguro de que mi pareja no hubiera dicho que no a un jersey fino por la piel de gallina que le afloraba a ratos en los brazos.

Todavía recordaba el lunes estresante en la Comisaría Provincial. Recorrí prácticamente todos los departamentos en un alocado sube y baja desde las profundidades del sótano donde se encontraba el material de guardarropa y armería hasta las alturas de la siempre saturada administración. Debido a cierto traspapeleo misterioso, los de la oficina de personal tenían mis datos bancarios a medias, aunque al menos ya estaba dado de alta en la Seguridad Social. Firmé los papeles que me pusieron delante sin mirarlos. Me coloqué el uniforme que me entregaron, aunque el pantalón tuve que cambiarlo porque se me caía (lo cual supuso un motivo más de regocijo para Carmen, que me acabó diciendo que me faltaba un poco de culo para rellenarlo). Me asignaron el número de carnet profesional 331211, que, como número en sí no tenía nada en particular, pero me resultó fácil de memorizar. Volví a firmar más papeles cuando en la armería me hicieron entrega de mi nueva arma, una Heckler & Koch USP Compact de 9 mm., exactamente la misma que llevaba en la Policía Vasca, lo cual no me supuso ninguna adaptación especial. Además, mi cargador adicional, comprado hace unos años en una famosa armería bilbaína, con el que siempre me gustaba ir acompañado, me seguía sirviendo sin problema.

De hecho, las pruebas de tiro practicadas las pasé con nota al

incorporarme al cuerpo y las repetí con sobresaliente estos días cuando volvía a realizarlas en compañía del sargento de armas. Incluso tuve mejor puntería que Carmen, pese a ser una excelente tiradora.

Acabé llevándome a casa varios manuales y guías de trabajo de la Policía Judicial de la PN que, aunque no variaban mucho de lo que ya conocía, tenían ciertas matizaciones legales diferentes. Finalizamos la jornada, como quería el subcomisario, patrullando durante un par de horas Málaga. Descubrí una bella ciudad, llena de color y de vida, además de padecer en mis propias carnes una conducción por parte de mi compañera un tanto al límite que terminó revolviéndome el estómago cuando decidió exprimir el coche patrulla para que fuera consciente de sus prestaciones.

El resto de los días fui acostumbrándome a los cambios y a los compañeros, a los que iba conociendo e intimando poco a poco. Salimos varias veces en nuestro coche K, un SEAT Altea blanco sin distintivos, que teníamos asignado cuando íbamos como inspectores de paisano. Recorrimos las poblaciones costeras y alrededores que dependían de nuestra jefatura. Las de interior las dejaríamos para más adelante, ya que los jefes querían que reforzáramos la seguridad en toda la zona turística de cara a los inminentes meses veraniegos.

También fui conociendo un poco más a Carmen García. Supe que era cordobesa de pura cepa y una absoluta aficionada al fútbol, que se regodeaba con la idea del próximo Mundial de Rusia, que para mí se acercaba amenazador en el tiempo como si de una de las siete plagas de Egipto se tratara.

Terminábamos nuestro turno ese viernes a las diez y ya tenía ganas de descansar. Estaba agotado. Dimos la vuelta casi al final del paseo marítimo marbellí para regresar en hora hacia donde habíamos aparcado el coche patrulla.

—Bueno —exclamó Carmen colocándose bien la gorra por la que le sobresalía de manera graciosa su coleta de pelo negro—, ¿qué tal tu primera semana en la policía de Málaga?

—La verdad es que muy bien —le respondí sincero—. Mejor de lo que me imaginaba y eso que venía predispuesto con buenas expectativas.

—Me alegro, *salao*, —sus expresiones unidas al acento andaluz con el

que las endulzaba me hacían siempre sonreír—. Yo también estoy a gusto patrullando contigo —contestó—. No sabía cómo ibas a resultarme, pero de momento también cumples las expectativas. Y además estás un rato cachas...

Volví a reírme, esta vez con carcajada incluida, lo que sorprendió a una pareja de turistas que pasaba a nuestro lado con un caniche blanco enorme, de los de peluquería semanal, que tiraba de la correa como un poseso sin saber muy bien hacia dónde.

—Tú tampoco estás nada mal, morenaza —le dije acercándome a su oído como si fuese a revelarle un secreto.

—Y dime —sonrió aceptando la broma—, ¿qué se le ha perdido a un ertzaina del País Vasco aquí en Andalucía?

—Quería cambiar de aires. —Su pregunta me pilló un tanto desprevenido.

—Ya. En serio. Uno no deja su vida, su casa, su familia, amigos y trabajo, aunque este sea similar, sobre todo si está bastante mejor pagado en las policías autonómicas. Tanto vosotros en el norte como los Mossos en

Cataluña tenéis unas nóminas bastante mejores, como te darás cuenta en cuanto cobres este primer mes completo trabajado.

Medité por unos momentos. Me detuve y subí la bota derecha sobre el murito de piedra que bordeaba todo el paseo, con la excusa de apretarme los cordones. Ella se me quedó mirando con los brazos cruzados y sus enormes gafas de espejo azul tipo policía norteamericana de tráfico. Me clavé el mango de la porra en las costillas al agacharme, lo que me hizo soltar un juramento. Carmen meneó la cabeza como negando lo que había visto.

—O no te apañas bien sorteando la defensa o mi pregunta te ha puesto nervioso —soltó al fin divertida.

—No me ha puesto nervioso —me justifiqué colocando el utensilio correctamente en el cinto—. El tema económico no me preocupa demasiado. Al fallecer mis padres y ser hijo único, he heredado todo: los pocos ahorros y el piso en Bilbao que pude vender recientemente, antes de venirme al sur. Y, sobre lo demás, no sé si me apetece hablar de ello.

—Como quieras. No lo decía por husmear en nada. Si tienes ganas de compartirlo en algún momento quiero que sepas que no ando por ahí con nadie en plan *bocachancla*. Seré cordobesa, pero para mí la Virgen de la Fuensanta y mi compañero son sagrados. Cada uno a su modo, claro, pero confío en ambos con plena devoción sin dudarle un instante.

—¿Eres creyente?

—Sí, mi alma. Devota de la virgencita y votante de Izquierda Unida, ¿qué te parece? —dijo riendo. Era imposible distinguir si hablaba en serio o en broma.

Un hombre apurado nos interrumpió la ronda. Sudaba pese al aire que corría con generosidad. Estaba pálido, con bastante mala cara.

—¡Agentes! —Nos solicitó a gritos aproximándose inquieto a nuestro lado—. Mi mujer se ha desmayado ahí mismo, en la tienda de ropa. Creo que está muy mal —explicó nervioso de manera atropellada.

Abandonamos la conversación y corrimos tras él hacia la *boutique* del otro lado del paseo, atravesando la carretera con premura. Yo saqué el teléfono móvil predispuesto a pedir una ambulancia lo antes posible. Carmen entró primera y se arrodilló junto a la mujer desfallecida, que se hallaba derrumbada de mala manera entre varios montones de ropa. No le apreciaba respirar ni tampoco le encontró pulso alguno. Se puso seria asumiendo el control de la situación:

—Es una parada —dedujo con seguridad—. Solicita una UVI móvil y luego ayúdame en las maniobras de resucitación —ordenó.

Obedecí al instante y, tras indicar a la sala del 091 lo ocurrido explicando los detalles circunstanciales, me dirigí a la dependienta que contemplaba horrorizada la escena sin saber qué hacer, para apremiarla a sacar a la gente de la tienda y cerrar las puertas a los curiosos.

A continuación, me arrodillé al lado de la víctima con el propósito de hacerle primero lo que denominamos «un barrido digital», consistente en introducir los dedos en la boca de la víctima con el fin de encontrar algo que pudiera obstaculizarle las vías aéreas. Después con una hiperextensión del cuello le facilité el paso del aire a los pulmones. Carmen ya masajeaba con ímpetu sobre el esternón a un ritmo frenético. Tras taponarle las fosas nasales con dos dedos haciendo una pinza, empecé a insuflarle aire al ritmo que requería el protocolo de emergencia para una RCP hecha entre dos personas.

3. BENALMÁDENA

Lunes, 7 de mayo de 2018

Empujé con decisión la pesada puerta acristalada con bordes de aluminio que daba acceso a la Comisaría Provincial. Aún era temprano, pero nuestro turno esa semana comenzaba a las siete de la mañana. Había poco movimiento en el edificio. Algunas patrullas acababan de regresar de sus rondas nocturnas e intercambiaban anécdotas entre ellos sobre el servicio realizado, mientras elaboraban los informes pertinentes. Cuando los compañeros me vieron pasar me saludaron con ímpetu:

—¡Fantástico, Aitor! Enhorabuena.

—Buen trabajo el del otro día...

Evidentemente se referían al incidente en la tienda de ropa de Marbella donde atendimos a la mujer que había sufrido un infarto, como después supimos por los sanitarios del 061 que acudieron en nuestro auxilio.

—Gracias —contesté levantando un poco la mano a modo de saludo—. Únicamente hicimos lo que debíamos...

Ascendí por la escalera rumbo a la primera planta subiendo los escalones de dos en dos. La verdad es que la noticia salió en toda la prensa malagueña. Los principales periódicos locales, así como los de ámbito regional, escribieron sobre «la rápida intervención de dos agentes de la Policía Nacional que salvaron la vida de una mujer inconsciente». Canal Sur, la televisión autonómica de Andalucía, nos mencionó de igual modo en un generoso reportaje que grabaron a pie de calle en la capital marbellí. Todos nos calificaban de héroes, aunque realmente tan solo hicimos nuestro trabajo. Sencillamente, tuvimos la suficiente suerte de atender la urgencia a tiempo, y

de que la RCP que practicamos funcionara de manual como para mantener con vida a la mujer el rato necesario hasta que llegara la ambulancia con el desfibrilador y el personal especializado.

Al entrar en la zona de trabajo surgieron los aplausos, ya previstos, de los camaradas que aguardaban mi llegada. Al fondo vi en nuestra mesa a Carmen sentada, con los brazos cruzados y una corona dorada de cartón de esas del Burger King para celebrar los cumpleaños de los críos. Ante ella había una caja con, al menos, un par de kilos de pastas de té. Como no podía ser de otra forma, me aposentaron a su lado colocando en lo alto de mi testa otra de las ridículas coronas de la cadena de hamburgueserías. Me dejé agasajar encantado mientras recibía las felicitaciones del grupo.

—¡Habéis dejado el pabellón bien alto! —exclamó Alberto, mientras José, su compañero en el turno de noche, sonreía alegre, pese a que aún permanecía en las dependencias policiales sin irse a descansar, con unas visibles ojeras marcadas y extensas.

—Muy bien —añadió Sandra, otra oficial de servicio, guiñándome un ojo perfectamente pintado.

—¿Y esas pastas? —pregunté yo, tratando de derivar la conversación hacia otros derroteros, pues comenzaba a abrumarme sobremanera ante tanta adulación.

—Son del marido —intervino Carmen empujando el paquete rebosante de dulces hacia mi posición—. Las ha enviado como agradecimiento. Ayer a última hora de la tarde sacaron a su mujer de la UCI y la pasaron a planta. Se encuentra estable y fuera de peligro, aunque deberá vigilar el ritmo del corazón a partir de ahora.

El teléfono de mesa lanzó un zumbido de aviso acompañado de una luz intermitente. Indicaba una llamada interna. Carmen contestó.

—Sí, señor. Ahora mismo vamos. —Me hizo una seña con la cabeza a la par que se quitaba la corona de cartón levantándose de la silla—. Es el comisario. Quiere vernos en su despacho.

Entramos sin llamar. El rostro de Herrero-Maes estaba tenso. El subcomisario Javier Estrada disponía de un par de días libres, por lo que el jefe supervisaba directamente todas las novedades que entraban en comisaría relacionadas con nuestros cometidos.

—En primer lugar, deseo felicitarlos sinceramente —dijo, poniéndose en pie y estrechándonos las manos con un rápido y flácido apretón de manera

casi protocolaria—. Han dejado en muy buen lugar el cuerpo de Policía Nacional de Málaga, y muy especialmente a esta comisaría. La prensa se ha hecho eco de ello y ya he recibido una notificación de las altas esferas dependientes del Ministerio de Interior. —Agradecemos el cumplido con cortesía—. Pero ahora debemos ocuparnos de nuestro trabajo —continuó con rictus duro poco halagüeño—. Acaban de requerirnos desde nuestra comisaría de Torremolinos-Benalmádena. La Policía Local ha acudido a una llamada del jardinero de un complejo de apartamentos junto al paseo. Parece ser que un turista borracho ha intentado hacer *balconing* desde su terraza en el segundo piso y ha terminado estampado contra el suelo. Está muerto. El forense va de camino. Diríjense para allá de inmediato y háganse cargo de la investigación. Tenemos dos patrullas nuestras en el lugar a la espera. Actuarán como parte de la Policía Judicial —dijo mirándome de soslayo provocando complicidad—; de esta forma se familiarizará por primera vez con el trabajo de campo, como me ha indicado Estrada que hagamos si surge la oportunidad. En estos momentos la Científica también marcha hacia allí. Tomen la dirección.

Alargó un papel donde previamente había anotado con su propia letra la calle y el nombre del complejo residencial. Se lo cogí yo. Me pareció al leerlo que tenía una caligrafía bonita y clara, no como la médica que me atendió en la Mutua, a la cual no había quien le descifrara lo que escribía a mano... A buen seguro, de haber vivido en otra época anterior, mi doctora podía haber servido perfectamente en la Segunda Guerra Mundial como operativo de la máquina de cifrado Enigma.

—Sí, señor, vamos disparados —respondió Carmen con decisión, empujándome literalmente hacia la puerta. Creo que tenía ganas de atender un caso diferente al patrullaje normal.

—Inspector Etxeazarreta —(parecía que se había aprendido al fin mi apellido)—, tiene ahora la oportunidad de emplearse con un buen informe, aunque el caso no sea nada extraordinario...

—Nunca se sabe, comisario —respondí mientras era arrastrado con premura por mi compañera fuera del despacho.

- - - - -

Se había empeñado en conducir ella pese a que yo conocía la ubicación del punto del incidente con precisión, pues quedaba relativamente cerca de mi apartamento. Acostumbraba a pasear y a correr con cierta frecuencia por el paseo marítimo que une las localidades de Torremolinos con la cercana Benalmádena, pasando por tanto por delante del lugar del suceso, edificado en medio del trayecto, más o menos.

—Tu conduces como un dominguero, ya te he visto patrullar la semana pasada —me espetó sin miramientos—. Pon el pirulo y abróchate el cinto...
—Sus palabras me sonaron como las últimas voluntades.

No andaba muy equivocado. Coloqué con cierta dificultad el rotativo imantado sobre el techo del SEAT Altea camuflado, que a punto estuvo de caérseme por la ventana tras la veloz salida del aparcamiento. Mi compañera manejaba con destreza el automóvil, pero como una chiflada según mis parámetros de normalidad y seguridad vial. Iba descabelladamente rápido, zigzagueando entre el tráfico, cambiando los diferentes tonos de la sirena... Por un momento pensé en vaciar el desayuno por la ventanilla. Lamenté haberme comido un par de pastas de té en la comisaría antes de salir.

Llegamos en menos de quince minutos. Casi antes que el médico forense, pese a que nos llevaba media hora de adelanto desde el aviso.

Carmen aparcó sobre un seto de la calle anexa a la entrada principal. Por un momento entendí al papa de Roma, cuando lo veía besar el suelo de manera anecdótica en los reportajes televisivos al descender de un avión.

Al otro lado de la travesía destellaban las luces azules de los coches de policía de nuestra comisaría zonal y de la Policía Local. Una ambulancia amarilla y grande del 061 esperaba paciente ante la puerta de acceso mientras, apoyado en el frontal, uno de los sanitarios se entretenía jugueteando con su teléfono móvil. De inmediato, el aire del mar con su olor salado me sentó bien, haciéndome olvidar poco a poco el mareo.

Entramos en el conjunto de apartamentos enseñando nuestra identificación a los compañeros de la Policía Nacional, que se habían hecho cargo del control de acceso al recinto. Carmen conocía de vista a alguno de ellos. Los tres bloques que lo componían tenían forma de «U» enfocando al Mediterráneo, de manera que todos tenían vista al mar desde sus balcones o ventanas, en mejor o peor manera. En el centro del dibujo había varias piscinas separadas por setos gruesos y multitud de flores. Un agente nos condujo a la más alejada del paseo, próxima a la zona curva. Allí, arrodillado junto a un cuerpo sin vida, se encontraba un hombre menudo, con gafas y de unos treinta años, a juzgar por su apariencia.

—Hola, Rafa, ¿qué tenemos? —saludó la inspectora García al médico especialista en medicina legal.

—¡Ah!, hola, Carmen, maja —respondió el individuo de manera afable incorporándose. Estaba claro que se conocían y habían coincidido unas cuantas veces; de hecho, daba la impresión de alegrarse bastante al encontrarse nuevamente con la agente femenina. Me miró sorprendido. —¿Este es el vasco? —le preguntó finalmente con cierta curiosidad.

—Sí, es mi compañero, el inspector Aitor Etxeazarreta, pero no intentes repetir el apellido o se te trabará la lengua.

Los dos rieron la tontería. El forense hizo amago de darme la mano, aunque se percató de que llevaba los guantes de látex puestos con restos de sangre, así que optó por subir las cejas y levantar la cabeza como gesto de cortesía. Comprobé entonces que su rostro aparentaba al menos diez años más. Sería de mi quinta probablemente.

—Un placer, inspector.

—Igualmente —contesté mientras me colocaba yo también unos guantes de vinilo (me gustaban más que el látex, el cual terminaba dejándome un leve sarpullido a modo de alergia causal si lo mantenía mucho tiempo en contacto con la piel).

—Todo apunta a que intentó hacer diana en la piscina desde la habitación. —Señaló con el dedo al bloque principal, en donde un agente local nos observaba asomado al balcón del segundo piso, desde el que supuestamente había saltado el difunto.

Me di cuenta en ese momento de la cantidad de turistas curiosos que nos prestaban atención desde sus respectivas habitaciones. Aquel lugar de descanso y recreo se había convertido en un macabro parque temático de terror donde nuestra presencia, a modo de actores improvisados en el espectáculo, contribuía a crear aun más morbo alrededor.

—Y da la impresión de que no acertó precisamente en el blanco —concluyó Carmen categórica.

—Eso parece. Ha fallecido por una fractura craneoencefálica severa, como puede verse —prosiguió Rafael mostrando un cráneo abierto en dos como un coco. Alrededor había desparramado líquido cefalorraquídeo y abundante sangre, casi toda coagulada—. Calculo que murió aproximadamente a eso de las tres o las cuatro de la madrugada, viendo el *rigor mortis*. En el examen toxicológico tras la autopsia lo veremos mejor, pero huele generosamente a alcohol etílico.

—¿Quién lo ha encontrado? —pregunté.

Un policía local próximo a nosotros, que custodiaba la zona con celo observándonos atentamente, se acercó al oírme:

—El encargado de cuidar los jardines y las piscinas —dijo—. Vino a trabajar a eso de las seis y media de la mañana. Cuando se cambió y salió al jardín, lo encontró de esta manera y nos avisó. Lo tenemos en la recepción esperándonos por si quieren hablar con él. También la acompañante del muerto está aquí. Parece que dormía profundamente y no se enteró de nada hasta que la despertamos nosotros. La custodian sus compañeros dentro de la ambulancia. Se encontraba muy nerviosa además de con una fuerte resaca...

—Es lógico que entrara en pánico —respondió Carmen—. Voy a interrogarla en caliente antes de que se la lleven al hospital. ¿Te quedas tú examinando la piscina? —me preguntó levantando las cejas.

—Sí, sí. Vete —respondí centrándome. Mi mente empezaba a procesar los datos que el lugar proporcionaba por todos los lados hacia donde dirigía la vista.

—Luego vengo a buscarte y subimos al piso, ¿ok?

Ya no le contesté. Llamaban mi atención varios detalles extraños que no cuadraban dentro de una estupidez tan grande como era saltar desde un balcón cualquiera a la piscina. Me agaché junto al muerto. Era bastante grande, más bien un poco obeso. Probablemente pesaría cerca de los cien kilos. Tenía a simple vista una muñeca dislocada y fracturas abiertas bien visibles en el cúbito o el radio del otro brazo. Lo palpé con cautela por la cintura y examiné las piernas.

—No parece que haya roturas en las extremidades inferiores ni en la cadera —le sugerí al forense.

—Yo tampoco las he notado en principio. Puede que por dentro esté reventado, pero los huesos en esas zonas aparentemente se presentan intactos. Tal vez encontremos luego alguna fisura en las radiografías.

—Es raro.

—¿Por qué? Se lanzó de cabeza y aterrizó con ella. La parte inferior no

sufrió mucho.

—No me encaja.

Calculé la distancia desde la pared del edificio hasta la piscina. Era de unos ocho metros. Insuficiente para que un hombre tan pesado llegara haciendo una parábola de cabeza desde una altura tan baja como ese segundo piso. Lo más seguro, dentro del sinsentido de la acción, hubiese sido catapultarse con las piernas, cogiendo mayor impulso desde el borde del balcón, para intentar aterrizar de pie en el agua. Pero eso hubiese supuesto, al no alcanzar la meta, fracturas múltiples de fémur, tobillos, cadera y piernas por varios sitios debido al impacto de su parte inferior contra el suelo.

Carmen apareció moviéndose rápido como siempre. Tenía cara de frustración.

—¡Qué fugaz has sido en tu interrogatorio! —le dijo Rafa, al que se le iban los ojos tras sus gestos.

—¡Bah! —protestó ella—. Son del este de Europa y la chica no habla una mierda de castellano. Parece muy joven, tendrá unos veinte años, calculo.

Hemos chapurreado en inglés cuatro cosas, pero entre que estaba nerviosa, con una resaca cojonuda, y que tampoco dominaba bien el idioma, me he quedado con las ganas. Solo he descubierto que se llama Sofía. Les he dicho que se la lleven para urgencias. A ver si luego conseguimos un intérprete.

—¿Has movido el cadáver? —le pregunté a Rafa presuponiendo la respuesta de antemano.

—No, claro que no. Si no es imprescindible me gusta esperar a los de la Científica o a vosotros. ¿Queréis manipularlo para ver algo? Ya he sacado las fotos.

—El cuerpo ha sido como girado levemente hacia un costado después de llegar hasta aquí. Mirad las manchas de sangre de ese lado —señalé una parte del césped—; las salpicaduras desaparecen ahí. Algo las ha borrado pasando por encima.

—O pudo rebotar —sugirió Carmen.

—Puede que sí, aunque es improbable que fuera de esta manera tan precisa. Vamos arriba —sugerí preocupado—, quiero ver la habitación.

Subimos hasta el segundo piso una vez intercambiamos unas breves palabras con el encargado del recinto que se topó con el desagradable incidente. El hombre nos dijo que no había desplazado ni tocado nada. Explicó nervioso que justamente se acercó para ver si estaba bien, pensando en que era otro de esos turistas borrachos acostumbrados a dormirse en el jardín. No le fue difícil deducir que había muerto, viendo el aspecto de su cabeza. Llamó a la policía y esperó paciente. Por respeto a los demás residentes tapó el cuerpo con una sábana contaminando en parte la escena y tal vez barriendo un poco la sangre por un lado, como yo deduje; nunca lo sabríamos ya.

El apartamento de la víctima era pequeño. Constaba de un baño, una cocina americana diminuta y un salón comedor dormitorio todo en uno, con sofá-cama de matrimonio abatible. Por lo demás parecía que había sufrido el paso de un tsunami de proporciones épicas: la ropa estaba tirada por las sillas y el suelo. Había restos de pizza en la pequeña cocina, sobre la mesa, los muebles y en la cama, ensuciando de grasa y queso la colcha. Varias botellas vacías de ginebra y Schweppes de limón se apilaban en una papelera rebosante que pedía a gritos un vaciado. Había un olor entre rancio y mugriento entremezclado con hachís que resultaba francamente desagradable. Un tanga color carne colgaba de una lámpara en la mesilla. Había condones desempaquetados bajo la butaca.

El policía que seguía en el balcón nos saludó.

—¡Estos tíos son unos auténticos marranos! —exclamó mi compañera haciendo una mueca de asco al echar un vistazo superficial al conjunto.

—Eso parece —dijo el agente haciéndose el simpático al verla. Cometió la torpeza de apoyarse en la barandilla de la balconada sin guantes protectores.

—¡Apártese de ahí, joder! —le grité cabreado—. ¡Está contaminando el puto escenario! —El policía local se retiró asustado—. Ahora debemos descartar sus huellas cuando analicemos el borde metálico. En cuanto lleguen los de la científica, encárguese usted mismo de que se las tomen para poder eliminarlo como sospechoso. ¿Será capaz?

—Sí... sí, señor —dudó tembloroso ante mi rapapolvo, tal vez excesivo—. No he tocado nada más, se lo juro —terminó justificando mientras salía al pasillo y quedaba haciendo guardia en la puerta—. Si me necesitan para algo estoy aquí fuera.

—Jo, tío, que carácter —exclamó Carmen arqueando las cejas sorprendida.

Lancé un gruñido indefinido dirigido a ambos. Continué la exploración visual de la sala mientras mi compañera indagaba en el baño. Las sábanas de la cama contenían a simple vista restos de todo tipo de fluidos y pelos. Me asomé al balcón. Mostraba un panorama bonito. Al fondo el mar calmado, sereno. Debajo estaba la piscina ajetreada. Vi llegar a los compañeros de la científica y acercarse al forense.

—Hay Trankimazin en el botiquín como para dormir a un regimiento —me informó Carmen asomándose desde la puerta del aseo—. Vaya vistas más chulas... —resopló mirando hacia el paseo a través del hueco que el balcón abierto permitía otear—. Se van a aburrir de sacar huellas en este cuarto; no tenemos nada que hacer. Si en el pasamanos salen las del muerto, que saldrán, no te quepa duda, la cosa queda más o menos clara.

—No sé. Tal vez tengas razón, pero hay algo raro...

Escapamos de nuevo a la escalera cuando llegaban los compañeros de criminalística embutidos en sus monos blancos de trabajo. Les insistí en lo de la balastrada avisándoles de la huella del policía para descartar. Les pedí una exploración del apartamento lo más exhaustiva posible, lo que provocó en el equipo una especie de risotada irónica que no se molestaron en disimular.

—¿En serio? —me dijo Alberto Hernández uno de los técnicos policiales más veteranos del departamento de análisis de pruebas—. ¿Todavía crees en los milagros?

Su comentario me disgustó, pero era evidente que aquella vivienda acumulaba tal cantidad de huellas y restos orgánicos que los resultados no ayudarían gran cosa en la investigación.

—Estaba borracho y se lanzó —insistió mi compañera mientras bajábamos los escalones de las dos plantas—. No pensó ni en cómo saltar, ni probablemente calculó la distancia a la que se encontraba, por eso lo hizo de cabeza.

Al llegar de nuevo al jardín junto a la enorme piscina casi olímpica, se habían congregado un buen número de curiosos en torno a la zona vallada. Elena Gutiérrez, otra de los miembros del equipo de investigación forense, tomaba muestras de las uñas del cadáver tras fotografiar palmo a palmo el lugar. Nos saludó con una tímida sonrisa ruborizándose levemente. Era de las más jóvenes del equipo, pero muy concienzuda, a juzgar por la delicadeza como actuaba. Me cayó bien. Le rogué que examinara el jardín, aunque no supe decirle lo que buscaba.

—¡Joder!, la jueza Alina viene a levantar el cadáver, se ve que le ha pillado de camino hacia los juzgados —me avisó Carmen dándole la espalda a la magistrada en su trayectoria hacia nosotros y mirándome de frente—. Es una de las más influyentes en todo Málaga y alrededores, así que ándate con cautela. Tiene bastante mal talante, aunque eso me da igual, no tengo pensado irme de copas con ella. Yo particularmente no tengo queja de sus procedimientos, es una buena profesional. Y, por cierto —advirtió muy seria—, ten mucho cuidado con lo que dices, porque lee los labios desde lejos...

—¡Anda, vete a vacilarle a otro! —le respondí sonriendo convencido de que me tomaba el pelo como a un pardillo novato.

Me fijé con detenimiento en la mujer de unos cincuenta y tantos años que se acercaba hasta nuestra posición junto al cadáver. Iba vestida con chaqueta tipo *blazer* azulona, de corte casual, botones metálicos y bolsillos de parche. Bajo la chaqueta marinera una blusa blanca luchaba por no transparentar demasiado y enseñar más de la cuenta. Conjuntaba todo con una falda tubo en gris marengo. Calzaba unos tacones altos que la hacían caminar con cierta dificultad por el césped. El pelo rubio lo llevaba recogido en un moño.

El conjunto me recordaba en parte a los elegantes uniformes de las auxiliares de vuelo en las grandes compañías aéreas de prestigio.

—Es atractiva y elegante —susurré por lo bajini.

Cuando la magistrada llegó a nuestra altura, mi compañera se giró para recibirla. Ambas se tendieron la mano. Ya se conocían.

—Buenos días, inspectora García —la saludó mientras me miraba a los ojos expectante—. Usted debe de ser la nueva incorporación, ya famosa incluso para la prensa: el inspector Etxeazarreta de la Ertzaintza, ¿no?

—Sí, señoría —contesté confundido. Se sabía mi nombre y estaba al tanto de la intervención del otro día en Marbella. Era evidente que le gustaba estar bien informada de los cambios que ocurrían en su jurisdicción, y los que concernían a la policía, especialmente a la judicial, eran parte de los mismos.

—Soy la jueza Marisa Alina. Un placer conocerlo —desveló protocolaria. Abandonó mis pupilas para enfocar directamente a las de Carmen—. Díganme, ¿qué tenemos?

Mi compañera explicó lo que supuestamente había ocurrido, aunque

insistió en las pequeñas incógnitas que parecían acompañar circunstancialmente el caso. Le sugirió que probablemente el informe completo forense tras la autopsia, las pruebas periciales y el testimonio de la acompañante despejarían cualquier incógnita dejando el asunto resuelto. Le informó, de igual manera, que en este momento teníamos (me encantó que se incluyera conmigo en las dudas) ciertas incoherencias pendientes.

La jueza entabló después unas palabras con el forense (que se cuadró ante ella como un soldado al que pasan revista), ordenando el levantamiento del cadáver una vez concluyera la recogida de pruebas.

Regresó a nuestro sitio girando sobre sí misma a punto de torcerse un tobillo en el césped. —Hice el amago de sujetarla, pero ella me rechazó—. Se alisó la falda eliminando un pliegue que no se apreciaba en modo alguno y nos miró de nuevo a los ojos. Se quedó centrada otra vez en los míos:

—Espero que zanjen la investigación de manera efectiva y con cierta premura. No parece un asunto tremendamente complicado para un agente experimentado como usted. Ha de saber, si aún sus superiores no se lo han explicado, que tenemos amplios cometidos, muchos quehaceres y escaso personal, así que debe usted acostumbrarse a trabajar rápido además de bien, como he comprobado que es capaz al revisar su historial en la Policía Vasca. Espero que sea competente, inspector. No me gustaría sentirme decepcionada.

—Sí, señora —respondí sumiso.

—Y, por cierto, gracias —me dijo al marcharse.

—¿Por qué? —le pregunté según la veía alejarse de nuestro lado.

—Siempre resulta agradable que a una mujer madura la consideren atractiva y elegante...

Me quedé mudo.

—Te lo advertí —me regañó mi compañera con una sonrisita maliciosa mientras la magistrada iba hacia el coche oficial que la esperaba afuera—. Lee los labios. Lo aprendió de pequeña debido a un problema médico. Una extraña enfermedad relacionada con una infección severa estuvo a punto de dejarla sorda de por vida.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¡Que te follen, Aitor!

4. MÁLAGA

Sábado, 19 de mayo de 2018

Carmen y yo nos adentramos en el cuarto asignado para la exposición de pruebas y seguimiento de los casos abiertos pendientes de resolver. Era una sala amplia de aspecto triste con un par de mesas largas de trabajo, cada una de ellas a un lado del habitáculo de manera que se podían llevar tres o cuatro procedimientos de manera simultánea aprovechando su gran extensión. Las luces del techo, consistentes en un par de soportes que portaban antiguas barras fluorescentes, se hallaban todas embutidas en unas mamparas antiguas y

desgastadas en donde varias moscas yacían ingravidas, casi desecadas. La luz expelida creaba un ambiente blanquecino y pálido que contribuía a generar una atmósfera un tanto melancólica cercana a los tiempos de colegio.

El rincón asignado, en donde repasábamos el caso del hombre precipitado desde los apartamentos turísticos, estaba situado a la izquierda según se entraba. Habíamos reunido un buen número de pruebas testimoniales y las teníamos esparcidas sobre la mesa: fotos, declaraciones de testigos, datos de la Policía Científica y el informe preliminar del forense. Nuestro supervisor, el subcomisario Javier Estrada, nos había pedido sin más demora un informe completo del caso con las oportunas conclusiones para ese mismo sábado que acababa de empezar. Llevábamos demasiado tiempo sin cerrarlo y debíamos quedar libres, porque ahora existía un nuevo operativo asignado desde nuestros compañeros en la judicial que requería de la colaboración de todos los miembros posibles de Seguridad Ciudadana en disposición de ayudar.

Se trataba de una violación múltiple que había tenido lugar la noche anterior en una conocida discoteca malagueña. La víctima era una adolescente de catorce años a la que supuestamente drogaron para que no se resistiera. A continuación, según su desgarrador testimonio, fue llevada a los lavabos del local donde la forzaron brutalmente (como indicaba el informe del médico forense que más tarde la atendió en el hospital). Los atacantes, tres tipos a los que andaba buscando media comisaría, se lo hicieron con ella de manera vaginal, anal y oral. Cuando terminaron la faena y descargaron sobre la adolescente, acabaron dejándola tirada medio inconsciente sobre un charco de orines junto al sucio inodoro.

La población estaba consternada y requería en su clamor una rápida respuesta por parte de los efectivos policiales. Las pesquisas practicadas de manera rápida tras el suceso concluían con alguna descripción muy general de dos de los tipos, pero nadie sabía, excepto la policía, que existía una imagen mucho más nítida de uno de ellos gracias a la cámara de tráfico posicionada junto a una glorieta cercana a la sala de baile. Aprovechando el *zoom* espectacular del aparato, se distribuyó entre las unidades en servicio y a otros cuerpos de seguridad de Málaga como la Guardia Civil, la Policía Local e incluso la Policía Militar, un retrato claro de uno de los supuestos abusadores. Existía en comisaría una prioridad máxima ante el caso, debido a la relevancia y desazón causada en la opinión pública, unido todo ello a las presiones políticas desde la propia alcaldía de la ciudad.

Las fotos de la niña clavadas en la pared de corcho mostraban las contusiones, los desgarros en la ropa y otras partes íntimas lesas. La cara de ella, descompuesta, provocaba realmente grima y su cuerpo exiguo, semidesnudo, tan frágil, tan inocente y tan castigado injustamente hacía que me hirviera la sangre.

—Centrémonos en nuestro caso —me sugirió mi compañera viendo que me quedaba absorto ante la otra mesa de trabajo. Carmen cogió un rotulador Velleda de los que pueden borrarse y se dispuso a escribir algo en la pizarra blanca—. Ya que no tenemos claro del todo cómo murió nuestra víctima, ¿qué te parece si anotamos todas las causas posibles y vamos descartando las improbables?

Asentí con la cabeza acomodándome en mi sitio, recogiendo los papeles y centrándome en la materia.

—Me parece bien —dije, aún con la imagen extraída en las urgencias del hospital de la adolescente violentada disipándose en mis retinas.

Saqué la ficha completa del muerto del interior de una carpeta azul con gomas. Se llamaba Kalev Tamm, tenía veintitrés años y era nativo de la República de Estonia, como ya habíamos descubierto. Vivía en la capital, Tallin, desde donde decidió venirse a pasar un par de semanas de descanso a Andalucía, según informó su novia cuando se logró hablar con ella gracias a una intérprete. Su documento de identidad electrónico (el equivalente a nuestro DNI), no había aparecido por ningún lado, ni siquiera al poner patas arriba el desordenado apartamento donde veraneaban en Benalmádena.

Carmen comenzó a escribir concentrada como si estuviera en clase de matemáticas, apoyando la mano izquierda en la cadera. En la camiseta fucsia colgaba próxima al sobaco la cartuchera con su arma. Llevaba un pantalón tejano de cintura caída y excesivamente amplio para mi gusto.

En la primera línea escribió con letra abrupta:

«1. Estupidez supina».

Se giró en redondo pidiendo mi aprobación. Yo encarné una ceja sin decir nada.

—Es estúpido hacer *balconing* ¿no? —Decidió rotunda. Sin esperar mi respuesta continuó manejando el rotulador:

«2. Defenestración fortuita o muerte natural con caída posterior».

En el tercer renglón puso:

«3. Suicidio»

Para finalizar la lista con:

«4. Homicidio»

—Podría ser homicidio o tal vez asesinato con alevosía y ensañamiento ya puestos... —dije, por darme importancia, sin convencimiento.

—Eso díselo a tu jefe, que está que trina —Carmen se volvió hacia mí—. La jueza le ha llamado interesándose por ver cómo va nuestra investigación. Por cierto, ya me contarás cuando tengas un rato que tienes tú con Marisa Alina, que te puso hasta ojitos en la piscina.

—¡Bah! Empecemos con el primer supuesto —zanjé serio, cortando las disertaciones de Carmen, que, cuando divagaba, tendía a despistarme sobre lo que estaba rumiando.

»Yo creo que no se arrojó en modo alguno desde el balcón hacia la piscina —comencé a razonar—. Como te dije, el hombre tenía un peso considerable... (busqué en el informe forense) ciento cinco kilos, y desde esa altura tan baja, porque ese segundo era más bien un primero alto, a menos de seis metros, no podía llegar hasta la piscina que estaba a ocho metros y veintitrés centímetros de distancia de la pared principal, según marca la medición. Mucho menos saltando de cabeza. En todo caso impulsándose con

los pies podría haberlo intentado porque llegaría más lejos, pero sabes que es poco probable una vez comprobado su estado. El examen toxicológico ha dado trazas de cocaína y unos generosos 2,2 gramos de alcohol por litro en sangre, lo que le impedirían saltar con la fuerza necesaria. De hecho, no sé ni cómo se mantenía en pie...

—Sí, vale; pero precisamente ese consumo tan alto de alcohol, porque te recuerdo que en Estonia es el país donde más se bebe de toda la Unión Europea, junto a la propia droga, le habría podido llevar a una potente euforia, a no calcular el riesgo y a percibir la piscina más cerca de lo que realmente estaba como para intentarlo.

—Ni aun así hubiese podido llegar hasta donde estaba desparramado. Sabes que es imposible. Y además ¿para qué se iba a tirar a la piscina a esas horas de la madrugada? Te recuerdo que eran las cuatro más o menos. Y según el testimonio de su pareja se acostaron juntos a las tres nada más llegar.

Su pareja... Carmen recordó el infructuoso interrogatorio con la compañera del fallecido. Cuando consiguieron una intérprete de estonio traída expreso desde los juzgados de Granada, la joven no les aportó grandes datos. Dijo que había bebido mucho y que se quedó dormida al instante. Aunque recordaba que él la despertó con fuertes ronquidos al poco rato y tuvo que darle patadas hasta que se cambió de postura o se cayó de la cama; no estaba segura de lo sucedido a ciencia cierta.

—Punto dos —proseguí tratando de avanzar—. La muerte súbita en principio no consta en el preliminar del forense. Explica que, y leo literalmente: «Su fallecimiento se produjo debido a un traumatismo craneal severo provocado tras golpear contra una superficie u objeto plano y duro, posiblemente el suelo próximo a la piscina...». Si hubiese caído por el balcón, porque estaba todo pedo e iba a tomar el aire, volvemos a lo mismo: no habría llegado hasta donde lo encontramos. Se habría desplomado junto al edificio a un par de metros, como mucho.

—Estoy de acuerdo en eso.

—Punto tres: suicidio...

—La opción del suicidio no es tan descabellada —dijo Carmen interrumpiéndome la exposición—. Desconocemos el historial médico originario del muerto o sus paranoias. Además, el abuso de alcohol y drogas pudo aumentar sus ansias suicidas si las tenía.

—Pero ¿por qué saltar de un segundo piso arriesgándote a quedar malherido cuando puedes subir a la terraza del edificio, que está en el octavo?

—¿Porque estaba como una cuba y *puesto* hasta el culo de droga?

—¿Y los comprimidos que encontraste en el baño? Ella se atiborraba a pastillas tranquilizantes de Alprazolam, como luego ha reconocido; más las que descubrimos entre sus pertenencias. Podía habérselas tomado de una sentada y «santas pascuas». De todas formas, aunque en ese supuesto sí decidiera lanzarse de cabeza para quitarse la vida, sigo dudando en la capacidad de llegar tan lejos en el salto.

—Con carrerilla...

—¿Eh?

—Colocando una mesa y una silla a modo de rampa de lanzamiento ante el balcón y tomando velocidad. Estaban justo a un lado como apartadas, y había marcas de pisadas sobre ellas que corresponden con la víctima y su pareja. Por otro lado, no te olvides de que la barandilla no presenta ni una sola huella, como indica el informe pericial, cosa que es extraña a más no poder. Bueno, quitando la marca de tu amigo el poli de la local —sonrió recordando la bronca que le eché al pobre.

—¿Y que ella las apartara para asomarse a mirar? —Negué con la cabeza según me oía—. Dijo que no tocó nada.

—También dijo que no se acordaba de lo ocurrido... Alcohol, Trankimazin, drogas...

—No sé. Un poco rebuscado.

—Pues anda que el homicidio...

—Efectivamente, el último punto: que lo hubieran asesinado y después lo trasladaran hasta donde apareció. Pero no cuadra tampoco por la ausencia de rastro entre el edificio y la piscina. En cambio, eso explicaría el borrado de huellas de la barandilla.

—Como bien has dicho antes, un peso muerto de más de cien kilos arrojado por terceras personas hubiese caído como un fardo bajo el balcón.

—A no ser que lo hubiesen asesinado en el borde de la piscina, precisamente para hacernos creer que saltó. Porque yo creo que el cadáver estaba como colocado de esa forma.

—No jodas, Aitor. Es descabellado. No puedes ir en contra del forense, de las pruebas circunstanciales y de todo. Tendrás buena intuición, pero con este planteamiento nos van a crujiar.

Carmen tenía razón. Resultaba descabellado y sin motivo aparente un asesinato perpetrado a pie de la piscina a un turista del este de Europa, joven, sin antecedentes mayores excepto alguna pequeña posesión de drogas según la policía de su país, y que se encontraba de vacaciones con la novia. Para colmo con la intención de hacer creer a la policía que se trataba de un suicidio. Lo más probable suele ser siempre la tesis más sencilla; en este caso el salto voluntario, tal vez con carrerilla y ayuda de muebles como defendía Carmen.

Su novia, tal vez, apartó todo para que no pareciera tan extraño, o porque no sabía ni lo que hacía al despertarse cuando le llamaron los agentes. O acaso porque lo sabía muy bien y quería deshacerse por el váter de alguna droga que hubieran guardado en esa mesa y por eso tardó tanto en abrir, como describía el atestado de la Policía Local de Benalmádena, que fue la primera en llegar.

Mi ego no podía ser la excusa para tratar de imponerme con unos argumentos poco definidos. A fin de cuentas, yo era un recién llegado tratando de adaptarse al nuevo trabajo de investigación.

La realidad era que debíamos entregar el informe para ya mismo y la inspectora García se había sentado ante el ordenador a redactarlo, con la clara intención de no levantarse de la silla hasta tenerlo listo.

- - - - -

El subcomisario Estrada dejó el dossier sobre la mesa. Pasó la mirada ante cada uno de nosotros dos escrutándonos no de muy buena gana. Se centró finalmente ante el rostro de Carmen a la que conocía mejor.

—«Puede que sí, puede que no, tal vez, acaso... Igual se tiró o a lo mejor no, tal vez se cayó o puede que no...». No es que sean excesivamente claros con las conclusiones aportadas, ¿no creen?

—Nuestro punto de vista según las pruebas recopiladas y ahí expuestas deja claro que falleció por un fuerte golpe frontal craneal y en el torso superior...

—De momento, sé leer, inspectora García, muchas gracias por su innecesaria aclaración...

—Lo que mi compañera expone es que no lo tenemos claro del todo —intervine atrayendo hacia mí la mirada de nuestro superior—. Aunque la muerte parece provocada por un lanzamiento inconsciente desde el balcón hacia la piscina... —Mi pareja de trabajo me fulminó con la mirada, carraspeó y se levantó recuperando nuevamente la atención del subcomisario haciéndome callar.

—Lo cierto es que tememos que el hombre pudiera haberse suicidado, entre otras opciones barajadas. Semejante papelón no queremos plasmarlo en el informe sin tener la absoluta y completa certeza y dejar a su novia con ese trauma de por vida. Bastante tiene ahora con repatriar el cadáver y olvidar la imagen de su chico estampado contra el cemento.

—Entiendo, inspectora —respondió Estrada moviendo la cabeza de arriba abajo como queriendo comprender las lagunas del informe—. Han valorado no causar mayor dolor a la familia ante las dudas razonables.

—Exacto. Tampoco iba a cambiar tanto. Además, si más adelante reunimos nuevos datos pues ya veríamos... —Me miró de soslayo pidiéndome complicidad.

Me levanté también junto a ella y afirmé con la cabeza (no muy satisfecho para mis adentros), dejando finalmente zanjando el asunto.

—Bien —continuó nuestro jefe—. Me voy a encargar de pasarle el documento a la jueza y le explicaré personalmente estas matizaciones tuyas. Ahora quiero que vayan de inmediato como apoyo a los otros dos indicativos

camuflados que andan buscando por la ciudad prioritariamente al presunto violador. Una patrulla de seguridad ciudadana cree haberlo visto en las proximidades del puerto, pero lo han perdido. ¿Tienen la foto?

—Sí, señor, la tenemos. Vamos de inmediato.

Salimos del despacho del subcomisario Javier Estrada hacia las cocheras en busca de nuestro vehículo. No abrí la boca hasta que llegamos a la plaza, donde estaba estacionado.

—¿Estás enfadado? —me preguntó Carmen aceptando sin protestar que yo condujese.

—No, no —respondí con sinceridad—. Sabes que no estoy del todo convencido, eso es todo.

—Bueno, ningún caso está cerrado definitivamente, así que siempre lo puedes retomar si en el futuro encuentras alguna otra evidencia. Pero, créeme, —me aconsejó— no hay que complicarse tanto la existencia.

Arranqué el coche camuflado y salimos al exterior por la rampa. La luz de la calle, intensa, me cegó por unos momentos. Me puse las gafas de sol y, con la barrera abierta, salimos de la Comisaría Provincial para acercarnos al centro de la capital andaluza a eso del mediodía. El sol calentaba con bastante intensidad. El cielo azul rebotaba con un brillo especial contra los edificios, y estos a su vez lo transmitían en un alborozo luminoso contagioso para todos los que pasábamos ante ellos.

A las dos de la tarde, más o menos, paramos a comer un perrito caliente de manera rápida en un puesto callejero. Nos sentamos frente al vehículo, en el borde de un jardín al amparo de la sombra frondosa que nos ofrecía un castaño de indias plagado de flores rosáceas.

La búsqueda del presunto violador por la ciudad, sin otra pista que una fotografía, era como buscar una aguja en un pajar. Cuando retomamos nuestra ronda tras el breve tentempié, la emisora informó de que una patrulla, camino a un incidente, creía tener una posible identificación positiva del individuo entre la sede de Unicaja y el McDonald's, en la plaza de la Marina. Estábamos por la zona así que nos dirigimos hacia el sitio mencionado sin demasiada convicción. Era la cuarta vez que se había dado un aviso y los anteriores resultaron ser todos infructuosos.

Pasamos junto a la enorme noria blanca que llevaba instalada unos años cerca del puerto, en el muelle de Heredia, y que dominaba toda la ciudad desde sus setenta metros de altura. Las veintiún cabinas climatizadas que la componían giraban despacio, para ofrecer de esa manera a los usuarios unas vistas panorámicas de 360 grados hasta treinta kilómetros de distancia con el cielo despejado.

Ciertamente la moda de las norias había calado en las grandes ciudades, convirtiéndose en un punto turístico más. Sin duda, desde la mítica *Rueda del milenio* en la capital del Támesis, una de las más conocidas, hasta la gigantesca *High Roller* en Las Vegas, que presumía de ser la más alta del mundo, pasando por la de Viena, La *Grande Rou* parisina, o la cercana del Tibidabo barcelonés, junto a otros cientos de ellas que rotaban incesantes, estaban cambiando el paisaje urbano tradicional de antaño.

Bordeamos el parque de Málaga dejando a un lado el Palmeral de las sorpresas que conduce a la nueva zona de ocio y restauración en el muelle uno. El Centre Pompidou brillaba de manera peculiar con su cubo multicolor representativo, reflejando la luz en sus cristales azules, rojos, verdes y amarillos.

Tras llegar a la alameda principal giré por Puerta del Mar entrando de lleno en la zona centro. Anduve con cautela porque la abundante gente que paseaba por el lugar tomando aperitivos invadía la calzada con aparente despreocupación. Al girar por la calle Martínez hacia la derecha, Carmen me tocó el brazo con ansia:

—¡Para, para...! Creo que lo he visto —ordenó a medida que aumentaba su excitación inicial.

Detuve el automóvil donde pude recibiendo varios claxonazos provenientes de los coches que me seguían. Ella analizó detenidamente la foto que portaba sobre las piernas y volvió a comprobar la imagen de un chico con barba y pelo corto que llevaba unos piratas vaqueros deshilachados, chanclas y una camiseta sin mangas con un dibujo que parecía una de las calaveras típicas de la ochentera banda británica de *heavy metal* Iron Maiden.

—Es él. Estoy casi segura, tiene un perfil característico con la nariz muy aguileña, y soy buena fisionomista —dictaminó concluyente mientras echaba mano a la manilla de la puerta dispuesta a descender—. Vale, me bajo. Voy a seguirlo. Da la vuelta por la zona de la muralla y entra por la peatonal. Aparcas por allí y sigues andando. Le cortaremos el paso al final de la calle Larios, por donde parece que va a girar.

—Creo que no voy a saber aproximarme a esa zona lo suficientemente resuelto con el coche —me justifiqué viendo las limitaciones que me acompañaban para llegar sin perderme en caso de urgencia—. Aún no domino bien todos los caminos, al menos no con la rapidez necesaria...

—De acuerdo, ya conduzco yo. Voy para allá disparada —me respondió subiéndose casi encima de mí empujándome fuera del coche—. Síguele tú con cuidado, a ver si nos lleva a donde están sus colegas. Si ves que se intenta escabullir lo inmovilizas. Y mantenme informada por el móvil...

—Ok —dije descendiendo mientras comprobaba que llevaba el teléfono encima.

Avancé rápido hacia la esquina porque el sospechoso ya la había doblado unos momentos antes. El coche de Carmen pasó a mi espalda con cierta vivacidad esquivando turistas. Al incorporarme a la calle Marqués de Larios lo vi caminar un poco más adelante. Iba mirando su móvil un tanto distraído, por lo que no se movía ágil. La calle principal y más carismática de Málaga, una de las más caras de España y sin duda más deseadas por el comercio, me recibía rebotante de personas. Los toldos en los que las cervezas San Miguel se anuncian (me imagino a buen precio), cubrían toda la arteria dando sombra a los viandantes. Pasamos los bancos BBVA y Santander casi paralelos en pugna y competencia, cuando tuve que disminuir el paso porque estaba a punto de alcanzarlo, y la idea era seguirlo el mayor tiempo posible para ver si nos acercaba a los otros compañeros de fechorías, de los cuales no teníamos pista alguna. Me detuve disimulando ante la cafetería pastelería Lepanto, que con su suelo ajedrezado invitaba a degustar alguno de sus bocados en un mostrador rebotante de dulces. Hice como si buscara a alguien, ya que mi perseguido se había parado en seco escribiendo algún mensaje. Cuando continuó de nuevo su caminar lo hizo algo más expeditivo, así que apreté el paso. Los nobles edificios simétricos inspirados en las construcciones de la ciudad de Chicago me acompañaban en la persecución

como inmutables observadores de piedra.

Mi compañera ya había entrado en la zona peatonal con el coche Ka por la Plaza de la Aduana, tal y como me indicaba en un WhatsApp, y lo acercó hasta la catedral de Málaga donde lo dejó estacionado para continuar a pie hasta el final de la calle Larios para reunirnos. Le respondí con un simple «OK». Cuando acabé de escribir el mensaje, el sospechoso giraba de pronto hacia la calle Liborio García y apretaba el paso. Le seguí sin perderle el ritmo. Al llegar al final de la vía, bajó por la calle Nueva retrocediendo. Por un momento pensé que me estaba dando esquinazo sospechando de mi presencia cercana. Llamé a mi compañera para explicarle la nueva posición. Ella estaba cerca de la plaza de la Constitución, junto al ayuntamiento. Entonces de golpe y porrazo tropecé con el sospechoso, literalmente. Se había parado al girar en la esquina y me estampé contra su espalda de manera absurda.

—Perdón —me excusé con una cara como si hubiera visto un fantasma, aún con el móvil en la mano.

—Mira por donde vas, imbécil —me espetó sin hacerme mucho caso.

Me dieron ganas de soltarle una hostia en toda la cara, pero conté hasta diez y dejé que se fuera por delante. Llegó a la plaza de Félix Sáenz y se detuvo ante la tienda de H&M. Parecía impaciente, como si esperara a alguien

un tanto agitado. Mantuve la calma a una distancia prudencial fingiendo que revisaba el Facebook de mi iPhone, algo que muchas personas que ocupaban el espacio de alrededor realmente estaban haciendo, ajenas a lo que ocurría en su entorno; en ocasiones, comportándose como autómatas. Aproveché la normalidad cotidiana de utilizar los dispositivos móviles en cualquier momento para, de paso, grabar al sospechoso y tener pruebas gráficas de lo que sucedía y de con quién se encontraba.

Al poco de esperar, salió del interior de la tienda sueca de ropa otro chico de una edad parecida y con el pelo rubio, coincidiendo con la vaga descripción que había dado la joven violada sobre otro de los asaltantes. «Blanco y en botella, leche», pensé. Ambos se saludaron chocando la palma de las manos, aunque parecían más nerviosos que entusiasmados. Enfilaron a paso rápido el corto espacio hacia uno de los laterales de la plaza, por donde se podía salir del cogollo peatonal.

Apuré grabando unos pocos segundos a la espera de que llegara Carmen en mi apoyo, consciente de que no podría detenerlos a los dos a la vez, pero, cuando me percaté de que se acercaban a una motocicleta, probablemente del tipo rubio, aparcada junto a un cajero automático, me lancé decidido a por ellos a la carrera temiendo que se escaparan y los perdiéramos:

—¡Alto, policía! —les grité a todo volumen enseñando la placa y echando mano a mi arma reglamentaria; lo que causó un revuelo general en la zona abarrotada de gente.

Los dos supuestos delincuentes se me quedaron mirando anonadados durante unos momentos con los ojos abiertos como platos. En el tiempo que tardaron en reaccionar me tiré sobre el de barbas, a punto de subir en el ciclomotor, que quedó sorprendido al verme otra vez tras el anterior encontronazo casual. Lo tumbé en el suelo junto al vehículo de dos ruedas y lo reduje con una llave rápida, apoyando la rodilla sobre su cuerpo y retorciéndole el brazo hacia la espalda. Aplicando un poco de fuerza lo inmovilicé con los grilletes sin mayores problemas. El rubio, como me temía, huyó corriendo como una exhalación. Lo di por perdido.

Pero, para mi sorpresa, cuando llegó al extremo de la callejuela dispuesto a girar hacia la calle principal para desaparecer entre la muchedumbre, salió catapultado igual que si hubiese rebotado contra un muelle gigante. Se estampó de bruces por la inercia del impulso contra la fachada del edificio de enfrente, dejando los morros contra las duras losetas de granito que la decoraban. La medio zancadilla medio patada de kárate que le había propinado mi compañera cuando llegaba a la carrera alertada por mis gritos, tuvo la culpa de que el delincuente se partiera un par de dientes y quedara seminconsciente en el asfalto con la nariz roja e hinchada como la de un payaso circense.

5. TORREMOLINOS

Domingo, 20 de mayo de 2018

La actuación en el centro de Málaga deteniendo a dos de los violadores de la niña de catorce años nos puso de nuevo a Carmen y a mí en el candelero de la comisaría. Tanto nuestros jefes, los compañeros, como la propia prensa alababan una vez más la operación tan rápida que desarrollamos y que tanta alarma social había provocado entre la población. Mi socia, que siempre había sido una excelente policía, aunque parecía relegada a un segundo plano pese a sus brillantes actuaciones en Seguridad Ciudadana, había conseguido en

dos meses a mi lado más reconocimiento mediático que en todos sus años de carrera.

Colaboramos en los interrogatorios porque así nos los pidieron los encargados en la judicial que llevaban el caso. Jugamos (maravillosamente bien, he de decirlo) al poli bueno, poli malo; que, aunque parece un trillado recurso novelesco o de las películas de cine negro de serie B, nunca falla. En este caso, poli mala...

Posteriormente a que Carmen hubiese sobresaltado con diversos improperios de dudoso gusto primero a uno de los detenidos y después al otro, me tocó a mí el segundo turno de la interpretación.

En primer lugar, lo intenté con el moreno de barbas: Julián Fernández, electricista montador en una empresa de venta y reparación de electrodomésticos. Sin antecedentes. El más listo del grupo, sin duda. Me asomé al cuarto de interrogatorios de buen rollo, en plan coleguita. Le ofrecí un refresco (nunca puedes llevar café ni ninguna bebida caliente, porque corres el riesgo de que te la arrojen a la cara). Y tras no soltar prenda de su tercer amigo, al cual buscábamos, ni de reconocer los hechos que se le imputaban le comenté las ganas que tenía mi compañera de «cortarle las pelotas con una navaja oxidada, después de meterle un calabacín por el culo». A pesar de las amenazas veladas y la implacable actuación de Carmen, que después volvió a entrar soltando juramentos y haciendo que se marchaba muy cabreada por no liarla allí mismo, no conseguimos sacarle nada en limpio. El acusado solicitó la presencia de un abogado de oficio y frenó nuestra teatral actuación digna de una mención en los premios Max.

Por fortuna, cuando llegó el turno de tomar declaración voluntaria al chico rubio, un camello de poca monta llamado Pedro Alama, alias *Pachuli*, la cosa cambió radicalmente. Ya estaba lo suficientemente asustado con la idea de volver a enfrentarse a una policía con mala leche, como había dejado claro mi compañera al detenerlo en la calle y unos minutos antes hablando con él. Así que, ahora, al creerse nuestras mentiras, verse involucrado de lleno como autor material del abuso y ser señalado como máximo incitador de los otros dos a participar en la violación, según le acusaba Julián, se vino abajo como un castillo de naipes expuesto a una corriente de viento. Terminó sincerándose conmigo y cantó hasta la Traviata. Nos dio el nombre del tercer implicado y confesó paso a paso el suceso, así como la droga que usaron para atontar a la pobre chica: *burundanga*, como vulgarmente se conoce. Era un dato que ya manejábamos, puesto que los análisis en urgencias del hospital donde la ambulancia trasladó a la adolescente dieron positivo en escopolamina, ya que aún no había transcurrido el tiempo suficiente para borrar su rastro en las pruebas de laboratorio, como sucede al cabo de las horas con esta sustancia.

El tercer miembro del grupo fue detenido en un par de horas por una patrulla que lo encontró en la estación de autobuses sacando un billete hacia Cádiz en una desesperada huida. Una vez conocidos sus datos personales, el rastreo de la señal del móvil que portaba lo situó en pleno andén catorce de la terminal malagueña. El caso quedó resuelto y visto para sentencia.

Mi integración en el cuerpo se estaba materializando estupendamente bien y mi compañera estaba encantada de tenerme como su par.

- - - - -

Las dos semanas siguientes transcurrieron relativamente tranquilas. Una tarde que dedicamos a tareas administrativas y en la que terminamos bastante

temprano la labor, acompañé a Carmen hasta su casa dando un paseo. Ella vivía en la calle de la Paloma 7 bis, prácticamente enfrente del edificio de Tabacalera, donde ahora conviven, por un lado, el Museo Automovilístico y de la Moda, con su espectacular colección de vehículos y otra de doscientas piezas de moda de alta costura *vintage*; y, por el otro, en el mismo complejo de la antigua Real Fábrica de Tabacos edificada poco antes de la Guerra Civil, el Museo Ruso de San Petersburgo, mostrando una de las colecciones itinerantes más interesantes de arte del mundo. Málaga se estaba convirtiendo, si es que no lo era ya, en la ciudad por antonomasia de los museos de nuestro país.

El edificio de tres plantas donde mi colega residía era una casona de unos cuantos años de solera, cuya fachada presumía de unos desconchados con origen indefinido en la procedencia y en el tiempo. Habitaba el último piso, el tercero, con un pequeño balcón que lucía un toldo verde desgastado por el incombustible sol malagueño. El lugar se encontraba bastante cerca de la Comisaría Central, lo que le permitía acudir al trabajo andando todos los días paseando por el kilómetro y medio largo que recorría subiendo primero por Héroes de Sostoga, para desembocar después en la avenida Juan XXIII.

—La verdad es que es una suerte vivir cerca del trabajo, sobre todo en una ciudad tan ajetreada como Málaga —le dejé caer con sinceridad llegando al portal—. Aunque sabes que yo prefiero distancia y algo más de relax. Por no hablar de precios...

—No me quejo —me aclaró sacando las llaves del pequeño bolso bandolera—. Llevo aquí con un alquiler relativamente barato desde hace cinco

años. Es una casa bien situada y, aunque no tiene ascensor y pide a gritos una reforma radical, de momento me gusta y me sirve. ¿Quieres subir a tomar una cerveza? —me invitó cordialmente.

Acepté de buena gana. Me apetecía refrescarme con una rubia espumosa y a ser posible acompañarla de algo sólido porque mi estómago protestaba con insistencia. Por desgracia, como suele ser habitual en la casa de un *single*, la nevera no era el principal de los electrodomésticos. Sacó un paquete de salchichas, ensalada de bolsa ya preparada, un bote de aceitunas aliñadas y dos latas de cerveza. Improvisamos en la mesa del salón comedor una comida tipo picnic que dejaba bastante que desear.

Me sorprendió el pisito. Pese a esperármelo antiguo (físicamente lo era), la decoración hacía que ganara mucho. Muebles funcionales, espacios abiertos y pocas cosas tiradas por ahí fuera del orden preciso de los armarios.

—¿Cuál fue tu primera intervención una vez saliste a la calle uniformado de policía? —me preguntó Carmen dando un sorbo a la San Miguel enlatada.

—Eso es algo que no se olvida —le dije sonriendo mientras abría la mía—. Estaba de patrullero en Bilbao. Acabábamos de detener a un quinquí que había roto el escaparate de una tienda, sin andarse con rodeos, con una tapa de alcantarilla. Lo atrapó una unidad de secretas de los municipales y nos

avisaron. Estábamos cacheándolo para llevarlo detenido al calabozo cuando de repente llegó hacia nosotros un taxi a toda velocidad en sentido contrario dándonos las ráfagas...

—¡No jodas! ¡El taxista asesino! —se pitorreó Carmen pinchando una oliva del plato.

—Pues yo ya estaba echando mano a la pistola mientras le dábamos el alto —continuó—. Entonces salió del interior el conductor pidiendo auxilio. Resulta que llevaba una parturienta que tenía al niño prácticamente fuera. El chofer se dio cuenta de que no iba a llegar al hospital a tiempo y al vernos desde la intersección anterior, decidió acudir donde estábamos parados.

—¿Y qué hicisteis?

—Pues mientras esperamos a la ambulancia yo tomé el control de la situación. Había sido voluntario de la Cruz Roja antes de graduarme en la Ertzaintza y me apañaba lo básico con las emergencias y primeros auxilios.

—¡Qué bueno!

—El crío estaba medio ahogado atrapado en la ropa interior de la mujer, por cierto, de origen oriental, que no entendía ni torta de lo que le decíamos cuando intentaba explicarle que no empujara. Solo gritaba, la pobre. La desnudé de cintura para abajo ayudando a que el bebé saliera al exterior, porque tenía la cabeza prácticamente fuera y se estaba ahogando apretado contra las bragas de su madre. Le limpié con cuidado la boca para que respirara, pincé el cordón umbilical, según me iba indicando el médico de emergencias del 112 por el altavoz del teléfono que sujetaba mi compañero, y lo abrigué bien hasta que llegó una UVI móvil que se lo llevó a urgencias del hospital de Basurto. Afortunadamente todo fue conforme debía; madre e hijo salieron adelante.

—¡Anda, que fuerte! Oye, ¿y el macarra que teníais detenido? —preguntó Carmen mientras hacía un gesto como de brindis a mi salud con la lata de cerveza.

—Se marchó corriendo aprovechando el descuido —reí correspondiendo al improvisado convite—. Lo detuvieron unos compañeros a los dos días cerca del Arenal. Todavía llevaba las esposas puestas...

Viernes, 15 de junio de 2018

Aproveché la mañana corriendo un poco por la playa porque no me apetecía madrugar para ir al gimnasio. Tenía tres días de asueto y, pese a que el agua del Mediterráneo estaba un tanto fresca, sin duda por el innegable cambio climático que nos acecha indefectible pese a los absurdos negacionistas, me zambullí un par de veces. La salida fue bastante razonable con una temperatura no tan alta como otros años, según comentaban los bañistas más madrugadores. Más tarde comí algo ligero a base de pasta con verdura y marché hasta al súper para llenar la nevera para los siguientes días, como habitualmente hacía en mi primera jornada de descanso.

Había comenzado el Mundial de fútbol de Rusia y jugaba la selección española, lo que llevaba al nerviosismo y a la excitación a propios y extraños tanto en los locales de hostelería como en cualquier casa con televisión, incluso en el mismo Mercadona, en donde trataba de completar el carro, ajeno a las apuestas deportivas del personal.

Yo, que en modo alguno era mínimamente futbolero, me había preparado la tarde-noche con una película de Movistar: *Jumanji 2: bienvenidos a la jungla*, con un planteamiento divertido a la par de malo, capitaneada por Dwayne *The Rock* Johnson uno de mis ídolos desde que lo seguía en la lucha libre americana hasta que ahora estropeaba películas con su hierática interpretación. Pero me gustaba. Es de esas cosas que reconoces que no son buenas pero disfrutas con ellas, con un placer culpable, ineludible al ser humano y a su voluble existencia.

El reloj marcaba las siete y media de la tarde con sus agujas desiguales cuando metí las palomitas en el microondas y activé la cuenta regresiva en tres minutos. Saqué de la nevera una cerveza fresca. Entonces sonó el timbre de la puerta del apartamento.

Damián, el jardinero encargado, ya se había marchado a eso de las seis, así que no tenía ni idea de quién podría interrumpir mi momento privado de relax. Lo único que deseaba es que no fuese alguna vecina de las que me obsequiaban de vez en cuando con tartas caseras o guisados de ternera, porque les caía muy bien y encima estaban agradecidas al sentirse más seguras teniendo un poli viviendo en el bloque de apartamentos.

La cara se me desencajó cuando vi que, apoyada en el resquicio de la puerta, Carmen me sonreía con una caja llena de cervezas rebosantes de escarcha, realmente frías. Entró sin que la invitara apartándome de un empujón

con la cadera.

—¿Qué haces aquí? —Fue lo único que se me ocurrió decir en un momento pleno de originalidad.

—En el sorteo de hoy te ha tocado el bautismo del fútbol y yo soy tu profesora —dijo con una mueca como de resignación—. Tienes bien montado esto —exclamó echando un vistazo rápido al apartamento—. Mejor que mi casa...

—No, no, no. Espera —protesté temiendo una derrota cantada—. No pienso tragarme un partido de fútbol...

Pero ella ya se había sentado en el sofá y se había apropiado del mando del televisor sintonizando Tele 5. Se quitó las zapatillas Converse rosas con una estrella blanca bordada en el centro, y las dejó caer bajo la mesa de cristal que había delante de ella.

—Anda, cierra la puerta, que se te va a escapar el gato, y ven aquí —me ordenó golpeando con la mano el cojín junto al que estaba acomodada—. Tendrás algo para picar, ¿no?

El microondas sonó con un timbrazo parecido al de una bicicleta a punto de atropellarte.

—Las palomitas de maíz están listas —asumí derrotado—. Luego tengo una pizza cuatro quesos...

—¡Mi favorita! —gritó risueña—. Hala, pon las palomitas en un bol y vente conmigo, que te voy a explicar por qué se llama a esto el deporte rey. Vas a fliparlo con nuestra selección, aunque el cambio de última hora de seleccionador espero que no nos pase factura, porque los portugueses son muy suyos...

Resignado a tragarme un partido de fútbol en su integridad por primera vez en la vida, con la compañía de una forofa que iba a darme de todo menos relax en mi tarde libre, abrí la puerta del microondas comprobando como la bolsa de papel se había hinchado descomunalmente arrojando maíz explotado por fuera, deseoso sin duda de ver también la transmisión deportiva. Llevé el recipiente cargado hasta el butacón de tres plazas, lo coloqué entre los dos, abrí un par de cervezas y me dispuse a recibir una lección magistral de balompié a manos de mi compañera de trabajo y amiga.

Y realmente estaba contento, aunque odiara el fútbol.

- - - - -

Cuando el tres a tres entre España y Portugal se hizo definitivo descansé al fin. Las dos horas de intenso partido se convirtieron en un conjunto de gritos, cánticos e insultos por parte de Carmen hacia la pantalla. Pasó del intenso cabreo en los momentos en que los lusos marcaron, a la alegría desbordante a medida que la selección de nuestro país se recuperaba

con otros tantos goles. Sufrí agresiones dignas de tarjeta y abrazos casi de amante en función de quien marcara los tantos.

En todo ese rato nos habíamos zampado, además de dos paquetes de palomitas, la pizza y casi una docena de cervezas entre los dos.

—Bufff —exclamó mi compañera, mirando el reloj— me parece que no estoy para coger la moto. Por cierto, la he aparcado delante de tu furgo para que no moleste.

—¿Cómo has entrado en el recinto?

—Le he guiñado el ojo a un señor bajito que salía, me parece que era francés, y me ha abierto la puerta eléctrica encantado. Le he dicho que era tu novia.

—Pues bien, ya tenemos cotilleo en el vecindario. —Al levantarme di un leve traspiés—. Tú no estás para conducir ni yo tampoco. Puedes quedarte a dormir en este espléndido sofá que has llenado de cerveza con tus saltos efusivos —Le propuse yo, sin ganas ni de acercarle a casa ni de acompañarla hasta el centro del pueblo para que cogiese el cercanías.

Se dirigió al dormitorio entrando al interior con descaro. Probó la dureza del colchón apartando un pantalón mío que yacía sobre él. Parece que dio su aprobación a la viscoelástica.

—¿Y si yo me quedo en el colchón y tú en el sofá? —sugirió asomándose desde la habitación.

—Ni lo sueñes.

—¿Y si te enseño una teta a cambio? —rio.

—Ni hablar.

Por supuesto al final ella terminó en la cama, sin necesidad de enseñarme nada, mientras mi cuerpo tumefacto maldormía en el mueble de IKEA que, por otro lado, no resultó tan incómodo como parecía; probablemente las cervezas influyeron en ello.

Antes de acostarnos echamos las últimas en la terraza acompañados de otra pizza que pedimos por teléfono. Eran las doce y una brisa fuerte movía el extremo del toldo recogido.

—Se nota un huevo como va cambiando el tiempo a medida que pasan los años —exclamó Carmen cerrando los ojos para dejarse invadir por el aire—. Antes había menos días de viento y el sol calentaba bastante más en junio.

—La verdad es que el mar estaba algo fresco cuando me bañé por la mañana...

—¡Qué valiente! —dijo levantando la San Miguel como asombrada por mi hazaña—. Yo soy superfriolera. El agua tiene que estar como una sopa para que me meta.

Bebí un sorbo de la botella relamiendo el regusto amargo que me dejaba al pasar por la garganta. Tal vez demasiado amargo debido a la generosa cantidad de lúpulo que llevábamos ingerido en forma de bebida fermentada. Miré al infinito con la vista perdida en la luz de un pesquero que se vislumbraba echando las nasas en el Mediterráneo, a través del hueco que

los tejados dejaban libre.

—Estaba saliendo con una menor —solté sin pensarlo.

Carmen no dijo nada, pero se atragantó al beber y le salió la espuma por la nariz. Siguió callada cuando se recuperó, dejándome decidir si quería seguir hablando. Y sí que quería. Deseaba poder exteriorizar con alguien vivo, de una jodida vez, parte de lo que me pasó.

—Cumplió los dieciocho años cuando la dejé sin casi despedirme y me vine aquí, al sur —seguí—. La conocí al abrir una actuación en la casa de sus padres por un intento de robo en la vivienda, un adosado bastante elegante en Neguri, un barrio residencial próximo a Bilbao. Ella solo tenía en esos momentos diecisiete tacos, pero recuerdo la manera en que me miró. No sé, es algo difícil de explicar. —Bebí otro sorbo a mi sexta cerveza—. Después, Naiara, ese es su nombre, con la excusa de dar más pistas al caso, fue varias veces a visitarme a la comisaría. Una cosa llevó a la otra y bueno... Nos enrollamos y poco a poco empezamos a conocernos mejor.

—¿Te la follabas? —disparó la inspectora García, siempre tan directa.

—No buscaba eso a su lado. No voy a negarte que me excitaba y que en ocasiones nos deseábamos con locura; no éramos tampoco unos mojigatos. Pero mis pretensiones no iban encaminadas en esa dirección. Era una chica preciosa y muy inteligente, aunque mi relación era más bien platónica; no sé explicarlo y menos con esta boca pastosa que ahora tengo. —Realicé una pausa meditando mis próximas palabras—. A veces pienso en mi acompañante de la brigada de investigación. Él siempre me decía que la dejara y no complicara mi vida ni la de la muchacha.

—Joder, ¿por eso te fuiste de la Ertzaintza?

—No solo por Naiara. Pedí una excedencia para replantearme todo. Entonces ocurrió lo más terrible. A mi compañero, Natxo, le asignaron un novato como pareja en sustitución mía, y salió de patrulla con él para que fuera tomando contacto con la calle.

»Acudieron a un registro por drogas y, probablemente protegiéndolo, mataron a mi amigo de un tiro en pleno cuello. Se desangró tirado en el suelo de un sucio bar, igual que un perro callejero, en apenas un par de minutos. Cuando llegaron los servicios sanitarios ya había fallecido. Dejó viuda a Maite y a dos hijos encantadores de diez y catorce años sin la oportunidad de disfrutar de un gran hombre como él era, como padre y como persona...

—Ya. Y ahora llega el momento en el que te echas la culpa de lo

ocurrido.

—Claro que sí. Si yo hubiese estado allí...

—Si tú hubieras estado allí —me cortó enfadada—, tal vez Natxo estaría igual de muerto. O igual tú. O tal vez los dos. O el novato hubiese caído en un atraco a un banco ese mismo mes. O a tu compañero le hubieran diagnosticado un cáncer de pulmón a la semana siguiente. O vete tú a saber lo que hubiera pasado. ¡No fastidies, Aitor! No eres el culpable de los sucesos que la puta vida prepara. No tenemos la capacidad de alterar los acontecimientos ni de modificarlos.

—Pero podemos influir en ellos en la medida en que estemos o no implicados en los mismos.

—Es posible, en cierta medida, claro está, ser partícipes de lo que sucede en un determinado momento cuando se interviene en un lugar; pero es absurdo pretender tener la potestad de ser igualmente determinantes si no estamos allí, como intentas echándote la culpa sobre tus espaldas. —Carmen eructó de manera abrupta mientras seguía argumentando—: Creo que realmente solo podemos averiguar por qué sucedieron las cosas, y no siempre lo logramos. Es lo que pretendemos aclarar cada día con nuestro esfuerzo e investigación. Ese es tu trabajo especialmente y el mío en lo que me toca.

Un silencio extraño, que se consolidaba tras una disertación demasiado profunda manejada con lengua de trapo por culpa del alcohol, se instaló en la terraza para romperse únicamente con el ruido lejano que hacían las chapas al caer al suelo ante las dos nuevas cervezas que Carmen estaba abriendo en la cocina.

—¿Qué opinas ahora de mí? —le pregunté cuando regresó al cabo de un rato mientras agarraba la que ella me ofrecía—. ¿Te sigo pareciendo un compañero estupendo?

—Todos tenemos nuestras mierdas. Para mí eres el compañero ideal porque me caes bien, haces un trabajo cojonudo y me siento segura a tu lado. Confío en ti y estoy convencida de que me protegerás cuando haga falta. Es curioso, esa es una sensación que tengo desde que te vi la primera vez.

—¿Tú también tienes tus propias mierdas? —le abordé un tanto sorprendido.

—Digamos que mis *mierdas* me las metía dentro del cuerpo y las tragaba con vodka. Pero eso fue hace bastante. Estoy limpia hace mucho.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —respondió rotunda levantándose—. Por hoy ya hemos tenido bastante con tu confesión. Ahora lo que quiero es irme a dormir porque no veo ni donde estoy de la tajada que llevo encima.

Después de dar un último trago al botellín, Carmen se fue al baño y de allí a mi dormitorio. No me dio ni las buenas noches, aunque tampoco me las esperaba. Terminé mi cerveza, recogí los cascos vacíos de la mesa de la terraza, suficientes como para rellenar un contenedor de reciclaje, y me dispuse a dormir sobre un moderno sofá de piel. La cabeza me estaba dando vueltas de una manera un poco inexplicable y tenía la extraña sensación de que iba a desplomarme súbitamente y quedarme completamente dormido de un momento a otro.

Todo estaba resultando muy raro aquella noche...

- - - - -

Un zumbido lejano unido a la música de Enrique Iglesias surgió en mi mente como una mala pesadilla, provocándome un nefasto despertar. La luz entraba por entre las rendijas de la persiana invadiendo todo el espacio. La cabeza parecía que me iba a explotar, todo me daba vueltas en un constante vaivén. Tenía la boca seca como un estropajo, sensación de náuseas y un sentimiento general de desconcierto como si acabara de meterme LSD con un gotero. El reloj digital del equipo de música marcaba las siete menos cuarto de la mañana y la canción *Súbeme la radio* continuaba en mi cabeza replicando.

Se abrió la puerta del dormitorio y vi a Carmen tropezando con prácticamente todos los muebles de mi casa. Pasó a mi lado blasfemando, en camiseta de tirantes y braguitas rosas en las que aparecía bordado un dibujo

de Hello Kitty en la parte posterior. Rebuscó en el bolso que yacía en el suelo a los pies de la televisión.

—¡Mierda! —exclamó dejando el móvil sobre la mesa mientras abría la persiana—. Ya han colgado. Es una llamada de la comisaría provincial. Algo importante ha pasado.

(Entonces fui consciente de que la melodía del hijo pequeño de Julio Iglesias e Isabel Presley resultó ser el nuevo tono de llamada descargado en su móvil y no una peculiar alucinación mía fruto de la resaca despiadada).

—No te pega nada esa ropa interior con dibujitos —le dije tapándome la cabeza con la almohada para evitar la luz. Me encontraba fatal.

—No es mía, se la he pedido prestada a tu novia adolescente. ¡Gilipollas! —me respondió enfadada—. Voy a vestirme y les llamo.

Al momento mi iPhone comenzó a vibrar sobre la mesa. Su sonido taladraba mi mente confusa; claramente había bebido demasiado la noche anterior. El número largo que se reflejaba en la pantalla era de la jefatura de policía. Nos estaban localizando a los dos. Contesté con un monosílabo y

acepté lo que me decían. Prometí acudir en menos de cuarenta y cinco minutos. Al colgar miré a Carmen, que estaba expectante.

—¿Qué sucede? —preguntó ansiosa mientras se ponía los pantalones vaqueros elásticos, apretados como los tornillos de un submarino.

—Han encontrado un cadáver en el zoo de Fuengirola. Quieren que nosotros llevemos el caso porque es bastante extraña la manera en que ha aparecido.

—¿En el Bioparc? ¿Cómo así?

De nuevo la música latina sonó en la habitación. El teléfono de mi compañera cobró vida al ritmo del cantante y compositor español.

—Ahora te lo explican ellos. Me voy a dar una ducha rápida, enchufarme dos paracetamoles en vena y marchó para allí. Como se supone que no estamos juntos, será mejor encontrarnos en el lugar para no dar pie a habladurías.

Ella asintió con la cabeza mientras se disponía a contestar.

Abrí los grifos del baño buscando el siempre imposible equilibrio entre el agua fría y caliente. Me había despojado de toda la ropa cuando mi compañera irrumpió en el aseo de sopetón.

—¡Ábreme la verja eléctrica de la salida! —me rogó—. Joder vaya culo más marcado que tienes, yo que pensaba que estabas plano...

Cogí la toalla, me la puse alrededor y de mala gana con un mal cuerpo notable, me asomé a la terraza con el mando a distancia en la mano esperando a que Carmen, que ya había salido a la escalera, llegara hasta el aparcamiento.

Vi al poco como se acercaba a su vehículo (que me pareció estacionado en otra posición diferente a como recordaba la noche anterior) y se ajustaba el casco integral. Montó en su impresionante Honda CBR600 negra y roja de la misma manera en que una vaquera asciende al lomo de un caballo desbocado, porque eso al fin y al cabo era aquella máquina de carreras. Con un peso ligero, la CBR se adaptaba perfectamente al espléndido cuerpo de mi compañera como si obscenamente hubiesen sido hechas la una para la otra. La postura un tanto inclinada que debía adoptar para gobernarla se me antojó sensual, además de difícil de mantener durante mucho rato. El sonido, cuando el motor cobró vida al encenderse, perturbó el ambiente del aparcamiento,

haciendo vibrar el aire de una manera diferente. Yo, que estoy acostumbrado a escuchar el motor americano de mi coche que tiene una sonoridad especial, aprecié una melodía de gasolina que conformaba una música particular, una especie de Cabalgata de las valkirias, épica a la vez que llamativa.

Me miró antes de bajar la visera de su casco y sonrió levemente, casi desafiante. Apreté el botón de apertura a distancia de la verja eléctrica del complejo de apartamentos. A continuación, salió haciendo derrapar la rueda trasera sobre la gravilla, en una aceleración desproporcionada entregada por la motocicleta, haciéndola desaparecer en el camino que llevaba a la carretera principal. Pensé que aquella moto encajaba como anillo al dedo con mi pareja de trabajo; tal vez debía de ser así.

En cierta ocasión una buena amiga motera de Vitoria me dijo que uno no elige nunca a esas máquinas de rodar, que son ellas las que te eligen a ti: te llaman con su voz melodiosa, te atraen a su lado como hacían las míticas sirenas con los marineros, y finalmente te seducen con su cuerpo y su canto haciendo que te enamores de ellas...

¿Me estaba a mí pasando lo mismo con Carmen?

6. FUENGIROLA

Sábado, 16 de junio de 2018

Carmen había salido de mi casa como una exhalación en su moto Honda después de vestirse y tomarse un café que dejé recién hecho en la Melita antes de entrar en la ducha. Llegó al menos quince minutos antes que yo, cosa que no me sorprendió en absoluto conociendo su modo de conducir y su manifiesta temeridad al volante.

Gracias al navegador, me planté tranquilamente sin problemas en el parque zoológico y aparqué la furgoneta delante de las escalinatas de la entrada, junto a un coche patrulla, haciendo que dos policías me llamaran la atención. Les enseñé mis credenciales para tranquilizarlos.

Accedí al recinto, donde numerosas personas, todas muy nerviosas, iban y venían desconcertadas. Mi compañera estaba hablando con un hombre menudo vestido de caqui. Supuse que era uno de los empleados que habría descubierto el cadáver a los que estaba interrogando. Al verme levantó la mano para que me acercara.

—Hola, Carmen, buenos días —saludé efusivo, como si no nos hubiéramos visto desde el pasado jueves—. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Buenos días, Aitor. Mientras yo acabo de conversar con Germán, que fue el que avisó a la policía, vete hacia el lugar del suceso porque ya están allí los de la científica, el forense y el secretario del juzgado. —Levantó entonces el brazo y señaló a lo lejos un camino verde plagado de vegetación—. Sigue el sendero del Baobab y, cuando llegues a la cascada donde los monos, tuerce a la derecha hacia el recinto de los gorilas y avanza hacia los felinos...

Di un par de pasos hasta la tienda de recuerdos ante las que estaban las taquillas, desentendiéndome de las confusas explicaciones veloces de mi compañera, y cogí un mapa-folleto ampliamente detallado del recinto. Me situé en la entrada y busqué primero el habitáculo de los primates. Avancé dejándome guiar por el papel.

Una réplica perfecta de un auténtico y majestuoso baobab africano era el centro incuestionable de la primera zona del Bioparc. Recordé que los genuinos árboles característicos del continente negro podían llegar hasta los treinta metros de altura y alcanzar los doce de diámetro en algunos casos, cosa que esta réplica prácticamente clavaba, siendo además el acceso a los lémures de diferentes especies, propios de la fauna de Madagascar que, curiosos todos ellos, se ponían a dos patas y saltaban inquietos observando el inusual ajeteo matinal de ese día. Vi un hipopótamo pigmeo a mi izquierda tras dejar atrás el árbol de la sabana. En lo que llaman *El valle del Congo*, unos chimpancés se masturbaban sin pudor sobre las ramas frente a otros monos del espacio próximo que preferían entretenerse desparasitándose los unos a los otros. Un poco más adelante se izaba una gruesa cristalera donde un gorila descomunal apoyaba su espalda, igual de gigantesca. Como si se hubiera percatado de mi presencia, se giró de pronto, mirándome de frente. Me estremecí levemente al notar su mirada tan humana escrutándome con indiferencia y aburrimiento. Continué adelante por aquel bello parque atravesando un puente de madera, dejé a los primates de lado y llegué hasta el cartel que indicaba que allí residía el leopardo de Sri Lanka. Al parecer prefería estar escondido que dejarse ver.

Al fondo, cerca del recinto de los tigres, la cosa estaba más animada. Varios policías de la comisaría de Fuengirola custodiaban el acceso. También estaban los guardas del parque zoológico. Reconocí al forense con el que coincidimos en Benalmádena, al que parecía que le alegró verme. Se me

acercó solícito:

—Buenos días, inspector —me dijo, obviando el apellido al estrecharme la mano, esta vez sin guantes.

—Buenos días, Rafa —contesté llamándolo por su nombre, cosa que le animó aun más—. ¿Qué tenemos?

—Ven, ven... —Me llevó tuteándome por un acceso lateral al interior del enorme espacio acondicionado a la pareja de tigres de Sumatra—. No te preocupes, que están a buen recaudo en sus jaulas de seguridad. —Me tranquilizó viendo mis dudas para adentrarme en aquel hábitat—. Ha sido una carnicería en toda regla...

Junto a la entrada aguardaba una camilla donde un brazo humano reposaba sobre una sábana de plástico.

—¿Y eso? —pregunté señalándolo.

—Lo tenía el tigre en la boca. El cuidador se dio cuenta de que llevaba algo entre los dientes cuando pasó por delante del recinto a eso de las seis y media de la mañana. Han tenido que lanzarle un dardo adormecedor para arrebatarárselo de las fauces, era como su trofeo.

—Joder...

—Ten cuidado por donde pisas, que hay restos esparcidos por todo el camino.

—Ya me estoy dando cuenta. —La vegetación estaba teñida de rojo.

Encontré a mis compañeros de la científica negando con la cabeza. Uno de ellos estaba subido a una escalera enorme, examinando la parte superior abierta, donde parecía que había encontrado algo junto a los pinchos disuasorios e inalcanzables para los felinos. Llegué a la altura donde Elena estaba examinando lo que quedaba de lo que antes había sido un hombre. Me saludó moviendo la cabeza con amabilidad y una sonrisa, sonrojándose un poco, como siempre. Era un encanto de chica. Observé también otra figura trajeada que luego supe que se trataba del secretario judicial, enviado en representación de los magistrados de guardia, para levantar el cadáver. En mi interior, eché de menos la presencia de la hierática y sorprendente jueza Alina.

—Como puedes ver —siguió Rafael—, le faltan los dos brazos, media pierna, tiene la cara desfigurada y el torso mordido en una proporción bastante amplia. —Por un hueco bajo las costillas se le podían ver el interior de las vísceras. Olía todo a una mezcla entre sangre y aroma animal que, junto al mareo que ya traía de casa, me empezaba a revolver el estómago.

—Vaya escabechina... ¿Me puedes decir algo relevante para la investigación?

—Poca cosa. Cuando hagamos la autopsia estaremos más seguros en cuanto a la causa de la muerte, pero parece evidente, como puedes ver tú mismo. Descartaremos si ha tomado algo, pero en principio todo nos lleva a creer que se arrojó al recinto de los gatitos desde la parte de arriba y estos lo tomaron como aperitivos Snack para el desayuno. —Me sorprendió el humor negro del médico forense—. Es un varón —continuó—, de entre treinta y cincuenta años, estatura y corpulencia media, pelo castaño, no va documentado...

—¿Puedes saber la hora aproximada de la muerte?

—Claro. Entre las doce de la noche que hicieron la última ronda los de seguridad y las seis de la mañana que lo encontraron en cachitos.

—Muy gracioso.

Carmen se acercó a nuestro lado. Había terminado de hacer los interrogatorios en la entrada. Me di cuenta entonces de que el experto en medicina legal se alegró más con la presencia de ella que con la mía, al igual que la otra vez que coincidimos los tres.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—¡De cojones! —exclamó la inspectora García con su habitual desparpajo. Me miró con complicidad mientras hacía una mueca de asco al echar un vistazo y ver los restos humanos esparcidos por doquier—: Esto es empezar bien un día libre ¿eh?

—Pues sí. ¿Te han contado los empleados algo relevante?

—Nada especial. A las seis entraron a trabajar en su turno cuatro trabajadores y, una vez cambiados, emprendieron la rutina diaria de limpieza y supervisión. El que revisó esta zona vio al tigre macho con algo en la boca y, cuando se dio cuenta de lo que era, avisó al 091. El guarda de seguridad no salió apenas de la cabina en toda la noche excepto para ir al baño un par de veces. Tan solo abandonó su compartimiento entre las doce y media y la una menos cuarto de la madrugada, efectuando un paseo rápido de reconocimiento. Dice que los animales estaban tranquilos durmiendo, como casi todos los días. No oyó ruidos extraños ni vio nada fuera de lugar.

—¿Cámaras?

—Pues eso es un problema. Disponen de apenas media docena en funcionamiento y se encuentran orientadas al interior, hacia las cafeterías o caminos centrales del parque. Al estar en medio de la ciudad todo rodeado de viviendas —Señaló los edificios de alrededor con el dedo haciendo un semicírculo en el aire—, las cámaras no pueden enfocar hacia los recintos exteriores de los animales ya que se podrían ver las casas por dentro y se violaría el derecho a la intimidad de las personas.

—Pues sí que estamos buenos...

El secretario judicial se acercó a nosotros.

—Agentes, Rafael —nos saludó—. Aquí les dejo la orden de levantamiento del cadáver cuando decidan que han terminado con la recogida de pruebas y el examen oportuno. —Se la entregó al forense—. Esto me recuerda al turista belga que el año pasado murió en el Safari Park de Estepona por estas fechas. ¿Les suena?

—Sí, sí —se apresuró a contestar Rafa—. Fue en junio también. Estuve yo en el levantamiento con usted. El tipo se quedó por la noche dentro del recinto en plan *reality show* y se acercó demasiado a la charca de los hipopótamos. Los bichos después de jugar con él un rato decidieron tumbarse encima de él a dormir. Literalmente lo espachurraron. Nos faltó una espátula para despegarlo del suelo del recinto...

—Ahora caigo en la cuenta —intervino Carmen con un gesto de repulsa—. El verano pasado, es cierto. La investigación la llevaron la inspectora Rosario Martínez, que ya no está en nuestra comisaría, y el subinspector Antonio Gálvez. A él te lo presenté cuando estuvimos en la judicial de visita —aclaró mirándome.

—Lo recuerdo —corroboré—. Era un hombre bajito con un bigote muy poblado...

—Exacto. Según me viene a la memoria, se concluyó en el informe que fue un caso de imprudencia temeraria con resultado de muerte.

—O un caso de imbecilidad plena —concluyó el forense, que estaba bastante cínico en sus comentarios mortuorios.

Anoté en la libreta que siempre me gusta llevar encima el incidente pasado al que mis colegas hacían referencia. No sé muy bien el motivo, pero consideré que existía una relación entre ambos casos. Fue tan solo una intuición, de esas que me surgen en los momentos más inesperados y que tarde o temprano suelen tener su importancia. Igual que en el caso del *balconing* del mes pasado. Como suele decirse: «tenía la mosca tras la oreja».

Mientras guardaba mi pequeño bloc de espiral en la riñonera, advertí que Carmen no hacía más que mirar el reloj. Me acerqué a su lado con discreción:

—¿Tienes prisa? Te veo un tanto inquieta.

—Resulta que hoy tengo comida en casa de mis padres. Recordamos juntos el fallecimiento de mi hermano hace ocho años. Desde entonces, cuando yo libro en un fin de semana un par de meses antes del de su muerte, nos juntamos para no olvidarlo.

—Vaya, lo siento —respondí sobrecogido ante la nueva confesión de mi camarada—. Pero, perdona que te pregunte: ¿por qué dos meses antes?

—El dieciocho de junio, este lunes, sería su cumpleaños. Aprovechamos un fin de semana, ya que mi padre no trabaja en festivos, que coincida con mis libranzas porque tampoco puedo andar pidiendo siempre ese día o cambiando turnos, algo que no gusta demasiado en la comisaría para no alterar los equipos formados por compañeros asignados.

—Ya...

—De todas formas, mi hermano hacía mucho tiempo que ya no celebraba nada con nosotros. Él iba por su cuenta. No supimos sobre su paradero hasta el dos de agosto, en el depósito —me explicó con naturalidad,

como si fuese lo más normal del mundo.

—Lo siento de veras, no lo sabía... —Me quedé un tanto perplejo al conocer a bote pronto lo de la muerte de su pariente—. Vete, no te preocupes —insistí—, yo me encargo. No tengo ningún plan para hoy. Me quedo hasta que los de la científica terminen y la funeraria se lleve los restos al depósito. Aprovecharé para revisar esas cámaras que han estado funcionando a ver si encuentro algo que resulte relevante. Luego me acercaré a la comisaría y haré un informe provisional. Ya seguiremos con el caso cuando nos reincorporemos pasado mañana oficialmente al trabajo.

—¿De veras que no te importa?

—No me importa, en serio. Ve tranquila.

—Gracias. Te debo una...

Me acerqué soltándole una barbaridad al oído haciendo que se riera con una sonora carcajada que desentonó mucho ante el brazo amputado. Ella se marchó para casa de sus progenitores y yo me encaminé al puesto de seguridad a revisar las grabaciones.

- - - - -

Realmente no tenía nada mejor que hacer ese sábado. Así que una vez abandoné la escena del incidente, a eso de las dos de la tarde, resolví comer un tentempié acompañado de cerveza fría, sin duda lo más apetecible en un día en el que el calor apretaba demasiado para ser junio, aunque mi cabeza todavía me daba vueltas resacasas. En la sobremesa, en lugar de sestear como media población sureña, acudí al Instituto de Medicina Legal para así presenciar la autopsia al cadáver (o lo que quedaba de él) rescatado en el zoo,

que estaba programada para eso de las cuatro. De paso, aprovechando el trajín, podría conocer de primera mano las nuevas y flamantes instalaciones de la Ciudad de la Justicia de Málaga, en el distrito de Teatinos, que aún no había visitado.

Bajé, tras identificarme, a la planta sótano menos uno y estuve a punto de perderme ante el entramado de pasillos, despachos y laboratorios blancos. Si bien en la tarde sabatina casi todos los departamentos estaban medio vacíos, el tamaño de aquel lugar presuponía un ajetreo populoso a lo largo de la semana. Encontré la sala de autopsias, donde Rafa esperaba fuera, en el pasillo, tomando café de una máquina que transmitía buenas sensaciones. Acepté el cortado al que me invitó. Me lo bebí poco más o menos de un trago porque tengo la maldita costumbre de tomar las cosas excesivamente calientes, lo que me ha costado más de una quemadura en la boca.

—¿Y Carmen? —preguntó el forense mientras apuraba su infusión a pequeños sorbitos, a la par que soplaba repetidas veces, casi de un modo infantil.

—Tenía asuntos personales —le respondí percibiendo su clara desilusión. No era una mera impresión que la presencia de mi compañera alegraba el trabajo del facultativo—. Te recuerdo que hoy, en teoría, teníamos el día libre...

—Pues yo en mis jornadas de descanso no contesto ni al teléfono. De hecho, tengo unas ganas increíbles de que llegue el próximo mes para disfrutar de una quincena de vacaciones reservadas. Las otras dos semanas las guardo para octubre o noviembre. ¿Sabes? Me escapo a las islas, a la zona de La Garita, un precioso municipio costero próximo al Teide, en Gran Canaria. Un sitio acogedor y tranquilo, sobre todo en esa época. Voy allí a disfrutar del sol, de la playita tropical de arena oscura y fina, y de las chicas autóctonas con su acento curioso y una belleza nativa sin igual.

—Ya me imagino —le contesté con una sonrisilla irónica de incredulidad que no sé si la entendió muy bien.

—¿Estás preparado? Una disección humana no resulta plato de buen gusto normalmente. Algunos, incluso más machotes que tú, no la han soportado...

—No es mi primera vez —le aclaré, convencido de que sí que había entendido mi ironía de antes al escuchar su puya—. No es lo más atrayente para pasar la tarde del sábado, pero sabré adaptarme; por mí no te preocupes. Y, por cierto, respecto a lo de los machos machotes —rematé recordando un artículo que había leído el otro día en El País—, según dijo sabiamente Susan Sontag: «Lo más hermoso del hombre viril es algo femenino y lo más hermoso de la mujer femenina es algo masculino...».

El forense me miró un tanto sorprendido por la cita que elevaba el nivel cultural de la conversación y, arrojando el vaso vacío a la papelera de la entrada, me invitó a entrar en el vestuario para prepararnos convenientemente con las batas, calzado adecuado y mascarillas contra las salpicaduras. Hice un triple digno de los *Playoffs* de la NBA, con el enceste de mi vaso desde una distancia más que considerable para un profano del básquet, y me dispuse a seguirlo para presenciar una autopsia en asiento de primera fila.

- - - - -

Los resultados preliminares de la disección no revelaron nada extraordinario, eso considerando normal el que alguien en su sano juicio decida saltar al recinto de los tigres de Sumatra; pero, al menos a nivel fisiológico, la muerte parecía haberse producido por un sangrado masivo motivado por los mordiscos de las fieras. De hecho, el zarpazo en el cuello con desgarro de la arteria carótida era de por sí mortal de necesidad.

En una semana estarían listos los análisis de fluidos y tóxicos, para descartar cualquier tipo de envenenamiento o droga en el cuerpo de la víctima. Uno de los tatuajes en la espalda del muerto, escrito en francés, nos dio una pista para buscar su identidad, ya que no habíamos encontrado ninguna documentación en el recinto zoológico.

Tampoco las grabaciones de las cámaras visionadas me sirvieron de mucho porque, aunque apareció parcialmente en pantalla pagando el billete de acceso, como lo hizo en efectivo, no pudimos rastrear la tarjeta. Para colmo, dos de los tornos quedaban fuera del alcance del dispositivo de vídeo, por lo que la entrada era un auténtico coladero de personas sin identificar.

Nadie había reclamado la desaparición de la víctima (aún era pronto), de manera que tocaba esperar. Pero la frase escrita en su piel me animó a enviar las huellas dactilares que habíamos extraído hasta la oficina de un policía conocido, destinado en la Gendarmería Nacional en el País Vasco francés, con el que mantuve desde la Ertzaintza una buena relación profesional. Tal vez, con un poco de suerte, las podía contrastar con la extensa base de datos de la policía gala.

Al final, superados todos los trámites en la comisaría y la elaboración de un informe preliminar del suceso en cuestión, me había ventilado casi todo el sábado. Pensé por un momento en mi compañera, que estaría recordando a su hermano muerto junto a sus familiares, de una manera privada, incluso misteriosa, como me dijo sin inmutarse al mediodía. Sin desearlo, vino de nuevo a mi mente la sala de autopsias con Rafa y su ayudante, un tipo pequeño de aspecto chocante con apariencia un tanto huidiza, aunque experimentado en el trabajo, que manejaba con habilidad las herramientas. Ese recuerdo hizo convencerme de que estaba muy cansado y la cabeza me dolía con molesta intensidad por las sienes. Tomé un paracetamol del botiquín (el tercero del día), empujándolo con un largo sorbo de agua, para marcharme finalmente a casa pensando en que al día siguiente tenía un plan magnífico a la vista. Me animé: Elisa, una de las chicas con las que coincidía en el gimnasio todas las semanas, me propuso pasar la mañana del domingo en su catamarán, atracado en Puerto Marina, para más tarde almorzar en el mar empujados por las olas en lo que podía ser una romántica jornada.

Domingo, 17 de junio de 2018

Llegué con puntualidad británica al puerto marítimo de recreo de Benalmádena. La mañana brillaba soleada con una temperatura más que agradable. El mar se veía en calma casi sin brisa. Realmente era un día estupendo para salir a navegar. Busqué en el muelle número tres el atraque catorce, donde Elisa me estaría esperando con su embarcación. No pensaba en un barco deslumbrante, sino en una pequeña motora lo suficientemente grande como para aguantar el envite de las olas sin demasiado meneo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al llegar al destino me planté ante un impresionante navío con dos quillas y de tamaño considerable.

Elisa se encontraba en la espléndida cubierta, revisando los amarres, creo. Estaba agachada con un pareo blanco alrededor, mientras el bikini amarillo asomaba en su parte superior. Me saludó contenta al verme:

—¡Hola, Aitor! Sube, sube, que enseguida salimos.

Ascendí por la pasarela de madera al buque, en el cual un gran salón comedor cerrado unía ambos cascos. Atrás, una amplia zona para disfrutar del sol o la pesca. Alrededor, una barandilla de metal protegía de eventuales

caídas todo el perímetro del casco, lo cual me tranquilizó ya de primeras dándome confianza.

—Vaya barco más chulo —le dije tras arrearle dos besos sonoros y entregarle una botella de champagne no muy frío que había comprado de camino para no llegar con las manos vacías. Ella olía genial, como a vainilla. Llevaba suelto su corto pelo rizado. Descubrí que era un poco bizca al acercarme tanto a su lado, cosa que no me había percatado en el gimnasio.

—No tenías que haberte molestado —me dijo, aceptando el espumoso con aparente indiferencia—. Ahora traerán toda la comida que falta. La nevera está casi llena...

¿Iban a traer la comida al muelle? ¿Había pedido un *catering*? Joder, la tía debía de ser millonaria. Y yo sin enterarme. Elisa no es que fuera mi mujer ideal, pero bueno, para una relación esporádica no estaba nada mal y parecía muy simpática.

—¿Es tuyo el barco? —pregunté con las manos a la espalda mirándola moverse con soltura por la proa.

—No, no. Es de mis padres. Ahora los conocerás, están llegando por allí. —Seguí con la mirada el dedo, que señalaba un Volkswagen Passat metalizado haciendo maniobras de estacionamiento en una de las plazas reservadas a los propietarios de los amarres.

—¿Ellos vienen también con nosotros? —indagué temeroso de la respuesta.

—¡Claro! —aseveró con rotundidad Elisa mostrando una mueca de sorpresa—. ¿No te lo había dicho por teléfono? Vamos a pasar un día estupendo todos juntos en alta mar...

Entonces me di cuenta de que el domingo se me iba a hacer muy, muy largo.

7. MÁLAGA

Lunes, 18 de junio de 2018

—¿Y qué pasó? —me preguntó Carmen repantingada en su asiento frente a nuestra mesa de trabajo, encantada con la historia que estaba narrando. Julián apoyado contra el archivador y Sandra sentada sobre el pico de la mesa, también estaban atentos a mi divertido, a la par que patético, relato.

—Pues de la berlina alemana bajó un matrimonio en el que al menos tendrían setenta años cada uno de ellos. Sacaron, después, de la parte trasera del vehículo, con suma dificultad, a una señora que rondaría perfectamente las noventa primaveras y que me presentaron como «la abuelita». También descendió un chico de unos treinta años con el ceño fruncido que resultó ser el hermano de mi ligue, y al parecer no tenía mejor plan un domingo por la tarde que venirse de *escopeta* con nosotros.

»La comitiva en pleno subió a bordo cargada de cestas con *tupperwares* y dos bandejas forradas en papel de aluminio. Fui presentado por Elisa a toda la cuadrilla, acompañantes indispensables al parecer en la travesía y el consiguiente almuerzo.

—¿Iban todos a tu primera cita? —preguntó Sandra abriendo los ojos. Se lo estaba pasando genial al escucharme.

—Pues sí. —Teatralicé moviendo las manos—. Y, viendo frustrado el plan romántico inicial, en el que figuraba un más que probable revolcón en el yate empujados por las suaves olas de la Costa del Sol, opté por asumir el nuevo proyecto con resignación y sin apartar el teléfono de mi vista para ver si con un poco de suerte me llamaban urgentemente del trabajo o me llamabas tú. —Miré a Carmen como fingiendo enfado.

—Sabes que estaba liada, en fin, con mis padres en una celebración familiar íntima todo el fin de semana. Ya te lo dije. Si no, me hubiese apuntado exclusivamente por ver tu cara de alucine...

—Lo sé, era broma. —La miré con comprensión pensando en sí había metido la pata con el comentario.

Me dirigí de nuevo a los agentes que estaban en la oficina a mi alrededor expectantes: —¿Sabéis ese dicho de que cuando las cosas salen mal, todo puede ir aún peor? Es rigurosamente cierto. Al llegar a un lugar que le pareció oportuno al padre del clan, apagó el motor y como por arte de magia descubrí que todos los presentes comenzaron a quitarse la ropa sin el menor tapujo.

—¿Qué me dices? —exclamó mi compañera soltando una carcajada—. ¿Iban a hacer una orgía o pensaban entregarte como ofrenda a Poseidón en un rito ancestral?

—¡Calla! —le dije continuando el relato, casi como si fuese un monólogo de humor de la televisión al estilo del *Club de la comedia*.

—La madre de Elisa, una señora muy amable, pero a la que me violentaba mirar su torso descubierto en libre caída, se acercó a mi lado al notarme ciertamente confuso. «¿No te ha dicho nada mi hija?» —me preguntó maternalmente. Y sin dejarme abandonar mi estupor continuó—: «Somos naturistas convencidos, además de vegetarianos. Creemos en el contacto libre con la naturaleza y lo disfrutamos permanentemente. Supongo que no te sentirás intimidado por ello ¿verdad?»

—¿Y te pasaste todo el día desnudo en una embarcación con media residencia de la tercera edad para verle el *chichi* a tu ligue? —Se pitorreó Julián, en el contexto de una conversación que se asemejaba a una broma.

—Sí, incluida la comida enterita. Todos desnudos sentados ante la mesa, cada uno sobre una toalla diminuta de bidé. Comiendo únicamente verdura y bebiendo agua mineral; ahora eso sí: un agua cojonuda. Botellas de la marca Veen que, según me explicaron, significa en finés «Madre del agua» y provienen directamente de un manantial de Finlandia excepcionalmente alimentado por aguas puras del Círculo Polar Ártico a cuatro grados de temperatura y a ocho pavos la ración. Me tomé seis botellas solo para joderles la cartera...

Hubo una risotada general. El resto de los compañeros nos miraban con curiosidad.

—Y encima te marearías como un descosido tantas horas en un barco ¿no?

—Pues debéis saber que, para mi sorpresa, el catamarán respondió muy bien a la navegación. Es un barco muy estable, con poco calado por lo que reduce considerablemente el movimiento provocado por las olas, así que apenas me mareé en todo el trayecto.

—¿Al menos la chica mereció el sufrimiento? —indagó de nuevo Sandra levantándose de la mesa viendo al subcomisario salir del despacho y localizarnos con la mirada.

—Mira, ni lo sé ni tengo la menor intención de averiguarlo. —Decidí concluir al comprobar que el jefe tomaba decididamente rumbo hacia nosotros —: Regresamos a eso de la media tarde a puerto tras mi insistencia, toda vez que malgastamos el tiempo al intentar en vano pescar algo durante más de tres horas en compañía del padre de Elisa y de su hermano, que no dejaba de mirarme con cara de hastío. ¡Todos en pelotas!

Carmen no pudo contenerse y lanzó una risotada mientras Estrada llegaba a nuestra altura. Julián resolvió con acierto volver a sus quehaceres.

—¿Se lo están pasando bien? —espetó nuestro mando con un reproche irónicamente serio, como siempre—. ¿Sabemos algo nuevo del muerto de Fuengirola?

—Perdone, señor, ha sido culpa mía —respondí con sinceridad—. Les contaba una historia que me había ocurrido, pero a todas luces irrelevante con el caso que tenemos entre manos. Simplemente nos estábamos relajando un poco...

Abrí el mail que me había enviado mi amigo francés al que conocí en las Landas, un lugar paradisíaco que me recomendó mi antiguo compañero Natxo y a donde me escapaba en cuanto tenía oportunidad. Se lo mostré satisfecho.

—Es francés —le aseguré girando la pantalla para que viera la foto y los datos del individuo—. Sus huellas están registradas en la *Sûreté Nationale*. Se trata de Françoise Villenuar. Tiene, tenía, mejor dicho, treinta y seis años. Ha estado detenido un par de veces por trapicheo con drogas. No sabemos si estaba aquí de vacaciones o en busca de *costo* para llevarse a su país. Estamos llamando a los hoteles de Fuengirola y hemos lanzado una orden de aviso informático a todos los establecimientos hosteleros de Málaga por si tienen inscrito a un huésped con ese nombre.

—Sería interesante poder registrar su habitación y comprobar si estaba solo o acompañado —corroboró el subcomisario.

—No hay mucho más hasta que nos lleguen las pruebas de tóxicos para saber si iba muy puesto, pero como verá en el informe de la autopsia, la muerte está clara en principio —añadió mi compañera.

—¿Otro suicidio? Porque, evidentemente, descartamos el accidente, ya que nadie a propósito sube a una jaula de bestias y se tira al interior...

—Eso parece. Camuflado con imprudencia, como el anterior... o no —solté yo dejando caer las palabras con cuentagotas...

—No teníamos tantos suicidios —reflexionó Javier Estrada obviando mi coletilla— desde hacía un año por lo menos, que se me ocurra ahora de memoria. Del último fue usted la que se encargó, ¿no es así, agente García?

—No. Yo investigué el de Rincón de la Victoria. El ahorcado. El último caso fueron los novios que se arrojaron desde el Puente Nuevo en Ronda a finales de septiembre.

—Sí, es cierto, lo recuerdo. —Intervino Sandra que aún seguía con nosotros ordenando unos papeles—. Creo que los inspectores Sánchez y Torres llevaron el caso. Fue un asunto muy extraño —siguió—. La pareja visitó el Museo Taurino de la famosa plaza de toros de Ronda, según descubrieron al recomponer la escena. Más tarde se dieron el lujo de comer rabo de toro en uno de los locales más típicos y caros de la zona. A los postres, según parece, decidieron saltar cogidos de la mano desde el puente sobre el Tajo. Casi cien metros de caída...

—¡Buf! —resoplé pensando en la hostia que se meterían contra el suelo.

—Si de momento no tienen más datos sobre lo del zoo, quisiera que saliesen a patrullar por la ciudad. Necesitamos más coches en la calle. Con esto del mundial, la gente parece que se está volviendo gilipollas. —Nos ordenó el subcomisario tras escuchar el relato. Después se dirigió a Sandra y le dio las mismas órdenes para ella y su compañero de trabajo.

—Entendido, jefe —asintió Carmen.

—Y, por cierto —nos dijo al irse hacia su despacho, pero dirigiéndose

a mí principalmente con la mirada—; este miércoles deben custodiar a la jueza Marisa Alina en unas conferencias en las que disertará en Vélez-Málaga. La magistrada ha llamado al comisario Herrero-Maes personalmente y se ha empeñado en que sean ustedes dos sus escoltas asignados. La llevarán hasta allí, se encargarán de su seguridad y la traerán de vuelta. Ya les informaré con más detalle antes de que finalicen el servicio de hoy.

Mientras Estrada se alejaba por el pasillo, aprovechando para dar algunas órdenes a varios compañeros con los que se cruzó por el camino, Carmen se dirigió a mí por lo bajini:

—A ver si nos va a joder el partido de España contra Irán de ese día —me dijo completamente en serio—. No sé qué coño le das a la jueza, pero creo que le pones...

- - - - -

Conducía yo cuando Carmen metió un CD de Becky G. en el reproductor del SEAT Altea. El ritmo latino comenzó a sonar a todo volumen:

—«A mí me gusta que me traten como dama, aunque de eso se me olvide cuando estamos en la cama. A mí me gusta que me digan poesía, al oído por la noche cuando hacemos groserías. Me gusta un caballero que sea interesante que sea un buen amigo, pero más un buen amante. ¿Qué importa unos años de más? A mí me gustan mayores... —Ahí se me quedó mirando mientras cantaba la canción haciendo dúo— ...de esos que llaman señores; de los que te abren la puerta y te mandan flores... A mí me gustan más grandes, que no me quepa en la boca los besos que quiera darme y que me vuelva loca...»

Con los brazos levantados, mi compañera se removía el pelo poniendo morritos, sacando la lengua como una adolescente que estuviera haciéndose un selfi y meneando las caderas sobre el asiento.

—«...loca oh oh oh oh oh; loca oh oh oh oh oh...»

Bajé el volumen desde el mando que llevaba incorporado en el volante antes de que fuera yo el que se acabara volviendo loco.

—Háblame del caso del Rincón de la Victoria —le pedí, cortándole el rollo e intentando olvidar esa música tan pegadiza, tarea a todas luces difícil.

Parece que al oírme recuperó la compostura.

—Fue en agosto, hace casi un año. Era un día de calima espantoso...

—¿Calima? ¿Qué es eso?

—Es un viento con partículas en suspensión, como una niebla cálida que suele venir del norte de África. A veces parece que te has dejado la puerta

del horno abierta.

—Vale, lo pillo.

—Llevaba un par de días soplando asfixiante y la temperatura llegó hasta los cuarenta grados en la costa. El 112 recibió por la mañana un aviso desde un bloque de pisos cerca de la playa. La hermana del dueño estaba preocupada porque no le contestaba al teléfono desde la noche anterior. Tampoco abrió cuando acudió a verlo, así que, como no tenía copia de las llaves, avisó a emergencias. Estos mandaron a los *munipas*, que se personaron en el lugar con una ambulancia y con los bomberos para entrar por la ventana por si le había dado algo al hombre. Cuando los sanitarios y la policía local vieron el tema nos llamaron.

—Estaba ahorcado, dijiste antes, ¿no?

—Bueno, sí y no. Me explico: se había atado de una de las vigas de madera a la vista que decoraban el antiguo cuarto de baño. Se subió a una pequeña escalera plegable, le pegó una patada y se quedó ahí balanceándose, pero la cuerda no resistió el peso, por lo que acabó cediendo antes de que el hombre falleciera. Según la autopsia, el golpe que se dio en la cara y la cabeza contra los elementos del baño y el suelo de granito fue anterior a su fallecimiento. Es decir, murió asfixiado entre la presión de la soga que le había roto la tráquea y tragando su propia sangre debido a la rotura de la nariz

y varios dientes en la caída.

—Joder, vaya escena.

—Pues sí. Un tanto dantesca.

—¿La muerte fue entonces por la noche?

—¡Ajá! Entre las tres y las cinco de la mañana, según el informe médico forense. Lo tienes todo en comisaría.

—¿Era español el tipo?

—No, no, era de Dinamarca. Pero tanto él como su hermana se habían venido a vivir a la Costa del Sol. Llevaban un par de años residiendo en estas tierras. Tenían a medias un negocio de productos típicos nórdicos para los extranjeros. Aunque yo creo que era una tapadera para blanquear dinero, entre otras cosas...

La emisora sonó con la musiquilla característica de aviso para luego crepitar de una manera que no presagiaba nada bueno:

—*Cobra 12, para H20...*

—¡Adelante, central! —contestó Carmen ya que la llamada iba dirigida a nosotros, pues teníamos como indicativo «K» un nombre de reptil.

—Diríjense con urgencia hacia la zona de Jardines de la Abadía, en el cruce de la calle Antonio Soler con la calle Pintor de la Fuente Grima. Tenemos un agente herido por arma blanca que se encuentra en peligro ante un grupo de atracadores violentos. Hay también civiles lesionados.

—¡Recibido, H20, vamos para allí! —respondió Carmen mientras colocaba el rotativo azul magnético sobre el techo de nuestro coche camuflado, para hacerlo visible y prioritario ante el resto.

—Ustedes son la unidad más cercana al lugar. Acuden dos indicativos más, pero tardarán unos cinco minutos en hacer acto de presencia.

—*Roger*. Estamos al lado.

Pegué un volantazo y, atravesando una estrecha acera central, cambié de carril, obligando a frenar al tráfico que llegaba en sentido contrario, para retroceder un par de vías más atrás, hacia una de las pequeñas rotondas de la calle Tomás Echeverría, sita a unos quinientos metros de donde nos encontrábamos, y que desembocaba directamente en el lugar del incidente. Vi que mi compañera me miró asustada al sentirme conducir de una manera que no reconocía.

—Y yo que pensaba que te habían dado el carnet en una tómbola —tuvo el arrojo de decir mientras se sujetaba al agarradero del asiento con una mano y accionaba la caja de sirenas para alternar los tonos con la otra.

—Solo conduzco rápido cuando lo requiere la situación —le aclaré mientras giraba a la derecha saltando por encima de un bordillo demasiado alto para nuestro vehículo.

Golpeamos violentamente con los bajos contra el saliente del jardín de la acera y los límites del paseo. Sonó como si la transmisión del SEAT se partiera en dos. Me detuve a pocos metros del coche patrulla atacado. Tenía la puerta del conductor abierta y en el suelo parapetados tras ella estaban nuestros compañeros. Uno parecía herido. El empedrado estaba teñido de sangre. Frente a ellos un tipo alto enarbolaba un cuchillo de grandes dimensiones. Tras él se hallaba un jovencillo asustado con una bolsa abultada en la mano, que no sabía muy bien qué hacer en esos momentos de anarquía. A la derecha, una bestia de casi dos metros y más de ciento diez kilos de peso sujetaba un hacha con las dos manos de manera amenazadora.

Todos ellos se nos quedaron mirando confundidos ante nuestra entrada triunfal. Carmen salió con el arma entre las manos dirigiéndose al gorila. Yo fui directo donde los dos polis que estaban en el suelo para protegerlos.

—¿Estáis bien? —les pregunté mientras encañonaba al tipo de la navaja que al parecer había pinchado a uno de los agentes.

—Está herido. Tiene un navajazo en el estómago, sangra bastante —respondió el que parecía ileso, bajando su arma temblorosa. Se le notó aliviado al vernos.

—Viene la ambulancia para aquí —los tranquilicé—. Preocúpate de taponar bien su herida. —El uniforme calaba demasiada sangre dejando un

cercos muy feos alrededor del torso—. Yo me encargué de este tío.

Me levanté y di un paso hacia el delincuente. Estaba alterado, parecía *puesto* de drogas hasta arriba.

¡Tú, gilipollas! —le grité mientras me miraba con la navaja en la mano de manera amenazadora enfilándola hacia mí—. ¡Tira eso al suelo y pon las manos en la cabeza! ¡Ahora! —le ordené tratando de aparentar calma.

—¡Que te jodan, *madero!* —bramó con cara de loco.

Disparé un tiro al aire para dejar las cosas claras mientras no quitaba un ojo de encima a mi pareja, que se encaraba en esos momentos al tremendo orangután armado. El hombre del hacha se enfureció al oír el disparo y blandió su arma cortante contra el capó del coche patrulla, haciéndole un tajo considerable. Después, miró a mi compañera y fue a por ella.

—¡Te voy a partir en dos, puta de mierda!

Carmen no titubeó un momento y descargó un par de disparos certeros de su Hermen & Glock contra la rodilla izquierda del delincuente, que cayó al suelo vociferando. Aún desde el asfalto seguía sujetando la herramienta de leñador. La acción hizo que el chaval más joven se fuera huyendo dejando caer una bolsa de plástico en su loca carrera. Aproveché el despiste que provocó toda la escena para neutralizar al tipo que estaba ante mí. Avancé hacia él de sopetón y le di una patada en la entrepierna, rematando el asalto con un culatazo de mi arma contra la cara. Se derrumbó soltando la navaja mientras la sangre le salpicaba desde la boca. Me puse sobre él clavándole una rodilla en la clavícula y lo inmovilicé con las sujeciones de plástico que llevamos, inutilizándole las manos y los pies. Pegué una patada a la navaja para alejarla y me acerqué donde mi compañera.

El arma se le había encasquillado en el peor momento posible, aunque había sacado misteriosamente otra, una pequeña Glock 43 de 9 milímetros, no sé muy bien de dónde. Ambos encañonábamos al más rudo de los tres maleantes.

—Suelta el hacha ahora mismo —le ordené.

—¡Que os jodan, cabrones! —berreó intentando ponerse en pie pese a las heridas. Estaba muy pasado de anfetás y otras sustancias.

—Suelta el hacha o te dejo en una silla de ruedas de por vida —le amenazó la inspectora García sin dejar de apuntar con sus dos armas, ahora a la otra pierna.

Unas sirenas sonaban a lo lejos con celeridad. Ya llegaban los esperados refuerzos y la ambulancia.

El gigantón se levantó, probablemente sobreexcitado por las drogas consumidas, y, como si fuese un trampero de Canadá, enarboló nuevamente el hacha con firmeza. Fui yo en esta ocasión quien le disparó desde atrás alcanzando la pierna sana. Se derrumbó como un fardo con un sonido grotesco al golpear en la caída contra el asfalto. Aullaba de dolor, y la sangre le salía en un fino chorro catapultada por un agujero del pantalón. Debía haberle alcanzado en una arteria importante.

Una patrulla de uniformados entró en ese momento derrapando. Salieron los dos ocupantes con las pistolas amartilladas. Me di cuenta de que yo no llevaba la identificación colgando del cuello. Me la saqué de debajo de la camisa y la mostré en alto.

—Somos compañeros —les indiqué a voz en grito—. Uno ha huido por la calle de al lado. Hay un herido en el Zeta; parece algo serio.

Llegó otro indicativo policial. Después un furgón Volkswagen de los Grupos Operativos de Respuesta y la ambulancia del 061. Un novato en prácticas de la primera patrulla se acercó apuntando a la bestia con intención de inmovilizarlo, pero no calculó que estaba temerariamente cerca y el delincuente le agarró del pie haciéndolo trastabillar. Tenía aún el hacha demasiado cerca. Mi compañera reaccionó saltando sobre su muñeca con ambos pies juntos, como un canguro. Los huesos carpianos sonaron con un crujido desagradable que no auguraba nada bueno. El corpulento personaje se retorció de dolor desde el suelo liberando el pie del joven policía. Carmen apartó el arma de cualquier alcance y agarró al novato del brazo evitando que perdiera el equilibrio mientras lo sacaba del campo de acción.

—¡Tienes que tener cuidado si quieres seguir vivo en este oficio, chaval! —le advirtió enojada.

Finalmente, seis policías nacionales de los GOR redujeron al individuo para que los servicios sanitarios le atendieran. Otra ambulancia trasladó al compañero herido al Hospital Regional de Málaga. Un tercer recurso sanitario tuvo que acercarse para hacerse cargo del que yo había dejado noqueado.

Cuando la situación se tranquilizó, me senté sobre el capó de nuestro coche viendo como el pobre perdía líquidos de todo tipo y de todos los colores por debajo. Había intentado arrancarlo, pero una intensa humareda azul me dejó claro que no funcionaba, por lo que solicité una de nuestras

grúas.

—Joder, vaquero —soltó Carmen al llegar a mi lado.

Se sentó conmigo en el morro del SEAT Altea inutilizado mientras guardaba su segunda arma en la parte baja de la pierna, en una cartuchera que llevaba sujeta y camuflada bajo la pernera del pantalón.

—Mi vida a tu lado está adquiriendo nuevos tintes. Lo que es aburrimiento, no es que tenga mucho, no...

—Y eso sin enseñarme las tetas... —le repliqué cansado.

Ella rio con divertida simpleza ante la tontería en alusión a la otra noche, mientras se recogía el pelo revuelto en una coleta improvisada.

8. VÉLEZ-MÁLAGA

Martes, 19 de junio de 2018

El martes nos cayó un chorro impresionante en la comisaría. El subcomisario se puso como un energúmeno fundamentando que nos habíamos excedido en nuestro cometido.

—El abogado de oficio va a alegar brutalidad policial —dijo en su despacho mirando a Carmen—. Le ha metido usted dos balazos en una rodilla que lo van a dejar de por vida con muletas. Y, por si no fuera suficiente, le ha roto seis de los ocho huesos de la muñeca, fisurándole además el cúbito y el radio del antebrazo. Eso sin contar el *tiro de gracia* de su compañero que casi lo desangra en mitad de la calle.

—Una mala bestia —razoné—. La agente García actuó en consecuencia.

—Claro —siguió Estrada mirándome a mí a los ojos de una manera un tanto agobiante—, usted, inspector Etxarreta, tampoco se libra de la crítica —(me callé convencido de que no era el mejor momento para corregirle en la pronunciación correcta de mi apellido)—. Porque sepa que al otro delincuente le ha reventado, literalmente, uno de los testículos y probablemente quede afectado de por vida. Eso sin contar que le rompió dos dientes con la culata de su arma.

—Eran escoria —saltó Carmen poniéndose en pie—. Iban a cepillarse a los compañeros, de hecho, casi lo consiguen con uno de ellos. Y salían de haber dado el palo en una joyería asolando el comercio a su paso, dejando dos heridos, uno grave, como bien sabrá a estas alturas. Usamos la fuerza en la justa medida requerida.

—Eso se lo explican a la jueza Alina cuando mañana la lleven a la conferencia que tiene que dar en Vélez-Málaga. Porque como no apacigüen los ánimos de la Fiscalía nos van a poner en apuros. Y, por cierto, desde hoy mismo ya se pueden poner el traje de faena porque van a salir a patrullar en un coche Zeta todos los puñeteros días —continuó notablemente enfurecido—. Su vehículo está reventado por los bajos y tardarán al menos un mes en ponerlo operativo. No sé quién demonios le ha enseñado a conducir así, agente. Tal vez en Euskadi tuviesen Hummers, *buggies* playeros o tanquetas para saltar por los jardines, pero aquí no tenemos una flota ni tan amplia ni tan versátil...

Miércoles, 20 de junio de 2018

Al menos en comisaría nos habían dado un SEAT Ateca Xcellence Plus nuevecito, recién matriculado y pintado en un tono azul lava precioso, para poder llevar a la jueza Marisa Alina a su simposio jurídico en el otro extremo

de la provincia.

Íbamos vestidos de paisano y realmente estábamos elegantes en nuestra labor de escoltas. Carmen, como siempre, posaba guapa con ese rostro cordobés tan moreno embutida en un traje de chaqueta y pantalón caqui que se le hacía un poco raro. Por supuesto, con zapatos bajos sin tacón por si había que correr. Yo la verdad es que me sentía cómodo portando un traje de marca que habían embargado a unos narcos y me cedieron en uso desde la comisaría. Era gris marengo con corbata a juego sobre una camisa clara. Iba hecho un pincel.

Mi compañera se hallaba decidida a conducir, sí o sí, por lo que no discutí con ella al respecto antes de salir del parking de la Jefatura Central. Al rato paramos en mitad de la calle de una urbanización de lujo a las afueras de la capital. Había otro coche de escoltas, dependientes de la comisaría Distrito Málaga Este – El Palo, apostado enfrente del chalet de la magistrada. Nos saludamos correctamente, intercambiamos identificativos y ellos abandonaron el lugar dejándonos a nosotros al cargo una vez confirmaron las órdenes por la emisora.

—Me sorprendiste sacando esa segunda pistola anteayer cuando te enfrentaste al energúmeno ese —le comenté a Carmen mientras aparcábamos ante la entrada de la vivienda en el hueco que habían dejado nuestros compañeros.

—Es mía —contestó maniobrando con pericia—. La llevo siempre que puedo sujeta en la pernera bien oculta. Hay veces que puede ayudarte en un apuro, como comprobaste. Nunca se sabe. Si dos ojos ven más que uno solo, dos armas protegen el doble.

—Ya... ¿Y guardas más sorpresas ocultas? No sé, ¿un misil tierra aire en el sujetador o algo parecido?

—Anda, calla un poquito, mi alma. No hagamos esperar a nuestra invitada —me sugirió Carmen sonriendo—. Baja a llamarla tú, que tienes buenas vibraciones con ella.

—¿Yo? Pero si apenas la conozco —protesté.

—Sí, claro, pero te puso ojitos el mes pasado cuando la piropeaste.

No quise discutir y descendí del automóvil para llamar al timbre de la vivienda. Casi al instante, se encendió una luz en el videoportero y la voz de la jueza resonó metálica al cabo de unos segundos a través del altavoz de la entrada:

—Buenos días. Ahora mismo salgo —se limitó a decir escueta.

La esperé apostado en el portón de hierro forjado. El follaje verde sembrado de ficus y plantas mediterráneas daba a la residencia un aspecto tropical. Unas buganvillas de color rosa intenso trepaban por el lateral de la verja. Varios tipos de vegetación acompañaban el conjunto de manera cálida, componiendo una madreSelva de especies sumamente acogedora.

Se abrió de sopetón la puerta y por la misma asomó la magistrada ataviada con un veraniego vestido blanco repleto de flores, muy acorde a la entrada de su domicilio. Al verla de cerca me fijé en su rostro marcado por los años, disimulado con un maquillaje perfecto. Los labios resaltaban perfilados con sumo esmero y las pestañas negras sembradas de rímel parecían mucho más largas, casi interminables. Unos pendientes de oro en forma de aro, para mi gusto un tanto grandes, junto a un collar a juego que caía sobre el discreto escote completaban su elegante busto. Finalmente coronaba todo el conjunto con una llamativa pamelita, ladeada de la manera adecuada y más propia de una boda caribeña en las Barbados o la República Dominicana que de un simposio.

—Qué elegante está usted, inspector Etxeazarreta —me dijo dándome un repaso descarado.

—Hemos venido así de distinguidos para intentar estar a juego con su señoría —le repliqué en plan peloteo abriéndole la puerta trasera del automóvil.

—Agente García... —saludó educada a Carmen mientras se acomodaba en el asiento posterior.

—Jueza...

Monté en mi eterno asiento de copiloto y tras indicar a la magistrada que se pusiera el cinturón de seguridad salimos con suavidad, para mi sorpresa, por la calle residencial erigida en su mayor parte de adosados y viviendas unifamiliares no aptas para todos los bolsillos.

Realmente Carmen conducía muy bien. Había dado varios cursos de técnicas evasivas y pilotaje extremo, cosa que demostraba ejemplarmente cuando íbamos los dos solos de ronda. En esta ocasión haciendo de chófer para la responsable del Juzgado número uno, enfiló la autopista A7 del Mediterráneo por Peinado Grande con habilidad, en una conducción rápida, pero con delicadeza a la vez. No me mareé en todo el trayecto, cosa que a su lado no siempre resultaba tan fácil.

El tráfico se hizo mucho más denso a la altura de Rincón de la Victoria, como era habitual. Había formada una pequeña retención no superior a los diez minutos de tráfico lento, cosa que conocíamos de antemano gracias a la emisora. Fue entonces, casi retenidos por completo en la densa circulación, cuando la jueza guardó su *phablet* en el maletín de piel negra que portaba y soltándose el cinto se inclinó hacia delante por el hueco de entre los dos asientos:

—¿Me van a contar qué pasó exactamente el lunes con la detención que practicaron? ¿O tengo que esperar a que terminen de hablar de temas intrascendentes entre ustedes dos? —Nos preguntó sin dar rodeos.

—Eran unos cabrones... —comenzó Carmen de manera poco diplomática. Le corté rápido girándome hacia atrás para mirar a la magistrada mientras le explicaba lo ocurrido levantando un poco la voz y así tapar los improperios que se oían de fondo desde el asiento de la conductora.

Se me fue la vista sin quererlo a las piernas de nuestra protegida que se asomaban morenas, tersas y muy cuidadas, ante el vestido recogido en sus muslos.

—Es mejor que se ponga de nuevo el cinturón, por su propia seguridad —le dije.

Ella sonrió al echarse hacia atrás colocándose de nuevo a la par que estiraba su vestido hasta las rodillas. A continuación, narré la intervención tal y como nos había solicitado. Dramaticé tal vez un poco más de la cuenta, pero dejé claro que la situación requería una actuación contundente y rápida. Había un agente herido, posiblemente de gravedad. Cuando surgió la oportunidad, desarmamos a los delincuentes, aunque tuvimos que usar cierta violencia, reconocí moviendo la cabeza y exagerando en gesto como con sentimiento de culpa. Supongo que ella se creyó lo que consideró oportuno, pero parece que se sintió satisfecha por las explicaciones. Terminó la conversación con un «no tienen por qué preocuparse», lo que, a mí, al menos, me dejó mucho más tranquilo.

Aparcamos con quince minutos de adelanto en el estacionamiento anexo reservado de la sala de conferencias del Palacio de Beniel, que además de albergar la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Vélez-Málaga, es la sede de la fundación en honor de la filósofa María Zambrano, considerada sin duda una de las figuras más importantes del pensamiento español del siglo xx.

Acompañamos a nuestra *VIP* (como así llamamos en el argot policial a las personas relevantes que tenemos que llevar de un lugar a otro con medidas de cierta seguridad) hasta los pies del escenario donde le esperaban varios responsables de la asamblea sobre judicatura. Tomamos un café de catering bastante bueno al que nos invitaron los organizadores y poco después nos

apostamos de manera conveniente para no perder nunca de vista a la jueza. Todo de la manera más discreta posible.

Alina me miró en varias ocasiones con un encaro que no supe si se quedaba en satisfacción por el servicio que estábamos haciendo reportándole tranquilidad, o coqueteaba discretamente conmigo.

Carmen pasó junto a mí golpeándome levemente en su caminar. Me susurró al oído:

—La tienes en el bote, chaval...

Me tapé con la mano la boca una vez aprendida la lección, para evitar de ese modo cualquier lectura de labios inadecuada desde el estrado.

—Has de reconocer que es elegante y atractiva. Además, derrocha inteligencia, cultura y se desenvuelve bien en cualquier sitio.

—Ya, pero no te olvides, Don Juan, de que está casada con un importante empresario puntero en el sector del aceite, tiene un hijo de su anterior matrimonio bien colocado en el consejo de administración de Unicaja y, por si todo eso te parece poco, es nuestra superiora y supervisora a nivel general...

Cuando terminó la conferencia, que se tornó excesivamente técnica y cansina para los legos en la materia, un conjunto de preguntas directas a los ponentes alargó más de lo debido la sesión. Aproveché para contemplar la arquitectura y el decorado del palacio con más de cuatrocientos años de historia a sus espaldas. Era uno de los edificios más importantes de la ciudad.

Tras disertar en pequeños corrillos, los conferenciantes departieron en un restaurante cercano, donde tuvieron la gentileza de darnos de comer también a los escoltas en una mesa próxima, algo que normalmente no ocurría, y nuestras guardias, sin meter nada en el estómago, se volvían en algunas ocasiones insufribles. Recurrir a los Donuts terminaba siendo una fácil elección, copiada a pie juntillas de las películas americanas.

—¿Y cuál fue tu primera intervención? —le pregunté a Carmen mientras comíamos un confit de pato al Oporto que estaba delicioso—. Porque yo te conté la mía del parto en el taxi, pero al final no me hablaste de la tuya...

—Es verdad —respondió ella pinchando una patatita redonda con el tenedor para untarla en la salsa—. Fue en Madrid, en la puerta del Palacio de las Cortes...

—¿Dónde los leones?

—Eso es. Se celebraba una reunión ordinaria del Congreso de los Diputados y estaba de prácticas junto a mi compañero asignado, custodiando una de las puertas de acceso al hemiciclo. Me sentía entusiasmada y un poco nerviosa. Por fin salía a mi primer servicio oficial como policía una vez había logrado la plaza y pasado la instrucción previa. Mi responsable tuvo una necesidad y se marchó al baño dejándome sola unos momentos.

—¡Qué oportuno!

—Andaba mal de la próstata. Ya le pesaban los años de madurez y no aguantaba mucho sin ir a mear. De todas formas, el tema estaba muy tranquilo y había otro furgón estacionado un poco más abajo con una dotación de efectivos en su interior. A esto, que aparece un mediohippy con una pancarta en la que reclamaba más ayudas sociales para la compra de pisos o algo así...

Llegó el camarero y nos retiró los platos. Recitó la lista de postres a elegir. Carmen eligió un helado de vainilla bañado con chocolate caliente por encima. Yo me decanté por la crema catalana, que me recordaba mucho, pese a las diferencias gastronómicas, al *Goxua* de mi tierra. Nos rellenó de nuevo nuestras copas con agua, aunque el pato pedía a gritos un buen vino tinto con cuerpo.

—¿Y qué te dijo el hippy ese?

—Se estaba acercando demasiado, así que le rogué que se retirara unos metros. Entonces, el tipo arrojó la pancarta al suelo y del interior de una bolsa de plástico sacó una hoz y un martillo...

—¡Era de los tuyos! —le dije riéndome, recordando que Carmen se sentía bastante afín a Izquierda Unida.

—¡Era un zumbado! Pero ahora llevaba un arma contundente y otra afilada bastante más seria; así que no dudé en sacar por primera vez mi pistola reglamentaria apuntándole al pecho. La adrenalina me invadía todo el cuerpo y, la verdad, estaba temblando de arriba abajo, menos en las manos que

sujetaban el arma. Ahí tenía el pulso firme. El hombre comenzó a avanzar hacia mí y yo le di el alto varias veces ascendiendo de espaldas por los escalones. Estuve a esto de llevármelo por delante. —Me hizo una seña con el pulgar y el índice para indicar lo poco que le faltó para apretar el gatillo—. Afortunadamente mi compañero apareció de vuelta y, con sigilo, logró acercarse por detrás del chalado sin ser visto y lo redujo tirándolo al suelo. Lo esposamos rápido. Al ver las armas confiscadas me llevé una sorpresa tremenda: eran de atrezo, de cartón piedra pintadas.

—No fastidies...

—Como te lo cuento. Casi le meto un tiro a un payaso de feria cargado con artículos de carnaval. Así que, como comprenderás, fue una primera intervención gloriosa, aunque al menos nadie salió herido, lo cual visto lo visto no estuvo mal.

- - - - -

A media tarde retornábamos para Málaga. Carmen no dejaba de mirar el reloj, ya que dos horas después se jugaría el partido de fútbol del Mundial de Rusia en el que España se enfrentaba a la selección de Irán y mi compañera no barajaba entre sus planes la opción de perderselo.

La magistrada Alina nos indicó que la lleváramos a los juzgados. Debía terminar unos asuntos importantes surgidos a última hora que requerían su presencia antes de regresar a casa. En la sede judicial disponían de funcionarios conductores, asignados a la atención de los magistrados, que podrían acercarla a su domicilio. Se pasó todo el viaje de vuelta sin hablar centrada en su portátil, revisando trabajo pendiente. Entramos en el estacionamiento subterráneo del Palacio de Justicia una vez nos identificamos ante los guardias de acceso. La dejamos frente a los ascensores. Me bajé del vehículo para abrirle la puerta como había hecho con anterioridad. Se despidió de la agente García y yo la acompañé hasta los elevadores de cristal. Ante ellos, como mudos testigos, intercambiamos algo con disimulo. Se despidió con una sonrisa corta.

Cuando volví a mi asiento, arrancamos de nuevo y salimos del complejo judicial directos a la comisaría para dejar el coche y finalizar el servicio.

—Ya relleno yo el informe, no te preocupes. Vete a ver el partido, que sé que te apetece mucho —le dije a Carmen consciente de que iba a perderse el principio si comenzaba con el papeleo obligatorio antes de irse a su apartamento.

—Perfecto. Muy amable por tu parte —me agradeció con su tono sincero de voz—. Por cierto, ¿me puedes decir qué demonios te ha dado la jueza en los ascensores? Porque he visto que os pasabais algo de mano en mano...

Dudé un momento en responder. Ella insistió manteniéndome la mirada.

—Su número de teléfono privado —confesé al fin—. Nos los hemos intercambiado.

—Jo, macho, vaya facilidad que tienes para complicarte la vida...

9. CÓRDOBA

Miércoles, 27 de junio de 2018

Llegábamos a nuestra última jornada de trabajo de diez días consecutivos sin descanso. La escasez de personal en toda la costa nos hacía doblar turnos muchas veces y trabajar más tiempo seguido de los que a uno le podía apetecer. En este plazo de tiempo habíamos patrullado por casi toda la zona del litoral próxima a Málaga. Como nuestro coche aún no estaba reparado, íbamos uniformados en un Citroën Xsara Picasso de Seguridad Ciudadana, aunque preferíamos, siempre que nos lo permitían, patrullar a pie

por los paseos marítimos de las poblaciones costeras; pese a que cada vez estábamos acompañados de más calor y mayor afluencia de turistas a medida que nos acercábamos al mes de julio.

La autopsia del hombre precipitado al recinto de las fieras nos llegó sin desvelar nada fuera de lo normal. En el análisis toxicológico no se apreciaban grandes excepcionalidades: algo de alcohol y THC en pequeñas cantidades, en absoluto significativas como para hacerle perder la razón a nadie, al menos no tanto como para arrojarse a una muerte segura frente a unos tigres salvajes. Decidimos archivarlo provisionalmente como un nuevo suicidio pese a mis habituales reticencias, cosa que enfurecía sobremanera al subcomisario Javier Estrada, dispuesto a cerrar el mayor número de casos en el menor tiempo posible con las conclusiones más plausibles en cada momento.

Por lo demás: media docena de carteristas detenidos; varios altercados de orden público provocados generalmente por turistas ebrios, mayoritariamente ingleses; múltiples denuncias por robos de móviles; amonestaciones ante la venta callejera ilegal por inmigrantes llegados de África a través del Estrecho, que no tenían más forma de ganarse la vida que cayendo en la influencia de las mafias falsificadoras de marcas de renombre. También algunos extravíos de niños, afortunadamente encontrados horas después sin mayor problema, y poco más significativo. Al menos en lo concerniente a nosotros.

Nuestros compañeros, por el contrario, sí que tuvieron que hacer frente a un atraco en un banco y varios delitos más serios, aunque por fortuna no hubo muertes violentas, a excepción de las de tráfico, muchas de ellas

evitables si se arrinconara a un lado la imprudencia y la temeridad. De todas formas, de ellas se encargaba la Guardia Civil o la Policía Local en función del término municipal donde se produjeran.

Terminamos la ronda por la playa de la Malagueta a eso de las siete de la tarde y volvimos para rellenar papeles, cambiarnos y disfrutar de cinco merecidos días de descanso, desde el jueves hasta el martes. Tenía pensado apagar el móvil todo ese fin de semana largo como bien me recomendó Rafa. No estaba dispuesto a que me sacaran nuevamente de mi desconexión del trabajo (aunque, a decir verdad, casi nunca me desenganchaba del todo).

—¿Conoces Córdoba? —me preguntó Carmen frente a la mesa de trabajo mientras rubricaba unos informes.

Estampaba una firma sencilla, de letras redondas y simples. A buen seguro que un grafólogo experto hubiera sacado unas conclusiones psicológicas completas sin mucha dificultad.

—No —respondí—. Bueno, creo que de pequeño estuve en la ciudad

con mis padres, pero recuerdo poco a excepción de la Mezquita y sus arcos de herradura. ¿O tal vez me suena por haberla visto en las fotografías habituales en los libros de texto del colegio? No sé...

—¿Te apetecería que te enseñara la ciudad? —propuso decidida, impetuosa como era ella—. El sábado por la mañana pensaba ir a visitar a mi tía Angelita para acompañarla el fin de semana completo, pero podemos ir el viernes para aprovechar mejor el tiempo.

»Suelo ir a verla cuatro o cinco veces al año y ya me toca. María Ángeles es una mujer adorable que cuidó de mi hermano y de mí durante una época de mi infancia que recuerdo con mucho cariño. De pequeños vivíamos con ella, pues nuestros padres trabajaban muchas horas en el campo. Todo eso ocurrió antes de trasladarnos definitivamente a Málaga.

»Tiene una casa preciosa en el casco antiguo, con sitio de sobra para los dos. Además, seguro que le caes muy bien.

Mi extensa agenda repleta de compromisos se limitaba a citas como ir al gimnasio, abandonado en estos días de intenso trabajo (procurando no coincidir de nuevo con Elisa); mirar el Facebook, que cada vez me aburría más; o bañarme en la playa de la Carihuela y leer un libro bajo una sombrilla de alquiler rodeado de turistas.

No dudé un momento ante tan interesante plan. ¿O acaso acepté para poder estar en compañía de Carmen de manera más íntima fuera de nuestro trabajo? Accedí, de todas formas, encantado.

—Me gustaría mucho —le respondí. Ella abrió los ojos negros ilusionada y sonrió—. Pero mi condición es que yo invite al menos a las comidas. No pretenderás poner tú todo.

—De acuerdo, pero mi condición será que veamos los cuartos de final el domingo entre España y Rusia por la tarde. Eso entiendo que lo asumirás como no negociable...

—Tú y el fútbol... Vas a terminar convirtiéndome en un forofo del balompié.

—No seas antiguo. Ningún seguidor dice balompié. Y, por cierto, a las cuatro de la tarde en Córdoba no sale nadie a la calle ante el sol radiante, exceptuando a los turistas desinformados o a los vendedores de helados y de agua fría embotellada.

Me reí sin mucho temple porque estaba ciertamente fatigado. Tenía ganas de regresar al apartamento a descansar. Una buena película de aventuras, una tortilla de patatas con cebolla y pimientos bañada en tabasco a ser posible, una cerveza o dos, y a dormir.

—¿Me paso pasado mañana por tu casa a las diez para que nos dé tiempo de reposar un poco? Dejo la moto y vamos en tu furgoneta. —Se la notaba realmente animada—. Tenemos hora y media de camino, aunque tal como conduces tú habrá que sumarle media hora más...

—Me da miedo preguntarte en cuánto tiempo llegas a Córdoba por la autopista con la moto...

—Mejor no te lo digo, no voyas a ponerme una multa.

—O las esposas...

Viernes, 29 de junio de 2018

Tal y como pronosticó Carmen, llegamos a la ciudad del califato dos horas y cuarto después de salir de Torremolinos.

Tuve un detalle que le sorprendió agradablemente: como se había olvidado el disco latino en nuestro coche camuflado, me permití dejarla con la boca abierta seleccionando en el Spotify (conectado desde mi teléfono al equipo de sonido de la furgó) una lista de éxitos repleta de canciones de Becky G, Natti Natasha, Daddy Yankee, Bad Bunny y demás recientes exponentes del pop latino, dance pop, reggaetón, pop rap o como quiera llamarse a ese tipo de música. Me soltó un abrazo efusivo con el que casi me hace dar un volantazo en la A-45 cuando sonó *Sin pijama* a todo volumen; sin duda el más novedoso y sonoro éxito después del «Dura, dura, dura...».

Al llegar a la ciudad cuna de Séneca, aparcamos en un céntrico estacionamiento subterráneo frente a las murallas. Saqué un bono para tres días por once euros cada veinticuatro horas, lo que me pareció más que razonable teniendo en cuenta que mi furgoneta americana, perfectamente cuidada y cromada, no era un coche para dejarlo en cualquier sitio sin vigilancia.

Lo primero que me pilló de improviso en Córdoba consistió en la bofetada de calor que me sacudió la cara. Acababan de dar las doce del mediodía cuando la temperatura estaba próxima a los treinta y siete grados. Lo segundo a destacar fue su belleza. Nos encontrábamos en pleno centro histórico de la ciudad, junto al barrio antiguo, la Mezquita y el Puente Romano. Las palmeras ascendían vigorosas hacia lo más alto buscando el sol radiante, desde los muchos jardines cuidados con esmero. El empedrado del suelo te sumergía en otra época y sonaba de manera particular ante el paso de los carros de caballos con extranjeros felices y sudorosos. Pero lo tercero más impresionante, sobre todo, era Carmen: espléndida y bella. En su ambiente, en su ciudad, en su salsa. Cuando me agarró de la mano y me llevó a través del Arco del Triunfo a contemplar el río Guadalquivir, mientras el sol rebotaba sobre sus profundas aguas de manera casi mágica, sentí por primera vez ganas de besarla. Me repuse rápido en mis pensamientos, olvidando la sensación espontánea que me había surgido.

Fui consciente de que esa no iba a ser la única vez.

Avanzamos hasta la casa de su tía. Residía en un lugar privilegiado

junto a la Mezquita, en la calle Céspedes, un pasaje tan estrecho que en determinados lugares podías tocar las paredes de las casas de ambos lados estirando simplemente los brazos. Había un bullicio permanente de turistas y foráneos. Accedimos al interior de la vivienda, muy tradicional y acogedora, aunque decorada a base de recuerdos e historias pasadas. Nos recibió encantada, como había augurado Carmen.

La hermana de su madre era una mujer siempre vestida de negro, como obligaba el luto por el marido en el rito más conservador. Pequeña, con unos kilos sobrantes, de cara un tanto redonda y morena de moño recogido en la cabeza, se parecía un poco a mi compañera. Tenían cierta similitud, tal vez en el acento travieso de su expresión. Me dio dos besos y un abrazo de esos que te dejan casi sin respiración.

Estuvimos hablando, principalmente de mi tierra vasca y del frío que hace por aquellos lares, mientras terminaba de preparar la comida, porque ese día almorzábamos en su casa. Puso para picar unas tapitas de aceitunas aliñadas acompañadas de fino Montilla Moriles, de color pajizo, seco, pelín amargo y muy sabroso; aunque como bien me advirtió Carmen, al verme beber varios vasos con indiferencia, debía de tener cuidado porque se subía a la cabeza con suma facilidad.

Comimos un delicioso salmorejo casero de primer plato, seguido como segundo de un estofado de rabo de vaca al más puro estilo tradicional. No era de toro, como bien nos explicó Angelina, ya que resulta difícil de encontrar, porque los restaurantes clásicos pagan demasiado bien por esta parte tan preciada de los animales y se garantizan la reserva desde los mataderos.

Ayudé tras el ágape a recoger la mesa, pese a la reiterada negativa de ambas mujeres. Después Carmen aprovechó el momento para ponerse al día de los asuntos familiares con su tía, mientras que, a mí, el vino, el calor, la rica comida..., todo hizo que me apeteciera descansar un poco en una ligera siesta sobre una mecedora de bastantes años, testigo mudo de innumerables historias domésticas.

Cuando el sol calentaba algo menos, nos dirigimos a la mezquita catedral para admirarla desde dentro y desde fuera. En el exterior, las enormes puertas talladas resultaban impresionantes. El patio de los naranjos nos recibió fresco, con el agua corriendo por las acequias, desafiando el intenso calor en una amalgama de ladrillo y líquido errante. Mientras, la torre campanario nos esperaba hierática y paciente para mostrarnos una bella panorámica de la capital desde sus cincuenta y cuatro metros de altura, siendo el punto más elevado de toda la ciudad de Córdoba.

Una vez dentro, la mezquita catedral me resultó una auténtica maravilla. Un frescor inusitado flotaba sobre el suelo enladrillado y recubierto de mármol. Quedé fascinado con los arcos árabes, el mihrab fastuoso, la espléndida catedral gótica edificada en su interior tras la reconquista... Estuve a punto de sufrir el síndrome de Stendhal ante tanta belleza artística. Por fortuna, Carmen, otra belleza artística de singular estilo arquitectónico, enfundada en sus pantalones vaqueros cortos apretados, a juego con una camiseta blanca entallada de generoso escote, me devolvió a la realidad:

—Vamos a tomarnos unas cervecillas por ahí que tengo sed, mi alma.

Nuevamente, por segunda vez en el mismo día, deseé abrazar abiertamente a mi compañera de trabajo y besarla. Todo ello bajo la atenta mirada aún presente de Abderramán, que custodiaba con su espíritu prosaico aquella arabesca construcción religiosa.

Sábado, 30 de junio de 2018

No trasnochamos mucho la noche del viernes. De hecho, cenamos por el casco histórico en plena Judería, en un restaurante con un patio florido, cuadrado, con embaldosado rústico donde el agua jugaba otra vez un papel vital, que me encantó por su sencillez colorida. De ahí nos fuimos pronto a casa, debido al plan que Carmen me tenía preparado para la jornada siguiente: un recorrido completo con visitas y paseos turísticos.

Tras desayunar el sábado temprano, evitando el calor en la medida de lo posible, cogimos la furgoneta para dirigirnos a Medina Azahara, las ruinas de lo que fuera la «ciudad brillante», próxima a Córdoba, en dirección oeste hacia Sierra Morena. Un autobús nos llevó desde el aparcamiento del centro de interpretación hasta la ciudad en sí, solo accesible a través del transporte público especial. Decidimos hacer la visita libre, huyendo de los guías, habituados a repetir como loros amaestrados un guion marcado de antemano.

—Dicen que se construyó como símbolo de dominio, para dar importancia al califa y mostrar su superioridad a los enemigos. Y acaba de ser declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Mañana mismo se hará oficial —me explicó mi compañera mientras caminábamos por lo que en su momento debió de ser un escenario espectacular, lleno de vida.

—Realmente estoy impresionado —le confesé—. Había oído hablar de esta ciudad, pero no imaginaba tal grandiosidad. Tuvo que generar a su alrededor un centro de comercio y poder político fuera de lo normal...

—¿Sabes? —me dijo con su picardía característica—, yo prefiero creer en la leyenda popular que cuenta que Abderramán III la creó como homenaje a su amada Azahara.

—Conociendo el ego masculino, es más que probable que así fuera.

Una vez finalizamos la visita, aprovechamos para comer cerca, en un centro comercial, pateando la gastronomía regional, pero saneando un poco la cartera.

Más tarde, aprovechando un sol ciertamente moderado aquella tarde sabatina, Carmen me guio hasta Almodóvar del río donde su castillo fortificado de origen musulmán, restaurado por los propietarios herederos durante diez años justo antes de la Guerra Civil, se había convertido en una atracción digna de la serie televisiva *Juego de tronos*, pues se rodaron allí mismo unas cuantas escenas de la fantasía medieval basada en la colección de novelas de culto: *Canción de hielo y fuego*.

Lo recorrimos tranquilos, junto a un escaso número de visitantes, subiendo y bajando las torres. Visitando el patio de armas y recreándonos con las réplicas de espadas que lucían en armoniosa colección ante la mitológica Excalibur. En la torre del homenaje, una plataforma elevada permitía ascender aun más alto para así tener una visión general de la fortaleza. Allí arriba, me abracé por detrás a mi compañera como Leonardo Di Caprio a Kate Winslet en la escena del *Titanic*. Por un momento fuimos los reyes de Córdoba y por tercera vez me invadió la necesidad ineludible de besarla, a la par que nuestros cuerpos se apretaban entre sí de una manera un tanto erótica.

—¡No me jodas que tienes una erección! —exclamó echando la cabeza hacia atrás para mirarme. Me separé avergonzado. Ella rio alegre.

—Lo siento. No quería violentarte. Son cosas que pasan y que no se pueden evitar..., como bien sabrás.

Se volvió hacia mí lentamente y puso las manos en mis hombros, logrando que el corazón me latiese acelerado, como queriendo salirse de la caja torácica. El suave viento arreció por sorpresa agitando sus cabellos sueltos. Un viento revuelto, un aire extraño.

Otra vez el viento...

—Quiero ser tu compañera de trabajo, tu camarada, tu amiga, si lo deseas. Pero no tu novia —dijo entonces.

—Estamos de acuerdo —mentí con convicción mientras mis pulsaciones pasaban la centena por minuto—. Pero mi polla puede tener pensamientos propios ¿no? —me dio por resolver con gracia, quitando hierro al asunto.

Ambos reímos la grosería tan fuera de lugar y Carmen me rozó los labios en un pico de complicidad que me desconcertó por completo... ¡Como siempre!

Mientras trataba de retomar el control ante la confusión de ideas que intentaban hacerse un hueco en mi cabeza, el AVE surcó la llanura muy veloz, a casi trescientos kilómetros por hora, huyendo sobre las vías infinitas y perdiéndose a lo lejos.

Yo también deseaba huir en ese instante de mis propios sentimientos enfrentados.

Domingo, 1 de julio de 2018

Me levanté en silencio al baño para tomarme un vaso de agua con un paracetamol. Eran las nueve de la mañana y tenía una importante resaca.

La noche anterior, después de visitar el castillo, volvimos a la ciudad y quedamos para cenar con algunos amigos de Carmen. Casi todos eran del gremio: un policía local con su novia, una mujer escultural centrada en el *fitness* de manera profesional y que poseía un cuerpo esbelto y fibroso a más no poder; dos policías nacionales que después supe que eran *gais*; una guardia civil que se crio prácticamente con mi compañera siendo la mejor amiga de su infancia; y otra pareja que no llegué a saber a qué se dedicaban aparte de a comerse los morros el uno a la otra durante toda la noche.

Ciertamente lo pasé muy bien. La cena resultó divertida, aparte de deliciosa, compuesta en su mayoría a base de tapas variadas y la ineludible cerveza refrescante bebida en abundancia. Más tarde salimos a conocer la noche cordobesa, donde la temperatura suave y el olor a jazmín invitaban a permanecer al aire libre. Visitamos varias terrazas-bares ubicadas en el ático de otros tantos edificios. La música ochentera nacional sonaba por todos los lados, entregando el poderío de la noche a Alaska, Radio Futura o Loquillo, mientras los vasos se llenaban de combinados. Recuerdo que bailé con la novia del munipa, con la picoleta y con uno de la pareja gay. Y con Carmen, claro. Como no...

Cuando volví al interior de mi camastro, comencé a tener una potente erección matinal que me hizo pensar en ella. Sumergí la mano bajo las sábanas, me bajé el pantalón corto del pijama y comencé a masturbarme pensando en sus curvas. Soñé que la poseía a sabiendas de que todo pasaba únicamente por mi calenturienta imaginación. Casi podía sentir cómo mis manos apretaban su culo firme contra mí. Acariciaba sus pechos con suavidad; besaba esos labios que me habían rozado antes...

Estaba a punto de dejarme ir cuando se abrió la puerta de la habitación de par en par.

—¿Qué demonios haces? —gritó Carmen entornando la cabeza.

Mi sexo recuperó de inmediato el tamaño habitual al oír su voz por sorpresa junto al cogote.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta? —Protesté notando como el rubor me encendía las mejillas mientras trataba de disimular que allí, bajo las fundas de raso, no pasaba nada.

—Venga, baja a desayunar, que te estamos esperando en la cocina. Hay cambio de planes. Tenemos que llevar a mi tía a Lucena por la mañana —me informó—. Una amiga suya está bastante enferma desde hace años por un cáncer, y me acaba de contar que esta noche pasada le han avisado porque ha empeorado de manera drástica. Quiere ir a despedirse.

—¿Luego la traemos de vuelta?

—No. Se queda a comer allí y a pernoctar probablemente haciéndole compañía. Volverá hoy a última hora o mañana en el autobús, según decida. Angelita se apaña bien, no te preocupes por ella —respondió tranquila—. Nosotros la dejamos y regresaremos para Málaga que se encuentra a medio camino. Te vas a librar de tragarte el partido de fútbol al final.

—Casi me hacía ilusión verlo y todo.

—Estás acabado...

10. NERJA

Martes, 3 de julio de 2018

Llegué a la comisaría provincial a las siete y cuarto, quince minutos más tarde de mi horario de entrada. Había pillado una retención monumental en uno de los desvíos de entrada a Málaga desde la variante. Un coche acababa de embestir a una bicicleta que cruzaba de manera antirreglamentaria por el paso de peatones, dejando malherido al ciclista, cuya carrocería siempre termina siendo su propio cuerpo. La Policía Local organizaba el tráfico como mejor podía, pero no evitaba la acumulación de vehículos que, en

una interminable hilera propia de la oruga procesionaria, entraban a esas horas en la capital portando a los viajeros hacia sus respectivos trabajos y quehaceres.

Mientras esperaba mi turno para pasar, recordé como Rusia había eliminado a España en los octavos de final del mundial. Los penaltis jugaron en nuestra contra, sumados a un juego de baja calidad. Me sorprendí a mí mismo analizando el partido a la par que la fila de automóviles avanzaba exasperantemente lenta, acompañada en todo momento de una coral insufrible de cláxones impacientes. Había decidido presenciar la retransmisión del encuentro una vez que Carmen se marchó en su moto, aparcada bajo mi apartamento. Le propuse que lo disfrutáramos juntos en mi casa, pero ella por lo visto tenía otros planes.

El fin de semana que pasamos en Córdoba para mí resultó genial. Para ella también, según me dijo antes de marcharse derrapando con su Honda CBR. Una vez quedé solo en Torremolinos, descongelé un poco de pollo asado que aguardaba apelmazado en el frigo, abrí una cerveza checa de las buenas y me vi el partido entero desde el principio.

Bastante rato después, una vez rebasé el tapón circulatorio malagueño que llevaba visos de menguar lentamente, aparqué en la plaza de garaje de la

jefatura y subí a la segunda planta donde supuse que estarían ya mis compañeros enfrascados en las tareas matinales, a la espera de las nuevas órdenes del día. Para mi sorpresa, al entrar en nuestra oficina abierta todos me esperaban ansiosos.

—Ya era hora —bramó el comisario Herrero-Maes al frente del departamento ante el descanso semanal del subcomisario. ¿No ha mirado el móvil?

—Lo siento, el tráfico está hoy imposible —me excusé. Saqué el iPhone del bolsillo del pantalón y encontré que lo tenía en modo avión. Cuando lo activé, varias llamadas de la centralita de policía, y otra de Carmen, pestañearon pendientes de ser atendidas en la pantalla de inicio del aparato. Sonaron los mensajes con ansiedad—. No las he oído, discúlpenme...

—Ya da igual, por fin está aquí. Como he explicado a su compañera, tienen que irse ahora mismo a Nerja —continuó ignorando mis alegaciones—. Un hombre ha aparecido muerto en un parque dentro de La Dorada. La agente García está al corriente y le irá informando por el camino...

—¿De La Dorada? —repetí sin entender—, ¿qué dorada?

—El barco de Chanquete —me aclaró Carmen mientras se ajustaba la cartuchera en la cintura, al lado derecho del pantalón—. El de la serie *Verano azul*. Supongo que te acordarás porque coincidiría con tu época adolescente...

—Bueno, era muy pequeño cuando la estrenaron. Tendría cuatro o cinco años, pero me acuerdo de la llorera general en casa cuando murió Antonio Ferrandis en la pantalla interpretando el papel que marcó su vida de actor.

—Pues para su información, ese barco está expuesto en un jardín de la ciudad —concluyó el jefe cansado de nuestra divagación—. Tras descartar en un primer momento la muerte natural, los del departamento de investigación criminal de la UCO sospechan que puede tratarse de un suicidio, porque han aparecido varias pastillas por el suelo y van a hacerse cargo del caso y plantearlo como tal.

—Vale —intervino Carmen— pero si ya está la Guardia Civil con el asunto, cosa que no me había dicho antes, ¿para qué vamos nosotros hasta allí? No depende de nuestra jurisdicción y está lejos de cojones...

El comisario le contestó al mismo tiempo que clavaba sus ojos pequeños en los míos:

—Porque como ha sugerido su compañero a la jueza Alina, no sé muy bien en qué momento, tal vez pueda haber algún tipo de relación entre todos estos últimos casos. Así que ella misma ha llamado en persona solicitando que sean ustedes quienes se acerquen al lugar antes de que retiren el cuerpo, para que hagan un informe pericial complementario al de la Unidad Central Operativa.

El comisario Herrero-Maes se me acercó con el rostro serio y un rictus de enfado en absoluto disimulado:

—Me gustaría que antes de que se hablara con un juez de algún caso concreto se siguiera el protocolo habitual de esta comisaría, que, por sí usted no lo sabe aún, —me miró severo— pasa por informar de todo primeramente a su superior, que en este caso es el subcomisario Javier Estrada. Cosa que la inspectora García ya debería saber y haberle explicado a usted convenientemente.

—Solo fue un comentario puntual en una conversación intrascendente cuando hicimos de escoltas —me excusé—. La inspectora García no tenía conocimiento de ello, no estaba a nuestro lado en ese momento y tampoco se lo dije.

—¿Una conversación intrascendente con la jueza responsable de los juzgados de Málaga? —Repitió sorprendido como si no se lo creyera. De hecho, estoy convencido de que no se lo creyó en absoluto—. Espero que no vuelva a ocurrir. Hablaremos de esto, no crea que la cosa queda aquí —me amenazó—. Ahora vayan allí para después venir y entregar en *nuestra* comisaría el informe. Ya nos encargaremos de ponerlo en manos de la magistrada sin que nadie se vea obligado a entablar una «charla intrascendente» con ella...

—Sí, señor —respondí mientras cogía mi agenda. Carmen ya estaba saliendo por el pasillo.

—Por cierto, tienen su coche Ka recién reparado en el aparcamiento. Recojan las llaves en custodia y firmen el justificante. Espero que no lo destrocen otra vez.

—No, señor. Gracias.

Alcancé a mi compañera en las escaleras y bajamos en silencio hasta el sótano. Iba a proponerle que condujese yo, pero viendo la cara de mal humor que portaba opté por montar directamente en el asiento del acompañante.

—¿Cuándo coño pensabas decírmelo? —me espetó molesta.

—Fue antes de irnos a comer, al terminar el soporífero simposio judicial. Tú habías ido al baño y Marisa aprovechó para acercarse a mí y preguntarme acerca de cómo avanzaban las investigaciones de los últimos suicidios.

—¿Marisa? Joder, qué confianzas. Y está claro que se te movió...

—Únicamente le concreté lo que pensaba. Que me parecía mucha casualidad todo y que andábamos enlazándolo con otros casos similares ocurridos años atrás por si existía algún nexo de unión. Sin más. No pensaba que iba a tomar esa determinación e ir con el cuento al comisario a la primera oportunidad.

—¿Sabes una cosa? —me dijo Carmen antes de arrancar, girada en el asiento hacia mi lado y mirándome a los ojos—; lo que me fastidia no es que se lo hayas dicho a ella, sino que no me hayas avisado a mí de que lo habías hecho. No imaginas el chorro que me va a caer.

—Tienes razón, perdona —me disculpé con sinceridad. Ante todo, la confianza entre compañeros es siempre uno de los pilares fundamentales.

—Y encima los putos rusos nos han mandado a casa y se van a los cuartos de final...

- - - - -

Nerja quedaba a casi setenta kilómetros de la capital en dirección Vélez-Málaga, donde habíamos escoltado a la jueza el mes anterior. Era un pueblo de vacaciones muy bonito, de postal, como tuve la oportunidad de comprobar in situ cuando lo visité meses antes por mi cuenta, para de esa manera familiarizarme con las poblaciones importantes de la Costa del Sol. Fue al poco de incorporarme en el cuerpo de Policía Nacional malagueño.

Recordaba perfectamente el Balcón de Europa sobre el mar, en pleno centro del paseo marítimo. Un sitio sencillamente espectacular. No me extraña nada que el rey Alfonso XII quedara cautivado con el lugar y lo bautizara con ese nombre cuando fue a visitar el municipio tras el trágico terremoto de Andalucía del siglo XIX.

Entrábamos por la calle Puente Viejo, paralelos al río Chillar, un acceso que no me sonaba lo más mínimo y por el que había mucho movimiento de coches y personas. Un cartel indicaba el camino a tomar para ir a las famosas cuevas descubiertas en 1960, de un tamaño descomunal, según dicen, situadas en el cercano pueblo de Maro en la pedanía. Era un plan que tenía pendiente de realizar; igual si terminábamos pronto...

Bordeamos la rotonda, dejamos atrás un supermercado anticuado y llegamos por la calle (¡cómo no!) Antonio Ferrandis *Chanquete* hasta el parque Verano Azul. Allí, en un jardín cuidado lo justo, donde un barco un tanto desvencijado pintado en rojo, blanco y azul atracaba junto a un enorme

aparcamiento ajeno a lo que sucedía en su interior, observamos varios coches de la Policía Local y de la Guardia Civil acordonando el perímetro.

El pesquero poseía una escalinata roja que conducía a su interior, aunque el acceso estaba normalmente cerrado, relegando su uso a un mero pedestal decorativo para que los turistas dispararan sus cámaras, simulando que ascendían a la embarcación del personaje televisivo.

En esta ocasión tenía una de las puertas abiertas. Dejamos el coche en el mismo estacionamiento de visitas y nos acercamos con las credenciales colgadas del cuello. Un uniformado nos saludó con cortesía y avisó a quienes estaban al mando en el lugar. Salió del interior un hombre de paisano, miembro de la Unidad Central Operativa que nos invitó a pasar. Accedimos con cautela. Tanto el forense como el juez de guardia ya se habían marchado, los investigadores de la Guardia Civil habían terminado y todos se hallaban a la espera de nuestra valoración para retirar el cadáver e irse cada uno a su casa. De hecho, la furgoneta fúnebre para el traslado aguardaba en uno de los lados de la calle. Varios agentes de la local chateaban aburridos con el móvil.

—Soy el teniente Reverte, como el escritor —se autopresentó gracioso el agente de la benemérita. Ofreció decidido la mano.

—Inspectores García y Etxeazarreta de la Comisaría Central de Málaga —nos presentó Carmen devolviendo el saludo con un apretón liviano.

Mientras mi compañera escuchaba la información del responsable, yo me agaché directamente junto al cadáver. Tenía los ojos abiertos con las pupilas dilatadas y una especie de restos de espumilla seca le salían por la boca mezclándose en la barba poco frondosa. La ropa se notaba aún sudada. Olía a alcohol fuerte, tipo coñac o whisky. Estaba tumbado lateralmente, pero en una posición extraña. Por la forma de la embarcación, una pérdida de consciencia o fallecimiento súbito le hubiera hecho caer resbalando por el borde combo del casco del barco, quedando acurrucado entre varios travesaños sobre la quilla. Sin embargo, el cuerpo montaba sobre ellos de manera poco natural orientado hacia la popa. Había marcas en el suelo con tiza de evidencias recogidas, escondidas entre las ranuras. Pastillas, probablemente.

—¿Qué medicamentos han encontrado? —pregunté desde el suelo.

—Nardil y Tramadol —me informó el mismo agente que departía con Carmen.

—Antidepresivo y opiáceo. Mal cóctel si además es acelerado por el alcohol.

—Mortal de necesidad en altas cantidades —aseveró mi compañera colocándose a mi lado en cuclillas—. Lo encontró el barrendero a primera hora de la mañana al comprobar que la puerta del barquito estaba entreabierta. Me ha dicho el de la UCO que el empleado de la limpieza les ha explicado que estaba tieso, frío y blanco cuando lo vio. Avisó a la policía y hasta ahora. No hay cámaras de tráfico ni de cajeros cerca que puedan darnos una imagen clara por culpa de la arboleda próxima.

—¿Qué opinas? —le dije señalando el cuerpo con un gesto de la barbilla.

—No es mi tipo.

A veces el cachondeo de Carmen ante cualquier situación me exasperaba. Reconozco que era un buen método de relajar la tensión y probablemente fuera su forma de afrontar cualquier caso por duro que resultara, pero en algunas situaciones no podía con ello. Este era uno de esos momentos.

Sin duda se dio cuenta por la mala cara con que la miré, y retomó las formas:

—Lo han movido —dedujo plenamente convencida—. Nadie queda en esta postura tan recta poniéndose hasta el culo de estimulantes y alcohol. Parece la aguja de una brújula, toda tiesa. O la de un reloj de pared que marca las doce en punto. Demasiado forzado.

—¿Qué es lo último que has dicho? —le pregunté como recibiendo una iluminación divina. Ella me miró desconcertada.

—Que está muy forzada la postura en la que ha quedado. Que parece un palo...

—No, no, lo otro; eso de que se parece a una aguja de la brújula —repetí como ido.

Y sin dejarla hablar más me levanté como un resorte para acercarme a los responsables de la investigación, que ahora eran dos porque la compañera del teniente Reverte, una mujer madura con el pelo rubio recogido en un moño que la favorecía poco, había entrado también al interior del pequeño recinto con la intención de conocernos.

—¿No lo ha movido nadie? —les pregunté haciendo caso omiso a la presentación de la otra agente que me tendía una mano firme y que quedó flotando en el aire sin que nadie la estrechara.

—No, por lo menos desde que estamos aquí. El forense lo ha examinado fotografiándolo por lo que algo lo habrá alterado al levantarle la cabeza y girarlo, pero lo ha vuelto a dejar en su posición inicial.

—Además nosotros tenemos también fotos de cómo nos lo encontramos al llegar, como supondrá... —me replicó sería la detective de la Guardia Civil a la que no le gustó demasiado mi desconsideración en las presentaciones—. Cabe la posibilidad de que alguien alterase la escena antes de que lo encontrara el empleado de la limpieza. No tiene documentación ni nada en los bolsillos. Tal vez le robaron al verlo ahí tirado.

—¿Cómo está orientado el barco? —pregunté— ¿Alguien tiene una brújula?

Los de la UCO se miraron entre ellos con sorpresa sin saber muy bien qué decirme. Por un momento, pensé que me tomaban por un chiflado además de un antipático. Salí al exterior para ver cómo se situaba el sol a esa hora. Por su posición en el cielo el barco estaba más o menos orientado con la proa hacia el noroeste...

—¡Al oeste! —gritó con fuerza mi compañera desde dentro de la embarcación—. ¡El cadáver apunta al oeste claramente!

Entré raudo y vi como Carmen tenía en sus manos una utilidad del teléfono móvil que convertía el aparato en una brújula bastante precisa gracias al GPS integrado y la triangulación de la señal.

- - - - -

Volvíamos de Nerja con cierta inquietud. Yo estaba convencido de que cada vez había menos casualidades y más coincidencias. Decidimos, ante mi insistencia, antes de parar en la comisaría, irnos hasta Benalmádena al bloque de apartamentos donde había fallecido el estonio, el tipo que había caído por la ventana dos meses antes. Cuando pasamos al jardín junto a las piscinas, ante el asombro de los turistas que en traje de baño disfrutaban de la tarde soleada, la brújula del teléfono indicó también la posición oeste para el lugar en el que la tierra aún se teñía con breves pinceladas de ocre oscuro, donde habíamos encontrado a primeros de mayo el cadáver desparramado de Kalev Tamm yaciendo sobre la hierba fresca.

Al salir del complejo vacacional nos sentamos en un bar con terraza en pleno paseo para tomarnos un refresco. Hacía calor pese a ser bastante llevadero. Me pedí una Pepsi Light y Carmen prefirió un helado infantil con nubecitas de colores esparcidas por encima.

—Vaya chute calórico que te estás metiendo —dije mientras pagaba al camarero la cuenta.

—Esto me recuerda la primera vez que salí de patrullera con los GOR...

—¿También probaste en esa unidad? —interrumpí, conocedor del trabajo de ese grupo especializado de la Policía Nacional.

—Sí —me respondió metiéndose una fría cucharada dulce en la boca—. Realmente no se diferencian mucho de las patrullas de Seguridad Ciudadana, lo único porque son expertos en dar respuestas a hechos más concretos con mayor alarma social como los robos con violencia, bandas que revientan pisos y todo eso.

—Además de reforzar a los indicativos normales que patrullan por la *city* ¿no?

—Eso es, como cuando vinieron en la contingencia que tuvimos con los quinquis junto a los Jardines de la Abadía. La cuestión es —siguió— que a mí me gustaba uno de los compañeros del grupo, y me animó a probar un poco para que viera qué tal se rulaba por allí.

—¿No me decías en Córdoba eso de «*donde tengas la olla no metas la polla*»?

—Por eso mismo. Fue al principio y no salió nada bien. Lo tuve que estar aguantando varios meses hasta que volví al servicio de calle normal, como ahora; bueno como ahora es mucho decir porque ya no sé ni lo que hago. En teoría estamos en Seguridad Ciudadana, pero a la vez te acompaño en la investigación judicial que los superiores te asignan... Ando descolocada desde que te conozco.

—Eso me dicen todas las chicas que conozco —reí—. ¿Y qué pasó con el helado?

—¡Ah sí, el helado! —recuperó Carmen la premisa inicial dando un nuevo bocado al dulce—; verás, ya no me apetece contártelo.

—¿Te has mosqueado?

—No, para nada. Pero era una tontería y no se me antoja recordar al idiota con el que estuve saliendo...

Un arrebato de brisa intensa surgió fugaz desde la playa, empujada por

el mar Mediterráneo, siempre tan azul y tan manso. El aire inesperado subió alguna falda liviana en el paseo pillando por sorpresa a varias turistas. Unos chavales se rieron con ingenuidad al verle el trasero desnudo a una mujer con un vestido de flores y amplio vuelo.

—Sí, porque mira que hay rollitos y ligoteo entre todo el personal de la comisaría ¿eh? —seguí yo, sonriendo de igual manera y similar inocencia que los chavales—. Eso es algo que me ha llamado la atención mucho al venir aquí, al sur.

—Vosotros en Euskadi nada ¿no? ¡Anda ya! En todos los sitios cuecen habas.

—Si te digo la verdad, he conocido pocas parejas en Bilbao que hubieran surgido en nuestra central. Pero sí que fue sonado un asunto de ese tipo que pasó en Vitoria.

—Cuenta, cuenta...

—Se trataba de dos patrulleros que estaban enrollados. Una noche de turno yendo con un coche camuflado pararon en el aparcamiento enorme y

vacío del Buesa Arena, el pabellón de baloncesto del equipo de allí, no sé si lo conoces...

—¿El Taugrés no?

—El Baskonia más bien, hace tiempo que dejó al TAU de patrocinador, pero, bueno, a lo que iba; estaban allí aparcados y aprovechando la tranquilidad de la noche decidieron darse un revolcón. Tumbaron el asiento del copiloto y se pusieron a ello.

»Lo que no se imaginaban era que la Policía Local estaba controlando la zona porque últimamente, con demasiada frecuencia, un grupo de *tuneros* organizaba carreras ilegales en las proximidades, que se estaban saliendo de madre, provocando incluso algún accidente a terceras personas. Cuando un agente se acercó a ellos para comprobar qué hacían allí solos en medio del estacionamiento, distinguió sobre el asiento del conductor la *pipa* del tío, que se la quitó porque le molestaba. Te puedes imaginar la que se lio...

—¿Les dieron el alto?

—Bueno, llamaron a los *Deltas*, el Grupo de Prevención y Apoyo de la

Guardia Urbana, una unidad polivalente para intervenciones especiales, y casi se monta una buena. Menos mal que se identificaron a tiempo como ertzainas y la cosa no pasó a mayores.

—Eso sí que fue un polvo con sorpresa final —se rio Carmen terminado el helado—. ¿Les expedientaron, supongo?

—Claro. Básicamente por dejar el arma ahí a la vista y despreocuparse de su trabajo, porque ni vieron llegar a los polis de la local —le aseguré apurando mi refresco.

Una vez terminados los refrigerios, nos fuimos hacia el coche que, por cierto, habíamos dejado bastante mal estacionado invadiendo parte del acceso de entrada a la zona de apartamentos, donde habíamos comprobado el posicionamiento del precipitado.

—Vámonos a Fuengirola, al zoo —le dije exultante sin pensarlo lo más mínimo antes de subir al vehículo.

—Ni lo sueñes —respondió, entrando en el SEAT Altea—. Nos van a empaquetar, si no informamos. Saben perfectamente dónde estamos por el GPS

del coche y en la sala estarán ya con la mosca tras la oreja. Una cosa es pararnos a descansar unos minutos para almorzar y otra muy diferente irnos sin permiso a tomar viento de lejos.

—Pero si tú llegas allí en un periquete... —la animé una vez me acomodé sentado en el asiento del copiloto al que estaba continuamente relegado.

—No.

—Escúchame —le dije serio cuando arrancaba el vehículo recién reparado, que ya no iba igual de fino como antes del accidente—: Tenía en la universidad un catedrático especializado en criminalística que nos daba clase y siempre argumentaba que una coincidencia es normal, dos entran en lo razonable, tres comienzan a ser preocupantes, cuatro se salen de lo habitual, cinco rozan lo improbable y seis son casi imposibles.

—Vale —respondió Carmen girada ante el volante y mirándome a los ojos, como solía hacer cuando me echaba un rapapolvo—. Yo conocí a un chico que prometía y prometía hasta que metía. Y me prometió y prometió hasta que me la metió. Y una vez metida, me di por jodida...

—Te prometo que... Perdón. No te voy a prometer nada, pero tengo una corazonada y no suelo equivocarme. Vamos a comprobar cómo quedó el cuerpo orientado en la jaula al caer desde arriba.

—Aitor, los tigres lo movieron al morderlo y despedazarlo —razonó Carmen con toda lógica, desbaratando mi absurda idea—. No tenemos posibilidad de saber cómo se quedó ubicado el cuerpo originalmente. Además, no nos hace ni falta...

—¿Eh? —La miré desconcertado. Una pequeña sonrisilla asomaba de entre sus labios.

—Acabo de recordar como llamaban en el mapa interno del Bioparc que nos enseñaron a la zona donde se encontraban los felinos: «sector poniente».

—Joder, el oeste.

—Bingo.

—Volvamos a la oficina. Tenemos mucho que comparar y demasiados informes que hacer...

11. MÁLAGA

Miércoles, 4 de julio de 2018

La tarde anterior tuvimos que escribir un relato detallado de lo que apreciamos en la escena del crimen en Nerja. El fallecido resultó ser griego, según identificó la base de datos de huellas de la Europol con bastante rapidez, llamado Adonis Papadopoulus. Un traficante solitario acostumbrado a pasar droga adulterada desde el mar Egeo, gracias a sus contactos turcos, por todo el Mediterráneo, especialmente en la Costa del Sol.

El informe preliminar del forense, a la espera de los resultados definitivos de la autopsia, no aclaraba nada más allá de lo que sabíamos, aunque curiosamente no mencionaba la probabilidad de que el cuerpo hubiese sido movido tras la muerte. La unidad criminal de la UCO me sorprendió por su eficiencia, porque para última hora del día disponíamos de un dossier informático acompañado de fotografías y descripción de muestras periciales recogidas.

Habíamos tomado otra vez el que era nuestro rincón, el más apartado de la puerta de la sala acristalada de seguimiento de casos, para rellenarlo de fotos, nombres y diagramas. Andábamos buscando conexiones entre las muertes. Teníamos varias, muchas de ellas meramente circunstanciales, pese a que todas sumadas hacían los casos extraordinariamente coincidentes: todos eran extranjeros, varones, estaban de alguna forma relacionados con las drogas a mayor o menor escala, habían muerto por la noche y la causa probable era en los tres casos el suicidio. Como colofón, los tres cadáveres estaban orientados hacia el poniente, el lado oeste de los puntos cardinales.

Mientras miraba la pizarra, leí el país de procedencia de cada fallecido. Tuve que frotarme los ojos:

—¡Carmen! —Llamé a mi colega, que estaba fuera poniéndose un café —. ¿De dónde era el ahorcado que te encontraste en Rincón de la Victoria? Según dijo el subcomisario, es el único suicidio extraño que podría encajar en

los últimos ocho meses con estos de ahora...

—De Dinamarca, creo. Pero habría que descartar otros casos que no hemos llevado desde esta comisaría. Por cierto, te he traído un cortado — contestó, entrando con dos tazas de infusión bien cargadas, de manera excesiva para mis costumbres, porque luego me costaba dormirme si abusaba de la cafeína durante el día.

—Joder. Mira, mira...

—¿Qué tienes? —me preguntó mientras las dejaba sobre la larga mesa repleta de carpetas.

—Llámame loco, pero el suicidio de agosto del año pasado correspondía por tanto con un tipo de Dinamarca, país que empieza por la letra «D». Y los de este año han sucedido en mayo a un estonio, letra «E», en junio a un francés «F»; y ahora en julio a un griego «G». ¡Creo que tenemos a un asesino que mata por orden alfabético!

—¿Crees que es un asesino en serie? —mi compañera se me quedó observando con cara de alucinada, como si hubiese entablado contacto con un

ente extraterrestre recién aterrizado—. ¿Lo dices de verdad?

—Me temo que sí. Y, si lo es, ha matado antes y volverá a hacerlo de nuevo.

—No sé qué decirte... ¿Y entre agosto del año pasado y mayo de 2018 qué me dices al respecto? No tenemos nada en principio...

—Está en pausa. Los asesinos en serie siguen unos rituales muy particulares. Hay que entenderlos para descubrirlos.

—Tú no estás bien del bolo —me dijo al fin.

El sargento de guardia se asomó a nuestro cubículo rompiendo el momento extraño que vivíamos:

—Se ha producido un homicidio en el Jardín Botánico. El jefe quiere que vayáis de inmediato. Tenemos allí dos unidades. El forense va también de

camino. Todo apunta a que se trata de un incidente relacionado con violencia de género. Hay un par de niños y acuden los de asistencia social.

—¡Vaya mierda! —soltó Carmen levantándose de su asiento y apurando el café en un par de tragos—. No soporto estos casos. Menos todavía cuando hay menores de por medio.

- - - - -

La violencia de género en esta ocasión se había tornado diferente a lo que estamos acostumbrados habitualmente a escuchar cada día en las noticias. Si bien es cierto que la mayor parte de las víctimas con amplia diferencia son mujeres, en ciertos casos ocurría, como ahora, que la persona sin vida a causa de la disputa conyugal era el hombre.

Su pareja contó cómo estaba siendo víctima de maltrato físico y verbal en el momento que paseaban por el jardín botánico (tal y como corroboraron posteriormente los niños a la psicóloga). En un momento de desesperación, ella le habría empujado para separarse de su lado (siempre según su versión), con tan mala fortuna que lo hizo caer por unas escaleras que conducían al estanque. Al rodar por ellas se rompió el cuello antes de golpearse de lleno contra unas rocas que bordeaban el lago de los nenúfares, abriéndose la cabeza como un melón maduro. Dejó en su camino, empañando todo de sangre, un llamativo rastro en color rojo bermellón. Hasta las flores flotantes del lago se tornaban rojizas salpicadas con pinceladas sanguinolentas, tintando los colores blancos y amarillos originales para crear un grotesco paisaje naïf.

Los dos niños, hijos de la pareja implicada, un chico y una chica de ocho y diez años, respectivamente, fueron por desgracia testigos del suceso. No solo del terrible desenlace, sino del maltrato generalizado que el padre infligía a la familia con sus abusos, gritos y violencia puntual. La vida de los pequeños se dilucidaba difícil a partir de ahora. Primeramente, la madre perdería la custodia hasta que el juez decidiese su culpabilidad o inocencia. Aunque a primera vista parecía un caso evidente de defensa propia sumado a mala suerte, elaboramos el atestado como era nuestra obligación. El médico certificó la muerte por rotura de cuello. Nosotros, viendo la escena del crimen

no descartábamos nada, ni tan siquiera que el homicidio involuntario hubiese sido con premeditación.

Las declaraciones de los menores, acompañados en todo momento por una psicóloga policial, fueron contundentes y tremendamente esclarecedoras. Hablaron con nosotros sin tapujos, con esa normalidad casi enfermiza con la que se es capaz de justificar lo injustificable, echando de menos la pérdida de su padre pese al maltrato continuado al que se veían sometidos desde que eran pequeños y tenían conocimiento de ello.

Al interrogar a la mujer, antes de que un coche patrulla se la llevara a los calabozos en espera de la decisión del juez de turno para su ingreso o no en prisión preventiva, nos relató años de desesperación y sumisión. Estaba como liberada.

Por un lado, tenía la preocupación lógica por el destino de sus hijos, que de momento estarían bajo custodia del estado, hasta que los abuelos, de vacaciones en Mallorca con el IMSERSO, llegaran de vuelta para su cuidado si desde los juzgados lo consideraban factible y adecuado para los menores. Pero por el otro lado se sentía tranquila, relajada.

Nos confesó, en un momento de sinceridad cuando le tomábamos declaración, que su intención no era matarlo allí, que fue un lamentable accidente, pero ya había dado vueltas a la idea de librarse de él maquinándola

hacía largo tiempo. Incluso lo había planeado para más adelante. Compró matarratas la semana anterior con la idea de ponérselo poco a poco en la comida, en dosis pequeñas, para hacerle fenecer lentamente con el tiempo.

Le recomendamos que no siguiera hablando sin la presencia de un letrado que la asesorara, porque su confesión, como íbamos a recoger en el informe pericial, podría ser definitiva para condenarla a varios años de cárcel perdiendo la custodia de los hijos. Aunque, de todas formas, una mujer que maquinaba deshacerse de su marido a base de veneno para roedores no estaba psíquicamente todo lo bien que debiera como para atender a sus vástagos. ¿O acaso lo estaba demasiado?

—¡Qué puta mierda de asuntos! —exclamó Carmen una vez que abandonamos el precioso vergel malagueño repleto de especies tropicales y autóctonas.

Llevaba yo el coche para variar. Decidí detenerme ante una cafetería donde se podía aparcar sin problemas y pensé que nos vendría bien sentarnos un momento a recuperarnos del mal rato en la terraza de fuera, a la sombra. Hacía una tarde calurosa pese a que el reloj avanzaba inexorable camino del ocaso. Pedimos un té helado con limón y una Coca-Cola.

—¿Sabes? —comenzó a contarme—. En mi casa también sufrimos maltrato paterno. Mi padre mandaba a destajo y soltaba la mano con frecuencia. Principalmente contra mi hermano, el mayor. Yo era apenas una cría.

—Pero si el mes pasado fuiste a comer con ellos precisamente por lo de tu hermano, según comentaste... —le recordé sorprendido ante la repentina y esporádica confesión.

—Es una de las pocas veces al año que me junto con mis progenitores. En verdad lo hago solo por mi mamá.

Quedamos un momento en silencio. El bullicio de los transeúntes y los coches quedaba apartado detrás de la arboleda. Una motocicleta pasó junto a la acera con el tubo de escape sin silenciador petardeando molesta.

—¿Os pegaba también a vosotras? —decidí preguntar a mi compañera en vista de que parecía con ganas de hablar.

—No. A mí nunca; algún grito como mucho, o alguna amenaza velada. A mi madre creo que sí, aunque jamás delante de mí. Y si lo hacía, ella lo disimulaba muy bien supongo que con maquillaje. Mi hermano era el que recibía a base de bien. Tenía dieciséis años en aquella época y era muy rebelde. Yo tenía trece y estaba en plena adolescencia. —Bebió un trago de su refresco dejando perder sus ojos negros en el horizonte, hacia la plaza donde los niños jugaban en los columpios disfrutando de las largas vacaciones escolares que habían comenzado a primeros de junio—. Cuando Javi cumplió los diecisiete se le plantó. Agarró a mi padre por las solapas y le advirtió que si volvía a ponerle la mano encima lo mataría. También lo dijo por nosotras; no quería que nos hiciera daño ni físico ni verbal nunca más.

—Vaya tema...

—Mi padre lo echó de casa, como puedes imaginarte. En la calle se juntó a quienes no debía y se fue por el lado oscuro de la vida. Se metió en las drogas años después y acabó siendo un puto yonqui. Bajó a Gibraltar a pasar *maría* de un lado al otro del peñón, creo. No lo volví a ver hasta mucho tiempo después.

»Mientras tanto, decidí que quería ser policía. Ya lo había valorado antes cuando conocí a un nacional de la Brigada Canina con el que mantuve una relación esporádica hasta que lo destinaron lejos. No fue nada especial, pese a recordarlo con afecto, a él y a su inseparable perro Hunt, un pastor alemán que entrenaba y lo acompañaba a todos los lados. Lo que me contaba sobre su trabajo me fascinó. Siempre me ha gustado ayudar a las personas y ahí vi una oportunidad de encarrilar mi futuro profesional.

—¿Tenías en mente ser policía nacional, o pensaste en la Guardia Civil o los municipales?

—Tenía claro que con los verdes no me iba. Pienso que es un cuerpo demasiado militarizado en donde las mujeres tienen aún mucho camino que abrir; para mí son unas heroínas las que están ahí dando la cara y aguantando el machismo inerte en una entidad que tiene que renovarse mucho, sobre todo por arriba...

—Te doy la razón, y eso que también en la PN existe cierta prepotencia hacia las mujeres, por lo que he notado. En la Ertzaintza no me lo parecía tanto, y eso que la proporción allí es de nueve hombres por cada mujer.

—Nosotros andamos parecido. Recuerdo que leí en algún sitio que las mujeres somos el doce por ciento de la plantilla. Tal vez hay más mujeres en la Policía Local. Primero pensé en entrar ahí con la oposición del Ayuntamiento, pero el total de plazas era muy inferior, y los números cantan. Así que la balanza se inclinó finalmente hacia el lado de la nacional. Me preparé durante más de un año y medio para la OPE.

—¿Y lograste sacar la plaza a la primera?

—Así es. Fui la tercera de mi promoción, aunque me costó sangre, sudor y lágrimas, como dijo Winston Churchill. Lo más duro fueron las pruebas físicas —continuó—. Antes era una adicta al *tumbing* en el sofá y el máximo ejercicio lo realizaba al salir de marcha los fines de semana con mis amigas. —Carmen se rio pensando en el cambio de vida que tuvo que hacer—. Imagínate, pasé de eso a entrenar como loca en un gimnasio y en la piscina sin parar. Día tras día durante varias horas. Me llegué a lesionar la rodilla por el sobreesfuerzo, lo que casi me cuesta la oposición.

—No está nada mal, brindo por ti y por tu firme voluntad de hierro. —
Alcé mi vaso en su honor.

—Desde hace trece años, cuando entré en el cuerpo y lucí con un orgullo indescriptible el uniforme, tenía muy claro que quería velar, entre otros asuntos, por que las cosas que padecemos en mi casa no le pasaran a nadie más; y desde luego si ocurrían me encargaría de detener a quienes lo merecieran.

»No permitiría el maltrato hacia nadie. Ni hacia las mujeres, como tristemente sucede, provocando una lacra social con más esposas, novias y amantes muertas que todas las víctimas asesinadas por ETA; ni tampoco hacia los demás hombres que lo padezcan, aunque sean una minoría en comparación.

Como bien sabes, en ocasiones son objeto de falsas denuncias por intereses particulares; y, lo que es peor, en muchas ocasiones no se les hace ni puñetero caso.

Asentí con la cabeza. Nuestra experiencia policial nos daba una amplia visión de la violencia de género y sus lamentables consecuencias, en ocasiones trágicas, pero siempre marcadoras de por vida, sobre todo a los niños que la padecen de cerca.

Ambos, con el rostro compungido, bebimos en silencio las respectivas consumiciones pedidas. Dije algo bromeando acerca del camarero que pasó a nuestro lado y se movía con torpeza, intentando quitar un poco de tensión al momento. Pero Carmen estaba dispuesta a sincerarse del todo:

—Una noche, exactamente la del uno al dos de agosto de hace ahora ocho años, recibimos de la sala del 091 un aviso para acudir a un asalto con armas de fuego a una farmacia. Mi compañero y yo nos personamos rápido en el lugar. Había otras patrullas allí que tenían encañonados a dos tipos melenudos provistos con una mierda de revólveres del mercado negro...

Tragué mi consumición sabiendo lo que quedaba por llegar. Una lágrima se deslizó por la mejilla de mi compañera recorriendo con peregrina lentitud el pómulos y la comisura del labio, para detenerse por último en la barbilla. Estaba seguro de conocer lo que iba a relatarme y no quería oírlo

salir de su boca.

—Identifiqué a mi hermano. Era uno de los dos atracadores. Habían herido al farmacéutico con un disparo en el hombro. Les dimos el alto y les ordenamos bajar las armas. Vi sus ojos encontrarse con los míos; me había reconocido también. Creo que una leve mueca de cariño se asomó unos instantes entre sus labios. Pero su colega, que estaba con el *mono*, apretó el gatillo y comenzó a dispararnos. Las armas automáticas del resto de los patrulleros rugieron al unísono, pese a mis gritos suplicándoles que no lo hicieran. Los dos cayeron desplomados sobre el jardín donde los encontramos tratando de ocultarse. Murieron en el acto.

—Joder, lo siento. No tenía ni idea...

—¿Cómo la ibas a tener? Nunca te lo había contado. Como te dije, todos llevamos nuestras mierdas encima.

—Eso es verdad.

—Entonces pasé por una etapa difícil. Quise acabar con mi padre, porque sin duda fue el cabrón que le influyó a guiar su vida por ese mal

camino, tirándola a la basura. Dejé de ser una buena poli. Comencé a meterme alguna cosilla que incautábamos en pequeñas redadas o trapicheaba por ahí con pastillas para lograr evadirme de mi propia rabia y odio. Fui cayendo en picado. Hasta que un día, el comisario Herrero-Maes me invitó a cenar a casa.

—¿Con su familia?

—Exacto. Me sentó ante la mesa y me presentó a su mujer, a la cual ya conocía de vista de verla alguna vez por la comisaría.

»Pero ante todo me mostró a sus dos hijas: Esther, de diez años, y Rosario, de quince. Me dijo ante los platos que yo era un referente para aquellas dos jóvenes muchachas. Él les había contado desde mi graduación en los primeros puestos hasta como llegué a ser una agente de las mejores a base de esfuerzo y dedicación. Un ejemplo a seguir, les decía, un orgullo de mujer. Las niñas debían pensar que yo era una especie de *superwoman* o algo así.

Las lágrimas de Carmen corrían libres por las mejillas y goteaban sobre la mesa de metal. Le alcancé un servilletero de la mesita de al lado.

—Cuando finalmente llegaron los postres —continuó, sonándose los

mocos—, Herrero-Maes me miró, me agarró el hombro y me invitó a tomarme unas vacaciones forzosas.

»Antes de irme de su residencia, dejé la placa y el arma sobre la mesa de la entrada. Me dio de plazo quince días para volver a su casa a comer con ellos y terminar de contar a sus hijas como merece la pena el esfuerzo personal, o bien para que desapareciera del cuerpo de policía y a ser posible de la ciudad.

—Y, por lo que veo, por fortuna para todos nosotros y especialmente para mí, volviste a aquella mansión a comer.

—Pues no exactamente. Comencé los estudios de criminalística con la intención de coquetear en la judicial y les invité yo a los cuatro en un McDonald's, cosa que creo jamás me perdonará su emperifollada y glamurosa mujer...

Ambos reímos como único escape a la tristeza del momento, a la injusticia de la vida, a la caprichosa ruleta del destino, al absurdo en ocasiones inexplicable de la propia supervivencia. A continuación, nos levantamos y nos montamos nuevamente en el SEAT sin distintivos para regresar a la Comisaría Provincial y terminar nuestra jornada laboral. Conduje yo hasta allí.

—Eso fue hace más de siete años —concluyó Carmen durante el camino de retorno—. No he vuelto a probar una sola droga, ni un porro, ni nada. Ya no odio a mi padre, tampoco lo quiero lo más mínimo, pero sé que trata bien a mi madre desde entonces y eso de momento me sirve.

—¿A qué se dedica?

—Digamos que tiene un negocio de peluquería compartido. Al menos les da para vivir razonablemente bien.

—Vale. Y desde entonces te juntas con ellos para recordar a tu hermano —reflexioné en alto mientras estacionaba el coche en nuestra plaza asignada en los bajos de la comisaría.

—Sí. Desde hace ocho años del tiroteo en el que murió Javi, hacemos una comida en su recuerdo póstumo. Se lo exigí a mi padre como penitencia. Es en junio porque era el mes que más le gustaba, en el que comenzaba el verano. Y, sobre todo, como creo que te dije en Fuengirola, porque nació en pleno solsticio y hubiésemos celebrado sus cumpleaños si siguiera con nosotros. Yo por mi parte la quincena en la que falleció mi hermano siempre me la pido de vacaciones. Es una concesión personal que me hace el

comisario, lo sé, pero me viene bien para irme a desconectar a otra parte.

—Tal vez algún día no necesites librar en esas fechas porque lo habrás superado por completo.

—Lo he superado, Aitor. Me voy en esas fechas porque me da por el culo trabajar en agosto con tanto guiri por todos los lados...

Sábado, 7 de julio de 2018

Teníamos cambio de turno y durante las tres jornadas laborales que nos quedaban antes del descanso (esta vez de cuatro días), nos habían asignado el relevo de noche. A mí personalmente era una rotación que no me gustaba en absoluto. Pese a que algunos compañeros sí que encontraban ameno el salvaguardar la ciudad bajo la luz de la luna, en general más tranquila que el resto del día, yo era de los que seguía creyendo con convicción aquello del refranero popular de que «por la noche todos los gatos son pardos», con lo que eso conllevaba de riesgo añadido.

Circulábamos en otro coche Ka diferente al nuestro habitual. El indicativo que marcábamos era Gato-6, dada la costumbre de nuestra comisaría de asignar nombres de animales a los vehículos camuflados.

Aparcamos el Ford Kuga en el enorme centro comercial y de ocio Plaza Mayor, en uno de los cercanos huecos destinados a los minusválidos gracias al cartel falso que llevábamos para casos en los que el estacionamiento resultaba complicado y no deseábamos ponernos en evidencia.

Plaza Mayor, una especie de conjunto de edificios que imitaban un pequeño pueblo, se encuentra ubicado en el distrito de Churriana, muy próximo al aeropuerto. Nos encargaron desde sala pasar allí unas cuantas horas, desde las diez de la noche en que habíamos comenzado a trabajar, hasta el cierre a eso de las tres de la madrugada, estando vigilantes a los carteristas que se propagaban como setas en la época estival, cuando hacían su agosto particular. Durante todo el día una pareja de uniformados se dejaba ver en

plan disuasorio, dando a los turistas con su presencia una tranquilidad pocas veces agradecida. De hecho, ya nos habíamos cruzado con ellos. Esta noche estaban allí de servicio Jaime y Laura. Los conocíamos de vista, aunque rara vez coincidíamos con ellos en el mismo turno. Nos saludaron con una sonrisa discreta para no delatarnos demasiado.

Los cines, la restauración y tiendas con largos horarios de apertura convertían al lugar, inaugurado en 2002 a medio camino entre la capital malagueña y Torremolinos, en un punto de encuentro, mayoritariamente de jóvenes, que acudían en sus vehículos y en los trenes de cercanías de Renfe, que se detenía en el apeadero de la galería comercial cada veinte minutos.

Para mi gusto el lugar resultaba un poco agobiante, pero bueno, había que reconocer que se respiraba un ambiente agradable y familiar. Un enorme avión pasó por encima de nosotros con sus sonoros motores perfectamente audibles. Pintadas en el fuselaje podían leerse claramente las siglas KLM, nombre de la principal aerolínea de los Países Bajos. Era algo bastante molesto dado el intenso y continuo tráfico aéreo del aeropuerto internacional de Málaga, que el pasado año había superado su récord histórico, con más de dieciocho millones de viajeros.

—¿Y tú por qué te hiciste poli? —preguntó Carmen así de sopetón mientras íbamos paseando hacia el Pans & Company a comprarnos algo para cenar—. Aún no me lo has contado.

—Bueno, creo que desde pequeño no pensaba en otra cosa —respondí, convencido de mis palabras—. Siempre jugaba a los policías en casa. Veía, cuando me lo permitían mis padres, las reposiciones de las míticas series ochenteras como *Los hombres de Harrelson*, *Starsky y Hutch*, *Canción triste de Hill Street...* Luego pensé, también como tú, en que con este trabajo podía ayudar a la gente, proteger, hacer respetar las leyes y las normas del juego democrático que nos hacen... ¿cómo decirlo? mantener un equilibrio, una convivencia entre todos lo más justa posible. Y, por qué no, que los demás reconocieran también el trabajo y sacrificio que uno hace para su bienestar, sintiéndome recompensado un poco en el ego.

—Joder, pero en esa época el País Vasco era complicado ¿no? Me refiero al terrorismo y todo eso. Corrían tiempos difíciles. ¿Te pillaron por medio?

—Yo trabajaba en el mundillo del transporte cuando decidí opositar a la Ertzaintza. Entré en la decimoctava promoción, en verano de 2004, después de prepararme la OPE durante un año sin parar. Estudiando y entrenando con intensidad, como tú. Y sí, el terrorismo de ETA estaba presente en nuestra vida diaria y, no te miento, fueron tiempos duros en los que llegué a pasar miedo. Hasta que en 2011 anunciaron por fin el alto el fuego y la historia cambió. De hecho, hasta esa fecha no patrullábamos a pie por las calles de Euskadi. A partir de entonces, cuando la situación se fue normalizando poco a poco, sí que empezamos a salir en *Korrikas*, como se llama allí a las unidades que van a pie, más cercanas al ciudadano.

Nos pusimos a la cola para pillar unos bocadillos guarros con beicon, queso y todo lo que no debe mezclarse a la vez si no deseas hacer una bomba calórica. Afortunadamente, gracias a nuestra forma física, nos lo podíamos permitir de vez en cuando, pese a que últimamente estábamos abusando en demasía de la comida menos sana.

—¿Cuándo entraste en la judicial? —insistió Carmen examinando el menú disponible.

—Al principio pasé por Protección Ciudadana un tiempo y más tarde un par de años en Tráfico. Ahí me preparé para ascender al departamento de Investigación y Policía Científica. Lo tenía muy claro, porque ya había estudiado Psicología antes de la OPE en la Universidad del País Vasco y, después, Criminalística en la de Alcalá de Henares de Madrid. Alguno de mis camaradas de promoción acabó en la Brigada Móvil, los antidisturbios; pero a mí no me iba eso de salir a sacudir a nadie. Me tantearon para entrar en los *Berrozi*, pero opté por la investigación, que era lo mío, sin duda.

—¿Los *Berrozi*? ¿Qué es eso? —inquirió sorprendida.

—Los *Berrozi Berezi Taldea* son las unidades especiales de intervención de la Ertzaintza. El equivalente a los GEOS.

—Vaya palabras que usáis los vascos, mi alma, como para repetirlas de memoria...

Con la cena en la mano nos sentamos a una mesa de la zona central de la plaza que quedó libre de manera milagrosa. Permanecimos atentos a lo que ocurría a nuestro alrededor mientras otros aviones atravesaban el espacio aéreo sobre nuestras cabezas, con una frecuencia y un ruido tan agobiante como el que generaba toda la multitud que abarrotaba el recinto festivo.

Lunes, 9 de julio de 2018

Eran las cuatro de la madrugada y le propuse a Carmen buscar una gasolinera de las que están abiertas las veinticuatro horas para tomarnos un café de máquina y picar alguna galleta, porque notaba que mis niveles de azúcar rozaban la reserva y los párpados me pedían auxilio para no cerrarse. Llevábamos sin tomar nada desde la medianoche en que comenzamos nuestro último turno, montados en un Citroën C4 de los viejos adscrito a la Brigada de Seguridad Ciudadana con las suspensiones bastante tocadas y pidiendo a gritos una prejubilación. Además, las botas del uniforme me molestaban un poco porque eran recién estrenadas: a las anteriores se les había despegado la suela de manera incomprensible la noche del domingo anterior tras un servicio tranquilo sin incidentes destacables.

Aunque probablemente lo que en realidad me pasaba era que llevaba bastante mal el turno laboral tras el crepúsculo.

Carmen me miró sonriendo y negando un poco con la cabeza como síntoma de desaprobación:

—¿Qué pasa, alma mía? —dijo con sorna— ¿Te me vas a quedar dormido en el asiento del copiloto? Pues vaya ligue que me he echado...

—Muy graciosa, pero he descansado francamente mal esta mañana al llegar a casa. Estaban de obras en el apartamento de enfrente y no he pegado

ojo. Y encima este cacharro que llevamos es incómodo de narices —protesté gesticulando en el aire con las manos señalando el interior del vehículo Zeta—. Maldito servicio de noche... De verdad que no puedo con él.

—No te quejes, que somos en parte unos privilegiados. En nuestra comisaría tenemos la suerte de que haya voluntarios suficientes como para no tener que pringar mucho en el tercer turno, pero alguna vez es razonable que nos toque, digo yo...

En eso tenía razón mi compañera. Apenas con los dedos de ambas manos podía contar las ocasiones que patrullábamos a esas horas intempestivas. Normalmente solo ocurría cuando los agentes asignados tenían vacaciones, como ahora era el caso.

Al doblar por la calle Morales Villarrubia, en dirección a la estación de servicio de la BP sita junto a la glorieta de Federico Bermúdez, unos individuos sospechosos nos vieron aproximarnos hacia ellos y se montaron sorprendentemente rápido en un Renault Laguna blanco viejo, que salió derrapando calle abajo.

—¿Vamos a ver si les pasa algo? —me preguntó mi camarada con una sonrisa maliciosa.

—Dale, a ver si me espabilo —le respondí poniéndome el cinto y comunicando a la central el inicio de nuestra acción.

Encendimos los rotativos al aproximarnos a ellos por detrás y, viendo que no se detenían, les dimos un corto aviso acústico con las sirenas. Entonces el Renault aceleró y comenzó a huir de nosotros de manera temeraria a gran velocidad. Carmen, con su habilidad al volante se pegó a ellos en un momento mientras yo cantaba nuestra posición por la emisora. El conductor, haciendo caso omiso del requerimiento policial, emprendió una rápida y peligrosa huida por la avenida de Carlos Haya hacia Teatinos, poniendo en grave riesgo la seguridad de varios vehículos que circulaban de manera correcta por la calle. En algún momento el cuentakilómetros marcó los ciento veinte kilómetros por hora, lo que me hizo estremecer levemente, por lo que podían provocar si se cruzaban con alguien que no les esquivara.

Se saltaron varios discos en rojo y, finalmente, un autobús urbano de la EMT en servicio nocturno les golpeó en una intersección, haciéndoles perder el control y estamparse contra los bajos de un edificio, entrando literalmente con el vehículo dentro de una panadería que afortunadamente estaba vacía a esas horas. Oímos las sirenas de una patrulla de la Policía Local que se aproximaba por la calle de al lado mientras bajábamos al encuentro de los delincuentes.

Desenfundamos las armas mientras le ordenaba al chófer del autobús que por su propia seguridad subiera de nuevo al interior y cerrara las puertas para proteger a los escasos pero asustados viajeros. Ante nuestro asombro, el conductor del coche siniestrado bajó corriendo y echó a correr calle arriba sorpresivamente. Sin pensarlo, me fui tras él dejando a mi compañera al cargo del cómplice, peor parado en la colisión.

Lo alcancé, pese al dolor de pies que me provocaba el calzado, en menos de doscientos metros con un sprint bastante bueno. Lo agarré por los hombros lanzándolo al suelo. Rodamos los dos. La patrulla de los municipales llegó al momento y me ayudaron a reducir al individuo sin mayores problemas. Cuando lo detuvimos, lo cacheamos y le leímos sus derechos, comprobamos que portaba unos diez gramos de cocaína. Por otro lado, el copiloto tuvo que ser trasladado al hospital debido a las lesiones provocadas en el accidente contra la tienda. Confesó a los médicos y a los policías que lo acompañaron que había consumido solamente alcohol, aunque los análisis posteriores dieron positivo en drogas como THC y cocaína.

Hicimos la pertinente denuncia por conducción temeraria y posesión de drogas, a la que adjuntamos la que la propia Policía Local le imputó por conducir bajo los efectos del alcohol y sustancias estupefacientes. Y, como quien no quiere la cosa, el turno terminó sin tomarme el café. Al menos me comí una magdalena que me ofreció uno de los compañeros de la Guardia Urbana.

12. RINCÓN DE LA VICTORIA

Lunes, 16 de julio de 2018

La jornada se presentaba intensa. Ya teníamos el informe de la autopsia del muerto de Nerja, en la casa de *Chanquete*. Aprovechando este último fin de semana bastante tranquilo, una vez descansamos los cuatro días previos, fuimos recopilando datos sobre todas las muertes violentas que habían sucedido en la provincia de Málaga en los dos últimos años.

También intentamos visitar en varias ocasiones el domicilio donde Carmen elaboró el informe del ahorcado en Rincón de la Victoria, pese a que no nos abrieron la puerta en ninguna de ellas. Al parecer el apartamento estaba en alquiler.

Pero, lo que era mejor, el subcomisario nos había dado el beneplácito de la duda en los últimos suicidios y nos permitía estudiar otras hipótesis. Aunque todo ello, claro estaba, con la condición de que lo compaginásemos con las rondas y servicios asignados de refuerzo a los patrulleros en las zonas costeras, que estaban realmente saturados por el abrumador número de turistas recién llegados en la nueva quincena y que desbordaban todos los planes básicos. Al menos el mundial de fútbol había terminado dejando a una vigorosa selección de Francia como campeona, por lo que los altercados motivados por el deporte de la pelota, bastantes más de los deseados y lógicos, desaparecieron de las calles.

En mis manos tenía el papel de la disección forense en el que se señalaba como causa de la muerte el fallo cardíaco con insuficiencia respiratoria tras la ingesta masiva de medicamentos. Pero lo que de verdad sorprendía no era el fallecimiento en sí, sino la capacidad que tendría una persona para tomar semejante número de pastillas varias bien acompañadas de whisky, sin tan siquiera vomitar o caerse desplomado inconsciente en mitad de la ingesta pues el efecto junto al alcohol era muy rápido incluso en una dosis menor. Eso me llevó a anotarme la duda en mi cuaderno para planteársela a Rafa, nuestro forense habitual, al que parecía que le había caído en gracia y con el que me llevaba bastante bien. Curiosamente, en las circunstancias del hallazgo del cadáver se pasaba de puntillas ante la posibilidad del que hubiese

sido movido *post mortem*, tal y como nosotros y los de la UCO sospechábamos. No parecía que el experto en medicina legal enviado por el juzgado desde Marbella quisiera implicarse demasiado en el caso, por otro lado, algo no demasiado sorprendente, teniendo en cuenta de que se trataba de un sustituto que le hacía las vacaciones al dueño de la plaza.

Carmen se sentó en una silla enfrente de la mía, al otro lado de la mesa, con un taco de papeles donde iba anotando los datos significativos. Se giró sobre sí misma quedando pegada a la pantalla del ordenador en el que se leían una serie de nombres, identificaciones y otros pormenores que colapsaban la pantalla.

—Hasta aquí he podido llegar —sentenció—. Una vez que he filtrado los datos principales, eliminando las muertes naturales por enfermedad o simplemente por senectud, tenemos que, por paro cardíaco, muerte sin asistencia y otras causas desconocidas hay 70 personas fallecidas...

—Entiendo que en toda la provincia de Málaga ¿no?

—Eso es —aseguró volteándose hacia mí—. En los últimos veinticuatro meses. Sigo con los números. —Volvió a la posición inicial ante la pantalla—. Por ahogamientos, sumersión y sofocación accidentales tenemos 40 casos. Por suicidio y lesiones autoinfligidas 58 muertes...

—¡Qué barbaridad! Es un número considerable de suicidios. Con razón había escuchado que Málaga es uno de los lugares donde más personas se quitan la vida de toda España.

—Exacto, tenemos ese lamentable primer puesto en el ranquin estatal. Ahora si dejas de interrumpirme, continúo con el resumen...

—Perdona, adelante, sigue.

—Los accidentes de tráfico se han cobrado 54 víctimas. Los envenenamientos accidentales, incluidos los producidos por drogas o psicofármacos, han sido de 18. Homicidios corroborados, 4. Por incendio, humo o sustancias calientes solo un caso. Caídas accidentales, 16. Complicaciones médicas o quirúrgicas —se tornó de nuevo hacia mi lado—, no sé si esto cuadra en lo que buscamos, pero lo he puesto también. Han sido tres...

—Está bien —asentí.

—Y finalmente catalogados en los casos con sintomatologías extrañas, hallazgos anormales, muestras clínicas o de laboratorio que no cuadran; en fin, un poco cajón de sastre de los que no entran en los demás apartados, hay 121 fallecimientos más. Resumiendo, que de las 6400 muertes en Málaga producidas en estos dos últimos años, tenemos que centrarnos en 381 de ellas. No son demasiadas para comparar. Podía ser peor.

—Es una buena cifra para trabajar —corroboré animado—. Todas ellas son susceptibles de haber sido provocadas y después camufladas bajo una falsa apariencia. Veamos, siguiendo mi planteamiento, ¿puedes seleccionar solo a los hombres extranjeros?

—No. Únicamente me deja por provincias de Andalucía, no por nacionalidades ni sexo; al menos no es posible desde este programa que usamos. Esos factores hay que buscarlos en la ficha individual de cada persona, si disponemos del informe.

—Vale. Pues mira los suicidios. Es en lo que nos estamos moviendo y más abunda, según parece.

Carmen se sumergió en la base datos en la que figuraban clasificadas las muertes como suicidios. Al acceder a ella, una larga lista de nombres pasó fugaz por la pantalla recorriéndola de arriba abajo. Los últimos de la lista eran un cazador que se pegó un tiro en la boca con su escopeta en plena batida

de paloma torcaz hacía cosa de cinco meses (ya al final de la época de veda), la pareja de jóvenes que se arrojó desde el puente de Ronda de la que ya habíamos hablado días antes, y el ahorcamiento en Rincón de la Victoria (aún no estaban introducidos los datos de las muertes que se habían producido recientemente).

Fue retrocediendo cliqueando en cada caso. Nos llevó bastante rato entrar en cada una de las fichas y recopilar los datos. Al final obtuvimos una sola coincidencia que cuadrara con mi hipótesis: en el mes de julio del año pasado un colombiano llamado Juan David González se había arrojado por un barranco en Mijas. Según testigos presenciales, tal y como rezaba en el informe policial, lo vieron precipitarse a la carrera desde un corte del monte saltando contra el fondo rocoso. Murió en el acto.

Yo estaba contento, por decirlo de alguna forma, ya que ese nuevo muerto encajaba en el guion que tenía sobre la pared: letra «C» de Colombia. Si mis teorías estaban en lo cierto nos faltaban dos casos más, correspondientes a las letras «A» y «B» en los meses de mayo y junio de 2017. Observé bostezar a mi compañera derrotada por el cansancio. Eran casi las diez de la noche, llevábamos toda la tarde encerrados en la sala y había llegado el momento de marcharnos a casa a descansar.

Jueves 19, de julio de 2018

El resto de la semana fue caótica. El subcomisario nos tuvo patrullando por la calle a jornada completa debido a la escasez de recursos. Para colmo, un uniformado de otro coche se puso enfermo, debido a una fuerte reacción anafiláctica producida cuando recibió el picotazo de una avispa africana. Ocurrió mientras estaba acordonando la zona y los bomberos eliminaban el nido que las invasoras habían hecho bajo el ala de un tejado antiguo de madera en una casa del centro histórico. Afortunadamente, la rápida intervención de los sanitarios, que le inyectaron adrenalina, logró evitar males mayores, porque al parecer el agente era alérgico.

Eso me hizo recordar que tenía varias preguntas para Rafael Martín, el especialista en medicina forense. Le había dejado un recado en el móvil el miércoles y ese mismo jueves, al acordarme, le grabé dos avisos más en el contestador solicitando que me devolviera la llamada.

Habíamos comido algo rápido en un local de Playa Virginia. Estábamos tomando un café de postre cuando le propuse a mi compañera acudir de nuevo al Rincón de la Victoria. Tal vez, en esta ocasión igual teníamos más suerte y nos abrían la puerta del apartamento donde se encontró el cadáver del hombre ahorcado el verano anterior. Carmen miró el reloj, después su café cortado y por último a mí. No entendí demasiado bien la escala de prioridades, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Vale —aceptó—. Estamos cerca y tenemos todavía media hora de descanso. Dudo que encontremos a nadie, pero vamos, si quieres. Lo malo es que a estas horas pillaremos mucho tráfico porque es un punto bastante conflictivo, como bien sabes. Y hemos de avisar a central de que nos movemos hasta allí.

—OK —asentí levantando el culo de mi asiento para ir decidido hacia el coche aparcado en batería prácticamente delante del chiringuito.

El subinspector de guardia que estaba al frente de las emisoras no le dio mayor importancia a nuestro comunicado. Mentimos sobre que nos desplazábamos hacia el Rincón, aprovechando el breve tiempo de almuerzo, para hacer una visita a un confidente en la playa canina de Arroyo Totalan. Tampoco era cuestión de revelar pistas a todo el mundo acerca de nuestra

investigación.

Carmen salió por la calle Almería para coger poco después la MA-24. Por suerte, el tráfico se puso de nuestra parte y en quince minutos ya estábamos en la avenida de Málaga, estacionando sobre el vado de la oficina de Correos, para dirigirnos a la carrera hasta la plaza de Gloria Fuertes, donde en agosto del año pasado había ocurrido el supuesto suicidio.

El portal no cerraba bien y subimos directamente hasta la segunda planta. Las bonitas viviendas blancas bordeaban la plaza en recuerdo a la genial y disparatada poetisa madrileña. Siempre recuerdo con diversión uno de sus poemas, que memoricé de pequeño: «*El dinosaurio ruge, yo ya rujo; tener un dinosaurio en casa es todo un lujo*».

Al llegar al rellano apreté el timbre con ansiedad, como en las anteriores visitas. Nada. Insistí. Me parecía escuchar el sonido de una televisión en el interior. Unas pisadas se oyeron acercarse hasta la entrada.

—¿Quién es? —dijo una voz en inglés.

—*National Police. Open de door, please...* —contestó mi compañera

con un acento muy divertido entre el andaluz y el británico, enseñando a su vez la placa identificativa por la mirilla de la puerta.

Al momento un hombre de unos treinta años, en camiseta y bermudas, o tal vez era un pijama corto, se asomó al marco de la puerta. Tenía un aspecto descuidado y estaba rojo como un langostino cocido.

—¿Qué ocurre? —preguntó en su idioma nativo rascándose el sobaco con la mano derecha. Parecía que lo habíamos levantado de la siesta.

—Los vecinos del piso de abajo se quejan de que les cae agua por el techo del cuarto de baño —improvisé en un inglés bastante decente.

—¿Y mandan a la policía a comprobarlo? —respondió el británico asombrado—. ¡Vaya efectividad! Pasen, pasen. —Se echó a un lado para permitirnos franquear la entrada—. No he visto que el agua se salga por ningún lado en estos cuatro días que llevamos de alquiler...

—Eso queremos comprobar precisamente —respondió Carmen siguiéndome el juego.

Pasamos por el pasillo junto al salón comedor donde dos niños pequeños dormitaban en el sofá. Una mujer fuerte y sonrosada tenía aspecto de haber estado dormida al menos hasta hacía unos momentos, a juzgar por la cara de asombro y desconcierto que aparentaba. Se interesó en nuestra presencia, pero su marido la tranquilizó explicándole lo de la gotera en el piso inferior. Ella no quedó muy convencida y se pasó al tresillo de los chavales como para tenerlos cerca e insinuarnos que eran suyos. La saludé con la mano desde la distancia para tranquilizarla. Pareció quedarse algo menos tensa.

Una vez en el cuarto de baño, donde el desorden reinaba en forma de champús, botes de crema y paquetes de pañales, mi compañera se situó. Nos encerramos dentro rogando al inquilino que esperase fuera pese a sus airadas protestas. Carmen señaló la viga vista del techo desde la que se había colgado el suicida.

—Lo encontramos tumbado en el suelo —me explicó con detenimiento—. La soga había cedido y se golpeó en la frente con el borde del bidé, quedando caído entre este elemento y la taza del váter. Murió agonizando en el suelo del cuarto de baño. Recuerdo perfectamente que estaba ahí, con la cabeza enfilada hacia el lavabo.

—¿Dónde se subió para ahorcarse?

—A una escalera pequeña de aluminio. La encontramos tirada junto a la bañera.

—Pero la puerta se pudo abrir sin problemas para entrar ¿no? —insistí.

—Sí.

—O para salir...

Colocamos el teléfono en el suelo, donde yació el cadáver, activando la app de la brújula para situarlo entre los puntos cardinales. El turista británico empezó a impacientarse desde el pasillo ante el extraño comportamiento que generábamos.

—¡Bingo! —exclamé al ver la pantalla—. Orientado al oeste. —Me levanté y abrí la puerta encarándome al hombre que insistía en pasar al váter, para contrastar que hacíamos dentro—. No parece que haya ninguna fuga visible. —Le aseguré mientras nos marchábamos del lugar—. Vigile regularmente el cuarto de baño y no deje de avisar a la empresa que les ha alquilado el apartamento para las vacaciones, si nota algo extraño...

- - - - -

Íbamos hacia la zona próxima a la catedral, en el casco antiguo de Málaga, con los rotativos y la sirena puestos. Nos acababan de pasar una actuación para intervenir en una disputa callejera. Según había informado por teléfono un solicitante, varias personas se enzarzaron en una pelea a las puertas de un bar de tapas.

—No es casualidad en modo alguno —razonaba con mi compañera subiendo considerablemente el tono de voz al quedar ahogada por la caja de sonidos de emergencia—. Los muertos que vamos asociando presentan todas unas características comunes innegables.

—Vete más rápido, joder; y céntrate ahora en lo que estamos. Vamos a llegar los últimos —me increpó ella desesperada—. Gira por ahí a la izquierda, atajamos bastante si entramos por el final de la plaza...

—Pero es dirección prohibida...

—¡Y tú llevas un coche de policía, no uno de autoescuela!

Pese a su desaprobación, no le hice caso y seguí por el camino que llevaba previsto. Apenas hubiéramos ahorrado unos segundos y hubiéramos puesto en peligro la seguridad del tráfico a mi juicio de manera innecesaria. Cuando llegamos, había otro indicativo en la zona conteniendo como podía la trifurca entre varias parejas. Nos acercamos con cautela, pero con decisión, para sujetar y apartar a extremos opuestos a dos mujeres que se tiraban de los pelos y se daban patadas de manera ridícula, aunque con innegable contundencia.

Una de ellas sangraba de la espinilla merced a los puntapiés de la otra y sus prominentes zapatos puntiagudos. Los compañeros tenían reducidos a los hombres, los cuales presentaban varios hematomas en la cara de proporciones considerables, fruto de un intercambio consecutivo de puñetazos. Cuando aparté a la más pegona de las mujeres, recibí un taconazo en la entrepierna, aunque por fortuna no me alcanzó de lleno. Tuve que tirarla al suelo temiendo por mi integridad. Comenzó a aullar como una loca. Daba hasta miedo, parecía poseída. Con la llegada de una patrulla de la Policía Local pudimos recomponernos un poco mejor y proceder a las identificaciones de una forma más razonable.

Al parecer, todo había empezado porque una de las mujeres empujó deliberadamente a la otra al pasar por detrás, haciendo que su bebida cayera sobre la camisa de su acompañante, casualmente su exnovio. De ahí saltaron a los insultos, a los empujones y a las tortas. El propietario del negocio fue quien avisó, llamando directamente al 091.

Una vez tomamos la filiación a los cuatro implicados en la reyerta, dejamos marchar a cada pareja por un lado. La que estaba más alterada y había intentado agredirme aún iba un poco tensa lanzando insultos por la calle contra la otra mujer y contra nosotros.

—Casi te deja sin herederos —me dijo Julián, uno de los compañeros del otro coche señalando mis partes nobles.

—Es que no se puede estar a otras cosas —añadió Carmen medio en serio medio en broma mientras se colocaba la porra correctamente en el compartimento del cinto.

—Y todo por un asunto de celos y cuernos —intervino la policía local, una chica fuerte con las mejillas llenas de pecas y cara de no haber roto un plato en su vida. Luego supe que se llamaba Elvira y era cinturón marrón en jiu-jitsu, el legendario arte marcial japonés.

—Amor y odio, posesión e intransigencia, venganza y despecho... Dualidades de la realidad que cada día palpamos en las calles, en las personas, en la convivencia entre iguales... —Medité en alto dando una trascendencia a mis palabras un tanto recargada e incluso pedante.

—Joder, demasiado profunda la reflexión a estas horas, tío —zanjó mi compañera con naturalidad, haciendo un aspaviento casi jocoso que nos hizo reaccionar al grupo de agentes—. Vámonos para la central que no tengo el cuerpo para grandes divagaciones y en media hora salimos del turno.

- - - - -

—*Z15 para H20.* —La voz de la emisora resonó nuevamente cuando nos acercábamos a la comisaría. Estaríamos a menos de diez minutos de ella.

—Contesta, anda..., que es para nosotros —ordenó Carmen, a los mandos del Citroën de Seguridad Ciudadana, asqueada por mi conducción a lo largo de la tarde.

—¡Z15 recibe! ¡Adelante, central! —respondí sin demasiado convencimiento, pero con fingido énfasis.

—Acérquense a la avenida de San Sebastián, en el barrio de Gamarra, a la altura del número veintidós. Una mujer los estará esperando junto al portal. Teme que su expareja pueda haber hecho alguna barbaridad...

—¡No fastidies, que mala potra! ¡Si salimos del turno en dos diez! —protestó mi compañera encendiendo la caja de sirenas y el cuadro de luces mientras aceleraba considerablemente el vehículo patrulla.

—...según parece —continuó la voz de jefatura— el matrimonio se encuentra en trámites de divorcio y el hombre le ha enviado un WhatsApp despidiéndose de ella, insinuando que pensaba suicidarse...

—Recibido, central —respondí como pude, porque Carmen manejaba el volante de manera endiablada en dirección al destino indicado—. Vamos de camino.

—*Roger.*

En menos de cinco minutos estábamos parados en doble fila frente al portal desde donde nos habían solicitado. Informamos a la sala del 091 de nuestra llegada y del encuentro con la requirente, una mujer de unos treinta años visiblemente nerviosa. Allí abajo nos explicó lo mismo que había comentado poco antes por teléfono al personal de atención telefónica. Al parecer su expareja no aceptaba de buen grado los trámites de la separación y, lo que era peor, no asumía que la relación se había terminado y cada uno remaba hacia puertos diferentes tras diez años de rumbo compartido.

Decidimos subir los tres hasta el piso y llamar a la puerta de manera insistente. Nadie contestaba. La mujer nos entregó las llaves del domicilio, ya que disponía de una copia. Le rogamos que aguardara en el rellano de la planta mientras nosotros entrábamos; al menos, hasta comprobar que todo estaba seguro para que ella pudiese pasar también al interior de la que fuera su vivienda.

Al abrir la puerta, identificarnos como policías y avisar en voz alta de que procedíamos a entrar en el domicilio, nos encontramos con que el lugar se hallaba completamente a oscuras. Los interruptores de la luz no funcionaban en toda la vivienda, así que encendimos las linternas y desfundamos nuestras armas reglamentarias, observando con cuidado tras las puertas y en las estancias por las que avanzábamos, pendientes de que pudiese salir alguien a nuestro encuentro, puesto que no sería la primera vez que se nos abalanzaban por sorpresa con un cuchillo, un palo o cualquier tipo de arma improvisada.

En casi todas las intervenciones el corazón se pone a mil por hora, pero en esta ocasión completamente a oscuras, apoyados únicamente por los focos de luz emitidos por las linternas y sin saber qué podíamos encontrarnos, notaba el palpito desbocado en el pecho.

Examinamos con extrema cautela el apartamento: dormitorio, cocina, salón... Cuando solo nos quedaba por mirar en el cuarto de baño, al entrar nos topamos con un espectáculo estremecedor. La bañera estaba llena de lo que parecía sangre, con alguien sumergido dentro. Encima de la tapa del inodoro había un cuchillo de cocina, varias cuchillas de afeitar y el teléfono móvil con el que probablemente había mandado el mensaje a quien anteriormente fue su pareja; todos ellos tenían restos de sangre coagulada. Instintivamente fui a sacar a la persona del interior de la pila, pero un grito de Carmen y un fuerte empujón suyo, que me hizo perder el equilibrio y caer sobre el bidé, me impidió intentarlo. Mi compañera, entonces, iluminó con su haz de luz portátil un cable que estaba conectado al enchufe junto al espejo del tocador y descendía hasta zambullirse en el interior del agua turbia. Se trataba de un secador de pelo que el presunto suicida había decidido utilizar como medio para electrocutarse. Por eso no había luz: los plomos habían saltado como medida de seguridad.

Desenchufamos el aparato y, tras comprobar que no existía ningún otro objeto eléctrico cerca, me acerqué al cuadro de fusibles de la entrada donde activé el diferencial y la luz se hizo en toda la casa, facilitándonos bastante más el rescate. Cuando regresé al cuarto de baño, Carmen ya había avisado a la central solicitando una ambulancia del 061 de manera urgente y contando someramente la situación, aparentemente controlada. En la bañera se veía

ahora claramente la figura de un hombre de mediana edad, con los ojos cerrados, inmerso dentro de una mezcla nauseabunda de agua y sangre en abundante cantidad. Su pelo castaño claro flotaba y se agitaba como una medusa de largos tentáculos en un movimiento dantesco, bailando una danza de muerte submarina.

Nos pusimos los guantes e improvisamos con un par de toallas enrolladas una especie de cuerda gruesa que le pasamos por las axilas a modo de arnés. De esta forma, pudimos extraerlo sin poner en peligro nuestra seguridad, ya que no sabíamos si tenía algún tipo de enfermedad contagiosa que pudiese contaminarnos al entrar en contacto directo con su sangre y fluidos corporales.

Decidimos arrastrarlo fuera del cuarto de aseo, donde no teníamos apenas espacio ni movilidad necesaria para atenderlo. Lo sacamos al pasillo ante la mirada horrorizada de la que fuera su mujer, que haciéndonos caso omiso había entrado en la vivienda. Los brazos de la víctima estaban cortados de una manera extraña, de arriba hacia abajo a lo largo, en lugar de al través, por lo que no había logrado seccionar las venas principales de manera irremediable. No obstante, taponamos las heridas con las propias toallas y comprobamos que carecía de pulso, como ya nos temíamos. Sus labios azules y la piel blanquecina no presagiaban nada bueno, pero, como no somos médicos para dictaminar ningún fallecimiento, comenzamos a realizar el protocolo de RCP tal y como está establecido. Empecé yo mismo mientras Carmen se ponía nuevamente en contacto con nuestra central explicando más detalladamente lo sucedido e interesándose por la llegada de la ambulancia. Tras cuatro o cinco minutos, varias costillas crujieron por mi potente masaje cardíaco, que comenzaba a perder efectividad fruto del cansancio. Mi compañera me tomó el relevo, invitándome a recuperar fuerzas.

Al poco rato, los facultativos de la UVI móvil que se personaron en el lugar subiendo velozmente las escaleras repletos de material, intubaron con destreza y aplicaron el desfibrilador al hombre (una vez secamos con nuevas toallas su cuerpo para evitar males mayores con la descarga) el cual, sorprendentemente para nosotros, recuperó de manera milagrosa el pulso. Los propios sanitarios de la ambulancia medicalizada, tras estabilizarlo y bajarlo al vehículo de emergencias a pie de calle, con la ayuda de otra patrulla nuestra que se había personado en el lugar, así como con el apoyo de la Policía Local también en el sitio, nos felicitaron por la eficaz actuación. Aseguraron que si el hombre sobrevivía (algo no demasiado claro en esos momentos) sería sin lugar a dudas por nuestro eficiente y rápido proceder.

La mujer que nos llamó y, que había pasado del llanto a la alegría, nos dio las gracias mil veces mientras se derrumbaba sollozando sobre mis hombros.

—Estamos para ayudar, proteger y salvar vidas —le explicó Carmen con la naturalidad de quien tiene asumido el trabajo desde lo más íntimo de su ser.

La chica besó la mejilla de mi compañera y subió a la ambulancia para acompañar al herido. Nos dijo adiós con la mano y nos lanzó otro beso antes de cerrar la puerta delantera de la furgoneta.

—Por cierto —le dije a Carmen cuando nos quedamos solos en la acera, mojados, con los uniformes completamente manchados de sangre y con una apariencia horrorosa fruto del cansancio—; gracias por no haberme permitido cometer la torpeza de meter las manos en esa bañera, que podía haber estado electrificada.

—Ya sabes; estamos para ayudarnos, protegernos y salvarnos la vida, también entre nosotros, faltaría más. Tú hubieras hecho lo mismo, así que no te enrolles...

—Lo único es que yo no te hubiese dado un empujón tan fuerte contra el bidé. Me va a salir un buen moratón por el golpetazo.

—Es que si llegas a meterme tú ese viaje te doy una hostia que te enteras...

13. MÁLAGA

Domingo, 22 de julio de 2018

Ni corto ni perezoso, entré en el despacho del subcomisario aprovechando un rato de tranquilidad que últimamente escaseaba en la Comisaría Provincial de Málaga. Coincidíamos con cierta frecuencia en los ritmos de descansos, aunque los cargos superiores llevaban otra cadencia diversa de trabajo. No sé si mejor o peor que la nuestra a la hora de conciliar la vida laboral y familiar, tan solo diferente.

Mi compañera había salido a almorzar algo con Sandra y Julián a una cafetería próxima. Tenía con ambos una buena relación gestada durante años de compartir patrullajes. Saqué partido al momento en solitario porque ella no estaba muy de acuerdo en presentar las conclusiones provisionales a Estrada, cosa que yo no acababa de entender. No sabía muy bien a qué estaba esperando. Carmen era sin duda un excelente miembro de las unidades de Seguridad Ciudadana, pero le faltaba persistencia para entrar en la Judicial. Dudaba de que alguna vez lo hiciera; pese a ser plenamente capaz. Ella prefería el trato directo de las unidades de calle. Era la mejor en eso, con su mentalidad apaciguadora a veces y contundente en otras, en función de cada situación. Cercana y comprensiva o dura e implacable, según el asunto que tuviera entre manos. Perfecta en su trabajo.

En el fondo, sabía que nuestros caminos, tarde o más bien temprano, se acabarían separando por sendas diferentes tomando rumbos distantes. Era inevitable.

Llamé golpeando con los nudillos en la puerta de cristal abierta del despacho de Javier Estrada una vez que ya había cruzado el umbral.

—Le diría que pasara, pero veo que ya lo ha hecho —me respondió sin contemplaciones ofreciéndome asiento con la mano extendida. Se imaginaba, con razón, que tenía que exponerle algo más que suposiciones o conjeturas.

Cerré la puerta, aparté un poco la silla enfrente de su mesa y saqué un dossier con nuestros descubrimientos.

—Ahora hay algo más que casualidades, subcomisario —le expliqué remarcando su graduación con énfasis, con la intención de hacerle responsable en parte de que siguiera adelante con el asunto o no.

Solté la carpeta repleta de papeles sobre la mesa generando un ruido considerablemente más fuerte del que pensé que se produciría. El jefe me miró contrariado. Abrió el archivador con medida lentitud y comenzó a estudiar las conclusiones provisionales que le exponía.

—¿Esto es deducción suya o también lo corrobora su compañera? —me preguntó ácido.

Nunca me había llevado bien del todo con el subcomisario, no teníamos una relación fluida. Tampoco era la primera ocasión en que me ocurría algo similar tratando con superiores en rango. Acaso les exigía por mi parte más de lo que podían o querían dar. Para mí, su puesto de responsabilidad y dirección requería una capacitación y *savoir faire* que por desgracia escaseaba.

—Por cierto, ¿dónde está la agente García? —insistió.

—Digamos que hemos desarrollado los dos la investigación, pero yo estoy más convencido de que nos encontramos ante un caso evidente de asesinatos en serie, algo que Carmen no acaba de asumir por completo.

La cara de Estrada cambió de forma radical, como si le hubieran dado un sopapo y se hubiese despertado de la siesta de golpe. Leyó con detenimiento las hojas descriptivas de los sucesos y vio las concordancias.

—Un asesino en serie... —me dijo mirándome a los ojos de una manera casi perturbadora—. Eso son palabras mayores, inspector Etxeazarreta. Llevo menos de tres años destinado en esta comisaría desde que vine de Madrid, pero desde luego nunca he tenido conocimiento de nada similar en Málaga y me atrevería a decir que tampoco en toda Andalucía.

—Las coincidencias claman al cielo, si me permite la expresión —expliqué—. Tenemos seis fallecidos, partiendo del año pasado a este, que siguen un patrón claro en la forma de la muerte, la orientación en la que se encontraban los cuerpos y el país de nacimiento.

(Acababa de añadir al informe el caso del hombre que se quedó dentro del Safari Park del Selwo Aventura en Estepona y fue aplastado por los hipopótamos, tal y como me dijo el secretario judicial en Fuengirola. Era belga, letra «B», por tanto, y se llamaba Ansie Lupin. No lo encontrábamos en la estadística que estudiamos Carmen y yo porque estaba encuadrado en otro apartado extraño y novedoso hasta el año pasado: personas fallecidas por ataques de animales salvajes. Se nos pasó por alto dentro de los otros sucesos diversos agrupados como casuales).

El subcomisario repasó en voz alta la relación:

—Un belga «B» en junio de 2017 en Estepona, aplastado por los animales; un colombiano «C» en Mijas en julio, despeñado por el barranco; un dinamarqués o danés, o como demonios se diga, «D», en cualquier caso, ahorcado en Rincón de la Victoria en agosto... Luego nada hasta mayo de este año con un esloveno «E», que salta del balcón en Benalmádena; un francés «F», que muere en el zoo de Fuengirola comido por los tigres; y finalmente un griego «G» en Nerja este mismo mes, víctima de una sobredosis...

—Así es —le respondí sereno. Parecía que Estrada estaba asimilando la concatenación de sucesos tan extraños.

—Pero nos falta la «A» de mayo de 2017, según sus interesantes deducciones, y también veo que, aunque la mayoría de los casos tienen cierta relación de manera somera con las drogas, no entiendo que tiene eso de extraordinario para ser asesinados e intentar hacerlos parecer unos suicidios.

—Es cierto que no dispongo de los datos del primer interfecto, pero tuvo que haberlo en esta cadena, y, lo que es peor, seguirá habiendo más. El próximo ocurrirá en agosto y caerá un hombre cuyo país de origen comience por «H». —Me apoyé en el borde de la mesa repleta de papeles mirando a mi superior—: Me inclino a pensar en que también estará vinculado al mundo de las drogas —añadí—. Y, si no lo atrapamos a tiempo, el asesino desaparecerá hasta el próximo año, en el que muy probablemente volverá a matar.

—¿Puede darme algún dato del perfil que a buen seguro usted tiene en mente? —Me sorprendió el mando al hacerme ese rogatorio—. Si no recuerdo mal, usted era versado en asesinos en serie dentro de la policía autónoma vasca, ¿no es así?

—No es exacto del todo, señor —respondí—. En la Ertzaintza estaba especializado sobre todo en crímenes violentos. Afortunadamente, asesinos en serie no han aparecido en España más que en contadas ocasiones...

—Pero usted resolvió un caso así hace varios años, según leí en su

historial.

—De alguna forma, sería lo más parecido a un asesino múltiple que hemos tenido. Realmente, fue una venganza personal en manos de un agricultor despechado y marginado por su familia cercana, el cual decidió poner punto y final al resentimiento acumulado eliminando a sus hermanos uno por uno.

—Mató al menos a tres personas con un lapso de enfriamiento o pausa entre cada asesinato ¿no? —Me sorprendió el conocimiento de Estrada de las premisas del asesino múltiple, pero si se trataba del enlace entre Seguridad Ciudadana y la Judicial estaba claro que era por algo; no por su cara bonita o su agrio carácter autoritario.

—Sí —repliqué—, aunque no cumple otra de las premisas de un genuino asesino serial: la distancia de al menos treinta días o más en el tiempo total de los homicidios. En este caso concreto no transcurrieron ni veinte días entre la primera y la última muerte...

Evoqué entonces el «Caso de los crímenes de Leku», un suceso negro

dentro de la Euskadi rural que empañó la buena convivencia entre varias aldeas del Goyerri guipuzcoano. Solicitaron la ayuda de nuestro departamento especializado en asesinatos violentos, ubicado en Bilbao, para dar con el sospechoso. Fui el encargado de la investigación y no me costó mucho, la verdad, dar con el culpable... Me condecoraron y supuso un espaldarazo de prestigio a mi carrera (la cual acababa de dejar allí colgada en el perchero de las culpas, junto a la joven Naiara y a mi querido compañero malogrado Natxo Etxamendi).

—Deme el perfil —la voz de Javier Estrada me hizo regresar a la realidad del momento, del que me había abstraído levemente merced a los recuerdos amargos que me poblaban la mente.

—Creo —carraspeé un poco, no para darme importancia, sino porque la voz la tenía entrecortada ante el fluyente recuerdo de unas emociones vividas con intensidad en Euskal Herria—, que estamos probablemente ante un hombre corpulento o con conocimiento de técnicas de inmovilización, de edad madura, inteligente y con cierta experiencia en el amplio espectro de las drogas y las técnicas policiales. Yo diría que se trata de un exmilitar o antiguo miembro de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, de la vigilancia privada o muy vinculado al gremio. Tiene acceso a datos informáticos sensibles y personales que, de otra forma, sería complicado disponer. Sabe moverse con soltura. Le gusta el riesgo, pese a ser comedido, sin ponerse en evidencia. Descartando la compulsión sexual, que claramente no es su *late motive*, posiblemente le mueva un ansia de poder y está a la espera de que

alguien le dé la importancia que considera necesaria...

—¡Joder! —exclamó el subcomisario abriendo los ojos de par en par anonadado por mi reflexión de manual.

Me fijé detenidamente en sus pupilas por primera vez. Eran de un tono más bien verdoso, no avellana como yo estaba convencido que las tenía. Lo cual me hizo recordar que nunca hay que dejarse camelar por la primera impresión, aunque sí tenerla en cuenta.

—Además —continué—, parece que el ritual que procesa lleva asociado algún fin; esto último es una intuición más que un dato analítico. Tampoco creo que sea un inútil o un inadaptado, como ya le he dicho antes, ni que pertenezca a un bajo estatus socioeconómico. De todas formas, muchos asesinos en serie no tienen un propósito concreto, sino que actúan por impulsos. Pero tampoco pienso que este sea el caso. Por la localización de los crímenes...

—Supuestos crímenes —me corrigió—. De momento están catalogados como suicidios.

—Por la localización de los supuestos crímenes —maticé—, yo diría que reside en Málaga capital o alrededores. Todo queda en un radio de acción en torno a esta ciudad. Y la colocación de los cuerpos en una posición concreta orientados hacia poniente, es decir al oeste, me lleva a pensar en alguna especie de práctica solemne o bien en una estratagema de despiste. Todo asociado al hecho en sí de las muertes que me tiene realmente intrigado...

—Me ha dejado usted *ojiplático*, permítame la expresión vulgar.

Asentí con la cabeza de manera indeterminada, pensando en que no sabía muy bien en ese momento si debía darle las gracias o disculparme ante semejante locución. Decidí esperar la reacción de mi superior.

—¿Qué cree usted que debemos hacer? ¿Podemos aproximarnos a él de alguna manera? ¿Es factible adelantarnos a sus próximos pasos? ¿Tiene alguna pista además de conjeturas? Eso sí, muy buenas, pero conjeturas al fin y al cabo...

—No, señor. No tengo ni idea —confesé preocupado—. Esta gente suele ser aparentemente normal en muchos de los casos. Como defendían en sus estudios Hervey Cleckley y Tobert Hare, los doctores especializados en psicología criminal y maestros que perfilaron a los asesinos en serie, estos suelen tener una *máscara de cordura* el resto del tiempo que los convierte en

personajes difíciles de distinguir.

Oí ruidos provenientes de las escaleras. Mi compañera volvía de almorzar junto a los otros agentes. No deseaba que me viera allí con Estrada. Si ya se puso hecha una furia porque le comenté el caso a la jueza Alina sin habérselo advertido antes a ella, no quería pensar en cómo se lo tomaría ahora que había expuesto todas las conclusiones de lleno al subcomisario, sin contar con su opinión ni esperar su presencia en la mesa.

Javier Estrada se percató enseguida de la situación comprometida en que me encontraba. Podía ser antipático pero no era tonto, evidentemente.

—Bien, Etxeazarreta, puede retirarse —me ordenó con voz alta para ser escuchado desde el pasillo mientras se ponía en pie, devolviéndome la carpeta con los informes.

Abrió la puerta cuando llegaban los tres policías a nuestra altura. Se dirigió a Carmen:

—Agente García, le he pedido a su compañero que me ponga al tanto de las investigaciones paralelas que están realizando sobre las muertes

accidentales y sus posibles correlaciones. No quería que se fueran de vacaciones sin antes haberme informado convenientemente de sus hallazgos.

Carmen me miró un tanto escéptica. Me encogí de hombros en plan «*me ha pillado por banda y no me ha quedado otra...*». Creo que se lo tragó, o al menos no le dio excesiva importancia cuando más tarde corroboré esa versión al quedarnos solos.

Por otra parte, el subcomisario Javier Estrada me reiteró más tarde en privado la necesidad de algo más contundente para retomar todos los casos ya cerrados. En modo alguno pensaba ir donde el comisario Herrero-Maes, con la saturación de trabajo que generaba toda la Costa del Sol en pleno verano, sin una conexión más determinante que permitiera al juez reabrir los expedientes clasificados y archivados. Yo me enfadé, ante la clarividencia de las deducciones presentadas, y le dije que la pista sólida la encontrarían el próximo mes de agosto con un nuevo muerto *suicidado* en algún punto de la provincia malagueña.

No soportaba a mi jefe directo, me ponía enfermo. Siempre terminaba tocándome los cojones intentando salvar su culo.

Viernes, 27 de julio de 2018

Lo que quedaba de semana se había evaporado tan rápido como el agua que un niño vierte desde su cubo sobre la cálida arena de la Malagueta en verano. Casi sin darme cuenta, sin percepción del tiempo (y eso que fueron siete días seguidos sin parar), estábamos a vísperas de nuestro descanso semanal después de unas jornadas de mucho movimiento, incluida la festividad del veinticinco de julio.

El lunes veintitrés tuvimos una intervención contra lo que llamábamos «el abrazo cariñoso». El *modus operandi* era conocido y bastante habitual tanto en las zonas turísticas como en otras ciudades de la península. De hecho,

cuando yo estaba en la Ertzaintza, ya habíamos procedido en Bilbao ante casos similares. Normalmente unas mujeres jóvenes, en este caso concreto de unos veintidós o veintitrés años y de nacionalidades del este de Europa, se acercaban a personas por lo general mayores y las abrazaban cariñosamente de una manera afectuosa en exceso, incluso besándolas. Sirviéndose del desconcierto y la sorpresa que generaban en las víctimas, aprovechaban para robarles la cartera o el bolso, collares, relojes y demás joyas con una habilidad ciertamente bien ensayada. Rápidamente, la que hace el hurto pasa el material a sus acompañantes, por si es pillada in fraganti, y estas últimas desaparecen raudas entre la muchedumbre con el botín a buen recaudo.

Hicimos varias batidas por el área en la que se produjeron las denuncias (cercana al puerto Muelle Uno, la zona del Palmeral y el parque Málaga), hasta que a media tarde dimos con unas sospechosas que coincidían con la descripción dada por las víctimas. En un vehículo de su propiedad estacionado en las proximidades encontramos la mayor parte del pillaje.

El miércoles veinticinco, festivo para la población, que desbordó los chiringuitos y las terrazas, nos centramos en hacer caminatas por la orilla del mar, pero no precisamente por placer, para nuestra desgracia. Patrullamos a pie, arriba y abajo, por todo el paseo marítimo de Torremolinos prácticamente el día completo. El sol calentaba con fuerza sobre unas playas inmensas repletas de bañistas, lo que también viene normalmente acompañado de conflictos de diferente naturaleza.

Intervenimos en una pelea en la siempre divertida y desenfadada zona de ambiente LGTB próxima a La Roca, concretamente en el Edén Beach, donde una pareja de gais acabó a tortas con otra de lesbianas por una cuestión, difícil de entender, pese a sus explicaciones, referente al eterno problema de los celos. Mi compañera Carmen, con su mano hábil y una solvente aplicación de la psicología para lidiar en los conflictos personales, logró calmar los ánimos encendidos, probablemente incrementados por el calor y el alcohol, y dejar el incidente en una mera anécdota que no precisó ni ser tenida en cuenta en los informes del día.

También atendimos dos denuncias por robo en bolsos, más bien hurtos, ya que los turistas los dejaron fuera de su cuidado en varias ocasiones. Asimismo, amonestamos, y pasamos los detalles a la Policía Local para su posterior denuncia, a unos jóvenes que circulaban en bicicleta por una zona prohibida, como era el paseo marítimo, y a velocidad temeraria poniendo en peligro el tránsito del resto de paseantes, especialmente niños o personas mayores.

Y el jueves, aunque fue algo más tranquilo que el resto de los días, acudimos a varias llamadas por presuntos robos, en esta ocasión de nuevo en Málaga capital. Las mujeres del Este habían vuelto a hacer de las suyas con los abrazos amistosos. Realmente resultaba una impotencia, además de una ocupación absurda de recursos, detener una y otra vez a la misma gente por los mismos delitos, ya que los juzgados, sin duda con la ley en la mano, no consideraban el hecho una actitud violenta ni un riesgo grave para la seguridad ciudadana y dejaban de nuevo en la calle a las inculpadas, pendientes de un juicio al que probablemente no acudirían nunca. Finalmente seríamos nosotros

quienes andaríamos de nuevo tras ellas, con una orden de búsqueda y captura acaparando los escasos recursos y el ínfimo tiempo del personal disponible adscrito a la comisaría.

De esta manera habíamos llegado a la víspera del fin de semana y nos encontrábamos sentados ante la mesa relleno de formularios y poniendo al día todo el papeleo atrasado acumulado en las bandejas metálicas. Carmen, cuando saliera por la puerta de la Jefatura Provincial, empalmaría el descanso semanal de cuatro días que ahora nos correspondía con su quincena de vacaciones de agosto, por lo que nos despedimos pendientes de llamarnos algún día y tomar unas cervezas, cosa que no tenía ninguna posibilidad de hacerse realidad, según me percaté. Mi camarada quería distanciarse de todo y de todos (yo incluido), y la primera advertencia que me dio antes de marchar fue que su teléfono iba a estar desconectado todo el tiempo, cosa que me dejó un tanto descolocado.

14. ESTEPONA

Domingo, 29 de julio de 2018

La autovía del Mediterráneo era un auténtico caos circulatorio donde los coches entraban y salían en las bifurcaciones de manera precipitada, sin señalar sus maniobras, forzando al resto de los conductores a que les cedieran el paso aún sin tener la preferencia. Además, si a todo esto le sumábamos la excesiva velocidad de muchos de los usuarios de la carretera, el calor veraniego, el exceso de turistas despistados que abarrotaban por doquier todos los lugares, y un desaconsejable abuso del alcohol al volante, la

ruta de asfalto se convertía en un cúmulo de accidentes y retenciones que exasperaban al más tranquilo, entre los que yo siempre deseaba encontrarme.

Me dirigía hacia el sur en dirección a Estepona, al pequeño pueblo de Benamara, un remanso de tranquilidad que se asentaba a diez kilómetros del siempre pintoresco y aristocrático Puerto Banús.

Aunque, todo hay que decirlo, en estos tiempos con un poco menos de glamour y ostentación, sin duda motivado por una larga crisis que afectaba también a los bolsillos más espléndidos además de a los mortales de a pie. No obstante, en mi visita anterior a las calles de su embarcadero deportivo, pude admirar los flamantes Bentley Continental descapotables, donde algunos miembros de la llamada jet-set se mostraban obscenos ante los asientos de piel crema y salpicaderos nobles hechos a mano en los talleres de la marca británica, utilizando para ello la madera de Koa proveniente de árboles hawaianos. También descubrí cómo se hacían hueco los veloces Ferraris de la factoría de Manarello, teñidos en un rojo casi hiriente, coronados por el mítico Cavallino Rampante. Junto a todos ellos paseaban los siempre fieles Mercedes, Porsche, BMW y Audi, algo menos llamativos, pero símbolos también, de un poder económico y un estatus diferente. Recuerdo de igual manera un Hummer H1 exagerado, como todo lo estadounidense, circulando con dificultad entre las calles repletas de gente que tomaba literalmente el lugar. Hasta mi furgoneta americana, impecable y brillante, llamaba la atención y sirvió de fondo fotográfico para más de uno desde el discreto aparcamiento en donde la había estacionado cuando visité aquel paraje de ensueño.

Afortunadamente, mi destino para hoy en Benamara resultaba más sosegado a priori. No sabía muy bien el porqué, pero había aceptado una cita propuesta por la jueza Marisa Alina que me había llegado un par de días antes, como si ella ya supiera (seguro que sí) mi calendario laboral mejor incluso que yo mismo.

Me mandó un mensaje al teléfono móvil con una nota escueta que me sugería una conversación más privada cuando estuviera disponible. Lo hice. Al llegar a casa tras volver del trabajo el mismo viernes, ante la perspectiva de cuatro días libres de descanso, llame al número del WhatsApp. Ella me contestó al segundo tono, como si tuviese prisa. Entonces fue cuando me citó para comer en este bello paraje situado en plena Costa del Sol y desconocido para muchos. Dijo que quería conocerme mejor y que tenía un adosado en el centro de una urbanización privada repleta de jardines y fuentes.

Desconocía en el fondo por qué acudía a la cita. Era evidente que la magistrada me alteraba bastante más de lo que debería. Creaba en mí una especie de morbo y grandiosidad, además de un respeto particular que se me antojaba sumiso cuando me encontraba a su lado. Me perturbaba de alguna manera y me atraía inconscientemente de otra, a la vez que mi sentido común me indicaba que lo más apropiado era poner cierta distancia entre la judicatura, el trabajo y la vida personal. Aunque ahí estaba yo, pasándome el desvío de la salida 6 teniendo que retroceder desde Benavis hasta la urbanización.

Una vez que mi GPS me brindó la posibilidad de hacerle caso sin vomitar tantas indicaciones de manera consecutiva, y una vez realizado el

cambio de sentido, tomé por fin la bifurcación adecuada para terminar aparcando en batería ante una campa de extraña hierba abultada y esponjosa que no había pisado en tanta abundancia desde mi estancia en el sur de España. Pese a que había bastantes turistas, se podía caminar sin problema y el agobio no era ni parecido al que se sufría en otras poblaciones costeras como la propia Torremolinos, mi residencia habitual, en donde los huecos en la playa comenzaban a escasear desde las primeras horas del día.

Me adentré por la que aparentaba ser una de las sendas principales hacia la urbanización indicada. Los nombres de las calles tenían todas como referencia una flor: calle de la rosa, de la azucena, del tulipán... así todas las vías y travesías del conjunto de casas. Mi destino final era la calle de la margarita número seis. Llegué sin mucha dificultad tras franquear varios pasos paralelos bien adoquinados con piedras blancas redondeadas, coronados todos ellos por unas fuentes de piedra que invitaban a refrescarse ante la canícula intensa del verano malagueño. Aparentemente, la mayoría de los pequeños chalets eran similares. Me percaté de que otras calles adyacentes de enfrente se distinguían por nombres de peces: calle de la sardina, del calamar, de la lubina... Parecía todo bastante divertido y original; supongo que a los carteros les daría igual el punto gracioso si la nomenclatura les facilitaba el reparto de correspondencia.

A medida que avanzaba, descubrí que la mayor parte de las casas estaban pintadas por fuera de un blanco calizo luminoso y unos adornos azules en mosaico brillante representaban diversos motivos de la fauna oceánica. Muy mediterráneo el conjunto. Donde el agua tenía siempre una importancia vital.

Junto a la puerta del número nueve, el lugar en donde había sido citado, un delfín nadador que se regocijaba en la fachada por su trascendente providencia mostraba la puerta de entrada al apartamento de varias plantas. Me di un repaso general antes de llamar al timbre: pantalones claros de verano acompañados por unos náuticos enfundados sin calcetines, como marcan las normas; polo gris claro de Máximo Dutti de calidad, pero tal vez con poco glamour y, lo mejor a priori, una botella de champagne rosado Viuda de Clicquot, que no sabía muy bien si encajaba en la visita, pero de todas formas daba una cierta categoría al encuentro, amén de muestra de una buena educación por mi parte.

Llamé al timbre recordando siempre, como si se tratara de un repique continuado de campanas, las palabras de mi compañera que me orientaban a separar la vida profesional de la laboral.

El tono sonoro del ring me pareció demasiado vulgar para la urbanización en la que estábamos con su cadencia escueta y seca. No sé, tampoco es que un puto aparato tenga que dar una sinfonía clásica, pero ese en concreto me pareció más vulgar que una camisa rebajada del Carrefour.

Al poco, la jueza se asomó a la puerta abriéndola a medias.

—Me alegro de verlo, inspector Etxeazarreta —exclamó en un tono

algo distante, apartándose del umbral hacia un lado para que yo entrara.

—También me encanta encontrarme contigo —le dije mucho más cercano mientras le entregaba la botella, cosa que pareció alegrarla—. Ponla a enfriar, será un buen complemento para luego.

Sin tener tiempo de situarme en la casa, Marisa me enroscó sus brazos alrededor del cuello y me besó apasionada metiéndome la lengua hasta la garganta. Me pareció incluso desagradable, no por el hecho en sí, sino tal vez por el modo de superioridad tan evidente que mostraba. Me separé y le enseñé de nuevo la botella con la mejor de mis sonrisas:

—Métela en la nevera, anda.

La jueza se ajustó la bata de seda con símbolos chinos que la vestía con elegancia y llevó el espumoso al refrigerador de la cocina, situada al otro lado del recibidor. En la planta baja también estaba el salón, amplio y luminoso, con una cristalera que me pareció inmensa y que daba a un pequeño jardín de unos cincuenta metros cuadrados. Se veía en el centro una fuente gris de piedra donde una niña tallada con realismo la rellenaba incansablemente. Varios arbustos frondosos al fondo completaban el entorno, y múltiples flores de diversos colores se situaban delante de manera meticulosamente escalonada. El césped estaba cuidado al detalle y recién cortado; casi se podía sentir ese olor a hierba fresca que tantas veces había respirado en la casa de mis tíos en

Maeztu.

Alina volvió a mi lado moviéndose con esa distinción que la caracterizaba y que tanta admiración generaba en mí. Me fijé que estaba descalza, era un poco más pequeña que cuando montaba sobre sus zapatos de formidable tacón. Pasó a mi lado rozándome con la manga amplia de su prenda oriental y comenzó a subir la escalera de madera que conducía a la planta superior.

—Aquí abajo está todo visto, a no ser que quieras entrar en el aseo — señaló la puerta cerrada que me quedaba por adivinar en el piso inferior—. Arriba hay cosas más interesantes —aseguró, continuando el ascenso a las alturas mientras se desabrochaba la bata mostrando parcialmente su cuerpo desnudo.

Subí tras de ella, embelesado, preso del hipnotismo que me conducía sin duda camino al patíbulo emocional. El pequeño distribuidor superior ante la escalera creaba un ambiente ufano de tránsito a un par de habitaciones y un baño de gres completo con azulejos jaspeados, culminado por un inmenso jacuzzi en el rincón. No sé si la puerta la había dejado abierta con la luz encendida aposta para impresionarme con tal visión, pero desde luego lo estaba logrando.

La jueza me esperaba apoyada en el marco de la más grande de las dos

estancias.

—Luego podemos usarlo, si te ha gustado —me insinuó consciente de mi fascinación ante tal lujo inalcanzable en las economías más modestas como las de un policía.

Entonces dejó caer la seda que acariciaba aquel cuerpo maduro y lució plena ante mis ojos. Marisa Alina era una hermosa mujer que se conservaba en una espléndida forma a sus cincuenta y cinco años. Los pechos eran firmes y grandes, la cintura esbelta, las caderas marcadas con un vientre duro levemente abultado donde resaltaba un ombligo misterioso. Las piernas se entrecruzaban bajo el umbral de la puerta custodiando una recompensa en forma de pubis de pelo corto. Me acerqué a ella y la agarré con deseo. Mordí sus labios mientras mis manos apretaban unos glúteos duros que pedían pasión. Al traspies, avanzamos unos pasos y caímos sobre una gran cama cubierta por un edredón fino de suave pluma. Me quité la ropa ayudado por sus manos delicadas donde el anillo de casada brillaba de manera obscena sabedor de la infidelidad. Mi sexo estaba duro y excitado, deseando catar los manjares prohibidos, tan cercanos ahora. Ella se revolvió y me puso debajo, de cúbito supino, sentada sobre mi pecho con las piernas a ambos lados del cuerpo. Noté la humedad de su entrepierna aproximándose a la cara. El pelo duro y menudo que cubría su monte de venus me pinchó en la nariz mientras mis labios carnosos se regocijaban con un néctar afrodisíaco que me supo a umami celestial; dulce y salado, amargo y ácido a la vez, prohibido y consentido al unísono. Descendió rápido, cuando solo hube sorbido unas gotas del efluvio de la pasión, rumbo al miembro erecto que esperaba agitado. Lo tomó para ella contemplando el vigor tenso y la dureza extrema que lo acompañaban. No escatimó recursos para trasladarme a otros mundos cuando la boca pequeña, de labios apretados, trabajó con intensidad.

Montó finalmente sobre mí cuando estaba casi a punto de desprender mi fluido vital. Cabalgó despacio, lentamente al principio, para así notar la presión que ejercía en su interior. Me miró desde su posición de poder y me colocó las manos en sus pechos, donde los pezones erectos se colaban entre mis dedos. Los apreté con tanta fuerza que gimió levemente de dolor. Comenzó a acelerar el ritmo arqueándose hacia atrás en una contorsión imposible, demasiado forzada. Se inclinó hacia delante nuevamente ante mis protestas y saltó a un ritmo trepidante sobre mi cuerpo mientras se masturbaba de manera brutal, impía y tosca. Convulsionó en una explosión de placer hiriendo con las uñas escarlata de su mano libre la serpiente tatuada en mi brazo, que pareció cobrar vida por unos momentos para huir serpenteando por entre la calavera y la rosa negra. Llegué al orgasmo con un ímpetu pocas veces alcanzado, sintiendo la pasión desbordada y violenta que manaba por cada poro de nuestra piel sudada.

¿Fueron diez, quince, o tal vez treinta minutos? No podría asegurarlo porque la noción del tiempo se me esfumó en una sesión de sexo salvaje y primario, del que jamás en mi vida me arrepentiría.

- - - - -

Una vez probamos el Jacuzzi brindando con el champán rosado, algo a lo que no pensaba renunciar, decidimos salir a disfrutar del bello paraje en el que nos encontrábamos. Benamara tenía el glamour justo que el turismo aún permitía. Ciertamente era que, de unos años a esta parte, el nivel vacacional había descendido, tomando parte de la zona extranjeros con poco estilo, en su mayoría británicos, armados de poderosas libras esterlinas pero carentes de clase.

Fuimos paseando despacio hasta la playa salvaje de piedra, enturbiada parcialmente con algas traídas y arrastradas por el oleaje. Alina me señaló una de las villas que se apostaban ante la mismísima costa en un claro abuso urbanístico:

—Siempre han dicho que aquella casa pertenece a Antonio Banderas, pero en los diez años que llevo viniendo por aquí jamás lo he visto.

—Perdona la curiosidad —dije, contemplando el edificio lleno de cámaras de vigilancia—, pero tu chalet ¿es una casa únicamente tuya o de tú marido también? —le pregunté pensando tal vez que me metía donde no me importaba.

—Digamos que mi esposo y yo tenemos una relación particular —contestó ella levantando las gafas de sol y haciéndome un guiño de complicidad que no supe entender demasiado bien—. Vivimos juntos en Málaga en cordial armonía y disfrutando mutuamente de una compañía inteligente, agradable y adulta, aunque manteniendo nuestras vías de distracción.

»Yo tengo en exclusividad esta casa para mis retiros espirituales —sonrió, creo que pensando en el polvo que habíamos echado—. Él viaja bastante por sus negocios y mantiene un pequeño apartamento de lujo en el centro de Madrid. Además, en Barcelona, donde acude algo menos que a la capital de España, pero también con cierta asiduidad, dispone de un piso compartido de los que vosotros llamabais con ETA piso franco, ¿no?

—Un piso seguro donde reunirse, sí...

—Bueno, un picadero en todo caso —expresó con naturalidad—. Digamos que, de esta forma con nuestras escapadas puntuales, somos capaces de mantener en el tiempo una larga relación de veintiséis años que de otra forma probablemente se hubiese desvanecido como la espuma de estas olas que rompen a los pies del malecón.

—¿No tenéis hijos? —pregunté a sabiendas de que sí, como bien sabía, pese a no cuadrarme los años.

—Tengo uno. Cuando me casé ya estaba en mi vida. Fue un bello desliz universitario del que jamás me arrepentiré. Mis padres me ayudaron a criarlo mientras preparaba el acceso a la judicatura. —Me miró confusa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Simple curiosidad. ¿Tienes hambre? —sugerí cambiando de tema sin ningún pudor.

La verdad es que no me interesaba ni un ápice seguir profundizando en la relación de hijos y pareja de la jueza adscrita a los juzgados malagueños. Tenía ya bastante con el revolcón anterior, un baño de burbujas y el espumoso

de categoría. Completar todo con una buena comida resultaba un plan insuperable, de los de no olvidar en mucho tiempo.

—Te voy a llevar a un sitio espectacular —me respondió ella afirmativamente—. Es un restaurante africano donde preparan unos platos típicos de aquel continente.

—Suenan bien...

—¿Has probado comida exótica?

—En la costa de Sopelana, junto a una zona tomada por los surfistas que aprovechan la bravura del oleaje cantábrico, hay un bar típico donde preparan carne de cocodrilo. Te sientas en la terraza mirador de madera y disfrutas contemplando las acrobacias de los deportistas, hincándole mientras tanto el diente a un reptil que sabe a pollo. —La jueza se carcajeó con una risotada que no me esperaba—. Eso y el solomillo de avestruz que compro en el Corte Inglés de vez en cuando, que no sé si también cuenta como exótico...

—No está mal —volvió a reír y se agarró a mi brazo. Estaba contenta, yo diría que feliz en esos momentos—. Pero lo que nos depara el lugar donde

vamos superará con creces tus expectativas —prometió convencida disparando velozmente las palabras que emanaban de su boca.

—Mis expectativas pueden llegar a ser muy altas...

—Ya lo he comprobado antes en la cama —susurró riendo de nuevo.

Deshicimos parte del camino andado. Pasamos junto a la pequeña capilla de Benamara plantada, casi literalmente, en el medio de un prado de hierba esponjosa y árboles retorcidos. Un poco más adelante, nos adentramos en la zona diferenciada donde se concentraban la mayor parte de los restaurantes. Nos dio la bienvenida uno gigantesco y oriental, en forma de pagoda y con dos dragones dorados en la puerta que imponían cierto respeto con sus fauces abiertas. Justo a su lado, pared con pared, se situaba otro local algo más pequeño de apariencia acogedora con menús vietnamitas. También había un establecimiento de restauración especializado en cocina libanesa, con espectáculo incluido de danza del vientre y baile de velos. Y por supuesto, por todos los lados, restaurantes italianos.

Nuestro destino gastronómico elegido por la jueza Alina se llamaba Urakfiki que, en suajili, el lenguaje propio de Kenia y de unos cuantos Estados africanos más, significa amistad; lo cual en principio ya daba como buen rollo.

El local imitaba una especie de cabaña gigante, básicamente de madera, donde el bambú a floraba por cualquier sitio insospechado. Unos cuantos escudos junto a lanzas tradicionales de tribus aborígenes decoraban las paredes, e imágenes disecadas de un par de cabezas de antílopes, una cebrá y la piel de un cocodrilo extendida, completaban el curioso salón comedor. Los ventiladores tradicionales de aspas, muy británicos, movían el aire del recinto pese a que los climatizadores dejaban la temperatura a niveles llevaderos en el interior, expuesto al fuerte sol del verano malagueño.

Comimos una especie de menú degustación que empezó con verduras como la col silvestre preparada de una manera muy particular, la sémola de trigo revuelta con especias extraordinarias, y unas Samosas, que son como empanadillas rellenas de pollo, guisantes y otros vegetales. Después degustamos cocodrilo (que seguía sabiéndome a pollo), y una selección de carnes de antílope africano, cebrá y ñu; estas últimas a la parrilla, en un plato tradicional llamado Nyama Choma. Todo ello regado con cerveza y completado con puré de plátanos de postre y, como no podía ser de otra forma, unos deliciosos cafés de Kenia.

El camarero, un hombre muy amable con la piel brillante de un color negro intenso, nos invitó a unos chupitos de orujo tradicional que yo rechacé pensando en el viaje de vuelta que me esperaba hasta la Carihuela. Marisa tomó un sorbo y dejó el vaso en la mesa tras una mueca claramente indicativa del alto grado alcohólico de la bebida.

La magistrada me invitó, negándose en redondo a que yo pagara la cuantiosa cuenta, ni tan siquiera a medias. Realmente ella podía permitirse estos caprichos culinarios, cosa que sabía y aceptaba de buen grado.

Volvimos a su casa y nos relajamos un poco en el jardín, aunque realmente se estaba mejor dentro de la vivienda con el aire acondicionado puesto. Tomamos en el salón otra infusión, en esta ocasión un té rojo, y la amena jornada se tornó extraña cuando comenzó a hablar de trabajo:

—¿Cómo llevas la relación con la agente García? —inquirió, no sé muy bien si con el fin de averiguar si había algo entre nosotros, aunque dudo que eso le importara demasiado.

—Bien. Es una buena compañera y una gran profesional en el trabajo.

—Lo sé. Y el caso de los extraños suicidios o curiosas muertes accidentales que tantas vueltas le estás dando, ¿cómo va? —Continuó preguntándome.

—Creo que en breve te pasaré alguna conclusión determinante —

respondí—. Aunque mis superiores han de dar el visto bueno a la investigación antes, como bien sabes. No quiero más problemas saltándome los protocolos.

—No te preocupes —dijo serena poniéndose en pie y dando claramente por finalizado el encuentro—. Puedes contar conmigo si tienes cualquier problema. Ahora sin ser grosera he de despedirte. Debo de recoger las cosas porque regreso más tarde a Málaga. Mi marido vuelve a última hora de la noche de viaje de negocios e iré a buscarlo al aeropuerto —continuó—. Mañana terminaré las tramitaciones que me quedan en el juzgado y a continuación me tomo tres semanas de vacaciones.

—¿No me digas que te vas a África de safari? —Bromeé cogiendo mis pertenencias.

—Pues no —sonrió suavemente, esta vez casi por compromiso—. Nos vamos a Nueva York la segunda semana de agosto. Teníamos pendiente una tournée por la ciudad más cosmopolita de América del Norte.

Su mirada se perdió a través de la cristalera que daba al jardín mientras reflexionaba en alto:

—Quiero recorrer el puente de Brooklyn, pasear por las entrañas verdes de Central Park, hacer compras compulsivas por la Quinta Avenida de norte a sur de Manhattan, visitar la estatua de la libertad, hacerme un selfi en el Empire State y ascender hasta casi tocar el cielo desde la Torre de la Libertad...

—Pues en lugar de dos semanas vas a necesitar un mes entero si quieres disfrutar de todos esos lugares —exclamé risueño, pues el discurso de la jueza se había tornado casi poético y no encajaba nada en su dialéctica habitual.

Ella entonces hizo una mueca que supuso el punto y final de la charla. Era una mujer acostumbrada a llevar el dominio de la situación y por unos momentos parecía que lo había olvidado en sus joviales ilusiones casi adolescentes.

Nos dijimos adiós en la puerta de su adosado con dos besos cariñosos en la mejilla. Rehusó rozar mis labios pese a que se los ofrecí.

—Es mejor dejarlo estar así —me recomendó a modo de despedida inaplazable.

Mientras volvía a por mi furgoneta tratando de recordar el lugar donde la había dejado estacionada, medité nuevamente las palabras de mi compañera Carmen que me acompañaban en todo momento: «...tienes la facilidad de complicarte la vida tú solo...».

Tal vez tuviese razón... o tal vez no.

15. MÁLAGA

Martes, 31 de julio de 2018

No conseguía centrarme en mi trabajo. La marcha de Carmen para disfrutar de sus vacaciones programadas me dejó descolocado, pese a saberlo de antemano.

Apenas me despedí de ella convenientemente cuando terminamos la dura semana de trabajo. Me habría gustado tomar una cerveza a su lado y con los compañeros tras acabar el turno el pasado viernes, pero estábamos todos demasiado cansados.

Una vez regresé de mi visita relámpago a Benamara, decidí llamarla el martes antes de reincorporarme al trabajo para quedar con ella si le parecía bien. Lo intenté al menos en cuatro ocasiones hasta que por fin me atendió. La noté tensa, un tanto desganada en la conversación, así que no le insistí demasiado. Tal vez me estaba comportando de un modo un tanto agobiante y no eran buenas fechas, teniendo tan presente el memorial familiar por la muerte de su hermano. Antes de colgar el móvil le deseé unas buenas vacaciones y le pregunté acerca de si tenía algún plan. No me informó de grandes proyectos (tampoco tenía por qué hacerlo), pero la noté abrumada, un tanto inquieta. Con ganas de marcharse y desconectar; un poco como todos.

Lo que en modo alguno me esperaba cuando llegué a la comisaría el martes era que los de Recursos Humanos me sorprendieran dándome más de diez días de vacaciones en los días siguientes, en concreto del uno al doce de agosto, hasta la vuelta de Carmen. Todo ello sin que me correspondiesen por antigüedad o haberlas generado y con la de cosas pendientes que manejaba entre manos. Parece que deseaban mantener las parejas asignadas funcionando conjuntamente, como política de la comisaría supervisada en este caso por el subcomisario, lo que en cierta forma me parecía bastante lógico.

La cuestión era que mi primer día de vacaciones, tras el novedoso cambio laboral, comenzaría la siguiente jornada y la víspera por la tarde la

estaba pasando ante la mesa del despacho de pruebas, examinando cada uno de los seis suicidios a mi juicio cuestionables, en lugar de dejar todo el trámite administrativo de la semana anterior terminado y bien concretado. El subcomisario Estrada libraba un par de días seguidos, así que el propio comisario Herrero-Maes se hacía cargo del departamento en su ausencia y ya se me había acercado cuestionando el porqué estaba allí tan centrado en lo que él llamaba «mis suicidios», sin tener pruebas a su juicio concluyentes (estaba claro que Javier Estrada aún no le había dicho nada de todo lo que le expuse en el despacho con anterioridad), en lugar de aprovechar las últimas horas del martes para dejar todo cerrado hasta la vuelta. Le mentí diciendo que me quedaban un par de cosillas pendientes que en breve finalizaría y me iría a mi casa. No se lo creyó, por supuesto, pero en el fondo no le importaba que sus agentes fueran celosos de su trabajo, incluso demasiado, como era mi caso.

Miré cada uno de los perfiles de los fallecidos intentando completar o buscar las relaciones que existían entre todos ellos. Básicamente el orden alfabético de sus países de procedencia seguía la secuencia macabra del alfabeto, aunque me faltaba la primera letra: la «A». Era evidente que agosto nos depararía una nueva muerte de alguien nativo de un país cuya inicial comenzara por la «H». La otra coincidencia era la orientación de los cuerpos. Aunque no pudimos confirmarlo en todos los casos por no estar especificado en los informes, sobre el terreno habíamos sacado la conclusión de que al menos en cuatro ocasiones los cadáveres estaban orientados hacia el oeste. Si bien el resto de las coincidencias eran meramente circunstanciales: todos eran hombres, habían ingerido alcohol en las horas previas a su muerte, que en los seis casos fue durante la noche; y de alguna forma existía cierto coqueteo entre cinco de ellos y las drogas, sin ser este punto en absoluto determinante. De hecho, a dos de los fallecidos no conseguía relacionarlos de ninguna manera con el resto en el campo de los estupefacientes, y a otros dos tampoco les encontraba más que una mera coincidencia en el consumo de hachís y *maría*. Nos faltaban nuevos vínculos que elevaran las hipótesis a realidad tangible para que me dejaran enfocar la investigación en otra dirección y olvidarnos de encuadrarlo todo como supuestos casos de suicidio y así poder reabrir los

expedientes ya cerrados en los juzgados.

De repente, en ese momento, me vino a la cabeza el hermano de Carmen. Decidí echar un vistazo a la ficha policial de Javier García para conocer su historia de primera mano. Al fin y al cabo, él había estado también metido en el mundo de las drogas activamente y tal vez pudiese darme una pista para aplicar en el caso. O, acaso, simplemente deseaba curiosear en el pasado personal de mi compañera inmiscuyéndome en su celosa privacidad, ahora que parecía más distante.

Cuando introduje en el ordenador central los datos completos con ambos apellidos y la filiación parental, apareció ante mí una pantalla de bloqueo con un mensaje que me confundió a pesar de su evidente clarividencia: «Los datos a los que intenta acceder no están disponibles. Solicite autorización de nivel Delta a sus superiores». El nivel delta hacía referencia a los mandos de la comisaría: Delta-0 era el comisario Herrero-Maes; Delta-1, el subcomisario Javier Estrada y Delta-2, el teniente Fernando Marín, que en esos momentos tampoco se encontraba en las dependencias policiales.

Iba a levantarme para dirigirme hacia el despacho de Herrero-Maes, cuando le vi asomarse a la puerta y mirarme con cara de pocos amigos desde el resquicio. Estaba claro que le había saltado un aviso de que alguien intentaba acceder a la ficha del hermano de Carmen. Se volvió de nuevo hacia su despacho haciéndome una seña para que le acompañara. Fui a su encuentro y pasé al interior mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

—¿Por qué demonios está usted hurgando donde no le importa? —Me espetó sin ninguna consideración, en un apreciable tono de enfado, sin ofrecerme asiento tan siquiera.

—No me parecía algo tan secreto el acceso a la ficha policial del hermano de una agente —le respondí con sinceridad.

—No le estoy preguntando lo que a usted le parece adecuado o no, inspector. Le estoy pidiendo que me dé un motivo por el que desee examinar ese registro.

Respiré hondo con el fin de medir cautelosamente mis palabras, viendo cómo me encaminaba hacia un muro que debía franquear con cierto tacto:

—Creo que puede estar relacionado con la investigación que llevamos actualmente en proceso y, dado que Carmen está de vacaciones, he decidido investigar por mi cuenta al no podérselo preguntar directamente a ella.

—¿Por qué cree que puede estar relacionado con los últimos suicidios

la muerte del hermano de su compañera, de la cual por cierto han pasado casi ocho años?

—Con su permiso, comisario, deseo descartar que alguien esté utilizando algún vínculo entre el fallecido o el de sus contactos con la droga, y las muertes actuales, las cuales como bien sabe yo no creo que se traten de meros suicidios. Lo único que quiero es proteger a mi compañera y no sé el porqué, pero intuyo que existe alguna concordancia entre su hermano y lo ocurrido estos dos últimos años.

Y esa era la verdad. Tal cual. La solté como me llegaba a la mente. Posiblemente aún no había sido capaz de pensar en ello, incluso creía en la mera curiosidad, pero me di cuenta de que el motivo real que me infundió a estudiar con interés la ficha de Javier era ese.

El comisario introdujo unos datos con el teclado y posteriormente escribió lo que parecía una contraseña de acceso. Giró la pantalla de su terminal hacia mí mostrándome el historial de Javier García. Se levantó de su butaca y pasó a mi lado golpeándose a propósito contra mi hombro:

—Voy al baño. Cuando vuelva quiero esa pantalla borrada, a usted fuera de mi despacho y los putos informes pendientes entregados al responsable de área. Después quiero que se vaya de vacaciones. Es una orden, agente Etxeazarreta, no una sugerencia. Mañana tengo una importante cena con

la Asociación de Víctimas de Tráfico, que me ha invitado a dar una conferencia dentro de las charlas de prevención de accidentes que se celebran previamente. Así que quiero prepararla a conciencia durante toda la mañana y, por tanto, lo último que deseo es verlo por aquí para descentrarme y ponerme nervioso, como consigue últimamente con cierta frecuencia. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

Nada más abandonar el comisario el despacho me coloqué ante la pantalla de su ordenador. Vi las casi cuatro páginas completas del expediente de una pasada rápida. Incapaz de memorizar o apuntar las reseñas importantes en tan poco tiempo, saqué el teléfono móvil y fotografié uno a uno los cuatro pantallazos. Probablemente, conociéndolo, mi superior habría subestimado la efectividad de la era tecnológica y la facilidad con la que se podía hacer uso de los dispositivos portátiles.

Tomadas las instantáneas, salí de la base de datos policial, giré de nuevo el monitor para dejarlo como estaba antes y me escabullí del despacho a la velocidad del rayo rumbo a mi mesa. Me dediqué de lleno a terminar el trabajo pendiente, a sabiendas de que mañana podía disponer de la tarde-noche completa en comisaría tras conocer que mis jefes directos no iban a estar: Estrada volvería dos días más tarde merced al descanso semanal y Herrero-Maes se iba a la cena exposición de las víctimas de tráfico, como me había confesado poco antes con ingenuidad.

Miércoles, 1 de agosto de 2018

Eran las siete de la tarde. Había visitado el McDonald's para comprar un menú Signature Collection con queso de cabra, que era el más rico con diferencia para mis expectativas gastronómicas de ese momento. Subí al departamento excitado por lo que tenía que contrastar, una vez que la noche anterior había leído en casa, desde la pantalla de mi teléfono, las fotografías con los datos de la ficha policial de Javier García Saldaña.

Saludé con cortesía al teniente Fernando Marín, el inspector jefe de guardia responsable de sala del 091 en el turno de noche. Se sorprendió un poco al verme fuera de servicio, pero no hizo demasiado caso a la cuestión en sí; o bien estaba demasiado ocupado con la gestión de los siempre escasos

recursos; o de alguna forma, sabiendo la casi obsesiva manía que yo demostraba a la hora de dejar los informes bien presentados, no dio excesiva importancia a mi, por otro lado, discreta e inocua presencia. Me acomodé en la mesa de trabajo saludando también a algún que otro compañero con los que me crucé.

Mientras esperaba a que el ordenador se encendiera y cargara el programa de acceso, revisé las notas que había garabateado en la libreta durante la tarde anterior cuando regresé a casa. La verdad era que el hermano de Carmen tenía un historial delictivo de amplio espectro, como suele decirse de los antibióticos que atacan a una extensa gama de bacterias patógenas, tanto grampositivas como gramnegativas, pudiendo con todas ellas.

Una vez abandonó la casa paterna, Javier fue entrando en el submundo oscuro del trapicheo y el comercio de la marihuana. Comenzó con pequeños trabajos como camello de poca monta a lo largo y ancho de la provincia de Málaga y se adentró cada vez más en la delincuencia, alimentando el paso de droga desde el Estrecho hacia la península. La policía de Cádiz, Algeciras y Málaga lo detuvieron en varias ocasiones, siempre por posesión de sustancias estupefacientes, generalmente hachís. Debido a su reincidencia terminó una temporada en la cárcel, donde contactó con otros clanes, provenientes esta vez de Sudamérica, y sin duda más peligrosos por su atrevimiento y enfrentamiento directo a las fuerzas del orden.

Saqué la calórica hamburguesa del envoltorio de cartón con una banderita ridícula clavada y destapé con ganas el abrefácil de la lata de cerveza que la acompañaba. Aunque era temprano, mi boca salivaba ante los olores atrayentes de la carne y el queso mezclados en una orgía de sabores junto al inconfundible aroma de esas patatas fritas peligrosamente adictivas.

Mordí con cierta inquietud insana el trozo de pan relleno mientras introducía la contraseña de acceso al terminal preparado para trabajar. En pocos segundos la pantalla obedecía mis órdenes con una sumisión plena. Comparé los datos que tenía anotados del hermano de Carmen y las fichas de los últimos «*suicidas*» casuales. Al poco detecté como atinaba en el blanco con mis suposiciones descabelladas.

Uno de los fallecidos en los últimos años, en concreto el colombiano que se precipitó por el barranco en Mijas, que hasta ese momento parecía alejado del ámbito de las drogas por falta de datos, había coincidido en el presidio con Javier García. Fue durante los meses de enero y febrero de 2010, cuando el hermano de Carmen fue detenido por una lancha de vigilancia aduanera de la Guardia Civil al intentar irrumpir en aguas jurisdiccionales españolas a bordo de un pequeño barco de pesca con bandera marroquí cargado con varios fardos de droga lista para vender.

La segunda ocasión en la que pisó el trullo ocurrió tras intentar venderle a un agente encubierto una cantidad considerable de cocaína de dudoso origen y corte exagerado a base de talco. Allí dentro estableció contacto con Bashkim Popovic, con quien compartió celda. Natural de la República de Albania y vinculado a ciertas mafias albanokosovares centradas en la distribución de drogas por toda Europa, Popovic falleció por sobredosis tras viajar a Cádiz una vez salió del correccional cordobés en libertad provisional (de ahí que no lo encontráramos en las estadísticas de Málaga). Ocurrió en mayo del año pasado, según pude leer en un informe pericial que dejaba bastante que desear por las imprecisiones que arrastraba en su realización. Lo firmaba un licenciado en medicina forense que poco después dejó su puesto motivado por una acusación sobre posible prevaricación y falsas titulaciones. Se determinó que obtuvo tratos de favor al estudiar la carrera, y el máster posterior logrado *cum laude* generó una rumbosa incredulidad en el ámbito académico. Su padre era un político influyente que lo *colocó* en los juzgados.

Independientemente del escándalo que rodeaba la autopsia del albanio, el finado era la letra «A» que me faltaba por encontrar y que en aquellos momentos lejanos compartió pabellón en el módulo general de la prisión de Córdoba junto al hermano de mi compañera.

Me repantigué en el asiento escrutando la pantalla mientras terminaba el último bocado pendiente de la merienda cena. Pegué un largo y ruidoso trago a la cerveza e intenté sacarme en vano un trozo de carne de vacuno que se había alojado entre los dientes. Arrojé el envoltorio y parte de las patatas a la papelera mientras me limpiaba las manos grasientas con una servilleta

interminable.

Todos los casos, los siete, se enlazaban ahora también inexcusablemente, además de por la cadena alfabética, por una clara coincidencia con el mundo de las drogas o con Javier García, el hermano de Carmen, lo que me planteaba una seria duda en sí mi compañera sospechaba o no ese tipo de causalidad y si era así, por qué no me lo había expuesto en ninguna de las disertaciones sobre el asunto que mantuvimos al respecto.

Meditaba preocupado rumiando la cuestión cuando el móvil, con el volumen desconectado, comenzó a serpentear por la mesa en una vibración que me pareció espasmódica y descontrolada. Lo miré un rato sin cogerlo, como ido en mis ofuscados pensamientos. El número entrante era largo, de centralita de organismo oficial. Lo atendí al fin una vez di el último sorbo a la lata de cerveza, estrujándola posteriormente entre las manos y encestando con ella en la papelería cercana donde había dejado el resto de los desechos orgánicos de la cena.

—Etxeazarreta, dígame.

—Pues dime tú mejor, majo, que tengo cuatro mensajes tuyos en el contestador y dos notas en mi mesa. —La voz estridente de Rafael Martín, el médico forense, se tornó jocosa como si estuviera encantado de que yo anduviera pendiente tras sus pasos—. ¿Nunca te han dicho que las personas

tenemos derecho a tomarnos unas vacaciones en el verano sin que nos molesten? No, claro, como tienes menos vida social que un mejillón cebrá...

—Estabas de vacaciones... —susurré por lo bajo como si hubiese descubierto algo merecedor de un premio.

—Pues sí. ¿Y sabes dónde? —No me dejó responderle—. En tu tierra. Me he subido al norte, al País Vasco, para disfrutar de vuestra gastronomía y de los paisajes naturales. He estado en el famoso monasterio ese sobre unas rocas en Vizcaya, el de los miles de escaleras de subida, San Juan de *Gastelunosequé*...

—Gatzelugatxe.

—Eso, donde rodaron Juego de Tronos. Vaya chulada amigo... Aunque casi dejé por el camino la sangre derramada en el total de los Siete Reinos.

—Yo te llamaba porque tenía una duda que quería solventar sobre los supuestos suicidios...

—Ahora, las chicas —continuó el forense cortándome e ignorando por completo mi comentario— guapas son un rato, pero de ligar nada ¿eh? Le entrabas a una y lo mismo te soltaba un guantazo que te tiraba un coctel molotov por encima —se rio él mismo de sus propias estupideces—. Lo mejor, la comida, vaya maravilla. No había disfrutado tanto desde una mariscada a la que me invitaron en Galicia hace dos años...

—Perdona, Rafa —le corté brusco—, ya quedaremos en otro momento para que así me cuentes tus fantásticas aventuras veraniegas. Estoy con un montón de papeleo para irme yo también unos días y necesito que me ayudes con las investigaciones...

—¿Te vas de vacaciones? Eso sí que me sorprende. ¿Dónde?, ¿al piso de abajo de la comisaría?

—Te estoy hablando en serio. —Me estaba empezando a poner de mal humor por momentos—. ¿Puedes echarle un vistazo al último suicidio que hemos atendido?

—¿El de Nerja dices? Me han comentado los compañeros algo, pero eso lo han llevado desde el instituto forense de Vélez-Málaga —me contestó poniéndose serio al fin—. ¿Lo tienes ahí?

—Sí. ¿Quieres que te lo mande por mail?

—No me hace falta. Pásame el número de referencia que estará arriba a la derecha...

Me costó un poco encontrar la numeración del expediente entre tanto membrete y datos de archivo. Finalmente, se lo dicté. Tardó un momento escaso tecleando en el terminal a su disposición. Le escuchaba tararear de manera nefasta, mientras esperaba sus conclusiones, una melodía que me pareció el *Agur jaunak*, aunque preferí no preguntárselo. Cuando ojeó todo el dossier se volvió a dirigir a mí:

—El tío se ha tomado un cóctel capaz de fulminar a un elefante — resolvió explícito—. El Nardil junto al Tranadol y el alcohol fueron una mezcla mortal de necesidad. En el informe pone, en plan general, que murió por fallo multiorgánico con parada cardiorrespiratoria por intoxicación medicamentosa. Yo añadiría que tuvo además una tremenda crisis convulsiva con asfixia, sensación de muerte inminente y todo acompañado de un dolor interno espantoso...

—Un suicidio cuestionable.

—Al menos raro. Por las cantidades encontradas en su cuerpo, yo creo que debería haber perdido el control del mismo antes de poder terminar de tragárselo todo...

—Eso me parecía a mí. ¿Se lo pudieron hacer beber?

—Bueno, es posible. Difícil de demostrar, pero posible. Ahora bien, para que se dejara hacer eso sin oponer nada de resistencia, pues según parece no existen evidencias de lesiones defensivas...

—¿Debería estar adormecido? ¿Drogado? —le sugerí.

—Es una posibilidad...

—¿Y si a todos los *supuestos* suicidas los hubiesen drogado previamente? Me lo preguntaba, y eso era lo que quería que me aclararas: sé

que existen algunas drogas que no dejan rastro en el organismo cuando al cabo de unas horas se realiza la autopsia. La famosa Burundanga es una de ellas. Pero, descartando las más asequibles sin supervisión médica, ¿sabes de alguna que pueda hacerte perder el control, como atontarte lo suficiente para ser manipulado por una tercera persona sin oponerte a ello?

—Sí, claro. Yo particularmente me inclinaría por los productos de farmacéutica veterinaria como el GHD, que normalmente se toma líquido, que metaboliza muy rápido y únicamente daría positivo en pruebas de cabellos, que muy rara vez suelen pedirse. También la ketamina, normalmente inyectable, que administrada en humanos provoca el efecto que dices y es muy difícil de encontrar transcurrido un periodo breve de plazo.

—¡Claro! Productos veterinarios —repetí en alto...

—Es lo más plausible. Pero eso ya podías haberlo deducido tú mismo entre los conocimientos que tienes y lo que te hubiera dicho Carmen para sacarte de dudas, sin que me brasearas a llamadas.

—¿Carmen? ¿Por qué iba a conocer todo eso Carmen para sacarme de dudas al respecto?

—Joder, ¿tan coleguitas y buenos compañeros que parecéis y no sabes nada de ella? Su padre tiene una clínica veterinaria a medias con otro compatriota suyo. Él se dedica a la peluquería canina, sobre todo, pero ayuda al veterinario principal en las operaciones cuando es necesario. Tiene que estar harta de conocer todos esos medicamentos que utilizan por allí...

Las palabras de Rafael me estaban taladrando el cerebro a medida que las asimilaba. Demasiados datos. Mi compañera tenía posiblemente conocimiento de los efectos de esos medicamentos en las personas y nunca me dijo nada, incluso podría tener acceso a ellos con una copia de las llaves de su padre. De hecho, no me aclaró ni que su familia poseyera una clínica veterinaria.

Me despedí del forense con un lánguido adiós. Antes de colgar me apresuré a hacerle la última pregunta que se asomó por mi cerebro hiperacelerado:

—Perdona, has dicho que el padre de Carmen montó a medias la veterinaria con un compatriota suyo; ¿un compatriota de dónde?

—¡Pues hondureño, coño! Parece que estás ido. El padre de tu compañera es emigrante. ¿Tampoco lo sabes? Vino a España desde la República de Honduras, de Tegucigalpa, hace cincuenta años...

Colgué el teléfono temblando sin despedirme siquiera del médico forense. Todo encajaba como un puzle macabro pendiente de colocar la última ficha. Carmen había eliminado uno a uno a los traficantes, drogadictos y malas compañías que pudieron haber influido en su hermano a la hora de consumir droga. Usó hábilmente los orígenes de todos ellos para crear un perfil de falso psicópata que desviara cualquier actuación que la relacionara con el caso. Y ahora tenía ante sí la misión de acabar con el que ella consideraba el máximo culpable de la situación a la que había llegado su querido hermano: el padre de ambos.

Él fue quien lo obligó a abandonar el hogar familiar, tras molerlo a palos durante media vida.

Él fue quien lo precipitó al consumo de drogas y a la delincuencia.

Él provocó indirectamente el enfrentamiento armado aquella noche, hacía ahora ocho años, en la que murió delante de ella bajo los disparos de unos compañeros de patrulla.

Él era el que debía pagar finalmente por todo lo ocurrido y todo lo

padecido a lo largo de tanto tiempo.

Él era la «H» de Honduras; el último eslabón de la cadena de crímenes...

Nadie iba a creerme en la comisaría, parecía una puñetera locura. No se me pasaba tampoco por la cabeza interrumpir la cena de Herrero-Maes con los de tráfico, ni intentar localizar a Javier Estrada en su día libre; no había tiempo. Necesitaba con urgencia una orden de detención contra Carmen y otra de protección hacia su padre. Después ya daría las explicaciones pertinentes, ahora había que actuar.

Solamente una persona podía ayudarme en esos momentos. Agarré el móvil y marqué nervioso el número privado de la jueza Marisa Alina.

16. ALHAURÍN DE LA TORRE

Miércoles, 1 de agosto de 2018

Sonaba el tono de aviso largo inconfundible en el teléfono de destino... Una y otra vez. Nadie contestaba. Me estaba volviendo histérico por la ansiedad. A punto de finalizar la llamada, la voz suave y serena de la jueza resonó al otro lado del terminal:

—No creo que sea el lugar ni el mejor momento para que me llames. Sabes que este es mi número privado y no me parece conveniente que lo utilices sin avisarme antes. —Me regañó la jueza sin darme tiempo a decirle nada—. Eso sin contar que son las once menos cuarto de la noche...

—Es importante... —acerté precipitadamente a decir, casi suplicando, evitando que me colgara.

—Tengo a mi marido en el cuarto de baño, aseándose para venir al lecho marital en busca de un encuentro sexual mutuo que promete ser interesante —me aclaró en voz baja—; así que, por muy importante que pueda creer que es su situación, agente Etxeazarreta, en estos momentos me importa un pimiento.

—Sé quién es el *asesino de poniente*. —Le solté ignorando lo que mi mente creó de manera imaginaria, desagradable incluso, pensando en la escena de alcoba que me narraba. Más aún cuando pocos días antes había recorrido y disfrutado aquel cuerpo maduro e interesante—. Necesito que emitas un orden ahora mismo o me temo que esta noche habrá un nuevo asesinato camuflado en suicidio o muerte casual.

Al otro lado de la línea se creó un silencio extraño. Por un momento pensé que la magistrada había colgado el móvil. Su respiración, algo más

acelerada que unos momentos antes, era lo único que delataba su presencia tras el hilo, sin duda meditando lo que le acababa de decir.

—Explícate —concedió finalmente volviendo al tuteo.

Le narré lo más claro que pude las deducciones a las que había llegado. Cómo los muertos eran todos unos falsos suicidios hábilmente disimulados. El historial de las víctimas, todas ellas relacionadas de un modo u otro con las drogas y con el hermano de Carmen. La línea seguida, simulando ser una actuación de un asesino en serie, con el orden alfabético relativo a los países de origen de cada fallecido. Le hice ver cómo Carmen había sufrido lo indecible con la muerte de su hermano ante ella en aquel fatídico tiroteo, y que culpaba a su padre, el último eslabón de la venganza en la cadena de homicidios camuflados.

Le expliqué cómo, tras haberlo comprobado en los partes de trabajo, mi compañera del alma había librado todos los días en los que se habían producido los crímenes, tanto el año pasado como este, excepto el que estuvo conmigo en mi apartamento. Casualmente fue en el que me desperté tan mal, medio adormecido, como drogado con un somnífero. Y finalmente le dejé claro que esta noche, cuando se cumpliría el octavo aniversario desde que su hermano muriera a mano de los patrulleros entre los que ella se encontraba, era cuando completaría la venganza y el macabro ritual asesinando como colofón a su padre, que sería la octava y definitiva víctima, al cual consideraba el culpable último de todo lo sucedido.

Según le narraba los hechos y me iba oyendo, yo mismo pensaba en si me estaba volviendo loco. Si se me había ido la cabeza y nadaba contracorriente hacia una disparatada catarata de confusión y destrucción de mi propia carrera policial. La jueza estaba callada. No me interrumpió en toda la narración ni una sola vez. Escuché entonces de fondo, de manera tenue, la voz de su marido que acudía hacia la habitación.

—Debes disculparme. —Le oí decirle en tono casi autoritario—. Me ha surgido un problema laboral en los juzgados de vital importancia y no puedo ignorarlo, aunque esté de vacaciones. Te ruego que me perdones. Un momento, agente —me dijo volviendo a mí—, voy a mi despacho para atenderlo mejor.

—Claro... —dije sin saber muy bien lo que iba a pasar y sin otra posibilidad de respuesta.

Tras unos momentos que se me hicieron eternos, Alina cerró la puerta de lo que supuse sería su habitación de trabajo y continuó conmigo: había elegido otra vez estar a mi lado.

—Lo que me ha contado, agente Etxeazarreta, es muy serio. ¿Es usted

consciente de ello? —Volvía al formalismo.

—Sí, señora.

—¿Sabe que, si se equivoca, su carrera puede darla por finiquitada en la Policía Nacional? Eso, si no acaba incluso demandado.

—Lo sé.

—¿Es consciente de que su compañera Carmen García es una de las empleadas de Seguridad Ciudadana más eficientes de la comisaría de Málaga? Tiene una reputación intachable. Usted mismo ha convivido con ella laboralmente este último medio año. Es un ejemplo de dedicación al cuerpo y una policía ejemplar.

Mantuve el silencio en esta ocasión. No se trataba de un toma y daca continuado entre la jefa de los juzgados y yo. Mi hipótesis era válida, mis argumentos completos y meditados, las pruebas fehacientes de principio a fin y mi análisis profesional tremendamente razonable a partir de las mismas. Y ella lo sabía.

—Quiero que me envíe por mail el informe completo con lo que me acaba de describir y las necesidades que tiene al respecto. Firmado y solicitado por usted mismo —añadió la jueza, solemne—. Envíelo a la dirección de mi correo en los juzgados. Tengo acceso a él desde casa. Una vez en mi poder, emitiré la orden que me pide. La trasladaré a la comisaría para hacerla efectiva de inmediato. Pero ha de saber que desde ese momento se hallará más solo de lo que se piensa en esta operación... Me temo que ni sus propios compañeros aceptarán de buen grado la labor de colaborar con usted y ayudarle.

—Creo que ya me he quedado solo... una vez más. Es mi destino. Me persigue allí donde voy —repliqué meditando las palabras—. Gracias, señorita. En diez minutos largos le envío los informes.

—¿De cuánto tiempo disponemos según las previsiones que maneja?

—Su hermano murió a eso de la una y media de la madrugada en el enfrentamiento de aquel dos de agosto de 2010 —le recité de memoria—. Creo que intentará eliminar a su padre en ese lapso más o menos. Tenemos escasamente un par de horas.

—Pues dese prisa, inspector, el tiempo juega en nuestra contra —ordenó rigurosa. A continuación, bajó el tono de voz para no ser escuchada por su marido—: Espero que sepas lo que estás haciendo, Aitor... —Y pulsó la tecla de fin de llamada.

Jueves, 2 de agosto de 2018

A eso de las doce y siete minutos de la madrugada del jueves (lo sé con certeza porque no hacía sino mirar mi reloj y el de la comisaría cada treinta segundos presa de un nerviosismo perturbador), la impresora térmica se puso en marcha escupiendo una serie de papeles. El fax de los juzgados, junto al mail correspondiente con las consignas de la jueza (se enviaban las misivas siempre por ambos medios), habían entrado en la sala del 091 y en pocos momentos las novedades iban a causar un revuelo espectacular.

En el primero de los requerimientos, se ordenaba imperiosamente la búsqueda y captura urgente como probable sospechosa de varios asesinatos de la agente Carmen García Saldaña, debido a las pruebas presentadas por mi persona: el agente Aitor Etxeazarreta con número profesional 331211, que la situaban como presunta culpable de los mismos.

El teniente Fernando Marín, jefe de sala esa noche, fue quien literalmente se quedó petrificado al leer la nota, sin acabar de creérsela. De hecho, la leyó al menos en cuatro ocasiones antes de contrastarlo con el mensaje recibido en el ordenador vía juzgados.

Yo estaba detrás de él, en la oficina de transmisiones esperando impaciente. Si mis cálculos no fallaban, ya habíamos entrado en el día en que ocho años atrás había fallecido Javi, y mi compañera comenzaría a preparar el desenlace final a su macabra obra elaborada a lo largo de estos dos años, con el fin de vengar su muerte y honrar su memoria.

El segundo fax, que entraba cuando el teniente Marín se había girado hacia mí con mirada inquisitorial, le hizo volver a la máquina a recogerlo. En ese requerimiento de la jueza Alina se solicitaba protección inmediata para la familia de Carmen, especialmente en la persona de su padre ante la posibilidad de que fuera atacado por su propia hija esa misma noche, que se presentaba muy larga.

—¡Explícate ahora mismo, joder! —Me exigió a gritos el teniente estrujando los papeles entre las manos que tenía temblorosas—. ¡¿Qué cojones es todo esto?! ¿La jueza y tú os habéis vuelto locos o qué?

Varios policías acudieron curiosos ante los gritos, entre ellos Sandra y Julián, amigos cercanos de mi binomio y que esa noche estaban de servicio en la central como refuerzo. Fernando Marín les explicó lo sucedido mostrándoles los faxes y correos electrónicos con certificado digital provenientes de la sede judicial. Por un momento, contemplando sus caras, pensé en que iban a lincharme entre los tres.

—Conozco a Carmen desde hace mucho tiempo —dijo Julián en su defensa, como si conocer a alguien durante varios años le exonerara de poder convertirse en una psicópata—. Es una gran persona, una buena poli y una gran camarada. No pienso ir tras ella.

—Creo que todos tendremos que hacer lo que se nos está ordenando —aclaré con cautela—. Tengo pruebas que sitúan a Carmen con un móvil muy claro y sin una coartada válida. Lo que le ocurrió a su hermano lamentablemente le ha pasado factura y posiblemente la ha trastornado psíquicamente. Creedme, he estudiado casos así —casi suplicaba—. Yo soy el primero que deseo que no le pase nada, pero me temo que su padre corre grave peligro esta noche, porque será la última víctima del ciclo y Carmen

será la ejecutora que lo cierre...

—¡Eres un puto gilipollas! —Julián me cogió por las solapas y me arrastró violentamente contra uno de los archivadores de aluminio, que sonó como si se fuese a romper en dos trozos—. Llegas aquí del norte, del país de los vasquitos y las neskitas, te crees un superpoli más listo que nadie y nos pretendes joder a todos... ¿Eres de Asuntos Internos acaso y es toda una encerrona de mierda?

Varios uniformados que acababan de dejar en los calabozos a dos detenidos por robo en un comercio entraron a poner orden separándonos. Cuando me dieron unos metros, les expliqué todo lo que había deducido a partir de las investigaciones y los datos ocultos del historial.

Sandra se me acercó rozando su mejilla con la mía, y me susurró al oído:

—No sé si prefiero que tengas razón o que te equivoques. Porque ten claro que si lo que dices no es cierto yo misma te voy a pegar un tiro por hijoputa; y si es verdad y nuestra compañera es una asesina, creo que te daré una paliza de tres pares de cojones para desquitarme de la rabia antes de mandarte a casa de una patada en el culo... Ahora bien, estate convencido de que sea lo que sea no quiero volverte a ver nunca más cerca de mí.

—Créeme —le dije todo lo sereno que podía fingir en aquella situación —, te aseguro que preferiría equivocarme.

—De acuerdo —intervino el teniente recuperando un poco la compostura y el buen juicio—. Luego aclararemos todo esto, pero ahora, tú que mejor conoces el caso, ¿qué pasos son los que sugieres que debemos hacer? Según los cálculos que manejas tenemos hasta la una o una y media para evitar otro crimen. De momento, voy a mover un indicativo libre al apartamento de Carmen por si sigue allí. Y vosotros vais a ir a casa de su familia hasta que tenga algún otro recurso libre para quedarse allí de escolta toda la noche sin moverse —dijo, mirando a Julián y Sandra.

—Yo voy también —dije decidido—. De paso deberíamos hablar con ellos por si sospechan algo o si saben dónde puede estar su hija. El teléfono no lo coge, como es evidente, la he llamado una docena de veces. Sin embargo, todavía emite señal, así que podemos rastrearlo.

—Eso nos llevará un cuarto de hora más o menos teniendo la orden ya emitida en la mano. Tú vas, pero de invitado forzoso, porque la jueza quiere que estés presente en todo momento —me dijo mirándome serio—. Ellos son los que llevan la intervención, no lo olvides. Voy a pasar mientras la orden a todos los indicativos que están ahora trabajando en el turno nocturno.

—¿Dónde viven sus padres? —pregunté.

—En Alhaurín de la Torre —respondió el sargento de transmisiones que no había abierto la boca en todo el rato apabullado por las circunstancias—. En la plaza de San Sebastián número dos. Es el edificio Povea, lo recuerdo porque hubo un incendio hace unos años y Carmen fue allí disparada a comprobar si su familia se encontraba bien. De todas formas, lo cotejo ahora mismo de nuevo. —Accedió al fichero policial informatizado para cerciorarse.

—Perfecto. Entonces nos vemos allí.

Los compañeros camuflados salieron al escape a por su vehículo Ka, mientras yo cogía el primer walky talky que pillé sobre la mesa de transmisiones para estar comunicado permanentemente con la central y el resto de los recursos. Bajé al aparcamiento, monté en mi furgoneta, tecleé la dirección en el navegador y partí a toda velocidad.

- - - - -

El GPS que llevaba, totalmente actualizado con los mapas de 2018, me indicó el camino más rápido para llegar a la población de la Costa del Sol famosa gracias a la cantidad de zonas residenciales y chalets de lujo, y también por la Prisión Provincial de Málaga, operativa desde 1991. Centro penitenciario conocido, sin duda, en todo el Estado por la cantidad de inculcados encerrados allí dentro merced a las corruptelas, cohechos, malversaciones de fondos públicos, prevaricación, tráfico de influencias y un sinfín de delitos punibles legal y moralmente acontecidos en Marbella, como el famoso caso Malaya. Por cierto, llevado junto a la Fiscalía Anticorrupción, de la mano del juez Miguel Ángel Torres Segura, actual magistrado de lo penal en Granada y respetada referencia de trabajo, dedicación y profesionalidad por parte de la jueza Marisa Alina.

Dieciocho kilómetros separaban Málaga de esta población extensa, con sus cuarenta mil habitantes censados, aunque en verano muchísimo más poblada por el turismo nacional y el que aterriza principalmente desde la tierras inglesas, alemanas y holandesas. El navegador me llevó por una avenida en la que contemplé una serie de rotondas decoradas con esculturas extrañas, que a esas horas se me antojaron un tanto estrafalarias. Recordé que había oído en el trabajo, más de una vez, comentarios jocosos acerca de la posibilidad de perderte en el amplio número de glorietas de la ciudad, cosa que en el País Vasco siempre se dice de Vitoria. Al final, como bien me dijo Carmen una vez, en todas partes cuecen habas.

Me incorporé a la avenida de Cristóbal Colón y tuve que bajar la velocidad a la que entraba en el casco urbano debido al tráfico circulante y al cuantioso número de personas que disfrutaban del buen tiempo sureño, bastante cálido, sumido en una humedad pegajosa sofocante.

Sonó mi teléfono y la pantalla se iluminó con uno de los números largos de la centralita de la comisaría provincial. Contesté saltándome las normas de tráfico sobre el manos libres y la conducción responsable:

—Soy Etxeazarreta —dije esquivando de un volantazo a un vehículo que salía de su aparcamiento sin mirar.

—¿Qué talky te has llevado? —me preguntó casi ametrallándome el

sargento Alberto Medrano, el encargado de las transmisiones.

—El número doce —le respondí mirado la cifra medio borrada por el uso que lucía el transmisor en uno de los lados.

—¡Joder, tío! —exclamó molesto—. Has cogido uno sin batería, de los que estaban apartados puestos para recargar... —Hizo una pausa para pensarlo—. En fin, te voy a asignar el indicativo Cebra-12, pero no te separes del móvil porque no sé cuánta vida le queda al portátil.

—De acuerdo —respondí conforme.

—Por cierto, Sandra y Julián han tenido un percance al entrar en Alhaurín por el polígono industrial. Se han comido una furgoneta del SEUR y han quedado fuera de servicio...

—¿Están todos bien? —le interrumpí preocupado.

—Sí, sí, no ha habido heridos, pero el coche no arranca. Hay más —
continuó—, hemos localizado el móvil de Carmen y la triangulación lo sitúa
en casa de sus padres...

Me quedé helado al escuchar el mensaje. Carmen estaba allí, tal vez
dispuesta a asesinar a su progenitor... ¿Y qué haría con su madre?

—Recibido. —Fue lo único que acerté a decir.

—El teniente Marín me ha insistido en que no hagas nada tú solo, ¿has
comprendido? Hemos movilizado dos indicativos desde Málaga que acudirán
en menos de quince minutos, así que no subas a la vivienda hasta que lleguen.

—Entendido —le contesté sin la menor intención de hacer ningún caso
a la orden de esperar a las patrullas—. Estamos en contacto —exclamé a
modo de saludo, dando por zanjada la llamada.

Alcancé el destino marcado en los mapas. Se situaba en pleno centro de
la villa y había mucha gente por el lugar, casi toda alegre, de fiesta,
consumiendo cervezas o combinados en las terrazas de los bares.

Frente al edificio Povea, inconfundible por su diseño, el acceso a una sucursal de Unicaja se me presentó oportuna. Malestacioné subiéndome a la acera, sobresaltando a una pareja que utilizaba el cajero automático en esos momentos. Enganché el talky a mi cinturón bajándole el volumen hasta apagarlo por completo, guardé el móvil en el bolsillo de atrás del pantalón, me ajusté la bandolera donde llevaba el arma reglamentaria y descendí de la furgoneta para cruzar a la carrera hasta el portal. Llevaba la cadena con la placa identificativa de policía bajo la camiseta. No iba a llamar al timbre para delatarme, así que viendo la frágil cerradura de entrada pensé que podría abrirla sin mayor problema pasando la tarjeta de crédito por el borde del pestillo.

Al segundo intento de forzarla, mi VISA se rompió en dos trozos casi simétricos y solté una blasfemia. Sin pensarlo más, descargué una poderosa patada contra la puerta a la altura del pomo, y sin mis botas reforzadas de trabajo, a punto estuve de romperme el pie embutido en unas Adidas blancas. Pese a todo, al segundo intento la puerta cedió y se abrió de par en par. Me consta que alguno de los vecinos del primer piso se asomaron a la ventana alertados por los golpes. De igual manera, varios transeúntes sobresaltados al verme actuar de esa manera violenta sacaron sus teléfonos, sin duda para alertar al 091 o a los locales, lo cual, dado el caso, podía incluso venirme bien.

Subí de dos en dos los escalones hasta el rellano del segundo piso. Escuché en silencio pegando la oreja a la puerta. Se oía una televisión de fondo. Me pareció el *reality* de Alaska y Mario Vaquerizo. Marqué el número de Carmen con mi celular. Esperé unos segundos y resonó con la musiquilla

característica de Enrique Iglesias. La canción replicaba muy cerca, como tras la puerta. Me asusté y retrocedí unos metros; tal vez ella sabía que estaba allí por el ruido o me había descubierto por la mirilla... Sin embargo, la voz de una mujer mayor me centró de nuevo:

—¡Esta cría me tiene harta! —protestó desde el otro lado—. Se deja el teléfono y no paran de llamarla ni un momento... Encima será algo importante y luego me echará la culpa a mí por no cogerlo.

Colgué. Me acerqué al timbre y llamé. Carmen claramente se había olvidado allí el móvil, por casualidad o adrede, lo más seguro, y no estaba con su madre. Puse la placa de policía cerca del visor de la puerta blindada y le aseguré que era su compañero de la comisaría. La mujer mayor me abrió al momento y me saludó preocupada:

—¿Les ha pasado algo? —preguntó un tanto angustiada al verme.

—¿A quiénes?

—Pues a Carmen y a mi marido. Como está venga sonar el teléfono y ahora viene usted a casa... No habrán tenido un accidente, ¿verdad? Porque

con lo que beben los turistas esto es terrible...

—¿Ellos? ¿Su padre? —Necesitaba un momento para tranquilizarme—. No, no se apure. Solo venía a buscarla porque tenía que darle un recado importante —mentí—. ¿Me dice que se ha ido con su esposo?

—Menos mal que están bien —respondió santiguándose. Era una mujer de rostro apagado, vestida de un riguroso luto negro motivado por el fallecimiento de su hijo mayor—. Sí, a eso de las doce —prosiguió—, Carmencita le dijo a mi marido que necesitaba un medicamento para la mascota de un amigo que acababa de llamarla y que le acompañara a la veterinaria para dárselo. Debía de ser algo importante porque me pareció muy nerviosa.

—¡Deme la dirección de la clínica, por favor! —le supliqué angustiado.

Con el destino memorizado, sin despedirme de la madre tan siquiera, comencé una alocada carrera hacia el portal. Era ya la una menos cuarto y el hospital para mascotas estaba en Málaga capital. No me molesté ni en encender la luz de la escalera. El tragaluz lateral, por donde se colaba la leve luminosidad anaranjada proyectada por una lámpara de descarga de gas de vapor de sodio desde un patio interior, me permitía descender amparado en una tenue penumbra, suficiente para no tropezar yendo sujeto al barandado. Llegando abajo cogí el teléfono iluminado por la intensidad de la pantalla, para llamar al teniente e indicarle que mandara las patrullas hacia el lugar.

De pronto noté un fuerte golpe en el brazo, provocando que mi iPhone cayera al suelo y se rompiese en mil pedazos al estrellarse contra las baldosas de mármol del portal. Otro brusco empujón me arrojó contra la pared y me di de lleno en la cara con la tarima de madera y en el costado contra los buzones metálicos. Una linterna me iluminaba la cara dificultándome distinguir nada debido al deslumbramiento, aunque gracias al propio brillo de la lámpara, pude discernir que había otra persona que portaba un arma muy cerca. Demasiado cerca. Sin dar tregua a la sorpresa, agarré del brazo a quien me había golpeado y le hice una llave con la que lo catapulté literalmente hacia el individuo armado. Ambos cayeron al suelo. Me eché sobre ellos y al primero le di un puñetazo en la cara rompiéndole la nariz que lo dejó medio grogui. El segundo comprobé que era una mujer cuando le aplasté un seno hincándole mi rodilla en el pecho. La desarmé pisándole de manera violenta la muñeca con la que sujetaba la pistola hasta que la soltó. Los dos gritaban de dolor tirados sobre el embaldosado.

Cuando me hice con el arma y encendí la luz del portal, comprobé

estupefacto que acababa de noquear a una pareja de guardias civiles que habían mandado desde la comandancia próxima, situada a doscientos metros escasos de distancia. Llegaron alertados, sin duda, por los viandantes que me observaron romper a patadas la puerta del céntrico edificio.

Me disculpé lamentando el incidente e identificándome como policía. Les prometí que les enviaría una ambulancia y que llegaría también otro coche nuestro para ayudarles. No creo que mis disculpas sirvieran de mucho. Esta vez estaba metido en un lío en el que o acababa teniendo yo la razón o me supondría sin suda el despido del cuerpo, si no la cárcel...

Arranqué la furgoneta y, haciéndola chirriar rueda, salí marcha atrás golpeando contra otro coche estacionado, de manera que su alarma comenzó a chillar desenfrenada. Sin inmutarme, deshice vertiginosamente el camino por el que había venido, provocando que los viandantes me miraran asombrados y los coches me pitaran en los cruces, ante los que no cedía el paso.

Puse nuevamente en ON el talky realizando malabarismos acrobáticos con las manos para no salirme de la carretera. La emisora crepitó tras el subtono de entrada e inmediatamente pitó avisando de la baja carga de batería. En la pantalla, un dibujito de un rayo pestañeando indicaba que le quedaba poco uso. Pulsé el botón para hablar:

—¡Aitor para H20! —grité. Se me había olvidado hasta el indicativo asignado para esa noche.

—A...lan...te Ce...bra...ce —dijo entrecortada la central— A pen... se le entien...

—Manden todas las unidades a la clínica veterinaria de la familia García. Carmen y su padre están allí. No nos queda tiempo... —El transmisor dio varios pitidos seguidos, síntoma de fallo en la comunicación.

—No... le... mos... piado...da. Re...pi...ta... favor.

Grité como un energúmeno al pulsar el botón de la radio portátil, como si eso sirviera de algo. Un tono largo fue la única respuesta que obtuve antes de que se apagara por completo la pantalla.

—¡Mierda puta! —Vociferé enfurecido arrojando el aparato al suelo

delante del asiento del copiloto.

Estaba solo e incomunicado. Por fortuna, no necesité detenerme para activar el GPS de mi coche porque conocía perfectamente la dirección donde estaba la clínica veterinaria del padre de Carmen que me había pasado la madre. Una vez tuvimos una intervención próxima a ese lugar por un altercado con un vagabundo agresivo cuando patrullábamos juntos. Me puse el cinturón de seguridad, que se me había olvidado por completo, y aceleré al entrar en la autopista A7.

17. MÁLAGA

Jueves, 2 de agosto de 2018

Llegué con mi furgoneta muy rápido, prácticamente derrapando al entrar en la curva de acceso a la calle donde se ubicaba el consultorio para animales, en pleno barrio de la Luz en el distrito Carretera de Cádiz; uno de los más populosos de toda Europa en densidad, fruto del elevado número de habitantes por metro cuadrado, según el censo.

Paré en seco el vehículo para estacionar sobre una bendita plaza libre, próxima al paso de peatones y reservada a los minusválidos. Una pareja que paseaba en esos momentos por el lugar haciéndose arrumacos me miró con desprecio. Presuponían que arrastraba una borrachera lo suficientemente generosa como para saltarme las normas de tráfico y abandonar mi civismo en la barra del bar ante la escasez de aparcamiento. Me daba exactamente igual. Mis motivaciones en ese momento no contemplaban exquisitas normas de educación.

Al bajar del coche no quise acercarme demasiado al sanatorio de mascotas simplemente para no poner en sobreaviso a Carmen si estaba dentro con su padre, planeando la ejecución, como tristemente sospechaba cada vez más.

Avancé los cincuenta metros que quedaban hasta la esquina arrimado totalmente a la pared. Miré desde ahí y escruté la entrada del local. Una luz blanquecina de fluorescentes a floraba superficialmente de lo que parecía el fondo del establecimiento, iluminando tenuemente la parte alta del escaparate. Sin lugar a dudas, había alguien dentro. Crucé hasta la fachada principal agachado ocultándome tras los coches estacionados. Puse visible mi placa de identificación policial colgándola en el pecho, extrayéndola del interior de la camiseta. A continuación, desenfundé mi arma, le quité el seguro y la agarré con las manos mientras me movía cauteloso pegado al muro rugoso de ladrillo visto, tan abundante en aquella zona edificada a finales de los años sesenta por ser barato y sencillo de mantener. Por fortuna, no había apenas gente por la calle a esas horas, lo cual me dejaba desenvolverse un tanto más despreocupado de la seguridad de los viandantes ante un posible tiroteo. Miré

el reloj digital de mi muñeca: eran la una y media pasadas. Me aproximé precavido hasta quedarme justo al lado del umbral de la veterinaria. Con la mano izquierda, con mucho cuidado, intenté comprobar si la puerta estaba abierta...

Entonces una mano se apoyó en mi hombro y estuvo a punto de provocarme un infarto súbito. Giré en redondo y encañoné al individuo metiéndole prácticamente el arma dentro de la boca. Este levantó las manos asustado, pálido.

—¡Soy yo! Tranquilo... —balbució tembloroso.

Lo reconocí al momento. Era el subcomisario Javier Estrada.

—¡Joder, me ha dado un susto de muerte! —le susurré alterado bajando la Heckler & Koch amartillada y presta para disparar—. ¿Qué cojones hace aquí?

—He oído su transmisión —dijo nervioso—. Antes de que se cortara pudo escucharse con dificultad, pero lo suficientemente claro para entenderle, hacia donde se dirigía. Vienen varias patrullas de camino, lo que pasa es que

están todas en Alhaurín; el teniente ha mandado allí a media comisaría.

—Pero ¿cómo es que está usted aquí? —le pregunté sin entender el porqué de su presencia en el lugar—. Figura en el cuadrante de descanso semanal...

—Ya. Y usted en el de vacaciones, no te jode. Vivo justo ahí al lado. — Señaló con la cabeza una torre alta edificada sobre un jardín al otro lado del paseo—. De hecho, mi mujer trae aquí al puto caniche que tenemos para que lo peine el padre de Carmen.

»Estaba siguiendo lo ocurrido desde casa. Entenderá que me mantengan puntualmente informado si ocurre algo extraordinario y esto vaya que lo es. Al escuchar en mi transmisor que usted venía hacia aquí solo, y conociéndole, he decidido bajar a ayudarle a sabiendas de que no iba a esperar a nadie para intervenir...

—Se lo agradezco, en serio —le dije con sinceridad y algo más animado. Al menos, ya éramos dos y en breve llegarían los refuerzos—. Estaba vendido e incomunicado —le aclaré—. Veo que me conoce mejor de lo que pensaba. Sabe que debemos entrar, no nos queda tiempo.

—En eso, le doy la razón. Por cierto, ¿no tiene el móvil para contactar con la comisaría central?

—Mi teléfono está fuera de servicio debido a un encontronazo con la Guardia Civil en el portal de la casa de los padres de Carmen; pero eso ya se lo explicaré en otro momento, es una larga historia difícil de creer...

—¿Qué sugiere? —me preguntó el subcomisario dejando por tanto en mis manos la toma de decisiones a sabiendas de la respuesta.

—No podemos esperar a los compañeros, tal vez, ya es incluso demasiado tarde. Debemos intervenir —le expuse sin dejarle muchas más opciones para deliberar.

—Estoy de acuerdo con usted —corroboró—. Aunque no sé si le seré de gran ayuda; hace tiempo que no tomo parte directamente en una acción en la calle.

—Es como andar en bici —le dije con una medio sonrisa forzada—, eso no se olvida nunca. Voy a comprobar la puerta —él asintió con la cabeza

visiblemente nervioso.

Para mi sorpresa al hacer presión en el cristal, esta cedió hacia dentro sin esfuerzo. Estaba abierta. Me pareció muy extraño. Mi jefe arqueó las cejas igualmente sorprendido.

—Tenga mucho cuidado —insistió siempre desde mis espaldas.

Avancé al interior del local moviendo la portezuela muy lentamente provocando el menor ruido posible. Me deslizaba sigiloso como un ocelote. Pasé agachado ante la recepción por si nos esperaba alguna sorpresa desagradable. La entrada estaba oscura y la luz llegaba lejana desde el fondo del largo pasillo blanquecino. Había al principio un mostrador y una especie de sala de espera con ocho o diez asientos marrones puestos en forma de «L» alrededor de una mesa de cristal con revistas. Varios armarios, una planta frondosa y espacio amplio, sin duda dispuesto para el acomodo de las mascotas mientras esperaban junto a sus dueños a ser atendidas.

El subcomisario entró detrás de mí y volvió la puerta con cuidado. Las llaves estaban puestas por dentro y decidió girarlas cerrando el local para quedarse con ellas en el bolsillo.

—Como comprenderá, no voy a permitir que alguien pueda escapar corriendo tras atacarnos —se justificó ante mi mirada inquisitorial por el ruido innecesario que hizo al rotar el manajo de llaves en el picaporte.

»El local tiene forma de «T», lo conozco bastante bien por las veces que he venido —continuó hablando en susurros señalando el fondo del pasillo—. Esta es la entrada y avanzando hasta el final salen dos estancias. Hacia la izquierda se va a la peluquería y a la zona del botiquín donde guardan los medicamentos...

—La luz viene de la derecha —aseguré hablando sumamente bajo.

—Ahí están las consultas médicas en sí y el quirófano donde operan a los animales. Son dos aposentos bastante amplios, según creo recordar. He estado pocas veces en ese lado porque ha sido mi mujer quien ha traído al perro en las revisiones anuales más recientes.

—Bien. Vamos sin hacer ruido. Usted vaya detrás de mí. Cuando lleguemos a la bifurcación, cúbrame la espalda. Fíjese en la zona de la peluquería, no vaya a ser una trampa.

El subcomisario asintió con la cabeza. Avanzamos en silencio por el largo corredor. Dejamos los baños a ambos lados; las puertas estaban abiertas y no se veía nada raro en su interior. Al llegar al final escuché algo; no sé, una especie de gemido ahogado y un tintineo. Provenía asimismo de la derecha, de la zona veterinaria iluminada, no de la estética. Indiqué a mi jefe que fuera con precaución hacia la peluquería para asegurar el recinto, que estaba a oscuras con la puerta abierta y parecía tranquilo. Mientras, yo avancé con prudencia y el corazón desbocado hacia el lado opuesto. Volví a escuchar, esta vez con claridad, un gimoteo sin duda de mujer y el ruido que hacen unas patas de muebles al golpear contra el suelo de baldosa.

Al entrar en la primera estancia, la imagen que descubrí fue dantesca: un hombre yacía inerte, caído en el suelo boca arriba, atado de manos y pies con una bolsa de basura enroscada por el cuello, habiéndole provocado probablemente la asfixia. Frente a mí, tras el sujeto, subida sobre un taburete alto como de bar, que era lo que tintineaba por el balanceo, estaba Carmen con las esposas puestas por delante y con una soga hecha de cable fino trenzado al cuello a modo de horca. Tenía la boca tapada con cinta americana y a duras penas se sujetaba en equilibrio, parecía como aturdida. Me reconoció y quiso decirme algo con la mirada cuando, súbitamente, el taburete se le escapó de los pies incapaz de mantener por más tiempo el equilibrio en esas condiciones precarias. Quedó colgada del cable por el cuello. De un hilo de acero cortante a la vez que asfixiante por necesidad.

Corrí hacia ella y la sujeté de las piernas levantándola en el aire para evitar que dicho cable le seccionara la garganta. Grité al subcomisario para que acudiera rápido. Al menos la tenía bien agarrada, aunque no alcanzaba con mis pies a acercarme de nuevo la banqueta porque se había ido rodando hacia

un lado.

Javier Estrada entró corriendo con la pistola en la mano y se detuvo en seco observando la escena. No era para menos.

—Compruebe primero quien es ese hombre y si está vivo antes de ayudarnos —le indiqué—. Puedo aguantar sin problema el peso de Carmen durante un rato.

El subcomisario se agachó junto al individuo tendido en el suelo, rasgó la bolsa de basura y pudimos cotejar que quien reposaba estático e inerte sobre el frío suelo era el padre de los hermanos García, Carlos Roberto. Puso los dedos en la yugular y me miró moviendo la cabeza de manera negativa. Estaba muerto.

—Joder —exclamé apesadumbrado—. Ayúdeme con el taburete a ver si podemos descolgarla a ella.

Javier Estrada desplazó primero la parte superior del tronco del padre de mi compañera hacia un lado, colocando el cadáver en una extraña postura doblada. Después descendió hasta llegar a las piernas para alinearlas con el

resto del cuerpo. Dejó al conjunto orientado hacia una de las ventanas superiores de la estancia.

—Pero ¿qué demonios hace? —le grité—. Está alterando la escena del crimen sin ningún sentido... Ya está muerto.

Estrada, que se había puesto unos guantes de látex para tocar a la víctima, sacó una segunda arma del bolsillo interior de la liviana, y a la par elegante chaqueta de seda que llevaba puesta, dejó la suya sobre una mesa de reconocimiento para mascotas, toda de acero inoxidable, y me apuntó a la cabeza. Pude distinguir que se trataba del arma reglamentaria de Carmen por un grabado en forma de estrella roja junto al mango.

—Tire su pistola hacia el rincón, agente Etxeazarreta. La aventura ha llegado a su fin.

Entonces lo comprendí todo: el subcomisario era el *asesino de poniente*. Él y solo él había elaborado y ejecutado los crímenes. Se encontraba al corriente de nuestras investigaciones como le habíamos ido informando con puntualidad, sobre todo yo mismo, y había preparado la escenificación con el fin de acusar a mi compañera.

—No se lo voy a repetir otra vez —apuntó decidido hacia mi frente con la intención de disparar—, deje caer el arma al suelo y dele una patada hacia el rincón de la sala —me ordenó.

Yo malsujetaba mi pistola mientras agarraba por las piernas alrededor de las rodillas a mi camarada manteniéndola con vida; o más bien evitando que la perdiera, no tenía opción de sorprenderle. Hice caso a lo que me ordenó, quedando desarmado, no solo materialmente sino en mi interior, al comprobar la facilidad con la que sospeché de la integridad de Carmen, y cómo, llevado por mi ego de eficaz investigador no había dudado en culparla, sin darle un mínimo atisbo de duda merced a las pruebas elaboradas convenientemente, para conducirme de manera irremediable a esa conclusión.

El subcomisario levantó el taburete y se sentó en él a distancia prudencial, pero lo suficientemente cerca como para volarme los sesos por muy desentrenado que estuviera en las prácticas de tiro.

—Finalmente me he encontrado con un rival del nivel que esperaba desde hacía años —empezó a hablarme satisfecho, como alegre porque fuera así el desenlace—. Todo este tiempo ideando los planes, preparándolos con la precaución y el trabajo tan exigente que eso requiere... porque ¿sabe usted, agente, lo que hay que trabajarse esto? —Lo miré sin decirle nada, tenía ganas de llorar por rabia e impotencia.

»Primero hay que fabricar un plan perfecto —comenzó a explicarme—. Una especie de guion cinematográfico ideal para hacer una película que opte a los Goyas. ¿Qué digo? A los Óscar mejor. Después, encontrar los individuos adecuados que encajan en los papeles de víctimas como anillo al dedo. Escoria social que está mejor fuera de la circulación que dándonos por el culo a los que creemos en el orden y el bienestar comunitario, luchando cada día por conseguirlo. Y por último hay que finalizar la obra maestra de una manera digna, teatral y dramática poniendo énfasis en cada elemento añadido.

—Está como una puta cabra —le solté sin pensarlo—. ¿Por qué inculpar a Carmen? A una de sus mejores agentes...

—Para su información —continuó Estrada—, no tenía pensado acabar con la agente García. La cadena terminaba en su padre, un ser despreciable, como bien habrá averiguado, que sometió a la familia a malos tratos continuados con total impunidad. Él tenía que haber sido la última víctima, el eslabón final de la serie, pero... llegó usted y empezó a husmear y meter las narices donde no debía.

Desvié la vista de reojo al reloj de la pared que estaba a un lado de la consulta, junto a una grieta que bajaba por las blancas paredes y se perdía tras el mostrador metálico.

—No se apure por la hora. No va a venir nadie —aclaró el subjefe de la comisaría siguiéndome la mirada—. Realmente no se le entendió una mierda de lo que explicó por su walky talky descargado. Las patrullas andan corriendo de un lado a otro entre Alhaurín de la Torre y el apartamento de Carmen, donde les he enviado y decretando que permanezcan atentas por si a ella misma le da por aparecer. He llamado personalmente al teniente Marín para decirle que la veterinaria está vacía porque he bajado a comprobarlo, ordenándole que no manden a ningún indicativo hacia aquí para no malgaste los escasos recursos disponibles. Así que no se preocupe porque nadie va a venir a buscarnos.

Mi compañera se me deslizaba por momentos, sin colaborar por mantenerse derecha ya que estaba claramente drogada, y me veía obligado a hacer cada vez un mayor esfuerzo por mantenerla sin tensión contra la soga metálica capaz de rebanarle el cuello en pocos segundos. No sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar de esa forma. Clavé los ojos en los del mando policial con rabia indisimulada, aun sabiendo que eso no ayudaría demasiado. Había leído muchas páginas sobre perfiles de asesinos en serie como para saber que normalmente tienen los planes bastante bien elaborados y no son pródigos en errores.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Cuál es la motivación que ha tenido para hacer esto? ¿Ser el justiciero malagueño? ¿Convertirse en un nuevo Curro Jiménez de la modernidad?

—Parece que lo empieza a entender. —Me miró casi con vehemencia—. Su análisis del perfil fue bastante acertado: hombre corpulento, maduro,

inteligente, miembro de la policía, con un ritual... —rio de un modo que me pareció enfermizo—. No está mal. No tengo ansias de poder, sino de equidad, de firmeza, de pundonor....

»Cuando estuve destinado en Madrid desarrollé un plan semejante en el que quité de en medio a unas cuantas prostitutas ¿sabe? Se dedicaban a atracar a los clientes una vez los llevaban al apartamento alquilado y los drogaban con la bebida. Tamaya, la muy zorra, me lo hizo a mí. Se pasó con la dosis de narcótico y casi la palmo. Sabía que estaba casado y que guardaría silencio para no destrozar mi matrimonio.

—¿Y usted se vengó? ¿Simple arrebató de odio? Me decepciona...

—No juzgue sin conocimiento de causa —continuó—. Me empleé con dedicación en ese proyecto de limpieza de escoria barriobajera. Utilicé la inicial de su apellido para urdir el plan: Abascal, Baeza, Caballero, Delgado, Escudero, Ferrán, Galiano, Herrero... Todas fallecieron por sobredosis tras ser violadas y vejadas con un enorme falo de madera de ébano cuidadosamente limpiado cada vez. Sin huellas, sin muestras orgánicas ni fluidos corporales ni pistas. Casos cerrados, archivados y olvidados. Y sí, para su información, todavía conservo el pene artificial en casa como trofeo, convenientemente escondido entre mis pertenencias privadas.

Lo miré anonadado. Cuadraba con la principal motivación de los

asesinos en serie: la conducta sexual compulsiva.

—¿Cuál es el motivo para orientar todos los cuerpos al oeste? —Me atreví a preguntarle, ya que era algo que no acababa de asociar ni me encajaba con ninguna hipótesis.

—Mi sobrina de catorce años murió en urgencias del Hospital de Poniente, en Cádiz, de ahí la referencia, agente. Fue atropellada por un conductor drogado que se dio a la fuga. La puta droga se llevó a esa pobre niña por delante sin compasión alguna. Me costó un tiempo, pero finalmente averigüé quien lo hizo.

—Javier García, el hermano de Carmen...

—¡Bravo, Etxeazarreta! Su pericia es amplia, lástima que no le sirva para mucho más en estos momentos. —Miró el reloj comprobando que era la hora indicada para ejecutar su plan—. Investigué, descubrí la historia que había detrás y la gente que rodeaba el caso. Lo demás ya lo conoce de primera mano.

Impulsé el cuerpo de mi amiga levemente hacia arriba debido a que me

costaba cada vez más sujetarla.

—¿Y ahora el siguiente paso es...? —pregunté conoedor de la respuesta.

—Muy sencillo, inspector. Usted llega aquí convencido de que encontrará a su compañera planeando el asesinato de su padre, porque sospecha de su culpabilidad como se ha encargado de difundir a los cuatro vientos. Pero, tristemente, no puede evitar el parricidio. Además, ella, con su pistola —Movi6 la mano con el arma cargada recordándome que era la suya— le disparará a bocajarro cuando trate de impedirlo.

»Momentos después, presa del remordimiento y dando fin a su vida de asesina oculta, una vez culminada la venganza, decidirá ahorcarse ahí donde la está sujetando. Se esposará a sí misma para evitar la tentación de echarse atrás en el cometido. La cinta de la boca ya se la quitaré yo ahora, no se apure. Y todo ocurrirá en un momento: en cuanto yo le dispare, usted morirá y las leyes de la física harán el resto dejando sin vida también a su compañera en pocos segundos.

Carmen se me deslizó de entre las manos y tuve que esforzarme agarrándola de las pantorrillas y los tobillos para mantenerla mínimamente enderezada hacia la soga. Me obligó a estirar el brazo izquierdo para sujetar su espalda de manera recta mientras le rodeaba bajo las rodillas con el otro.

Noté entonces algo tras los pantalones vaqueros un tanto acampanados, de pata ancha.

—Yo llegaré corriendo porque me habrá parecido escuchar desde la ventana de mi casa una detonación característica de un disparo —prosiguió Estrada descriptivo— y me habré encontrado este increíble revuelo en el que todos están muertos sin remisión. De ahí, por cierto, la idea del cable de acero para ahorcarse, así morirá por la sección del cuello de manera sumamente rápida. No podía arriesgarme a encontrarla con vida porque hubiese tenido que auxiliarla —concluyó el subcomisario seguro de su plan infalible—. Lo cual, como comprenderá, no me beneficiaría demasiado.

Sonreí mientras giraba un poco ante mi compañera para esforzarme en mantenerla con vida, dando media espalda unos momentos al psicópata de mi superior.

—La verdad es que siempre me cayó mal, Estrada —le dije desde mi extraña postura—. Pensaba que era usted un mal policía y por fortuna mi instinto no se equivocaba. La primera regla —continué mirándolo de refilón, ya que estaba prácticamente de perfil dándole la espalda y sujetando por las piernas a Carmen con ambos brazos—, es siempre comprobar que el detenido no tiene otro arma...

Ante su sorpresa, sin darle tiempo a reaccionar, me giré raudo sobre mí

mismo y le disparé tres tiros precisos con la pistola Glock 43 que mi pareja de trabajo llevaba camuflada en una pequeña cartuchera bajo la pernera tras la pantorrilla derecha. A esa distancia y con mi certera puntería alcancé el blanco en todos ellos. El primer disparo le entró al subcomisario por el ojo izquierdo, matándolo en el acto y desparramando parte de su líquido cefalorraquídeo por la entrada de la estancia en una especie de aspersor apocalíptico. La segunda bala le alcanzó la mandíbula inferior provocando su ruptura, así como la de cuatro dientes, para rebotar finalmente en la médula espinal astillándola. El tercer disparo consecutivo le seccionó la arteria carótida, lo que provocó que un fino reguero de sangre roja brillante comenzara a manar a través del agujero del cuello, como un grifo gore, mientras caía hacia atrás desplomado. El ruido que hizo al alcanzar el suelo y rebotar contra el mismo sonó surrealista; parecía un zombi inanimado que proyectaba sangre a un metro de altura dejando una estela de asco y morbosidad difícilmente explicable.

Solté entonces brevemente a Carmen, dejando que la suerte jugara de mi parte, para agarrar el talky que estaba sobre la mesa y volver raudo a su lado con la banqueta alta que me ayudaría a aguantar el peso mucho mejor. Afortunadamente fueron segundos lo que tardé y el cable metálico tan solo le provocó un ligero corte superficial.

- - - - -

Pasé la noche en el Hospital Universitario Virgen de la Victoria sentado en el incómodo sofá forrado con una absurda tela de color morado junto a la cama en la que reposaba mi compañera. Dormía tranquila. Los médicos nos habían dicho que simplemente estaba drogada con ketamina, pero en unas cantidades que no hacían peligrar su vida, por lo que lo mejor era dejarla dormir y que se despertara una vez que su cuerpo asimilara el producto y lo metabolizara. Le habían curado el cuello con Betadine colocándole una venda alrededor. La marca que se le había formado por el roce con el cable le duraría un tiempo. Con este calor de agosto, era un mal momento para salir a pasear con un pañuelo estilo fular.

Dos uniformados custodiaban la puerta de entrada, más protegiendo a Carmen de la visita de periodistas ávidos de información, que llegarían al centro sanitario para elaborar sus crónicas, que por nuestra propia seguridad, la cual ya había dejado de correr peligro.

Afortunadamente, como siempre era habitual, los miembros de las demás patrullas habían llegado de manera veloz a la clínica veterinaria una vez solicité ayuda urgente por el transmisor del subcomisario. La verdad es que tuve que dar unas cuantas explicaciones a todos cuando iban apareciendo y se encontraban la indescriptible escena de muertos y restos esparcidos por doquier.

Conseguimos liberar a mi compañera con ayuda de una escalera y unas tenazas que cortaron el hilo grueso de alambre que le atenazaba la garganta.

La jueza Alina pudo finalmente localizarme en el centro sanitario e interesarse por nosotros, una vez que desde la comisaría le pusieron al corriente de lo sucedido. Herrero Maes se presentó en el propio Hospital Universitario cuando le avisaron a eso de las tres de la mañana. Su cara parecía un poema. Le informaron también de todo antes de pasar por la habitación. Al entrar se preocupó por el estado de su siempre protegida subalterna y después fue hacia mí para estrecharme la mano en señal de agradecimiento. Fue un apretón cálido y reconfortante; más que de un jefe, parecía de un padre que recupera a su hija pródiga de regreso a casa una vez más.

Más tarde, cuando se marchó, pensé en el informe que debía preparar. Iba a ser, sin duda, de los de recordar toda la vida por su extensión y por su contenido...

Yo creo que hasta se podría escribir una novela con toda esta historia.

Amaneció, y el sol se coló por las rendijas de la persiana a medio bajar. Abrí los ojos suavemente, sin prisa, con una calma inusitada. Me costó situarme en el lugar donde me encontraba. Recordé todo lo que acabábamos de padecer esa noche previa... Noté, entonces, la cálida mano de Carmen agarrando la mía con delicadeza, con cariño y con agradecimiento... Estaba despierta y me miraba con sus enormes ojos negros y una sonrisa pícara en los labios, esa sonrisa que me volvía loco desde el primer día en que la conocí.

—Buenos días —me dijo.

—Hola, cariño —le respondí efusivo, sin pensarlo—. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien. Un poco mareada, pero me encuentro sana y salva gracias a tu intuición...

—Si tú supieras...

—¡Calla! —me cortó—. Siempre he sentido que eras mi ángel de la guarda. Nunca dudé de que me protegerías y que cuidarías de mí. Lo sabía, no me digas por qué, pero era algo que presentí según pude verte la primera vez ante el despacho del comisario.

Sin ser capaz de decir nada más, sintiéndome un Judas despreciable que había vendido a quien veneraba por unas suposiciones fáciles en lugar de treinta monedas de plata, desoyendo la química que entre nosotros había surgido desde el principio y yo me había encargado de destrozar, le apreté con fuerza la mano y rompí a llorar como un niño...

EPÍLOGO

SAN SEBASTIÁN

Sábado, 9 de septiembre de 2018

Desperté sobresaltado, como resucitando de una mala pesadilla, de un

recuerdo difuso incapaz de recordar pero que me ofuscaba la mente. Un sol matutino que se filtraba suavemente a través de los cortinones rojizos que tapaban la cristalera del balcón me devolvió a la realidad del momento.

Miré el reloj de pulsera: eran las ocho y media de la mañana. Junto a mí, el cuerpo cálido de mi compañera de cama retozó hacia uno y otro lado, tapándose finalmente con las sábanas que le dejaban los hombros al aire. Noté su calidez percibiendo cómo la espalda que quedaba ahora a mi vista dejaba a su alrededor un suave aroma de mujer en cada uno de sus acompasados movimientos. La miré unos momentos embelesado antes de salir del lecho con cuidado para no despertarla. Me puse el albornoz del hotel cuando accedía al cuarto de baño a echar el pis matinal de obligado cumplimiento. Era un albornoz denso, pesado, compacto, con las iniciales del establecimiento hotelero bordadas en hilo azul sobre un bolsillo frontal de adorno. Estaba hilado en un blanco tan reluciente que por un momento me hizo parecer una estrella de cine caminante hacia al ocaso de su carrera.

Descorrí con cuidado el cortinón y accedí al balcón. La luz me cegó casi de inmediato, y el aire norte, que soplaba suave pero en constante movimiento, me recordó por qué el País Vasco es tan particular y tan bello.

Nos alojábamos en el Hotel Igueldo, en lo alto del monte del mismo nombre, donde un exiguo parque de atracciones inaugurado en 1912 y venido a menos por el paso inexorable del tiempo, compensaba con un encanto de primeros de siglo la escasez de atracciones con unas vistas inigualables, rellenando el espacio de la loma. En su punto álgido, un torreón se alzaba intentando recordar a todos que una vez albergó un faro cuya posición era

valiosa. Aunque ahora simplemente coronara las fotografías de los turistas, permitiéndoles acceder a sus secretos interiores para contarles una historia en retratos y grabados a blanco y negro que les sirviera de recuerdo vacacional.

Nuestro mirador del hotel daba directamente al acantilado, al amplio mar Cantábrico, tan diferente de su hermano menor el Mediterráneo, del que yo venía, para pasar unas cortas vacaciones. Parece increíble como dos masas de agua, aparentemente semejantes, resultaban tan perceptiblemente diversas. Junto con el aire del norte, más frío y húmedo que el de Málaga, estaba también el olor. Un olor a sal intenso que yo notaba en las fosas nasales y que me recordaba las anchoíllas en salazón, las famosas *gildas* como llamamos en Euskadi a la combinación de esas conservas con aceitunas y guindilla *piparra*, la que normalmente no pica y aporta el punto ácido del vinagre. El color. También diferente. El verde intenso de los montes y la ruptura abrupta de los despeñaderos con su piedra caliza escabrosa, donde las olas chocan con mucha más fuerza, la que proporciona un mar abierto, ante la tranquilidad sumisa del oleaje de la Costa del Sol, con unas aguas mansas generadas a una mayor temperatura.

—¿Ya te has levantado? —La voz de la mujer que me acompañaba sonó a mis espaldas ahogada por la espuma blanca rompiendo bajo mis pies —. Aún es temprano —protestó con razón.

Entré de nuevo en la habitación y la contemplé semisentada sobre la enorme cama de matrimonio de nuestra suite. La sábana le caía por delante dejando a la vista unos hermosos pechos duros y tersos; enhiestos y redondos; frutos prohibidos de una juventud desbordante. El pelo pelirrojo se

desparramaba anárquico por ambos lados del torso, y sus ojos verdes, un poco cerrados por la claridad y el sueño, dejaban entrever una mirada limpia, honesta, sincera.

Me acerqué a su lado y rocé suavemente mis labios contra su boca como saludo vespertino. Después besé sus pezones uno a uno, con delicadeza logrando que se pusieran duros. Se tapó con la sábana riéndose.

—¿No has tenido bastante esta noche o qué? —me preguntó divertida abriendo ahora sí ampliamente los ojos, mientras hacía una mueca socarrona con la cara.

—Ha sido una noche fantástica —repliqué apartándome de nuevo y descorriendo las cortinas para que la luz invadiera toda la estancia—. Bueno, no solo la noche. Todo el día de ayer lo pasé francamente bien y hoy espero también disfrutar a tu lado.

—Sabes que a las ocho de la tarde he de coger el tren a Zaragoza. Mañana tengo que dejar todo preparado para retomar las clases ahora que empieza el primer trimestre...

—Lo sé.

Había vuelto a mi tierra a ver a Naiara. Ayer sábado había sido su cumpleaños. Sumaba diecinueve años y quería celebrarlo junto a ella. Por un lado, le debía una explicación, una disculpa, un reconocimiento. Me había ido de Euskadi un año antes dejando todo abierto, una etapa que ahora debía cerrar y lo quería hacer en estas dos semanas que me habían concedido en la comisaría de Málaga. Por el otro, deseaba disfrutar del primer y último contacto íntimo con ese amor semiadolescente que tanto anhelaba desde lo más recóndito de mi ser.

No sé, tal vez la fuerza vital de una mujer con la juventud de Naiara me aportaba una recarga energética, un llenado de autocomplacencia o simplemente era un deseo fantasioso que había cumplido al fin. Fuera lo que fuera, ella accedió cuando la llamé por teléfono la semana anterior.

Estudiaba por segundo año en la Universidad de Zaragoza, en la que se había matriculado el curso pasado, recién cumplida la mayoría de edad y con un historial académico intachable. Muy adelantada al resto de su promoción. Había decidido adentrarse en la carrera de veterinaria, algo que sinceramente no hubiese esperado nunca (además de la macabra coincidencia con los sucesos de Andalucía que acababa de padecer). Ultimaba los preparativos para establecerse en su nuevo piso de estudiantes, porque el primero, una residencia femenina, no le convencía demasiado por la lejanía al campus y la rigurosidad de las normas. Aprovechando el traslado, se había echado un novio informático que estaba haciendo un grado en Ingeniería mecatrónica en la politécnica de La Almunia; algo que a mí así de primeras me sonó a un

oficio más propio de un replicante de *Blade Runner* que de un chaval de veinte años de Teruel.

Quise recogerla personalmente en la ciudad del Pilar, pero ella prefirió que quedáramos directamente en San Sebastián como en los viejos tiempos, cuando íbamos a tomar unos potes por el casco viejo protegidos por el incógnito que genera la muchedumbre y ajenos a miradas comprometedoras en una ciudad que no era la nuestra pero siempre nos acogía cálida y discreta.

Nos encontramos, por tanto, en la Estación del Norte donostiarra. Esa estación un tanto obsoleta, joya de la corona monumental de la ciudad, a la espera de un lavado de cara que sin duda le aportará el futuro AVE cuando entre en las tierras vascas. La recibí en el andén portando un ramo de rosas rojas en la mano; lo que, una vez pensado en frío, me parecía incluso excesivo (ella ya me había contado cuando hablamos que tenía una nueva relación). Pero después, viendo su cara de sorpresa e ilusión indisimulada al encontrárselas delante, pienso que acerté de lleno. Nos abrazamos, nos besamos, nos olimos, nos tocamos... nos sentimos una vez más. Redescubrí unas sensaciones que había dejado apartadas, como tabú, como algo malo, cuando nuestros sentimientos eran nobles y eran reales.

¿Bueno o malo...? ¿Quién ha de juzgar? ¿El sentido común acaso? Ese mismo sentido que desaparece cada vez que alguien comete una tropelía o se deja llevar por los celos, la pasión, la desesperación o la psicosis. O esa apatía cruel que nos hace coexistir junto a personas tóxicas y malas por naturaleza (porque sin duda las hay). Con almas psicópatas, sádicas, trastornadas y con personalidad antisocial... Trabajo en un oficio donde el

sentido común se desvanece a cada paso y donde el disparate cobra notoriedad día tras día.

Naiara portaba poco equipaje; solamente una mochila muy típica de universitaria que vuelve el fin de semana a ver a su familia, aunque en esta ocasión venía a verme a mí: a su antiguo amante que perfectamente podía ser su padre por la edad que nos separaba. Mi equipaje era aún menor: un poco de remordimientos en la maleta y algo de melancolía; aunque el conjunto pesaba como una losa de granito.

Pasamos el día como unos viejos amigos que se reencuentran y hacen turismo por una ciudad que invita a ello en cada rincón. Almorzamos en Casa Alcalde, donde nunca pueden faltar los chipirones en su tinta. Paseamos por el rompeolas de Gros donde un pescador infatigable de avanzada edad intentaba pescar y alcanzar el sueño de su vida; nos adentramos en el Paseo Nuevo y subimos hasta la cima del monte Urgul, a los pies del Corazón de Jesús, que nos miraba desde su formidable pedestal dándonos un dudoso beneplácito. Por último, coronamos Igueldo durante el atardecer, cuando el sol se ponía lentamente en la lontananza del horizonte creando unos tonos anaranjados que ese día parecían pintados expresamente para nosotros. Ascendimos en el mítico funicular de cremallera que lleva desde mediados de 1912 funcionando ininterrumpidamente y cruzándose a medio camino con su compañero de penurias siempre en sentido contrario, siempre distante, siempre separado, aunque por un momento parezca que estén a punto de tocarse (como nosotros).

Cenamos en el hotel. Había encargado un menú especial para la ocasión en el que una tarta de cumpleaños basada en una especie de bizcocho

borracho ponía la guinda a la celebración.

Cuando sopló las velas, nos fuimos a la suite con vistas al inmenso mar donde un par de botellas de champán Moët & Chandon reposaban en la cubitera convenientemente frías.

Naiara, tras un emotivo brindis en el que unas lágrimas rodaron por sus rojas mejillas, explotó en un arrebató incontrolado. Nos amamos como bestias en celo. Ella exploró mi cuerpo con la boca de una manera que jamás había conocido. La pasión desbordaba por su cálida sangre núbil bañando su sexo y reclamando mi presencia en su interior. Follamos. Una, dos veces... tres. Nunca lo había hecho en tantas ocasiones seguidas, con un mínimo tiempo de recuperación. Quedamos extasiados, fundidos, difuminados entre los restos del vino espumoso que replicaban en nuestras gargantas; entre el sudor impregnando las sábanas de suave raso; y ante la luz de la luna que nos vigilaba, un tanto sorprendida y escandalizada desde esa posición tan privilegiada, de Diosa Madre, reina del cielo estrellado, cubriendo la bahía guipuzcoana en forma de concha.

—¿Pedimos el desayuno en la habitación? —le sugerí viniéndome arriba de nuevo.

—No, no fastidies. Ya has gastado bastante dinero. Prefiero bajar al comedor como unos huéspedes más. Me ducho y vamos, ¿vale?

—Claro. No hay problema.

—¿Te vuelves a Málaga enseguida como me dijiste ayer en la cena? — me preguntó mientras entraba desnuda en el ostentoso cuarto de baño, moviendo su pequeño trasero en pompa y abriendo los grifos para templar el agua.

—Mañana salgo de vuelta. Ya he terminado lo que venía a hacer aquí. He cerrado por fin una historia abierta en varias bandas donde tú has sido la guinda y el postre...

Naiara redujo el caudal de los grifos de agua y se asomó al resquicio de la puerta:

—¿Qué más has estado haciendo estos días? —preguntó otra vez, un poco sorprendida de que ella no fuera la única excusa para volver a mi tierra.

—Llegué hace diez días de Torremolinos —le comencé a explicar apoyado frente a la cristalera del balcón (no quería dejar de observar el mar bajo ningún concepto)—. Me instalé en casa de mi familia en el caserío de Maeztu. Estuve con ellos recordando lo importante que es el campo y el cultivo, el cuidado de la tierra que nos da de comer y que nos permite vivir. Agradecí su hospitalidad incondicional, la de ahora y la que siempre me han prestado cuando la he necesitado. Aproveché para bajar a Bilbao, a la comisaría de Ibarrekolanda, donde estuve destinado los últimos años antes de irme. Disfruté un reencuentro cordial con los camaradas y amigos que había dejado al margen en mi huida hacia el sur. Estuve varios días en la capital vizcaína y este jueves pasado quedé finalmente con Maite para comer...

—¿Maite? —me interrumpió de nuevo Naiara con cierta extrañeza—, ¿quién es Maite?

—Es la viuda de quien fuera mi compañero, Natxo. No había tenido la oportunidad de hablar con ella desde su fallecimiento... o no me había atrevido. —Miré por el balcón, vislumbrando como el oleaje se incrementaba rompiendo persistente ante las rocas situadas bajo los pies de Igueldo, para luego desinflarse y entrar suave y calmado en la playa de la Concha sin un ápice de la fuerza que traía desde alta mar.

—Le dije lo que tenía que haberle dicho entonces, hace catorce meses

—continué rotundo—: Que su marido fue una gran persona, que era un buen compañero y que se convirtió en un importante referente en mi vida por su sinceridad y su nobleza. Antes no lo tenía claro. Ahora sí. Tal vez, entonces no lo había meditado o el miedo a enfrentarme a mis fantasmas me hizo escapar.

Un silencio efímero se hizo notorio en la habitación del hotel donostiarra mientras los rayos del sol rebotaban contra el espejo del fondo del cuarto, creando en su reflexión un halo casi místico de luz disgregada reflejada hacia donde estaba mi joven amante. Se apartó del destello dando un paso adelante. Gocé nuevamente la visión de su bello cuerpo sonrosado desnudo.

—Te honra eso que has hecho —me dijo con sinceridad—. Seguro que se quedó más satisfecha tras escucharte...

—No lo sé. Dudo que su satisfacción pasara por oírme a mí hablar bien de quien fue su pareja. Eso es algo de lo que estoy seguro ya sabía. Probablemente hubiese preferido que los papeles se hubieran intercambiado aquel fatídico día, que yo hubiera caído en lugar de su marido y que los dos hijos de ambos pudiesen haber crecido en compañía y cuidado de su padre.

»Realmente fui a verla porque es lo que debía hacer; lo que pedía mi conciencia desde hace mucho tiempo. Quería hablar con Maite para cerrar, como ya te he dicho, una etapa de mi vida que quedaba postergada de archivar en su espacio correspondiente.

—Y, como colofón, este fin de semana estás conmigo, me follas como regalo de cumpleaños y, por lo que intuyo tras este sermón, te vas para siempre.

—Tú eres probablemente lo más bonito que me ha pasado en mi vida —le dije con toda franqueza mirando sus ojos verdes invariablemente intensos, ahora un poco húmedos; como si las lágrimas quisieran abrirse paso al exterior—. Eres un encanto. Me porté mal contigo, deserté motivado por mis dudas, junto a mis temores, y te debía una disculpa. No solo eso, también deseaba verte. Ansiaba poder amarte. Ahora me marcho definitivamente a Málaga, allí tengo mi nueva vida.

—¿Con tu pareja de trabajo?

—No. Carmen ha pedido el traslado al Estrecho. Quiere implicarse directamente en la lucha contra el narcotráfico. La semana que viene se incorpora a una unidad de élite dedicada a la persecución de las lanchas rápidas de los señores de la droga. Creo que ha solicitado intervenir en uno de los *Ángeles*, los helicópteros de persecución de la Policía Nacional. —Sonreí pensando en mi compañera asomada en uno de esos pájaros veloces surcando el mar encrespado intentando dar el alto a una barcaza repleta de cocaína—. La verdad es que le va el tema, ella es toda adrenalina, pura acción...

—¿Y tú, entonces?

—La Policía Judicial me ha admitido en el equipo plenamente, con honores y reconocimientos. Resolver el caso y destapar los crímenes de Madrid archivados ha sido un revulsivo nunca visto antes en Málaga, y yo diría en toda España, al tener como principal implicado en los asesinatos en serie a un subcomisario. He sido propuesto incluso para la Medalla al Mérito Policial.

»A mi juicio creo que han sido excesivos los parabienes, más teniendo en cuenta que mis conclusiones eran equivocadas en cuanto al culpable. Pero bueno; al final no quedaba demasiado bien exponer públicamente que quien destapó toda la trama de los homicidios premeditados y elaborados a conciencia por un asesino serial sospechaba de su camarada de trabajo, y atrapó al culpable casi de carambola; por pura chiripa.

Abrí de nuevo el balcón y salí al exterior para notar el aire; parecía que me faltaba en esos momentos.

—Mañana vuelvo a Andalucía para entrar de lleno en la criminal — proseguí explicándole mis planes—, aunque si te soy sincero, voy a echar

mucho de menos a mi compañera y creo que también el patrullaje por las calles en una unidad de seguridad ciudadana.

Naiara pasó al baño dispuesta a ducharse y yo me quedé fuera, apoyado en el borde del balcón donde la piedra rugosa que lo formaba rozaba mis manos, sintiéndola en mis yemas sensibles.

Carmen ¡cómo no!, me había exculpado de todo una vez que salvé su vida. No me guardaba ningún rencor e incluso entendía que las pistas llevaran hacia ella. Pese a todo, yo no estaba con la conciencia tranquila. Había dudado de quien me había demostrado su fidelidad y profesionalidad en cada uno de los días y momentos que habíamos compartido. Ciertamente era que el caso estaba resuelto y que ella seguía viva gracias a mí, pero los dos entendimos al instante que nuestra conexión y confianza plena se habían hecho añicos en una rotura cristalina difícil de recomponer.

El norte soplaba con consistencia dejando una corriente fresca, como

casi siempre en el Cantábrico, pese a rondar una agradable temperatura ambiental propia de finales del verano. De pronto, de un modo casi contemplativo, el aire dominante cesó en su empeño, y una brisa cálida, lateral y del oeste, se apoderó por unos segundos de aquel momento privado. Noté un escalofrío que me sacudió de la cabeza a los pies. El aire de poniente me recordaba con un guiño de complicidad que estaba esperando, misterioso e impredecible, a que acudiera una vez más a su encuentro para desvelarme otro de sus insondables secretos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En especial a mis lectores cero, que me ayudan a depurar y corregir las novelas. En esta ocasión a:

Pilar Vázquez, Luis Ángel Fernández de Betoño,

Rafael Díaz, Yulia Petrova y Daniel Fernández de Castillo.

A mis fieles e imprescindibles colaboradoras:

Alexia Jorques en su diseño de la portada y contraportada

y a Rosina Iglesias por su corrección y revisión de textos

(no sabría qué hacer sin ellas).

A los modelos de portada,

Acerina S,

y Rafael Díaz Codes,

miembros de la Policía Nacional,

fotografiados respectivamente por

Héctor Contreras Medina

y por Carolina Cruz Cobos.

A mi doctora favorita, Nathali Sigrít Doré,

que me asesora con certeza

en los temas médicos que le pregunto

(aunque si me descuido mucho y no estoy atento

me pone una inyección por sorpresa...).

A Kike del Pozo

por sus conocimientos sobre emergencias,

transmisiones y demás temas

relacionados con la que es su pasión,

devoción y trabajo.

A Aloña Soraluze y Nora Ibarguren,

las moteras más temidas al oeste del río Zadorra.

Y finalmente,

mi más sincero agradecimiento a los miembros

de la Policía Nacional (PN) que,

con su desinteresada colaboración,

me han ayudado a dar credibilidad a la novela y

conocer un poco más los entresijos de quienes velan

por nuestra seguridad.

Especialmente gracias a vosotros dos:

Acerina y Rafa.

También mi gratitud a la Ertzaintza,

al gabinete de prensa de la comisaría de Córdoba;

y a las comisarías de la Policía Nacional de

Málaga, Córdoba, Lucena-Cabra y Gran Canaria,

tanto por las fotografías como por la ayuda prestada.

- - - -

Los personajes que aparecen en la novela

son fruto de mi imaginación y en modo alguno se corresponden a personas concretas reales.

Si existiera alguna coincidencia sería por pura casualidad.

Los escenarios se basan en emplazamientos

y localidades existentes en la vida real,

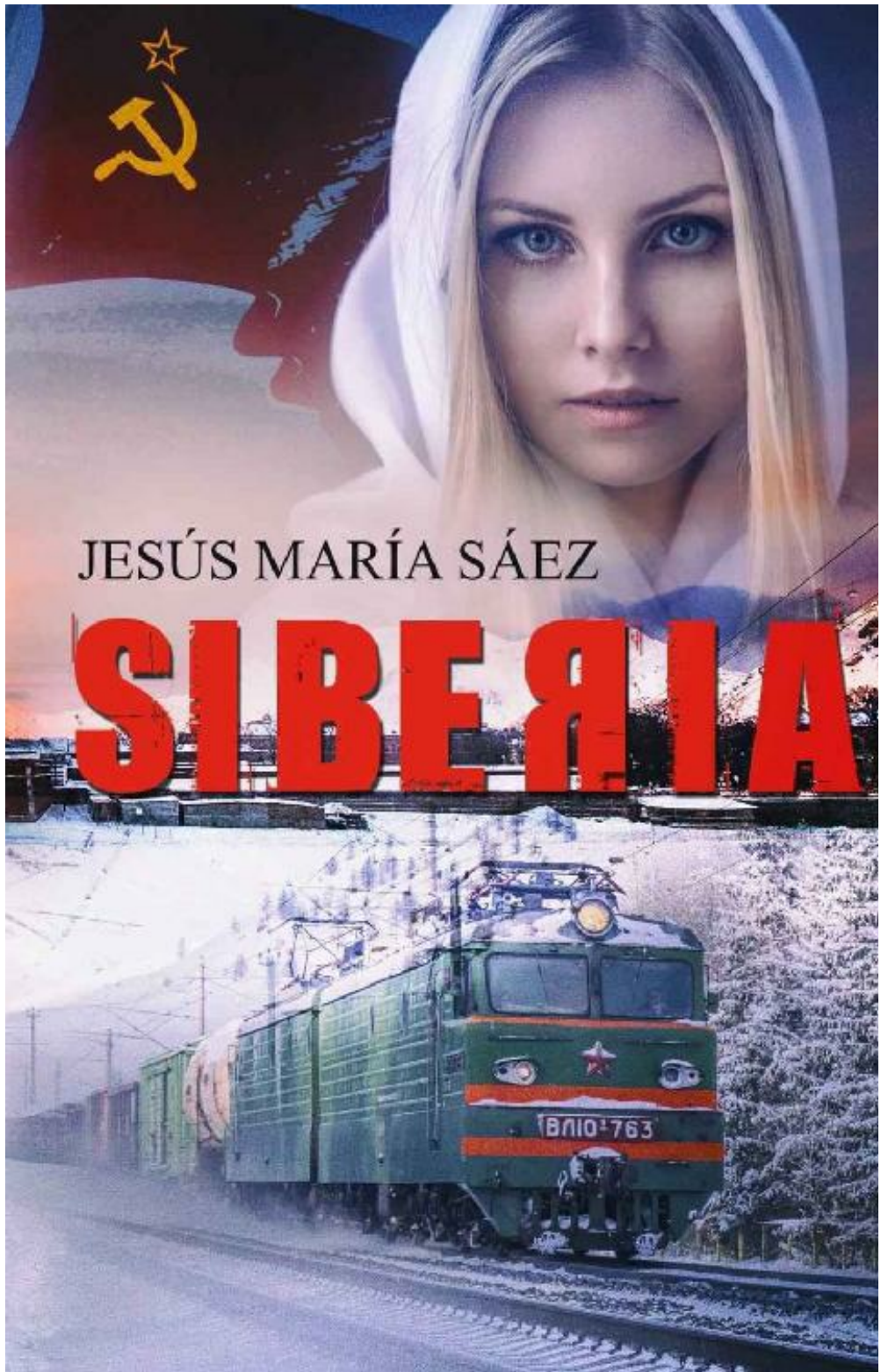
aunque se hayan modificado levemente en función de las necesidades del guion del libro.

Todas las fotografías e imágenes de la PN, miembros y vehículos policiales están autorizadas y cedidas en uso exclusivo para este libro, así como para la página web del autor, sus redes sociales y en las promociones del mismo.

Escrita en Vitoria-Gasteiz, País Vasco-Basque Country (España-Spain).

Terminada en junio de 2019.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



JESÚS MARÍA SÁEZ

SIBERIA

SIBERIA

Inspirada en una historia real.

María Nikolayevna Ivanova «Masha», ex militar de las fuerzas especiales, es una *chistilshitsa*, eficiente asesina a sueldo que responde ante el sector más oscuro e ilegal del Servicio Federal de Seguridad Ruso. A pesar de su cara inocente es una ejecutora implacable, fría, calculadora, con un cierto perfil psicópata y carente de toda compasión; se enfrenta a un nuevo encargo: debe eliminar a Txema Beristain, un escritor y guionista vasco colaborador habitual de *National Geographic*, que está preparando un libro sobre los grandes viajes en tren por Europa. Masha, tras su último *trabajo* en Francia, se dirige a la Costa del Sol para interceptarlo a bordo del lujoso tren *Al Andalus*. Sin embargo, Txema esconde un enigmático pasado cuando años atrás viajó a Siberia, vivió una intensa historia de amor y descubrió bajo la tundra helada un secreto de Estado que ahora podría hacerse público. Y eso no es conveniente...

DISPONIBLE EN AMAZON en papel y Kindle:

<http://rx.e.me/1979001995>

Y EN LA PÁGINA WEB DEL AUTOR:

www.txusmi.com

www.jesusmariasaez.com

HISTORIAS DEL AUTOBÚS



JESÚS MARÍA SÁEZ



Incluye 50 años de TUVISA

HISTORIAS DEL AUTOBÚS

¿Puedo subir al autobús con una cabra? ¿Puede parar en la puerta de mi casa porque tengo el pie escayolado? ¿Por qué no sale del atasco por encima de la acera? ¿Tengo mucha prisa! ¿Los niños de 20 años pagan billete? ¿El servicio nocturno funciona por el día? ¿En un autobús que va circulando completo, cuántos coches de bebés pueden subir? ¿Admiten billetes de 200 euros? ¿No deje pasar a la ambulancia, que no voy a llegar al trabajo! ¿Dónde está el baño? ¿Tienen ustedes un plus si llegan antes a la última parada? ¿Para llevar un autobús eléctrico, además del carnet de conducir hay que ser electricista? ¿Puede bajar la rampa para que suba un frigorífico? ¿Por qué tengo que dejar sentarse a la mujer embarazada con el brazo roto si yo he llegado antes? ¿Dónde dejo el pañal usado del nene que el pobre tiene mal las tripas? ¿Quién tiene el mando para regular el aire acondicionado? ¿A qué hora pasa el autobús de las siete y veinte?

Lo que parece un disparate continuo de preguntas extrañas es el día a día de un conductor de autobús. Un urbano se convierte en algo más que un medio de transporte. De todo esto y mucho más está acostumbrado el autor del libro, que con diecisiete años de trabajo como conductor de autobús en TUVISA (la empresa municipal de transportes de Vitoria), nos deja en esta obra una amplia colección de relatos y anécdotas divertidas sobre la

convivencia diaria en un vehículo destinado a llevar cientos de personas de un lugar a otro.

Desde 2016, Jesús María Sáez escribe todos los domingos en el Diario de Noticias de Álava una columna donde, en clave de humor, da un repaso a la movilidad y al transporte público en la capital vasca, siendo perfectamente extrapolable a cualquier otra metrópoli de nuestro país.

Así que acomódense en los asientos de colores del bus, o mejor aún en el sofá de su casa, dispuestos a sonreír con este ejemplar que tienen entre las manos hasta que lleguen a su destino (y no olviden conservar el billete hasta el final del trayecto).

DISPONIBLE EN AMAZON en papel y Kindle:

www.relinks.me/1719843120

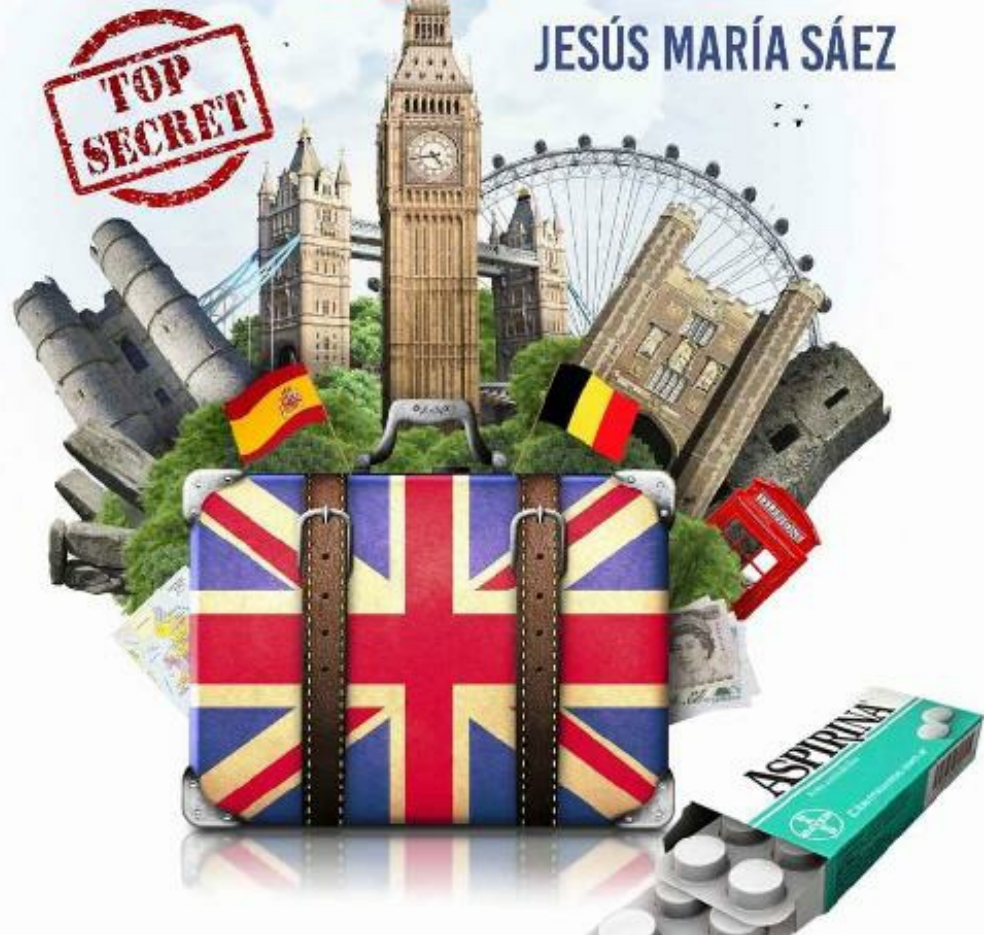
Y EN LA PÁGINA WEB DEL AUTOR:

www.txusmi.com

www.jesumariasaez.com

MISIÓN JAQUECA

JESÚS MARÍA SÁEZ



MISIÓN JAQUECA

Novísima edición revisada, corregida y mejorada en 2018.

Estamos en la década de los 2000. Y nos situamos en Vitoria, en el País Vasco. España aún se está acostumbrando a los cambios: al euro, al nuevo milenio, al terrorismo islámico con el 11-S... En ese contexto, marcado por la desaparecida guerra fría, pero en un nuevo ámbito de espionaje internacional, tenemos a Enrique Spasmos: un treintañero que lleva su vida con monotonía y aburrimiento trabajando en unos grandes almacenes. Pasa su jornada laboral de la mejor forma que puede, para dilapidar los fines de semana bebiendo con sus amigos, durmiendo e intentando ligar, con malos resultados normalmente. Un mañana de domingo con considerable resaca, cuando se dirige al centro de la ciudad en el coche a comprar el periódico, una mujer surge a la carrera invadiendo la calzada y Enrique la atropella. Rápidamente la traslada al hospital. Allí, cuando comprueba que no está grave y le dejan verla en la habitación, queda totalmente prendido de ella. El sentimiento es mutuo, y la

chica, Sisí Phantis, guapa e inteligente, ejerce desde ese momento de contrapunto a la visión un tanto conservadora y de habitual enfado fácil del protagonista. Poco después descubrirá que ella es una agente secreta del Gobierno español que se encuentra implicada en una arriesgada misión: las ART (Aspirinas Radioactivas Termonucleares) han sido robadas y es vital para la seguridad mundial recuperarlas.

Solo Sisí y Enrique podrán lograrlo y para ello partirán desde San Sebastián hasta Sevilla y de ahí a Londres y Bruselas, en una desenfadada carrera por evitar a los terroristas de las principales organizaciones criminales que quieren hacerse con ellas, además de los servicios de inteligencia de medio planeta. Viéndose envueltos en una trepidante aventura llena de personajes imposibles, historias increíbles y sucesos disparatados.

Misión Jaqueca es una novela descabellada. Es un divertido relato de aventuras, repleto de humor absurdo, inspirado de alguna manera en los cómics de Francisco Ibáñez con sus legendarios agentes de la TIA con los que tanto disfruté, y bebiendo del absurdo genial de la obra de Jardiel Poncela.

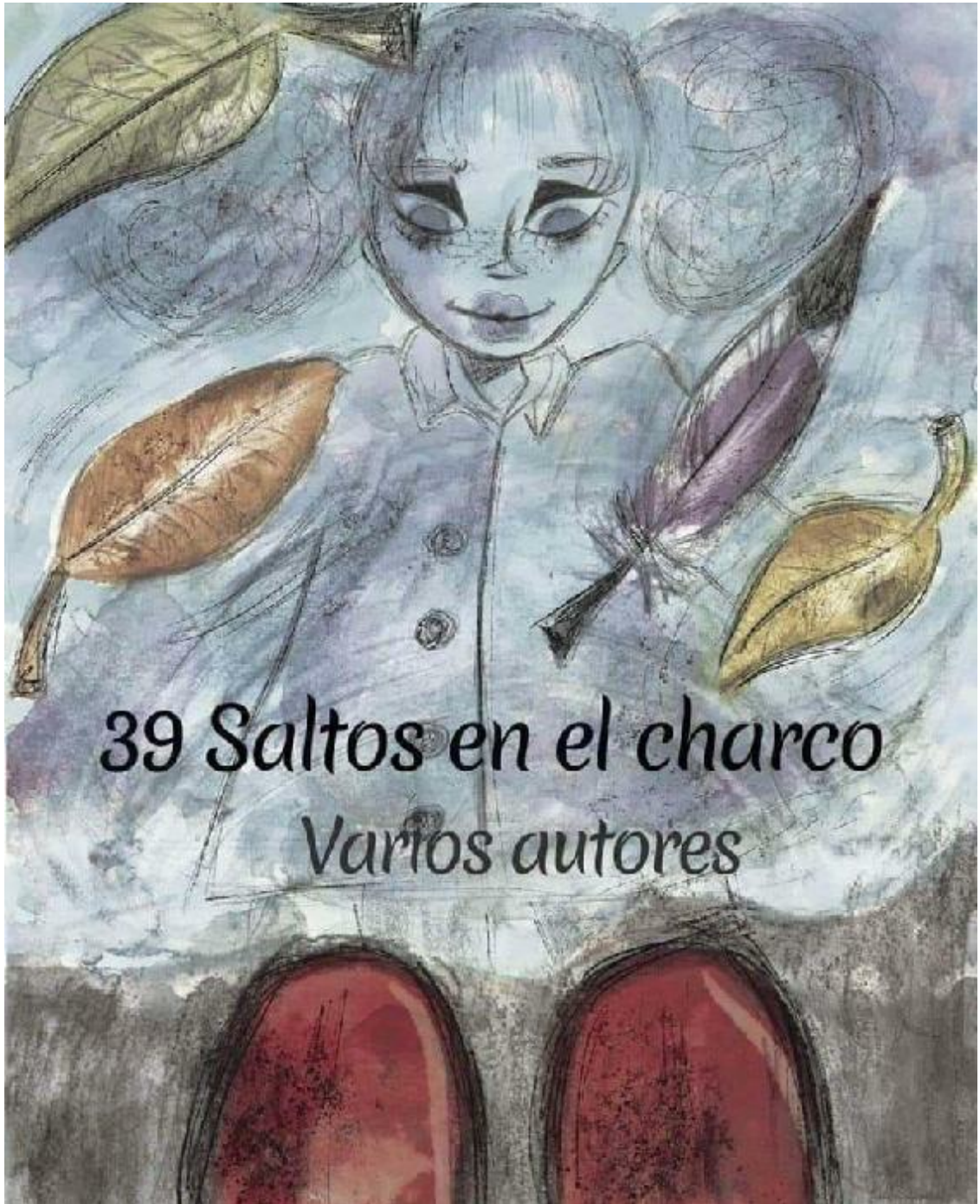
DISPONIBLE EN AMAZON en papel y Kindle:

www.rxe.me/CP6BB3

Y EN LA PÁGINA WEB DEL AUTOR:

www.txusmi.com

www.jesusmariasaez.com



39 Saltos en el charco
Varios autores

39 *SALTOS EN EL CHARCO*

Treinta y tres escritores y una veintena de ilustradores nos hemos unido para escribir y dibujar los treinta y nueve cuentos que componen esta antología titulada *39 Saltos en el charco*, destinada a niños de ocho a doce años. Tenemos en su interior historias sobre animales, niños, princesas y monstruos. Algunos son realistas y otros son mágicos, unos duran más y otros duran menos, pero en todos ellos hay sentimientos y emociones. Adéntrate en estos relatos entrañables llenos de humanidad y fantasía que ensalzan el valor humano, la superación, la amistad y el amor. Vive con sus protagonistas aventuras en mundos fabulosos.

Los beneficios de este libro solidario para la infancia irán destinados íntegramente a la Fundación Pere Tarrés, una entidad catalana no lucrativa de acción social, con más de sesenta años de existencia, dedicada al ámbito del aprendizaje infantil y juvenil y el voluntariado; fomentando la educación en el tiempo libre, la cultura, la vida asociativa, la animación sociocultural y la educación social además de la formación e investigación.

Autores: Asunción Belarte, Luis Benagulu, Jesús Benítez Benítez, Blue February, Begoña Buil, Paquita Caparrós, Anna Casamitjana i Costa, Ana Castillo Martínez, Victoria Cuesta Prieto, Ana Escudero Canosa, Belén Escudero Canosa, Pepa Fraile Colorado, Iván Gilabert, Isidro López-Neira, Merche Maldonado, Irene Mata, Esther Mor, Fernanda Núñez Núñez, J.D. Oldman, Raúl Ortiz Arias, Manuel Pociello, Pilar Reiloba, Sonia Rico Trujillo, Luisa Vázquez Vélez, Amalia Vázquez, Jesús María Sáez (Txusmi Sáez), Salvador Vega Alarcón, Jordi Villalobos, Edgar K. Yera, Marisol Zafrá del Barco, Adolfo Pascual Mendoza, Alex Moya y Alonso Baran. Prólogo de Luis Oliveira Giner.

Ilustradores: Almudena Alberola (Neska), Anna Arasil Albert, Lorenzo Arganzuela, Albert Baldó Oliva, Chema Benítez, Emilio Benítez Cabot, Teresa Benítez Aguado, Natalia Burgos, Anna Carretero Catalán, Sandra Castell, Agnès Catalán Bravo, Noelia Cuenca, Carolina Ferreiro, Carlos García Ortega, Marta García Viruete (Tuki), Teresa Morros Arandes, Javi Olalla, John Rodríguez, Quimey Tedesco Oroquieta y Luis Escudero del Barrio.

DISPONIBLE EN AMAZON en papel y Kindle:

<https://amzn.to/2PCD9Ks>

www.txusmi.com

www.jesusmariasaez.com